

HAY MOMENTOS EN LA VIDA,
DONDE SOLO DEBES SEGUIR TUS INSTINTOS

NO FUE SOLO

UN
BESO

MARÍA CUADRADO

NO FUE SOLO UN BESO

MARÍA CUADRADO VILLADIEGO

“Persevera, porque alcanzar los mejores sueños nunca será fácil, pero siempre será posibles.”
MARÍA CUADRADO.

Dedicado a María Guadalupe Arrazola, por ser esa motivación que me impulso a lograrlo.

PRÓLOGO

10 de agosto de 2011

La luz se enciende y una mujer aparece en el despacho, lleva un vestido corto de color rojo pasión que muestra su piel blanca y sus curvas definidas, accesorios de perlas que le dan un toque de glamour y sofisticación, y su hermoso pelo rubio recogido en un moño alto haciéndola ver aún más elegante.

Se dirige a las repisas que están al lado del escritorio, coge una copa y busca entre las botellas. Se sirve un poco de champán rosado de Argyle y se sienta en un gran sillón. Ella sabía lo que estaba pasando, pero no se daría por vencida. Cuando quiere algo lo consigue bajo cualquier costo y esta vez no iba a ser la excepción.

Se escucha un ruido y la puerta ubicada frente a ella se abre, un impresionante hombre aparece y fija su mirada en ella. Este se pasa las manos húmedas por sus rizos rebeldes, se alisa el traje y arregla el nudo de su corbata. Tras él sale una mujer, lleva un lindo vestido de encaje blanco con perlas del mismo color, y su fino y rubio cabello le cae hasta la cintura. En sus grandes ojos azules se reflejan tristeza y arrepentimiento, y apartándose de su lado se dirige al escritorio.

— No volverá a pasar, es mejor que me olvides —. Las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas. Recoge su bolso y se dirige a la mujer que aún está sentada —. Me iré y quiero estar sola, no me sigas por favor.

Él intenta detenerla, pero sus esfuerzos son inútiles.

— No puedes dejarme —. La agarra del brazo y la abraza con todas sus

fuerzas –. No te lo permitiré.

— ¡No me arruines más la vida! – Le grita – ¡Quiero estar con él y no contigo! – Se separa de él y sale corriendo del despacho.

El impresionante hombre de ojos verdes se mueve desesperado por todo el lugar, al llegar a la repisa coge un vaso, lo llena de whisky y se lo bebe de un trago.

— ¡Maldito! ¡Mil veces maldito! ¡Lo lamentarás! Juro que lo lamentarás, haré tu vida miserable, ¡Haré tu vida un infierno! – Grita perdiendo el control y tirando todo lo que encuentra en su camino; y sus ojos casi salen de su cara – ¡Destrozaré tu vida, así como tú destrozaste la mía!

Se pega en la única botella de whisky que quedó intacta y cae al suelo de rodillas. La mujer deja la copa en la mesa y se dirige hacia él.

— Mi amor ¿Estás bien? – dice temerosa, agachándose.

Le quita la botella de las manos y lo coloca de pie.

— ¡Lo mataré! – La toma por el cuello y ella agarra sus manos de inmediato.

— Tranquilízate, por favor – dice asustada casi sin respiración –. Tú no eres un asesino.

— Pasaré por encima de quien sea; ese maldito debe pagar todo lo que me ha hecho –. La suelta cuando ella está a punto de quedarse sin aire –. Necesito tu ayuda y si valgo tanto para ti, demuéstremelo.

Asiente con la cabeza y se toca el cuello.

— Lo que quieras, lo que tú quieras, por ti soy capaz de todo – dice, mientras respira con dificultad.

— Tú sabes lo que significas para mí.

— ¡Voy a destruir a ese maldito! – Golpea su escritorio y tira todo lo que hay encima –. Lo quiero sin nada, lo quiero acabado. ¡Acabado!

Cuando ella ya puede respirar mejor, se agacha y recoge la botella del piso.

— Sólo dime que hacer y dalo por hecho –. Le sirve un trago y besa su mejilla.

— Espero que nunca me traiciones, si te burlas de mí, te lo haré pagar –. La toma de la cintura y la acerca a él –. Quien me traiciona lo paga con sangre.

— Jamás te traicionaría, sabes que te pertenezco –. Ella pasa las manos por su cuello –. No me importa nada, estaría contigo a cualquier costo.

— Te lo sabré recompensar muy bien –. La pega más a él y sus bocas se unen.

Él deja su trago a un lado y la sienta sobre la mesa mientras ella le suelta la corbata, le quita el saco y le desabotona la camisa a toda prisa. Unos impresionantes bíceps se asoman mientras él la coge por el cuello, suelta su vestido que cae de inmediato a su cintura y la levanta de la mesa; con urgencia pasa las manos por su cuerpo desnudo mientras la mira con descaro y se acerca más a ella pegándose en su boca. Ella lleva sus manos hasta el pantalón, lo desabrocha y las mete dentro mientras él suelta un gemido de placer y ella sonríe con malicia; sabe lo que le gusta.

Sus ojos verdes brillan de placer, su descaro es lo que siempre le ha gustado de ella. La levanta y ella cierra las piernas en su cintura, se besan con desesperación moviéndose por el despacho, perdiéndose tras la puerta de donde minutos antes salió con la otra mujer, dispuesto a olvidar el mal rato y tener una noche fantástica.

CAPÍTULO 1

Abril 14 de 2015

La luz del sol entra por mi ventana e inunda mi rostro haciéndome contraerlo, hace pocas horas que me dormí y no quiero despertar, es sólo empezar el capítulo de un libro y no poder parar hasta terminarlo, y la de ayer fue una gran historia. Hace pocos días que llegué a mi casa y me siento muy feliz, estar aquí siempre es gratificante; el calor de la gente que te ama, tan cerca de ti, es uno de los sentimientos más agradables y me encanta.

Escucho ruidos en el exterior, pero me resisto a levantarme, necesito descansar y aquí lo hago por completo; el fin de semana se acaba y tendré que volver a la capital. Sólo de pensarlo me lleno de tristeza, siempre que vengo no quiero regresar.

Intento dormir un par de horas más, pero el calor es impresionante, hace un tiempo que las temperaturas en Montería son muy elevadas e imposibles; pero ya me quedan pocos días aquí, así que los disfrutaré con la persona que más amo en este mundo:

¡Mi Abuela!

Ella es la persona más importante en mi vida; siempre ha estado conmigo en los momentos más difíciles y tomó la gran decisión de quedarse conmigo cuando se dio cuenta de los maltratos que me proporcionaban mis progenitores, y me rescató del infierno antes que me dieran en adopción, porque ellos eran muy jóvenes para tenerme, o al menos, es lo que mi tía Bea me dice, ya que mi abuela nunca los haría quedar mal, como para decirme que me darían en adopción, y a pesar de que no los veo mucho, mi relación con ellos, si es que a esto se le puede llamar relación, no es nada buena.

Cuando el calor se apodera de mi cuerpo, me levanto y corro a ducharme, necesito refrescarme. Enciendo mi Mp4 y comienza a sonar “*Me enamora*” de *Juanes*; comienzo a cantarla mientras el agua cae por mi cuerpo.

Me enamora, que me ames con tu boca.

Me enamora, que me llesves hasta el cielo.

Me enamora, que de mi sea tu alma soñadora.

Coloco mi mano frente a mí, canto y me muevo al compás de la música. Amo bailar, sentir el agua tibia y durar de tres a cuatro canciones en ella.

Cuando pasan mil canciones y veo que ya estoy arrugada me salgo de la ducha. Me coloco una falda azul turquí estampada con flores de colores y una blusa blanca. Bajo a la cocina y encuentro a mi abuela en ella.

Voltea al sentir mi presencia.

— Buenos días abuela – le digo mientras le doy un dulce beso en la mejilla y ella sonrío.

— ¿Descansaste lo suficiente? – Pregunto.

— Claro que sí abuelita, mucho –. No le puedo decir que me quede leyendo hasta altas horas de la madrugada, porque sería una cantaleta fija. No entiendo mi adicción por la lectura y mucho menos que me desvele por ello, así que le doy un beso y me dirijo a la nevera a sacar las cosas para hacerme el desayuno.

— Déjame consentirte mi niña –. La miro y pone mala cara–. Aunque sea vieja aún puedo hacerle el desayuno a mi nieta.

— Lo sé abuela – suspiro –. Pero déjame consentirte, me gusta hacerlo.

— No señorita – dice, quitándome los huevos de la mano –. Ya dije que no, yo lo haré.

— ¡Abuela!

— ¡Elizabeth Torres! – Dice molesta y sé que he perdido. Las dos tenemos un muy mal carácter y yo odio hacerla enojar, por esta vez la dejaré ganar.

— Está bien, pero déjame ayudarte –. No le agrada la idea, pero asiente.

Cuando vivíamos juntas nos encantaba cocinar, pero ahora cuando vengo de visita sólo quiere hacerlo ella, ya que como vivo lejos me quiere llenar de atenciones; mi abuela es una gran chef, así que nos pondremos en marcha para terminar rápido. Muero de hambre.

— Abre las ventanas para que la gracia de Dios entre – dice mientras me sirve mi desayuno.

Hago lo que me pide y regreso de una a la cocina para ayudarle con todo. Cuando terminamos de hacer nuestro desayuno pongo la mesa.

— Estoy feliz de que hayas podido venir a verme – dice contenta.

— Jamás me perdería tu cumpleaños abuela –. Me da un beso en la cabeza y pone los platos en la mesa –. Además, tú sabes que me encanta estar aquí.

— Lo sé, y me hace tan feliz tenerte aquí –. Se sienta a mi lado y desayunamos juntas.

— Esto está buenísimo – le digo, mientras como un pedazo de su torta de huevo, rellena de queso y jamón.

— Ya no me queda tan buena como la tuya.

— Tuve una gran maestra – sonrío.

Mi abuela me ha enseñado muchas recetas y recordar esos momentos en los que nos metíamos a la cocina y me explicaba todos sus trucos especiales,

mientras jugábamos y volvíamos todo un desastre, me hace sentir plena.

— Y yo una gran aprendiz – me guiña un ojo y yo sonrío.

— Algún día montaremos un restaurante y serviremos todas tus recetas –. Sé que ese ha sido siempre su gran sueño y lo vamos a conseguir –. Lo llamaremos “*La sazón de la abuela*”.

— Me gusta el nombre – sonrío –. Pero debemos cumplir tus sueños primero.

— Tu sueño es mi sueño, ya verás cómo pronto todo va a resultar.

Me pasé todo el día con ella, disfrutando de cada momento que tenemos juntas, en la tarde la invito a dar un paseo por la Avenida Primera y ella acepta contenta. Este es el parque lineal más grande de Latinoamérica y se encuentra a la orilla del río Sinú, caminamos y observamos la vegetación que hay mientras le damos de comer bananas a unos monos aulladores rojos que encontramos en el camino. Luego de caminar un rato encontramos a *Joy Cassettes*, un artista de caricaturas, al verlo sonrío y convengo a mi abuela de pintarnos las nuestras. Ella no paró de reír cuando vio su retrato delgado y sexy. Verla así no tiene precio.

Antes de que cayera la noche decidimos montar en los planchones. Estos son embarcaciones artesanales y un patrimonio cultural muy importante en la región. Fue increíble ver el atardecer en medio del río, la brisa de la tarde y las hermosas vistas del horizonte nos dejan fascinadas mientras cruzamos de una orilla a otra. Al finalizar el día decidimos comer algo antes de volver a casa, así que nos deleitamos el paladar en la bonga del Sinú.

Mi despertador suena muy temprano por la mañana, hoy es el cumpleaños de mi abuela y le prepararé un delicioso desayuno. Me levanto y corro a la cocina, necesito tener todo listo antes de que despierte.

Decido prepararle unos ricos hojaldres rellenos de pollo, verduras, queso y jamón. Sé que son sus favoritos; además, cuando mi abuelo vivía, siempre se los preparaba. Él fue quién me enseñó la receta, así que espero que cuando los pruebe lo sienta igual a como él los hacía.

— Abuelo, manos a la obra – digo en voz alta al pensar en él.

Mientras mis hojaldres están en el horno, termino de preparar todo lo que llevará su desayuno y lo pongo en la bandeja. Cuando todo está listo entro a su habitación y comienzo a cantarle.

Estas son las mañanitas que cantaba el rey David.

A las abuelitas lindas se las cantamos así.

Despierta, abue..., despierta; mira que ya amaneció.

Ya los pajaritos cantan; la luna ya se metió...

Levanta la cabeza y sus lágrimas empiezan a correr por sus mejillas mientras termino la canción.

— Feliz cumpleaños abuela – Le digo acercándome a su cama.

— Gracias mi niña –. Las lágrimas corren de nuevo por sus mejillas y yo le doy muchos besos.

— ¡Ah no! Nada de lágrimas, quiero que estés feliz –. Pongo mi mano en su rostro y las seco.

— Lo estoy, lo estoy – suspira –. A ver que tenemos aquí – dice mirando su plato.

Empieza a comerlo y yo no puedo evitar sonreír, se cuánto le gusta todo lo que hay. Comienza a toser de pronto.

— Abuela, con calma que te ahogas – le digo mientras le doy palmadas en la espalda.

— Tranquila mi niña, es que todo está riquísimo y saben a tu abuelo – dice, sin dejar de comer y me siento tan satisfecha al escucharla.

Me acerco a ella y la abrazo, a pesar de que hace muchos años se fue, siempre lo tenemos presente en todo lo que hacemos y es una linda manera de recordarlo.

— Es nuestro regalo, me dijo: *“Piojosa, preparémosle lo que más le gusta, yo te ayudaré a hacerlos”*.

— Ay mi niña, no hay duda de eso – sonrío y me abraza –. Gracias, gracias.

— A ti abuela, por estar siempre conmigo.

— Siempre juntas – me dice al recordar lo que siempre le decía cuando era pequeña.

— Siempre juntas abuela – le doy mi meñique y después de enredarlo con el de ella, besamos nuestros pulgares y hacemos el juramento de la unión, el que inventamos cuando yo apenas tenía cuatro años. Sonreímos y le doy un abrazo muy fuerte; esta mujer es mi vida.

— Mi niña, abre las cortinas para que la gracia de Dios entre – dice mientras termina su desayuno.

Mi abuela ama la cocina tanto como yo, pero hoy es su día, así que yo le haré de todo. Fue una lucha convencerla para que se quedara en la cama, pero al final le tocó ceder, también tengo mi carácter y esta no la iba a ganar. Hoy le prepararé un rico pollo en salsa miel mostaza con una deliciosa ensalada de verduras y arroz de coco. Su favorito. Además, haré un rico postre de tres

leches que me encanta tanto como a ella.

— Piojosa de mi vida, ya estás aquí – grita mi tía Beatriz cuando llega a la cocina. Le doy un gran abrazo.

— ¡Tía! ¿Cómo has estado?

— Bien cariño, ¿Cuándo llegaste? Creí que llegabas hoy.

— Llegué el miércoles por la noche, lo adelanté todo; ya las extrañaba.

— ¿Cuándo regresarás?

— Mañana tía, aún no he salido de la universidad y tengo mil cosas que hacer.

— Lástima no poder pasar más tiempo contigo –. Pone mala cara y hace pucheros.

— No te preocupes, ya habrá más tiempo – le digo mientras le doy un beso en la mejilla –. ¿Ya has visto a la abuela?

— Sí, la dejé hablando con tus padres por teléfono.

— Ellos no son mis padres –. Ella sabe que me molesta que lo diga, pero adora sacarme de quicio – ¿Vendrán hoy?

— No, creo que se les presentó algo.

— Sí, como siempre –. Ya no me sorprende, ellos nunca están.

Asiente.

— Ellos te quieren mi Piojosa, ya se dieron cuenta de su error, es sólo que... – Me mira y me coge de las manos, pero yo no la dejo terminar.

— ¡Ellos nada Bea! – Le suelto enojada y camino hacia la nevera –. Si no quieres acabar mal, entonces fin del tema. ¡Déjalo ya!

— Está bien, tú y tu carácter – dice frustrada.

— Cuéntame, ¿Cómo la pasaste? – Pregunto para cambiar de tema.

Bea vive con mi abuela desde que me fui a estudiar a la capital, pero de vez en cuando, se escapa uno que otro día a ver a su tormento Juan.

Suspira.

— Increíble, es sin duda lo mejor de mi vida – sonrío. Me alegro por ella –. y tú, ¿Algún enamorado?

— Ya vas tú con eso –. La fulmino con la mirada, ella sabe que no me interesa tener una relación con nadie y sería, menos. Sonríe.

— Vamos Eli, que el tiempo pasa y todo se oxida – suelta y la miro con cara de pocos amigos.

— Tú de verdad llegaste dispuesta a volarme la piedra hoy – le digo y enseguida escucho una carcajada.

— Sabes que te quiero Piojosa –. Se acerca y me abraza.

— Y yo a ti, pero no hagas que te arranque la cabeza —. Me guiña el ojo y me da un beso en la mejilla.

Hablamos algunas horas y nos ponemos al día de todos los acontecimientos, mientras me ayuda con la comida, bueno, en realidad me ayuda a comérsela, ella dice que como crítico gastronómico le va mucho mejor que como chef, así que la dejo, amo su compañía y su supuesta ayuda moral.

En todo el día no dejamos que la abuela haga nada, pero es una lucha constante; almorzamos juntas y al terminar, mi tía se la lleva a dar un paseo para que yo pueda organizarlo todo, mientras ella cree que me reencontraré con mis amigas de la escuela. Les he arreglado un día en un súper spa, allí las consentirán y tratarán de maravilla. Se lo merecen.

Hoy en los 70 años de mi abuela, le tenemos una gran sorpresa: Una súper fiesta temática. Todos los invitados deberán vestirse como en esa época y la decoración que he encargado será genial. Comienzo a preparar una rica lasaña de tres carnes y verduras gratinadas que mi abuela me enseñó, y horneo un gran biscocho de yogurt y vainilla con relleno de Nutella, y lo decoraré con fondant de colores. Amo la repostería, ese si es mi gran pasión, así que me pongo manos a la obra con todo, mientras espero que lleguen los señores que me ayudarán con la decoración de la casa.

Cuando llegan comenzamos a decorarlo todo, colocamos muchos globos con el número 70, serpentinas, acetatos y luces de colores por toda la sala y el patio, decoran las mesas con lindos manteles y en la principal colocan un gran poster de Feliz Cumpleaños y la llenan con dulces de todos los colores y sabores. Mi biscocho irá en el centro y todo se verá más hermoso. Esta fiesta será muy colorida y alegre, así como lo es mi abuela.

Horas después llamo a Bea y me dice que ya salieron del spa, y llevará a la abuela de compras; estas llegarán listas y hermosas para la fiesta sorpresa. Llegan algunos pasabocas y bebidas que pedí, la verdad, no doy abasto yo sola y me tocó pedir refuerzos. La lasaña ya está lista y el gran pastel de 3 pisos que he hecho está en el centro de la mesa.

Todo se ve precioso.

Cuando todo está listo me voy a arreglar, ya no tengo mucho tiempo, se me hizo tarde en menos de nada. Tomo una rápida ducha y arreglo mi cabello; necesito controlar mis rizos. Así que, con unas barritas y un rollo de cartón, me hago un copete alto como los que llevaban en la época de los 70 y me coloco un lindo vestido verde menta, con unas zapatillas. Me miro al espejo y

sonríe. Que comience la fiesta.

Los invitados comienzan a llegar y me encantan sus atuendos, la música de la época armoniza y todo hasta ahora va perfecto, Bea ha llamado y ya están por llegar aquí, así que preparamos todo y apagamos las luces de la casa para esperarlas en silencio. Cuando la puerta se abre todos gritamos:

— ¡SORPRESA! – Y las luces de colores se encienden.

Su emoción y alegría es indescriptible, verse rodeada de sus amigos, vecinos, familia y personas que son especiales para ella, la llenan de felicidad. Entra a la casa y saluda a todos mientras las lágrimas corren por sus mejillas, está feliz y eso me llena por completo.

Mi abuela súper emocionada llega al patio y al ver la decoración sonrío, sin duda todo le gusta. Cuando llega al centro de este, todos le cantamos “Feliz cumpleaños” y le hacemos apagar las velitas de su gran pastel. Se ve tan hermosa y radiante.

— Gracias mi niña – dice cuando se sienta a mi lado.

— Para ti, todo –. Le doy un beso en la mejilla –. Ahora a disfrutar la fiesta.

Le pongo una gran peluca afro y nos toteamos de la risa, mientras la llevo a la pista de baile y nos movemos al ritmo de “*Great Balls of Fire*” de *Jerry Lee Lewis*.

La fiesta se acabó en la madrugada, fue muy divertido ver a mi abuela tan alegre y llena de vida. En la hora loca se la pasó bailando y cantando, además comió de todo y se divirtió muchísimo.

Al día siguiente me despierto temprano, hoy es mi último día aquí y como siempre, alejarme de ellas me entristece. Terminó mi desayuno y subo a mi habitación para arreglar mi maleta, aún tengo cosas pendientes por guardar.

Me paso la mañana y parte de la tarde con ellas haciendo lo que más nos gusta: Tirarnos en unas hamacas y ver las novelas mientras comemos chucherías y hablamos de todo y nada en concreto.

A las 5 de la tarde salimos las tres al aeropuerto *Los Garzones*, la tristeza me invade y las lágrimas amenazan con salir, pero saber que están bien y que pronto las volveré a ver me llenan de felicidad.

— No estés triste mi Piojosa, estaremos bien – dice mi tía cuando llaman mi vuelo.

— Tranquila mi niña, no te preocupes por nosotras –. Me abraza mi abuela.

— Volveré lo más pronto que pueda, lo prometo – les digo repartiéndoles

besos por doquier.

— Lo sabemos Piojosa y te esperaremos encantadas.

— Gracias por venir mi niña y por la fiesta, la pasé increíble.

— Lo que sea por ti abuela – sonrío.

— Piojosa, consíguete un Rolo, ya es hora –. La escucho y le pongo mala cara a Bea.

— Lo consigo cuando tú me des un primito – le suelto y abre sus ojos asombrada, mientras yo me río sin parar. A mi tía no se le dan nada los niños.

— Anda, ya lárgate –. Me da un golpe en el brazo.

— También te amo Bea.

Vuelo 1752 con destino a la ciudad de Bogotá, listo para abordar –. Suena en los altavoces.

— Mi niña, cuida ese pedacito de vida.

— Lo haré abuela, lo haré –. Y con el dolor de mi alma, me despido de las dos personas que más quiero.

De vuelta a la rutina, Elizabeth.

CAPÍTULO 2

Me miro al espejo y trato de arreglar mi cabello, mis rizos no dejan de molestar y es una lucha constante cada mañana antes de ir a la universidad. Ya falta más o menos un mes para finalizar mi carrera y estoy muy contenta. Pronto seré una gran administradora de empresas.

Hoy voy tarde para la universidad, algo que no es habitual en mí, pero me acosté tardísimo haciendo los últimos ajustes de mi tesis y terminé durmiendo menos de tres horas. Estoy cansada y últimamente con el frío que hace en Bogotá, es para no levantarse nunca de la cama. Al final decido amarrarme el pelo con una cola, no puedo perder más tiempo. Vuelvo al espejo y me maquillo lo más rápido posible, tengo la cara hecha un desastre y no quiero llegar como zombi.

Metó todas mis cosas en la mochila y cojo uno de los libros que tengo en la mesita de noche. Me encanta leer y cuando tengo tiempo libre no dudo en hacerlo, por eso siempre llevo uno conmigo y más ahora que tengo una loca obsesión con una saga de ángeles y nefilims.

Salgo de mi habitación a toda prisa, hoy llevo unos jeans negros entubados, una blusa de rayas y un hermoso collar. Bajo las escaleras poniéndome mi chaqueta gris favorita.

— Me voy – digo entrando a la cocina.

— ¿A qué hora regresas? ¿Almorzamos? – me dice Ena, mi compañera de casa y mejor amiga, mientras saca fruta del refrigerador.

Lleva una falda negra, camisa blanca, manga larga y un collar negro divino. Ella es la rubia más rubia que he conocido y sus ojos color miel hacen juego perfectamente con su piel blanca, se parece tanto a una de las modelos de Victoria's Secret y tiene unas curvas que envidia media humanidad. Es una gran abogada y está trabajando en el mejor bufete de abogados de la ciudad. Hemos vivido juntas los últimos tres años, tras terminar mi relación con el desagradable de mi ex.

— Hoy no puedo, te llamo y cenamos juntas – le digo, mientras le doy un beso en la mejilla y tomo algo de su fruta. Salgo corriendo de la cocina.

— Oye, es mi desayuno arpía – me dice riendo, mientras vuelve abrir la nevera.

— Te quiero, nos vemos luego – le grito, mientras cierro la puerta al salir. Que haría sin ella.

Corro al parqueadero mientras como mi fruta, mi hermoso Nissan gris me espera. Al llegar a el carro, lo miro y suspiro, necesita una limpieza, pero hoy

no tengo tiempo, así que mañana me pondré en ello. Gracias a Dios el tráfico no está tan pesado esta mañana, pero aún me falta mucho para llegar; paro mi coche cuando el semáforo está en rojo y aprovecho para hacer una llamada.

— Melisa.

— ¡Elizabeth Torres! ¿En dónde diablos estás metida? – Me dice casi partiéndome los tímpanos – ¡Necesito que llegues ya!

— Ya voy en camino, tranquila; ¿Ya llegó el profesor? Dime que aún no ha comenzado el parcial.

— No, no ha llegado, pero te necesito acá para hacer las correcciones del trabajo de tesis – me dice desesperada. Como siempre ella deja todo para última hora.

— El trabajo está listo y a salvo en mi mochila, así que por lo pronto si llega el profesor; retrásalo, haz lo que sea, pero que no empiece sin mí; llegaré lo más rápido posible.

— ¿Enserio tienes el trabajo listo? – Pregunta sin dar crédito.

— Que sí pesada, tú sólo has lo que te digo.

— Qué alivio, sabes que es nuestro boleto de salida – dice como si le quitara un gran peso de encima –. Y tranquila, haré lo que pueda para retrasarlo, pero tú aprieta el acelerador.

— Lo haré, ya tú sabes correr o morir – sonrío al recordar al calvito rico de Torretto –. Te veo ahora – le digo mientras cuelgo y arranco cuando el semáforo cambia a verde.

Enciendo la radio para tranquilizarme y suenan los acordes de “*La mujer que no soñé jamás*” de *Ricardo Arjona*, la canto. Creo que en mi otra vida hubiera sido cantante, me encanta hacerlo así no suene tan bien.

*La de lentes, la pasada de moda,
La aburrida, la intelectual,
La que prefiere una biblioteca a una discoteca,
Es con la que vivo yo...*

Me encanta esta canción, además creo que soy de las mujeres con quien nadie sueña, contestona, de mal genio, devora libros y aunque antes no andaba de fiesta en fiesta tengo un par de amigas que me han sacado un poco lo perversa y bueno, ahora me gusta mucho más.

Acelero lo más que puedo, necesito llegar al salón antes que el profesor entregue el último parcial, después de entregarlo no deja entrar a nadie y nada lo convencerá. Si llego tarde estaré perdida, no habrá grado. Adiós libertad, adiós todo.

Llego al parqueadero de la Universidad Ads, que es actualmente la mejor universidad de Colombia y una de las mejores de América Latina. Busco un espacio libre lo más rápido que puedo, Melisa me ha llamado hace cinco minutos para decirme que el profesor había llegado, ojalá lo haya podido retener para que no comenzara sin mí.

Cuando por fin encuentro donde estacionar, bajo del coche a toda prisa y corro por los pasillos. Cuando voy por el bloque de ingeniería trato de pasar más rápido de lo normal, sería una suerte toparme con Gregory, mi ex. Él no me dejaría llegar a clases nunca.

Llamo el ascensor y por suerte llega pronto a la primera planta, subo agitada, oprimo el botón número seis y presiono el botón de cerrar con desespero, hasta que se cierran las puertas. Me miro en el espejo tratando de acomodar mi cabello y mi ropa lo más que puedo, al salir corriendo del auto me desarreglé un poco.

— Así estás hermosa — me dice una voz masculina y fuerte. Volteo espantándome, no me di cuenta de que había alguien en el ascensor. Seré distraída.

Alzo la mirada y de inmediato doy un paso atrás. Casi me voy de espaldas. ¿Qué es lo que tengo al frente?

Lo miro de pies a cabeza y este sonrío con picardía. Lleva el cabello color castaño, sus ojos son tan intensos y azules que no puedo dejar de verlos, su barba de tres días hace que se vea más provocativo y que sus grandes labios resalten. Lleva un costoso traje gris y una camisa azul suave que resaltan a la perfección su majestuoso cuerpo.

Este hombre esta impresionante. ¡Qué fuerte! Siempre había visto este tipo de hombre en las películas, pero nunca frente a mí un madurito tan impresionante y sexy.

Me entran los calores.

Al ver su pícaro sonrisa agacho la cabeza.

¡Oh mi Dios! Cuan nerviosa me pone — pienso —. Hace muchísimo tiempo un hombre no me inspiraba nada, pero con este quisiera hacer mil cosas, iniciando con esos labios que justo en este momento se muerde, con ese cuerpo, con ese... Muevo mi cabeza y trato de guardar la compostura. ¿Qué estoy haciendo? Necesito controlarme.

Miro la pantalla y sólo vamos por el piso tres. ¡Dios! Ha sido el viaje más lento de mi vida.

Dirijo mi mirada hacia el piso incómoda tratando de evitarlo por

completo, cuando por fin escucho el sonido de las puertas abrirse salgo disparada, pero cuando estoy a punto de entrar en el salón él me detiene. Me toma del brazo y todas las cosas que llevo en la mano caen al piso, mientras mi cuerpo se eriza por su contacto.

— Pero ¿Qué carajos haces? – le grito – ¡Suéltame!

— Cállate y bésame –. Es lo único que escucho y no puedo decir nada.

Sin perder un segundo más me acerca a él, sus labios suaves y húmedos se posan en los míos, me muerde el labio inferior y mete su lengua, coloca sus manos en mis caderas y me pega más a su cuerpo mientras me devora la boca, mi respiración se dificulta y mi corazón se quiere salir ¿Cómo es posible que un extraño me haga sentir todo esto? Los estudiantes pasan por nuestro alrededor, pero él no se separa de mí y en lo que parece una eternidad me besa con pasión y locura, y yo respondo encantada.

Después de lo que me parece un siglo suena mi teléfono y vuelvo a la realidad, tengo que entrar al parcial. Intento despegarme de él, pero me sujeta con más fuerza y suelta un gruñido de desaprobación aún pegado en mi boca. Trato de resistirme y forcejeo unos segundos, pero es imposible, este hombre acabará con mis labios.

Cuando por fin decide soltarme y antes de que pueda controlarlo, mi mano impacta fuertemente en su perfecto rostro. Sus ojos se abren confundido, se toca la mejilla aterrado y su mirada se oscurece. No creo que ninguna mujer antes le haya pegado después de semejante beso, pero a estos idiotas hay que pararlos desde el comienzo, y sólo hay que mirarlo para darse cuenta de que lo que tienen de bueno y rico, lo tiene de estirado y prepotente. Nos retamos unos segundos con la mirada y me quedo paralizada cuando escucho:

— Así de insolentes y amargadas me gustan más –. Sus labios se curvan con una sonrisa y sus ojos brillan con lujuria añadiendo: – Lo sé, es difícil resistirse a alguien como yo.

Lo fulmino con la mirada.

Que patético.

Si las miradas mataran ya estarías muerto, querido – pienso. Pero no le respondo, no perderé mis palabras con ese engreído. Recojo los papeles lo más rápido que puedo antes de que me lo coma vivo. Lo que no sé, es si es a golpes o a otra cosa.

Abro la puerta del salón enojada y encuentro al profesor entregando los parciales, ya sólo faltaban tres personas así que corro a sentarme.

— Justo a tiempo señorita Torres – me dice con cara de pocos amigos, me

entrega el parcial de mala gana y se dirige a su escritorio.

Da la orden para comenzar y ruego para que todo salga bien, mientras respiro profundo, necesito calmarme.

La energía se fue por toda la zona y todo está en silencio, al salir del parcial Melisa me espera sentada en el pasillo. Tiene el cabello liso color negro y lleva puesto un jean entubado azul, una blusa naranja y su chaqueta negra, se ve genial; tiene un cuerpo envidiable. Es más, quién no la conociera diría que es la mismísima *Carmen Villalobos*.

— ¿Qué tal te fue? – Me dice guardando su móvil –. Casi no llegas.

— Excelente, fue pan comido – le digo mientras nos chocamos las manos y sonreímos.

— El sábado iremos todos a “*Melodic Drinks*“, y no pienses en decir que no.

Sé que es inútil negarme, entre ella y Ena harán de las suyas para que asista, por eso mejor me ahorro pasar un mal rato.

— Ok, pero nada de sorpresas –. Me limito a decir, las conozco bien y sé que siempre traman algo.

— Pásame el trabajo, quiero revisarlo antes de entregarlo –. Cambia de tema. Algo traman lo sé, pero me limito a buscar entre mis cosas lo que pide.

No lo encuentro.

— ¡Mierda!

Le paso los libros y saco todo de mi mochila.

— ¿Qué pasa? – Me mira alarmada.

— El trabajo, creo que lo dejé en el auto.

— ¡Elizabeth! – dice enfadada, y con toda la razón, no hay energía para imprimir otro.

— Tranquila, venía tarde y seguro lo dejé olvidado en el carro, no te preocupes, ya voy por él –. Guardo mis cosas con urgencia mientras me alejo de ella.

— Te espero en el salón, date prisa –. grita dando media vuelta.

Voy por el pasillo a toda prisa, recuerdo haber metido el trabajo en alguno de los libros antes de salir. Al llegar al ascensor se me ilumina la mente. Si está dentro estoy muerta. ¡No hay energía!

— ¡Oh! ¡No! – Todo vuelve a mi cabeza.

Aquel hombre con el que tropecé en el ascensor, aquel idiota irritante que me besó afuera del salón. Pongo las manos en mi cabeza y cierro los ojos preocupada, definitivamente no es mi día, ese imbécil debe tener mi trabajo.

Busco por los alrededores con la esperanza de que este tirado por ahí, pero ni rastros de mi trabajo y mucho menos de él.

¡Melisa me matará!

Nuestro jefe del programa, nos pidió una copia del trabajo de tesis con las últimas correcciones, y tenemos plazo hasta medio día para entregárselo o nos atrasaran la fecha de exposición, y si eso pasa no nos graduamos este año – suspiro.

Al final decido ir a mi auto, quizás allí aparezca.

CAPÍTULO 3

Corro por el pasillo y bajo las escaleras a toda prisa, odio cuando se va la energía y últimamente no sé qué pasa con la planta de esta universidad. Al llegar al primer piso estoy exhausta, camino por los pasillos del bloque de ingeniería que a esta hora está solitario, todos están en clases.

De pronto alguien me agarra del brazo y no puedo pensar en nadie más que no sea el fastidioso de Gregory.

— Amargada —. Escucho esa voz que tanto deseaba encontrarme, aunque diciéndome no precisamente lo que quería.

Volteo y levanto la mirada dispuesta a decirle sus cuatro verdades por liso y egocéntrico, pero me atrae hacia él y me besa mientras mete su lengua, y sus grandes labios devoran los míos sin darme tiempo de reaccionar, es la sensación más placentera que he sentido, nada se compara.

— Suficiente — dice separándose de mí y mirándome de arriba abajo.

Salgo de mi burbuja personal de inmediato, sabe lo que provoca en mí y eso me molesta, me imagino que causa eso en todas y yo no seré una más; por mí que se multiplique por cero y desaparezca.

Algo en sus manos me llama la atención.

¡Bingo!

Mi trabajo.

Intento quitárselo, pero él me lo impide.

— No tan rápido —. Su mirada me asusta y sus labios se curvan con una pícaro sonrisa.

— Es mi trabajo y lo necesito de vuelta ¡Ahora! — digo por fin recuperando el habla.

— Lo quieres de vuelta Hhmm... — Mueve mi tesis en el aire.

— Es mío, claro que lo quiero.

— ¿Cuál es tu nombre? — Abre el trabajo — ¿Melisa o Elizabeth? — Pregunta y me molesto más, no estoy aquí para perder mi tiempo con un riquillo presumido.

— ¡Y a ti que te importa! — Le grito. Me mira sorprendido, debe tener a mil mujeres chorreando por él. Ninguna puede negarse a semejante bombón, pero conmigo perdió el año, tan alzaditos no me van.

— Si no hay nombre, no hay trabajo —. Se voltea e intenta marcharse, pero lo detengo.

— Melisa, me llamo Melisa — le digo enojada, mientras mi teléfono no deja de vibrar y sé, que quién llama es Melisa, así que debo apurarme. — Mi

trabajo por favor, lo necesito –. Intento ser amable.

Vuelve su mirada hacia mí y me mira con detenimiento, pasando sus azules y grandes ojos por todo mi cuerpo mientras se acerca. Cuando no hay espacio que nos separe, me roza y mi corazón comienza a latir más rápido, creo que en cualquier momento se me sale del pecho, mis manos sudan y por un momento dejo de sentirlas, me duele el estómago y cuando me agarra por la cintura, siento que mis piernas pierden fuerza y casi me caigo.

— Si lo quieres, tienes que pagar por ello – me dice con una sonrisa incitadora. Me separo de él de un empujón.

Será imbécil.

No puedo creer que alguien que irradia por los poros que está podrido en dinero, me cobre por devolverme mi trabajo.

Abro mi bolso y busco mi billetera.

— ¿Cuánto quieres? Pero que sepas que no te harás más rico con lo que te pueda dar –. Pone los ojos como platos, se queda un momento pensativo y luego con una sonrisa perversa se acerca más y mirándome a los ojos dice:

— ¿Estás dispuesta a pagar lo que vale haber recuperado tu trabajo?

— No estoy para jueguitos, ni mucho menos, para perder mi tiempo con un idiota como tú, así que ahora dime cuanto quieres y te pagaré, habla de una vez y dame mi trabajo – le digo molesta, estoy perdiendo mi tiempo y no tengo todo el día para entregar mi trabajo.

¡Qué fastidio con el Ken Doll!

Se acerca de nuevo a mí y doy un paso atrás chocando con la columna ¡Mierda! Se pega completamente y me mira a los ojos.

— No necesito hablar para esto, así que ahora cállate y bésame – dice y antes de que pueda decir algo más, tengo sus labios sobre los míos.

¿Cómo se atreve este descarado a besarme de nuevo? Intento separarme, pero es imposible, me abraza con más fuerza y siento como sus labios me devoran con pasión, como nunca otro hombre lo había hecho y lo peor, me gusta. ¡Oh Dios! Que sensación, sus labios suaves y delicados saben estupendo. Mi estómago se contrae y me tiemblan las piernas, mientras muerde mi labio despacio y lo chupa con fuerza, baja una de sus manos a mi cintura y con la otra sostiene mi cabeza, esto es el cielo y no quiero que deje de hacer lo que hace.

— ¡ELIZABETH!

Al escuchar mi nombre me asusto y me separo de él, volteo mi cabeza a un lado y veo como Gregory se acerca –. Lo fulmino con la mirada.

— Vamos a cenar esta noche – escucho tras de mí –. Es una cita, *Elizabeth* –. Se detiene para decir mi nombre.

Casi me caigo al escucharlo, mi nombre en sus labios, que bien se escucha, aunque, de su boca todo saldrá bien, si me ha puesto tonta con ese beso.

Volteo a mirarlo después de procesar lo que acaba de decir.

— ¿Cómo dices que dijiste? – Es lo único que sale de mi boca después de semejante beso, mi respiración aún está entrecortada y estoy paralizada.

— Lo que escuchaste –. Me entrega el trabajo y me da un beso rápido.

Da media vuelta y se marcha dejándome ahí sin saber qué hacer. Suena mi móvil, lo miro y es un número extraño, contesto mientras camino para alejarme lo más que pueda de Gregory e irme a clases, debe ser Melisa apurada porque aún no he regresado.

— Diga –. Voy a toda prisa por los pasillos del bloque.

— Esta noche a las nueve, envíame un mensaje con tu dirección, si no lo haces lo averiguaré. Hasta más tarde señorita Torres –. Cuelga sin dejarme decir una palabra.

Y ahí está otra vez...

Maldito idiota.

¿Cómo ha conseguido mi número?

¿Quiere una cita conmigo?

Creo que alucino. Mi mente intenta procesar todo lo que está pasando. No es posible, no es posible. Aún no salgo de mi asombro y un escalofrío me pasa por todo el cuerpo.

¿Cómo un hombre puede besar tan bien? bueno bien no, esto va más allá, esto es alucinante.

Salgo de mi burbuja personal cuando siento que me agarran el brazo más fuerte de lo necesario, me lastiman y me duele muchísimo, me volteo automáticamente.

— ¡Suéltame! – Grito –. Me estás lastimando pedazo de idiota.

— Me puedes explicar ¿Que hacías besándote con ese?

— Mira, Gregory – le grito molesta mientras intento soltarme –. Déjame en paz y no me saques la piedra.

— ¿Quién era ese? y ¿Por qué te estabas besando con él? – Me agarra con más fuerza –. Eres mía.

Estoy a punto de explotar, esto era lo último que me faltaba y no puedo seguir escuchando estupideces.

— ¡A ti que carajos te importa con quién estoy! – Le digo sin ningún tipo

de calma –. Me beso con quien se me dé la gana y ni tú, ni nadie me lo va a impedir. – Me suelto bruscamente.

— Cosita...

— Ni cosita, ni mierda. Ya no somos nada Gregory, entiéndelo de una buena vez, no tengo porque darte explicaciones de nada, tengo derecho de hacer lo que me plazca, así que desaparece que tú en mi vida eres historia –. Doy media vuelta, pero no me deja ir, me agarra y me sujeta de nuevo con más fuerza.

— ¿Por qué eres tan cruel conmigo hermosa? Tú no eres así – me dice lanzándose sobre mi boca.

Trato de resistirme, pero es más fuerte que yo.

¿Qué les pasa a estos hombres que hoy todos me besan? Me pondré un parche en los labios – pienso enojada.

Sus besos ya no significan nada, ni saben a lo que en aquel tiempo prefería, es el beso más frío, aguado y sin sabor que he podido sentir, y después del beso que él Ken Doll me ha dado no hay comparación.

Forcejeo con él y cuando veo que no puedo soltarme, levanto mi rodilla con todas mis fuerzas y la estampo en su entrepierna, lo que hace que caiga al suelo de inmediato.

— Tu error, es pensar que me conoces Gregory, cuando yo no te he demostrado todo lo mala que puedo llegar a ser, así que vete a la mierda – le digo dejándolo ahí tirado y salgo corriendo a las escaleras.

Mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo evitarlo, he tenido tan mala suerte con los hombres y estos cada día son más frustrantes. Aunque siempre son unos bombones, terminan siendo unas porquerías, bueno, no todos, pero si la gran mayoría.

Después de que Adam, mi primer novio, se fuera del país para ir tras otra chica me costó mucho volver a intentarlo, hasta que llego Gregory; pero este es caso aparte, es lo peor que ha llegado a mi vida.

Al comienzo, como en cualquier relación, todo es perfecto; y me fui a vivir con él a los dos años de estar juntos, dejé muchas cosas por él y todo para que luego quisiera manipularme a su antojo, quería controlar llamadas, salidas, amigos, toda mi vida y eso conmigo no va, a la mierda los hombres controladores.

Pero más tonta fui, cuando llego rogándome un año después para arreglar las cosas, y aunque no me fui a vivir con él de nuevo cómo me propuso, sí le di otra oportunidad, pero ahí me di cuenta, de que cuando se dan segundas

oportunidades las personas te fallan peor que la primera, y está más que confirmado; encontrar a Gregory con la Morronga de Roxana, una mona piliteñida de mi facultad, revolcándose en su departamento; fue lo peor que mis ojos pudieron ver. Ya han pasado dos años y lo único que siento por él es desprecio.

Con el tiempo las mismas personas se encargan de matar lo bueno que sentimos por ellos, pero su intensidad y su acoso constante me agobian cada día de mi existencia.

Llego al pasillo y le mando un mensaje a Melisa cuando estoy fuera del salón.

<Estoy afuera, ven por el trabajo. >

No pasa mucho tiempo cuando la veo salir del salón y acercarse a mí.

— ¡Dios Mío! ¿Qué te ha pasado? – dice al verme y de inmediato me abraza. Odio llorar, pero sin poder evitarlo las lágrimas caen por mis mejillas, me agarra del brazo y me lleva al baño.

— Eli cálmate –. Me limpia las lágrimas –. Cuéntame ¿Que ha pasado?

— Me pasa Gregory, eso me pasa –. Le entrego el trabajo y me echo agua en la cara.

— ¿Qué te hizo ahora ese imbécil? ¿Es que no se cansa nunca? – dice enojada –. Tenemos que hacer algo al respecto, el acoso es un delito.

— Tranquila, ya tomaré cartas en el asunto, aunque después de lo que le hice no creo que se me vuelva acercar.

— ¿Qué le hiciste? – Me pregunta curiosa.

— Sólo le di un pequeño golpecito donde no llega la luz de sol –. Me sobo la rodilla y sonrío.

— Ojalá y no le funcione nunca más ese aparato – dice Melisa soltando una carcajada –. Tenía que acompañarte me hubiera encantado ver eso.

Entonces me acuerdo del Ken Doll y su rico beso – sonrío –. Pero no se lo contaré aún o no me dejará salir de aquí, y quiero estar sola. Me seco la cara y doy media vuelta.

— Dile a la profesora que estoy indispuesta o invéntale algo, me quiero ir, prometo hacer todo lo que me toca en casa; y entrega el trabajo enseguida –. Me abraza y me da un beso.

— Tranquila, todo se arreglará.

— No se te ocurra hacer nada por favor, yo lo solucionaré sola – le digo saliendo del baño, la conozco bien y sé que se las ingeniará para que pague.

— No te preocupes, hablaré con Ena y te consultaremos todo antes – me

dice mientras vuelve al salón.

— No hagan nada – le grito, voltea, me saca la legua y corre.

Cuando estas mujeres se juntan hasta el diablo se esconde –. Pienso negando con la cabeza y saliendo de ahí.

CAPÍTULO 4

Llego a la casa y son las dos de la tarde, me hago un sándwich de verduras para almorzar y me dirijo a mi habitación a hacer algunos trabajos que tengo pendientes. Cuando termino me voy a la ducha, enciendo mi Mp4 y me demoro una eternidad en ella, siento como el agua caliente pasa por mi cuerpo y me relaja, me gusta tomarme mi tiempo.

Cuando termino de bañarme, me coloco una bata y me tiro en la cama, necesito descansar, pero es inútil, no logro quitar de mi cabeza al Ken Doll extranjero de intensos ojos azules y labios a la medida.

— No pienso acudir a la cita, no es el tipo de hombre que busco, ni yo la mujer que necesita y antes de empezar algo que sé que terminará mal, mejor me ahorro ese sufrimiento extra -. Me sumerjo en mis pensamientos y en cuestión de minutos me quedo completamente dormida.

Cuando me despierto son las seis de la tarde. Qué bien he dormido, ya lo necesitaba. Me pongo de pie y me dirijo a buscar a Ena; que ya debió haber llegado.

Entro a su habitación y no hay nadie, así que bajo las escaleras y me dirijo a la sala de televisión. Está sentada en el sofá, viendo *Suits* una serie de abogados en Netflix.

— ¿Qué ha pasado? No tienes buena cara – me dice preocupada apenas me ve.

— Estoy cansada, es todo -. Me encojo de hombros.

— ¿Estás segura de que sólo es eso? – Me mira extrañada. Salgo de ahí antes que me someta al interrogatorio habitual.

Me dirijo a la cocina y busco en las repisas una bolsa de moritas, son las gomitas más ricas del mundo y me encantan, abro una bolsa nueva y me doy un atracón.

Ena llega a la cocina y al verme pone mala cara.

— Morirás de un coma diabético si comes las moritas de esa manera -. Me quita la bolsa y comienza a comerlas. Sonrío.

Nos quedamos calladas unos segundos, Ena no aparta su mirada de mí y yo sé que sabe lo que pasó, Melisa dijo que la llamaría.

— Déjalo ya Ena – digo sin mirarla.

— ¡¿Cómo que déjalo ya?! Tienes que pararlo Elizabeth, tienes que denunciar a Gregory – dice casi gritando -. Hazme caso de una vez por todas, antes de que decida hacerte algo peor.

— Lo haré, si me vuelve a molestar, lo haré -. Me mira indignada, sé que

ella lo odia.

— No te creo, llevas diciéndome lo mismo una eternidad –. Intento coger más moritas, pero me aparta el paquete.

— No volverá a pasar créeme, ya le dije sus cuatro verdades y algo más – sonrío al recordarlo.

— Ya lo sé, pero no es suficiente castigo –. Cambia su cara de enojo y sonrío –. Melisa me ha llamado y me ha contado todo, te manda a decir que todo salió genial con el trabajo. – Me devuelve mis moritas y me toma del brazo.

— Ahora ve a arreglarte, vamos a cenar y nada de negativas.

Ena cuando se lo propone me cuida más que mi abuela.

¡Qué pesadilla!

A las ocho de la noche estamos en nuestro restaurante favorito “*Dom’s*” hay fotos de *Vin Diesel* por todo el lugar y a Ena le encanta, es su amor platónico. El restaurante está dividido en dos zonas, una en donde sólo se entra con reserva anticipada y siempre hay que venir vestidos de etiqueta, es un espacio muy elegante, vienen todos los famosos y personas importantes.

A la zona número dos se puede entrar sin reservación, y puedes vestir como quieras, en este lugar sirven desde los platos más glamurosos y ricos del mundo, hasta las comidas rápidas más increíbles. A Ena y a mí nos encanta venir a la zona dos, ya que está ubicada enfrente de “*Perfect Body*” uno de los gimnasios más caros y pijos de la ciudad, a la cual vienen todos los hombres con los cuerpos más increíbles de Bogotá. Sus paredes todas en vidrio dejan a la vista aquellas hermosuras, por eso cada vez que venimos a “*Dom’s*” no sólo venimos a deleitar el paladar, sino también la vista con esas chocolatinas sexys.

Mientras miramos la carta, suena los acordes de “*I see you again*” de *Whiz Khalifa*, la canción de rápido y furioso siete. De inmediato comienzo a cantarla:

*It's been a long day without you, my friend
and I'll tell you all about it when I see you again
We've come a long way from where we began*

Oh, I'll tell you all about it when I see you again, when I see you again...

Amo esa canción, pero cuando la escucho me pongo triste, ya que me recuerda a *Paul Walker*, fue un excelente actor y particularmente a mí, me encantaba todo de él y todo es todo. Que no hubiera dado por conocerlo.

— ¿Qué piensas pedir? – Le pregunto a Ena, mientras me río al ver como

se le van los ojos por Jorge, su enamorado que camina por los pasillos de “*Perfect Body*” en pantaloneta.

— Un “*Hot dog fast and furious*” – me dice sobando su plano abdomen.

— ¿Te comerás todo eso? – La miro sorprendida – ¿Un Hot Dog de 30 cm? – se ríe.

— Comer y no engordar es el sueño de todas las mujeres y a nosotras ese sueño se nos hizo realidad, así que hay que aprovecharlo, además tenemos todo el tiempo del mundo para comer y observar –. Llama al mesero y voltea su mirada al “*Gym*”.

Al final me decido por una “*Hamburguesa O’conner recargada*”, trae todo lo que te puedas imaginar y doble, así que pido una mediana, no podría con más.

Mientras comemos, no dejamos de mirar esos impresionantes hombres que se pasean casi sin ropa por todo el lugar. Algunos llevan ropa de gimnasio y otros solo shorts cortos y sus bíceps al aire libre para poder ser admirados.

Mi teléfono comienza a sonar y me espanto al escucharlo, lo busco en mi bolso, pero no logro encontrarlo. Todo se me pierde dentro. Cuando lo consigo por fin, encuentro una llamada perdida.

Reviso el teléfono y es un número extraño, así que me relajo y no le prestó atención, ya que guardé el número del muñequito cuando me llamó esta mañana.

Vuelve a sonar.

— Diga – contesto, pero nadie responde –. Hola.

— No cuelgues por favor, por favor necesito que hablemos – dice Gregory al otro lado –. Necesito hablar urgente contigo, por favor Eli, discúlpame por lo de esta mañana no volverá a pasar, hablemos –.

En ese instante me entra otra llamada, pero antes de cortar le digo:

— Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, así que pinta un bosque y piérdete querido.

— ¿Por qué me hablas así? Pero ¿Qué te he hecho? ¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Estás ocupada?, te necesito Eli, necesito que hablemos.

¡Por Dios! Terminamos ya hace 2 años y este tarado aún no entiende que no quiero estar con él.

— Mira Gregory, ¿tú no sabes lo que es el desprecio? – le digo enojada –. Entiende que ¡No!, no me interesa es—cu—char—te – le digo y cuelgo de inmediato, no quiero perder la cordura en el restaurante.

Ena me mira con mala cara, me ha dicho en varias ocasiones que lo

denuncie, pero nunca he querido hacerlo, porque a pesar de lo intenso que es, lo conozco, y se todo lo que él ha pasado y como le ha tocado salir adelante, por eso me ha dado cosa demandarlo, pero últimamente se está pasando, se está pasando.

— Nunca discutas con un idiota – dice Ena mientras limpia su boca con una servilleta –. Porque ellos te bajarán a su nivel y te ganarán por experiencia, y tú sabes que Gregory es el rey de los idiotas – asiento, sé que tiene razón y tengo que tomar cartas en el asunto.

Sigo comiendo mi hamburguesa y miro por la ventana los bombones del gym, mi móvil vuelve a sonar, y sin mirar quien llama contesto perdiendo la paciencia.

— Mira soquete, estoy con quién se me dé la gana, hago lo que quiera y me ocupo con quién se me plazca, así que ahora desaparece de mi vida – le grito sin importar que me escuchen, lo demandaré, no hay otra opción.

Se queda callado unos segundos y cuando voy a colgar escucho:

— Primero que todo yo no soy ningún soquete, me tocará enseñarte modales Amargada –. Y ahí está, la voz sensual que ha estado en mi cabeza todo el día.

Casi se me sale el corazón al escucharlo, pero sin poder decir nada solo escucho lo que tiene para decir:

— Yo quiero estar contigo, hacer muchas cosas juntos y estaremos muy ocupados haciendo lo que tengo en mente –. Me quedo callada; no sé qué decir –. Y para eso la que tiene que aparecer eres tú.

Temporalmente he perdido el habla. Estoy muda, pero por lo que veo él tiene mucho más que decir.

— Estoy afuera de tu casa, serías tan amable de aparecer antes que yo aparezca donde estás –. Tomo un poco de agua, pero se me va por el otro lado y comienzo a ahogarme, no puedo dejar de toser.

Ena se levanta de prisa ayudarme. Cuelgo la llamada y coloco mi móvil en la mesa.

— Un día de estos el imbécil de Gregory acabará contigo – dice dándome palmadas en la espalda.

Me falta el aire. No puedo hablar. No puedo pensar en nada que no sea en él parado afuera de la casa.

Yo no le he mandado la dirección ¿Cómo la ha conseguido?

Entonces recuerdo:

“Si no me mandas un mensaje con tu dirección yo la averiguaré”

Mi móvil comienza a sonar.

Me entran los siete males.

Alzo la mirada y en la pantalla sale “Número privado“. No le contesto, rechazo la llamada y coloco mi móvil en vibrador, pero él no se da por vencido. Rechazo cada llamada y este vuelve a marcar.

— ¿Quién te llama con tanta insistencia? – dice Ena que aún está a mi lado –. Y de un número privado.

— Debe ser el fastidioso de Gregory, ya sabes que él nunca dejará de insistir –. No quiero decirle lo del *Ken Doll*, no quiero que se emocione por algo que nunca va a pasar.

— Ya verás lo que le va a pasar si sigue molestando, ya estoy en ello –. La miro preocupada, nunca se le ocurre nada bueno, cuando se junta con Melisa hasta el diablo se asusta. Pobre Gregory.

Mi móvil comienza a vibrar en la mesa y antes de que pueda rechazar la llamada veo como Ena lo toma y lo contesta.

— Mira tarado. Según el código penal colombiano el acoso es un delito, así que desaparece o sentirás todo el peso de la ley – suelto una carcajada mientras la miro nerviosa, ella y sus códigos, siempre los saca cuando los necesita, sin duda es una gran abogada, aunque me preocupa que se lo esté diciendo a la persona incorrecta.

Trato de recuperar la compostura y tomo un poco de agua para relajarme, miro a Ena y esta se queda callada por unos momentos y escucha atentamente.

— No me refería a ti – dice mirándome con mala cara –. Pregúntaselo –. Añade, me pasa el móvil y se sienta en su silla.

Respiro profundo antes de contestar. No sé qué decirle, pero no tengo opción, Ena me mira esperando a que conteste o diga algo, pero no me salen las palabras, pasan unos segundos y me doy cuenta de que él tampoco dirá nada; así que decidida acabar con esto pregunto:

— ¿Qué quieres? – Sé lo que quiere, pero no le voy a dar el gusto.

— Amargada, ¿Dónde están tus modales? – Está enojado, su voz me lo dice –. Y tú sabes muy bien lo que quiero.

— Mis modales los mandé a la mierda junto contigo –. No ha sido mi día y que este venga ahora con sermones no lo mejora ¡Que se abra como la yuca!

— Muchacha insolente – dice colmando mi paciencia – ¿Dime quién te está acosando?

— Hay una larga lista que tú encabezas, así que deja de joderme – digo enojada.

Estoy harta de los hombres y su obsesión por acosarme.

— Yo no te estoy acosando —. Es absurdo lo que dice —. Me debes algo y vas a pagar.

— No te debo nada, y creo que ya te has cobrado muy bien—. Alzo la cabeza y miro a Ena que tiene una ceja levantada mientras me escucha. Se muere por saber a qué me refiero y ya no parará hasta saberlo.

— Sólo me lo agradeciste, el pago es la cita, así que voy por ti —. Cuelga el teléfono y yo me muero de rabia.

No puedo devolver la llamada al número privado, así que automáticamente marco el número del que me llamo por la mañana. A mí nadie me cuelga. Sin saber aún si es él quien contesta le digo:

— Mira Ken Doll, escúchame muy bien porque no te lo diré dos veces, *no me interesas*, ¿Te tengo que hacer un dibujo para que entiendas? o ¿Te lo hago mejor con manzanitas?

— ¿Ken Doll? — Pregunta sorprendido.

— Si, eres un muñequito plástico y además sin cerebro —. Alzo la mirada al escuchar a Ena soltar una carcajada, intento controlarme para no reírme —. Adiós y no vuelvas a llamarme —. Cuelgo sin esperar su respuesta.

Quiero que mi día termine ya, pero sé que Ena tiene una lista de preguntas para su interrogatorio.

— ¿Quién es el muñequito sin cerebro? y quiero saberlo ¡Ahora! —. Coge su vaso de Coca—Cola y da un sorbo—. Y cómo es eso de que ya se ha cobrado muy bien — me dice levantando la ceja con cara de perversa.

— No es lo que estás pensando, perversa —. Suelta una carcajada y no puedo evitar sonreír.

— Entonces no me hagas pensar y habla.

No tengo salida, así que le cuento todo lo sucedido, tanto lo que pasó en el ascensor, afuera del salón, el trabajo, los besos, en fin, todo con pelos y señales mientras ella me mira asombrada sin poder creer todo lo que le estoy contando.

— ¿Todo eso en un día? — Pregunta asombrada.

— Para que veas — respondo.

— Gregory siempre de sapo dañando los mejores momentos — suelta enojada cuando le termino de contar, y tiene razón — ¿Qué tal está? Dime que vale la pena el muñequito plástico —.

No me sorprende su pregunta — sonrío.

— ¿Es lindo por lo menos? — Añade.

— No es lindo, está más bueno que el pan con arequipe, y me estoy quedo corta —. No puedo negarlo, está para comérselo —. Está mejor que los que ves ahí al frente.

Mira al GYM y se toma la Coca—Cola de un trago.

— Si está más bueno que estos, yo sin dudarlo botaría todos los papeles de la oficina, nada más para que los encuentre —. Suelto una carcajada al escucharla.

Amo a esta mujer, pero sé que no le va a gustar lo que tengo para decirle.

— No quiero salir con nadie, no quiero otro Gregory en mi vida —. Me mira con mala cara y antes de que diga algo más le suelto: — Sí, sé que no todos son iguales, que los hay peores y que puedo divertirme con el que quiera, pero no lo necesito por ahora, no quiero a un muñeco estirado en mi vida, además sólo fue un beso, así que no dramatices.

— ¿Cuánto tiempo más vas a esperar? ¿Hace cuánto que no estás con un hombre? ¿Años? ¿Décadas? ¿Siglos? Y no Eli, no fue sólo un beso, si lo fuera no estuviera llamándote y pidiéndote citas ¿o sí?

Sé que tiene razón, que no fue sólo un beso, fueron miles en uno solo, pero no me hago ilusiones o sufriré de nuevo, pero conociendo a Ena sé que aún le quedan muchas cosas por decir.

— Ena por favor, si lo vieras no dijeras lo mismo.

— Claro que no dijera lo mismo, si lo viera ya le habría pedido cita yo — sonrío, sin duda es lo que haría.

— Pues quédatelo — le digo con amargura.

— Déjate de bobadas, sabes que estoy con Jorge y todo va más que enserio, además el muñequito de plástico te quiere es a ti.

— No he tenido un buen día, no comiences tú ahora — le digo de mala gana.

— Ok —. Se limita a decir molesta, sabe que cuando no estoy de buenas es mejor dejar de molestar. Se voltea para llamar al mesero.

Cuando ya nos hemos deleitado el paladar y la mirada lo suficiente, decidimos volver a casa, así que yo me dirijo sola al parqueadero y Ena me espera fuera de “*Perfect Body*” mientras yo voy por el coche, y la entiendo, porque ese lugar es el cielo en la tierra, además tenía que hablar algo importante con Jorge y si le sumamos que está molesta conmigo, mejor que viniera yo sola, necesito unos minutos para respirar.

Como el parqueadero del restaurante estaba lleno, dejamos el auto en un parqueadero dos cuadras más adelante, pero al llegar ahí, un escalofrío

recorre mi cuerpo, son las 11:30 de la noche y está muy oscuro. Una fuerte brisa azota el lugar y miro al cielo mientras me abrazo, creo que va a llover.

Busco mi auto con la mirada lo más rápido que puedo, cuando lo veo voy deprisa hacia él, al llegar busco las llaves en mi bolso y me demoro una eternidad en hallarlas. Odio no poder encontrar lo que busco cuando lo necesito, tengo tantas cosas que siempre pierdo todo dentro.

Cuando por fin las encuentro, abro la puerta y tiro mi bolso dentro, pero antes de que pueda entrar en el asiento del conductor siento como alguien me toma del brazo, me voltea con fuerza sobre la puerta trasera del coche y se abalanza sobre mí.

Pego un grito aterrada, cierro los ojos y pienso lo peor. Dejo caer las llaves al suelo y él me aprisiona con su cuerpo, coge mis brazos y los levanta colocándolos sobre la puerta trasera del auto para que no me resista, mi respiración se acelera y no puedo hacer nada, estoy perdida. Mi cuerpo tiembla, mi voz se corta y mis piernas flaquean, no me da tiempo de reaccionar cuando siento su boca sobre la mía.

Intento separarme.

— ¡Suéltame! – Grito.

— ¡No puedo! – Es lo único que dice antes de volver a pegar sus labios en los míos.

Trato de despegarme, pero es inútil, este hombre es impresionante y sus besos son más fuertes que yo, es imposible resistirse a esos labios y siento como los míos responden a sus caricias.

Sus manos bajan por mis brazos llegando a mi cintura y tomándome con fuerza, me pega a él y su cuerpo vibra de placer junto al mío, las chispas y la conexión es de verdad asombrosa; esta es sin duda, una de las mejores sensaciones de mi vida. Sus labios juegan con mi boca y cuando sus besos recorren mi cuello por fin puedo respirar, su aroma a frutos rojos inunda mis fosas nasales por completo y me gusta, su sabor, su olor y su tacto me hace sentir plena.

— Te quiero en mi cama ¡Ahora! – Casi no escucho lo que dice y sin separar sus labios de los míos añade: – Sé que lo quieres tanto como yo nena, vamos, no te resistas más a mí, ya me tienen loco tus besos.

Cuando voy a responder y a decirle sus cuatro verdades me quedo corta, vuelve a poseer mis labios y me besa con más pasión. Es el beso más intenso de mi vida y no creo que nadie nunca lo pueda superar. Siento como nuestra respiración se acelera, su corazón se saldrá en cualquier momento y su

pantalón explotará.

Suena su móvil, pero él no se separa de mí, sus manos juegan en mi cuerpo mientras sus labios no me dejan pensar. Vuelve a sonar su móvil y un gruñido sale de su boca. No quiere despegarse de mí e intensifica más el beso. Cuando vuelve a sonar por cuarta vez, no puede evitarlo y se separa, saca su móvil de la chaqueta y al mirar la pantalla su semblante cambia, cierra los ojos y maldice mientras trata de recuperar la compostura, lo siguen llamando con insistencia y dando media vuelta contesta la llamada.

Se aleja dejándome sola en el parqueadero y yo aún no puedo moverme, trato de calmar mi respiración que está fuera de control, mis piernas no responden y mi corazón se quiere salir. ¿Cómo es posible que un hombre ponga mi cuerpo de esta manera?

Espera...

¿Cómo me ha encontrado?

¿Quién lo ha llamado?

¿Por qué se ha ido así?

Mi cabeza es una locomotora a punto de explotar con tantas preguntas, pero creo que no debo pensar, si se ha ido es porque no puede ser y punto, pare de contar.

Después de unos minutos y cuando por fin puedo moverme, recojo las llaves del piso, me subo al auto y enciendo la radio para relejarme, “*Hasta el amanecer*” de *Nicky Jam* suena, que conveniente ¿no?, pienso al escuchar la letra. Minutos después salgo del estacionamiento en busca de Ena mientras miro por todas partes esperando encontrarlo, pero ha desaparecido, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

CAPÍTULO 5

Ya es viernes y voy manejando a la universidad, el tráfico está insoportable como de costumbre y no he podido dormir bien después de todo lo que pasó en el estacionamiento. Decido encender la radio para no pensar y empieza a sonar “*Olvidé respirar*” de *David Bisbal*. La música es lo único que me trasporta de toda esta mierda.

Cuando el tráfico por fin cede, llego a la universidad y estaciono mi *Nissan*, recojo todas mis cosas y me arreglo antes de bajar del coche y dirigirme a la facultad. Cuando bajo de este, alguien me coge del brazo y me voltea.

— No dejes para mañana los orgasmos que puedes tener hoy.

No me da tiempo de reaccionar, ni de pronunciar palabra cuando ya está encima de mí; pega sus labios en los míos, haciendo lo que más me gusta, me derrito en su boca sin saber qué hacer, no puedo resistirme y lo sabe.

Se me va el aire y mi corazón se acelera, no quiero que se detenga; el sabor de sus labios es lo mejor que he probado en mi vida, muerde mi labio inferior con suavidad y su lengua hace de las suyas nuevamente en mi boca.

Después de un buen rato pegado en mí, separa nuestras bocas y me da un ligero beso dejándome con ganas de más, une nuestras frentes y trata de controlar su respiración.

— Si no me pagas, buscaré la forma de cobrarme –. Me entrega una tarjeta y desaparece, dejándome aún descompuesta por su beso.

Respira Elizabeth. ¡Respira!

Trato de controlar mi respiración agitada, no puedo negar que me atrae ¿Y sus besos? Bueno... ya eso es otro nivel, es sólo que pegue sus labios a los míos y dejo de ser yo, tendré que quitarle esa manía antes de que sea demasiado tarde y se apodere por completo de mí. La bocina de un coche me devuelve a la realidad, me aparto de ahí y me voy a clases.

Mientras camino me doy cuenta de que aún no leo la tarjeta que me ha entregado, así que la miro.

Diseños arquitectónicos Brown

Damian Brown

Arquitecto especialista en estructuras

308764789 – 3068974939

Volteo la tarjeta.

< *¿Un muñeco de plástico te deja sin aliento?*

Yo siempre consigo lo que quiero.

Arq. Brown. >

Damián Brown, al fin sé su nombre, un nombre genial para un hombre sensual, aunque Ken Doll le queda mejor – sonrío –. Doblo el papel y lo guardo en el bolso. Este sí es un capullo de primera.

No he prestado atención a ninguna de mis clases del día, sólo puedo pensar en él. Mientras los profesores explican yo lo único que puedo hacer es mirar su tarjeta y darle vuelta para leerla y releerla, simplemente no puedo dejar de pensar en su cara, su cuerpo, sus labios.

¿Qué hare con el Ken Doll y su manera de besar?

Tiene ese cuerpo perfecto que se marca tras su traje, unos ojos tan azules y profundos que me atraen, pero a la vez me asustan; algo tan hermoso no puede ser real, además, sé que trae loca a media universidad, y que es un típico rompecorazones que cree que el dinero lo compra todo y que lo material es lo importante, así que tengo que dejar de pensar en él, no es el hombre que quiero y sin duda no soy la mujer que necesita. Rompo la tarjeta y me concentro en la clase, se acabó eso de pensar en el estúpido muñeco de plástico y perfume caro.

Salgo de clases y me dirijo al baño, ha sido un día agotador, ya solamente me falta un bloque de tres horas para irme a casa.

Estoy exhausta y quiero descansar.

Llego al baño y saco mi maquillaje, necesito retocarme, miro mi móvil y hay un mensaje nuevo de un número desconocido. Lo abro.

<Tienes los labios más deliciosos que he probado, creo que cambiaré la manera de como debes pagarme.

Arq. Brown.>

No sé si alegrarme o gritar de frustración, este hombre es imposible. Me hecho agua en la cara y me maquillo un poco, trato de arreglar mi cabello y cuando termino me dirijo a mi última clase.

Salgo del baño y me quedo pasmada. Casi se me sale el corazón. Me congelo en mi sitio y veo como el madurito que me gusta se acerca a mí a pasos gigantes.

Me entran los calores.

¡Ay Dios!

Cuando lo veo más cerca, muevo mi cabeza para salir del estupor en que me encuentro y no sé lo que tengo que hacer, así que me relajo y espero que llegue para decirle las verdades que siempre estoy dispuesta a decirle y nunca

consigo hacerlo.

Al llegar me coge por la cintura, respira profundo mientras me acerca más a él y cuando voy a soltarle todo lo que tengo pensado me dice:

— Ni se te ocurra decir una palabra —. Pega su frente a la mía y suspira —. Sólo cállate, cállate y bésame — susurra pegándose en mi boca, y devorándola como solo él sabe hacerlo.

Después de unos minutos que me parecen segundos deja de besarme y pega su frente a la mía, mientras cierra los ojos con fuerza.

— Me estoy volviendo adictos a tus besos y eso me preocupa — dice casi sin respiración —. Me es imposible estar lejos de ti.

Une nuestras bocas con fuerza y se desvive por dejarme sin aliento, acaricia mis labios con su lengua de una forma tan perfecta que siento que estoy en el paraíso, su olor, su sabor, el calor que me quema por dentro cada vez que siento su contacto, no creo que pueda resistir mucho más tiempo, ni siquiera puedo pensar en todo lo que iba a decirle.

Dejo caer mi bolso al suelo y enredo mis manos en su pelo respondiendo a su ataque, mientras de su boca sale un gruñido de aprobación y me sujeta con más fuerza.

— Hhmm... Exquisita —. No puede decir más nada porque soy yo la que se vuelve a pegar a él. Sonríe, pero responde a mi beso con muchas más ganas.

Me quedaré sin labios si sigue besándome de esta manera, pero por esos besos creo que vale la pena perderlos.

De repente su móvil suena.

Él gruñe y se aparta casi a la fuerza de mí, lo saca de su chaqueta y al ver quién es, pone mala cara; me mira y su mirada es oscura.

¿Otra vez?

¿Quién será?

La noche que estaba en *D.o.m's* también nos interrumpió una llamada.

¿Se irá de nuevo?

— Lo siento, no volverá a pasar —. Es lo único que dice antes de marcharse y contestar la llamada. Dejándome ahí parada como una tonta.

No salgo de mi asombro mientras camino a clases, sólo puedo pensar en él y en lo imbécil que es. No sé qué sea creído; llega, me besa y se va, aunque a pesar de todo, en mi cabeza permanece su silueta a la perfección.

¡Despierta Elizabeth! ya deja de pensar en ese Ken Doll que te arruinará la vida, ya te han hecho sufrir suficiente, no busques tú sola tu propio infierno —. Me regaño mentalmente, sé que a estos hombres no se les debe tomar en serio.

Escucho una voz familiar, alzo la mirada y veo venir a Gregory ¡Lo que me faltaba! Me desvíó del camino lo más rápido que puedo para no tropezarme con él, porque con lo enojada que estoy me la vuela más y lo pico.

Al terminar las clases voy caminando con Melisa a la cafetería, necesito comer algo o me desmayaré.

— Tengo que hablar contigo seriamente.

— ¿Qué pasa? – Su mirada me dice que no es nada bueno – dime de una vez.

— Te vi besando fuera de los baños al arquitecto sexy, bueno te vieron todos –. Me mira con picardía – ¿Es el mismo loco que anda besándote por doquier? O ¿Es otro al que también le levantas el pajarito?

— Oyeeeeee – suelta una carcajada al escucharme.

Lo sabía, si no lo sabe Melisa no lo sabe nadie y claro, como no me van a ver todos si ese idiota me besa donde se le place.

— No es nadie importante ¿Por qué? – Pregunto como si no me importara.

— Pasé a saludar Andrés a su oficina –. Se queda callada y me mira. No entiendo qué relación hay entre Damián y Andrés, su nueva conquista.

— ¿Qué pasa con eso? – Odio que me hagan esperar.

— Cuando pasé por su oficina, vi como la morronga peliteñida de Roxana se le lanzaba, sabes que es una zorra de primera –. Pongo los ojos en blanco, la misma estúpida con quien encontré a Gregory, ahora está tras el Ken Doll.

— Son tal para cual, muñecos de plástico – le digo quitándole importancia.

— Sólo quería que lo suspiras, no quiero que te emociones con ese capullo, la verdad no es el tipo de hombre que me gustaría para ti.

— Ni a mi querida, entre ese capullo y yo no hay nada, sólo un jueguito estúpido que le pondré fin en este momento.

— Ese capullo sólo es bueno para darse un revolcón, así que aprovecha el interés y luego deséchalo.

— Ya está desechado Melisa, ese hombre me da tan igual, que ni para un revolcón lo quiero – le digo, pero en realidad siento que exploto por dentro.

Es lo único que me faltaba, se tenía que meter justo con esa, con esa Prostiputizorra mundial –. Pienso cuando recuerdo a Luisa Fernanda W, una chica de Instagram que hace videos locos y sale con cada palabra divertida y esta es justo la que le cae a esa tipeja.

CAPÍTULO 6

El sábado como de costumbre me dirijo a trabajar. Hace dos años con ayuda de algunos amigos comencé mi propio negocio y hoy en día soy la administradora y casi única dueña de una de las tiendas con más *fashionable clothing* de Bogotá, llamada *Eli 's beautiful outfits*, el negocio se ha crecido tanto que apenas termine con algunas deudas iniciales, que no termino de suplir, seré la única dueña y abriré una nueva sede, y si Dios me lo permite una franquicia completa por toda Colombia.

Mi boutique está dividida por salas, la sala color rosa pálido tiene todas las colecciones femeninas y zapatos acomodados en vitrinas de vidrios, en la sala de color negro se encuentran todas las colecciones masculinas: zapatos, correas, corbatas de diseñador y en la sala color azul están las lociones, relojes y accesorios de lujo. Tengo empleados y asesores de moda que brindan una atención adicional a todos nuestros clientes y eso ha marcado la diferencia para nuestro éxito.

Luego de atender varios clientes, recibo unas mil llamadas de Ena y de Melisa para confirmar si iré a “*Melodic Drinks*“, el bar karaoke de moda. No sé porque insisten tanto, aunque dijera que no, ellas me obligarían a ir.

Se abre la puerta del local.

— ¿Cómo está la empresaria más hermosa? – Lucas, uno de mis mejores clientes y único socio llega a saludarme.

Aunque nuestro comienzo no fue fácil, hoy somos grandes amigos. Lucas es un hombre tierno, cariñoso y con grandes sentimientos, que después de todo lo que pasó entre nosotros aún quiere tener algo conmigo. Es guapísimo, su pelo liso, largo y negro hace juego con sus oscuros ojos, además tiene un cuerpo tipo “*Perfect Body*” Uff, lo tiene de ataque. Pero ya lo intentamos una vez y su trastorno obsesivo compulsivo lo acabó todo, casi me vuelve loca, eso sin mencionar nuestra primera vez juntos, todo debía estar en su sitio, nada debía tocarse, todo siempre tenía que estar perfecto. Era de verdad abrumador, tanto que al final mejor salí corriendo.

Después de años de amistad, las chicas y yo lo convencimos de ir con María Roqueme, una psicóloga muy buena que nos recomendaron. Ya lleva meses en terapia, y aunque ya no va muy seguido como antes, eso le ha ayudado mucho; sus compulsiones y pensamientos irracionales han disminuido en grandes proporciones. Ya se puede tener una conversación sin necesidad de que lo limpie todo mil veces. No puedo negar que es mucho más agradable

ahora, pero el para mí, ya entró en la friendzone.

— Hola Lucas, ¿Cómo estás? – Me abraza y me da un beso en la mejilla.

— Bien dulzura, ¿y tú?

— Excelente; y el negocio marcha genial –. Le devuelvo un beso en la mejilla y lo invito a sentar en una pequeña sala de estar –. Vamos tan bien que ya pronto te pagaré todo lo que te debo.

— Eres buena para los negocios ¡Eh! quién lo diría –. Me guiña un ojo –. Y no te preocupes por el dinero, págame cuando puedas –.

Limpia la silla lo suficiente como para poder sentarse. Sonrío.

— Están limpias Lucas, yo me he encargado de limpiarlas cuando llegué.

— Lo sé, lo siento, a veces no lo puedo controlar –. Limpia sus manos con un antibacterial –. Vengo por mi pedido de este mes – sonrío y me pasa su tarjeta de crédito.

— Le pediré a Sara que lo traiga, espera un momento –. Lo dejo arreglando su traje, él nunca cambia.

Lucas es un gran empresario y ha sido de gran ayuda para hacer crecer mi negocio, aunque fue el que más invirtió y ahora podría ser el dueño, sólo me pidió que con el tiempo le devolviera el mismo dinero invertido y sin intereses. Después de dos años ya casi logro pagarlo todo.

Al volver lo encuentro en el área masculina, me mira y mueve la cabeza para que me acerque, lleva un traje original de Giorgio Armani color negro, camisa blanca y corbata. Se ve fantástico, él nunca dejará el buen gusto.

— En un momento Sara te trae todo –. Le devuelvo la tarjeta de crédito, me agarra la mano y la besa.

¡Ay Dios!

— Quiero pedirte algo –. Me suelta y se acerca a mí –. En las próximas semanas estaré inaugurando “*The Mob*” – Me mira fijamente –. Quiero que seas mi pareja esa noche.

“*The Mob*” será el nuevo bar de moda más pijo de la ciudad, Lucas es el dueño de varios bares de la zona y por eso dos sábados del mes, voy con las chicas y la pasamos de lujo, ¡Son la bomba!

— No tendrás que preocuparte por nada, todo correrá por mi cuenta –. Es un gran amigo y excelente persona, pero no puedo ir con él, no puedo darle esperanzas a alguien que no saldrá de la Friendzone.

— Lucas yo... – En ese momento la puerta de la tienda se abre y no puedo creer lo que veo.

Roxana.

¿Qué hace ese elemento en mi tienda?

Lucas se da cuenta de mi reacción y me toma del brazo.

— Recuerda dulzura, los negocios y lo personal no se mezclan, ella es un cliente más —. Asiento, tiene razón, pero esa nunca se había atrevido a venir a mi tienda o no cuando yo estuviera a cargo. Es más, después de lo que pasó con Gregory he tratado de tenerla lo más alejada posible.

Ella es la persona más mala clase que he conocido jamás, y se cree la última Coca—Cola del desierto, porque sus padres estallan en dinero. Es la típica usurpadora que está con los hombres únicamente para sacarles más dinero y lujo. Me enerva tenerla cerca.

Hoy lleva un vestido amarillo, el cual lleva un escote en la parte frontal y es demasiado corto para mi gusto. La observo con detenimiento mientras entra a mi tienda en cámara lenta, y aún no me explico cómo es capaz de venir aquí, pero entonces la puerta se abre tras de ella y casi me voy de espaldas.

¡Damián!

Lleva un fino traje de Chanel color negro, corbata del mismo color y camisa blanca, se ve fantástico. Este se acerca a ella y la coge de la cintura, mientras se dirigen a la sección de ropa femenina. Mi boca casi cae al suelo de la sorpresa, verlos juntos ha sido peor de lo que imaginaba.

Él aún no me ha visto, y yo no puedo dejar de mirar, veo como le pasa la mano por la cintura mientras esta revisa los vestidos frente a ella, le besa el cuello y le susurra cosas al oído.

¡Me hierve la sangre!

¡Agárrenme o los despellejo vivos!

Me dirijo hacia ellos con el fin de sacarlos a patadas de mi tienda, pero Lucas intenta detenerme.

— Dulzura ¿Qué vas hacer? — Me mira preocupado.

— Es mi tienda, tengo que atenderlos —. Me suelto.

— Puede atenderlos alguien más — me dice señalado a Mónica que está cerca.

— ¡No! iré yo — le digo y decidida camino hacia ellos, pero antes de llegar a donde están los miro y veo como la besa.

¡Creo que voy a vomitar!

Ella le mete sus manos con descaro por su chaqueta, mientras él, toca sus nalgas y la besa con tal desfachatez tirando varios vestidos de los estantes.

— Creo que se equivocaron de lugar — digo acercándome y trato de controlar mi rabia. Él se separa al escucharme y al verme me mira

sorprendido.

Si cielo, he descubierto tu jueguito – pienso al ver su cara de asombro.

— Y tú ¿Qué haces aquí? – Dice Roxana, con toda la mala clase que puede, mientras sujeta a Damián de la cintura –. No me digas que trabajas de ayudantica aquí.

— Esta es una tienda de ropa para personas con clase, no un burdel barato donde vienen a toquetearse – le digo ignorando su anterior comentario, mientras acomodo la ropa lo más relajada posible. Aunque la verdad quisiera arrancarles las pestañas con un cortaúñas.

— Tengo toda y más clase que tú, estúpida – dice arrebatándome un vestido de las manos –. Me probaré esté y si me queda bien, lo compraré, y tú pelada, búscame unos zapatos que combinen – suelta queriendo humillarme –. Y mejor atiéndeme bien, antes que te haga despedir.

Suelto una carcajada al escucharla, a la mierda el profesionalismo.

— Mira rana platanera, no estoy aquí para atenderte ni mucho menos aguantarte – le digo perdiendo la paciencia –. Tienes más ropa que cerebro y mi tanga brasilera tiene más tela que tu vestido – le digo arrancándole mi vestido de las manos –. Y habla con quien quieras, la única que saldrá despedida de esta tienda, vas a ser tú.

— ¿Cómo me acabas de decir? – Estira su mano para golpearme y la sujeto con fuerza.

— ¡Rana platanera! ¿Y sabes por qué? – Su cara es todo un poema y yo sonrío con superioridad, lo que me faltaba, venirme a humillar en mi propia tienda; así que con mala gana añado: – Eres una rana platanera, porque brincas en cualquier plátano que ves –. Sus ojos se le quieren salir del coraje, Damián pone mala cara y yo más enojada de lo necesario, le suelto la mano con fuerza y continúo diciéndole: – Es mejor que ni te atrevas a tocarme si quieres salir de aquí con tu dentadura postiza intacta, así que desaparezcan de mi vista.

Roxana se tira en los brazos de Damián y pone cara de perrito, lo miro y este está inexpresivo. No esperaba encontrarme ahí, no quería que me diera cuenta de su jueguito, aunque claro, ya lo sabía.

— Es mejor que saques a esta morronga de *Mi tienda* –. Enfatizo muy bien para que nunca lo olviden. No dice nada, sólo me mira... me mira y me mira, hasta que Roxana lo saca de donde quiera que se haya ido.

— Vámonos cielo, nosotros no necesitamos nada de esta cochina tienda – dice mientras lo abraza –. Estos harapos son para otra clase.

— Y es algo en lo que estoy de acuerdo contigo, mi ropa tiene mucha clase

como para que la utilicen personas de tu categoría –. Intenta lanzarse sobre mí, pero Damián la detiene –. Si no quieres que te mande a sacar, desaparece.

— Vámonos, iremos a otra tienda –. Es lo único que dice, la agarra por la cintura y se dan media vuelta. Salen de la tienda mientras esta tira todos los estantes a su paso y yo pienso seriamente en arrancarle sus extensiones.

Lucas niega con la cabeza mientras Damián la sostiene con fuerza y la saca de aquí. Menos mal se la llevó, porque ya no respondía por lo que fuera capaz de hacerle. Siempre que llega un chico nuevo a la ciudad, Roxana lo envuelve hasta que le exprime todo lo que tiene. Es el tipo de mujer para ese idiota, materialistas interesadas.

— Yo jamás dejaría que esa usara uno de mis vestidos – le digo a Lucas cuando se acerca –. Aunque me muriera de hambre y esa fuera la única con dinero en el mundo.

— Contrólate Elizabeth, sé profesional.

— Fui más profesional de lo que debería, no le arranqué las extensiones, no la piqué y la dejé salir con dientes – le digo recogiendo el desastre, mientras él se controla por no reír.

Minutos después llega Sara con sus cosas y se las entrego.

— Piensa lo que te pedí dulzura – dice besándome la mejilla, recoge su pedido y sale de la tienda. Él sabe que conmigo no puede discutir o será peor, cuando estoy enojada es mejor que me dejen tranquila.

Al llegar a casa me siento agotada, me desvisto y me meto a la ducha, amo estar aquí, es el mejor lugar para pensar y para sentir, ya que el agua se lleva todo lo malo que cae en ti, pero hoy lo que menos quiero es eso, pensar, pero es inútil, cierro mis ojos y su rostro aparece frente a mí, esos ojos azules que me hipnotizan cuando me miran, sus ricos y majestuosos labios los siento pegados en los míos, mientras sus manos me tocan.

De pronto la imagen de Roxana en mi tienda devorándolo me sacan a la realidad, menos mal todo terminó antes de que comenzara, es mejor terminar todo antes de sentir, antes de sufrir por lo que sentimos, aunque no puedo negar que extrañaré lo cerca que estuvimos, de lo que sea que pudo haber pasado.

Después de martirizarme un poco más me regaño mentalmente, no debo seguir pensando en él un segundo más, salgo de la ducha y me voy a arreglar. Me espera una gran noche y no me amargaré la vida por un tipito que no significaba nada para mí.

Llego a mi clóset y busco que ponerme, hoy llevaré una falda alta color blanco con encaje al final, una blusa crop top naranja que me encanta,

plataformas y accesorios dorados. Seco y plancho mi pelo, hoy quiero ir súper lisa, me maquillo y me termino de arreglar.

Cuando ya estoy lista bajo las escaleras y Ena está esperándome en la sala. Lleva un vestido azul arriba de las rodillas, tacones negros y accesorios del mismo color, su pelo rubio esta noche lo lleva ondulado, está espectacular.

— ¡Wow! Estás impresionante – dice, mientras me mira de arriba abajo.

— Siempre estoy impresionante, así que déjate de tonterías – le digo y sonrío –. Pero tú no te quedas atrás.

— El taxi ya está en camino, Melisa llegará allá –. Asiento.

Camino a la cocina y me doy un atracón de moritas antes de que el taxi llegue y guardo unas en mi cartera, el alcohol y las gomitas son la mejor combinación.

— Puedes dejar ese vicio ya –. Me fulmina con la mirada y yo le sonrío con ironía, ella muy bien sabe que las gomitas no las dejo ni por toda la diabetes que pueda existir en el mundo.

— Imposible; amo las gomitas y estas moritas aún más.

— Deberías intentar algo con Damián –. Suelta de pronto.

— ¿Cómo dices? – Me atraganto con las gomitas y comienzo a toser.

¡Últimamente por todo me ahogo!

— No te sorprendas –. Se acerca a mí y me da golpes en la espalda –. Hace rato no estás con un hombre de verdad y por la foto que me mandó Melisa, este está impresionante.

— Él no es un hombre de verdad, me quiere para lo mismo que todos los demás, no busca nada serio – digo ignorando el comentario de la foto.

Estas cuando quieren saber algo, son peores que los CSI.

— Un polvo internacional con un madurito tan rico como ese, no te vendría nada mal para reactivar tu máquina –. Me quedo pasmada al escucharla, que fastidio con Ena –. Necesitas salir de años de abstinencia.

— No me jodas la noche, no me la jodas –. Ella si sabe cómo sacarme la piedra.

— Te oxidarás mujer – grita, mientras salgo de la cocina. El taxi nos espera.

CAPÍTULO 7

Entramos a “*Melodic Drinks*” y el bar está repleto, luces de colores iluminan todo el local, ahora está sonando “*Mi Nueva Vecina*” de *Kevin flores*, mientras que un grupo de chicas se prepara en el karaoke.

Nos dirigimos a la zona VIP del bar, ahí encontramos a Maximiliano, nuestro mejor amigo y el hombre más lindo del mundo. Tiene un cuerpo perfecto, unos ojos increíbles y su cabello rubio hace que se vea genial, hoy lleva unos jeans y una camisa manga corta, que hace que sus músculos resalten. Tiene a todas las mujeres que quiera detrás, pero tienen un pequeñísimo problema, o bueno, en realidad no es un problema, más bien es una cualidad; mi amigo es el hombre más gay del planeta tierra.

— Hello honey, están fa—bu—lo—sas – dice colocándose de pie.

— Genial Max, me alegra que hayas venido – responde Ena tomando asiento.

— No me lo perdería por nada mi amor – dice empujándome a su lado –. Y tú, retoño de mi vida ¿Cómo estás? – Me abraza y me da un beso en cada mejilla.

— Jodida, pero contenta – digo con amargura. Ena pasó todo el camino montándomela con Damián.

¡Qué pesadilla suele ser a veces!

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— Necesito un trago, ¿Puedes ir por nuestras copas?

— ¿Y perderme el chisme? No mi niña, jamás de los jamases –. Todas soltamos una carcajada, el chisme siempre es primero.

— Ve, nosotras te esperamos – le dice Ena.

— Queens, no empiecen sin mí, pinky promise – sonrío, me da un beso y corre a la barra por muestras bebidas, él sabe lo que nos gusta y es el mejor.

Melisa llega con Andrés y se ven geniales juntos, lleva un vestido de encaje color rojo y él un traje que le combina. Hacen linda pareja y no me extraña lo bien que se llevan, es la única relación estable que ha tenido Melisa, ella siempre ha sido la de “Sin compromiso todo es más rico, hasta los polvos” sonrío sólo de recordar sus comentarios fuera de lugar, pero desde que conoció Andrés la cosa va más en serio, ya llevan un mes juntos y se les ve de un amor.

— Uy, estás divinísima – dice Melisa al verme y yo sonrío, la verdad hoy estoy más arreglada de lo normal, necesito a alguien que me haga descargar lo que ese estúpido me hace sentir, necesito olvidarme de sus besos; de esa

sensación tan placentera que me da cuando lo tengo cerca. Aunque no creo encontrar a alguien que lo supere, pero lo necesito, ya quiero sacar a Damián de mi sistema.

— Nuestro chicuelo está buscando las bebidas – les dice Ena.

— Tranquila, yo voy por ella – responde Andrés dándole a Melisa un apasionado beso antes de ir a la barra.

— Carajo, Andrés te tiene loquita – dice Ena.

— Tienes una cara de tonta enamorada única – le suelto.

— ¡Enamorada yo! nada de eso, pero ¡Uff! si les contara como es en la cama caen rendidas –. Al escucharlas todas soltamos una carcajada; Melisa es única.

— Espero que con este si te ajuicies – le digo.

— Eli ya te digo yo que sí –. Aplaude contenta.

— Eso quiero verlo –. Ena niega con la cabeza y sonreímos. Melisa es Melisa y siempre será Melisa.

Minutos después llega nuestro hombre con las bebidas y Melisa suelta al verlo.

— Esto es mucho desperdicio masculino – le coge su trasero y lo aprieta con fuerza –, Max, estás para comerte, devorarte, chuparte y masticarte –. Todas soltamos una carcajada, él se presta para todo lo que nosotras queramos.

— My Girl, no me digas eso que me entran los calores –. Coloca las bebidas en la mesa y se echa fresco con la mano –. Después me vuelvo bis y no me pregunten por qué.

No podemos parar de reír, Max cambia mi estado de ánimo siempre y por eso lo adoro, pero él jamás olvida nada y volviendo a la conversación inicial suelta:

— Ahora sí cuéntamelo todo, estoy que me muero de curiosidad.

— ¿Qué pasa? – Pregunta Melisa.

Tomo un trago de mi copa. Alzo la cabeza y todos tienen sus miradas fijas en mí – suspiro –. Que intensos son todos.

— La morronga estuvo en mi tienda hoy – suelto.

— ¿Qué? – Dicen todos al mismo tiempo.

— Que la estúpida de Roxana estuvo en mi tienda – repito.

— Te escuchamos bien, pero ¿Qué quería esa allá? – Suelta Melisa.

— Joderme la puta existencia.

— Pero ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo? – Pregunta Ena.

— Estuvo con el madurito del Ken Doll y casi se lo come ahí mismo —. Todos me miran y ponen cara de sorpresa —. Por poco me desarma la tienda la muy zorra.

— Te lo dejaste ganar de esa — dice Ena fulminándome con la mirada —. Estás jodida Elizabeth Torres, jodida.

La miro y quiero matarla.

— Yo no compito por ningún hombre — suelto enojada —. Que me ganen ellos a mí.

— Estoy de acuerdo con Eli — dice Melisa —. Además, si anda con la asolapada esa, no deja mucho que desear.

— Stop, stop, stop, primero que todo ¿Quién es el Ken Doll? — Max me mira confundido.

— Un madurito rico que está más bueno que el pan y según Elizabeth besa como un Dios — le explica Ena.

— Sí Max, buscaba a Eli por cualquier lugar para besarla y de un momento a otro está con esa asolapada.

A Melisa no le agrada, no es santo de su devoción.

— ¿Cómo? — dice Max sorprendido —. A ese almanaque hay que darle su merecido.

— ¿Almanaque? — Las tres lo miramos y preguntamos confundidas.

— Sí, porque la clavan en cualquier parte, carajo hasta en tu tienda — suelta y no podemos dejar de reír, Max y sus ocurrencias.

— ¿De qué se ríen? — Pregunta Andrés llegando con sus bebidas.

— Cosas de Max, tú sabes cómo es — responde Ena.

— Él sale con unas —. Melisa toma su bebida y este se sienta a su lado.

— Ay honey, sorry, pero de esa no se puede decir nada bueno —. Se levanta de la silla y me coge del brazo —. Y tú, retoño de mi vida, no estés triste que él se lo pierde, vamos a bailar, necesito echarle un vistazo a mi próxima víctima — sonrío. Tanto hombres como mujeres siempre están tras él, pero como dice él, sólo jala para un bando.

Max es un monstruo en la pista de baile y con su físico sólo es llegar para que nadie nos quite los ojos de encima —. Cómo amo bailar —. Cuando estamos sedientos y después de bailar ya más de tres canciones, yo me regreso con los chicos mientras Max se va por más bebidas. Melisa y Andrés aún están en la pista. Ena está en la mesa con Jorge, el riquito del *Gym*.

— Hola Elizabeth — dice Jorge cuando llego, se levanta y me da un beso en la mejilla.

— Hola Jorge ¿Cómo has estado?

— Aquí cada día más encantado de tu amiga -. Al decirlo ella se pone roja y yo me muerdo el labio para no reír. Jorge la mira y me guiña un ojo, son tal para cual y hacen bonita pareja.

— Espero que la tomes en serio o te las verás conmigo - le suelto siguiéndole la corriente.

— Eliiii por favor, no empieces -. Jorge y yo soltamos una carcajada nos encanta amargarle el rato.

— Hola Jorge - le dice Melisa que llega con Andrés, lo besa en la mejilla y añade: - Casi que no llegas.

— Nunca dejaría a esta hermosura plantada, como dice Max: Never in the life -. Todos reímos, amamos a Max.

— Vamos Eli, el karaoke está solo, espera por ti - me dice Andrés, mientras agarra a Melisa por la cintura.

— Sí, primero tú y luego todas - dice ella aplaudiendo.

— Todas o nada; yo no cantaré sola.

Siempre que venimos a este bar en particular, y cuando el alcohol nos hace efecto, nos adueñamos del escenario, aunque cantamos fatal, pero nos encanta hacerlo y todos nos divertimos.

— Eres quien mejor lo hace de las tres, anda, ámate - me dice Ena -. Nos debes la apuesta de la semana pasada aún.

Al recordármelo me hierva la sangre, cada vez que salimos solas de fiesta, buscamos un hombre guapo y nos turnamos para hablar con él y quien no consiga su número de teléfono tiene penitencia y la última vez casi lo consigo.

— Gregory me saboteó la vez pasada, no se vale que pague por eso.

— Apuesta es apuesta querida, así que tienes que subirte sola esta noche - dice Melisa.

De pronto llega Max con las bebidas y cara de espanto.

— A que no se imaginan a quien acabo de ver - dice echándose aire con la mano -. Que me da el patatús, que me da.

— ¿Qué pasa Max? ¿A quién viste? - Pregunta Ena sonriendo.

Max y sus dramas.

— Relájate, respira hombre respira - dice Melisa aguantando la risa.

Lo cojo por el brazo y lo siento.

— ¿Qué pasa? desembucha pues.

— Soy una zorra, me acabo de enamorar.

— ¿Quééé? - Decimos las tres al mismo tiempo, mientras Jorge y Andrés

se parten de risa.

— Hay un bombón, pero que bombón, bueno, es tu bombón retoño —. Todos me miran —. Fue amor a primera vista, me enamoré de tu madurito, está tan buenazo que me le lanzo y lo violo.

Todos sueltan una carcajada mientras yo miro por todos los lados. La entrada, la barra, la pista y nada, no lo veo, sigo buscando con la mirada, no es posible que este en este bar, no es posible, no es su estilo; tantos lugares y coincidir en este. ¡No! Creo que Max se equivocó, no lo veo en ningún lado, miro de arriba a abajo y nadie se me parece a él, pero entonces algo me llama la atención y lo veo.

¡Mierda!

¡Qué suerte!

Está impresionante.

Damián lleva un pantalón negro y camisa blanca, hoy no lleva su majestuoso traje, pero así informal se ve más que buenísimo.

Que me entran los calores.

¡Ay Dios!

Cojo mi copa y doy un sorbo, no dejo de mirarlo, está sentado en uno de los balcones del segundo piso, sus labios me llaman y mi cuerpo responde con sólo verlo. De pronto alguien se le acerca y se sienta en sus piernas, él le pasa su brazo por la cintura y la besa.

¡Roxana!

Me arde la cara de la rabia, maldito Ken Doll.

Todos miran en la misma dirección y ven lo que acaba de pasar.

— Es una cucaracha biónica — dice Max recuperando la compostura al ver mi cara —. No hay polvo que la mate, ni sillón donde no se meta —. Pongo los ojos en blanco, mis labios se curvan y todos se ríen.

Con él es imposible no hacerlo.

— Que no te arruinen la noche amiga, que a esa cucaracha la aplastamos hoy — dice Ena, mientras choca las manos con Melisa.

Andrés va por más bebidas, esta vez nos traerá vodka “*Smirnoff*”, mi favorita. Cuando me la entregan, me la tomo como agua y me dirijo a la pista con Max. Mientras bailo en ocasiones dirijo mí mirada a él y veo como la besa, veo como ella quiere comérselo ahí mismo y la sangre se me sube a la cabeza —. Será descarada —. Bailo con Max hasta cansarnos y cuando vamos de regreso a la mesa ve llegar a Arthur.

— Lo siento mi retoño, pero mi cuerpo lo necesita —. Me dice y yo sonrío,

él muchas veces cambia sus planes para hacerme compañía, es el mejor amigo en todo el mundo.

Asiento y le doy un beso a la mejilla.

— Ve y disfruta de tu hombre.

— Seré una fiera honey, me lo devoraré – dice pasando sus manos por su boca mientras me guiña el ojo. Sonrío y me dirijo a los baños; mi vejiga no aguanta un minuto más.

La música retumba en mis oídos cuando salgo del baño, el alcohol ya está haciendo efecto en mí, así que me dirijo a mi mesa. Cuando voy en la mitad de la pista miro hacia el segundo piso y ya no los veo. ¿Se habrá ido? Espero que sí, pero antes de llegar a donde están los chicos alguien me agarra del brazo.

— Suficiente alcohol por esta noche, te llevaré a casa –. El hombre que ha estado en mi cabeza estos últimos días aparece frente a mí.

— Tomo todo lo que quiera Guapito – le digo soltándome de su brazo.

— No seas insolente, toma –. Me da un vaso de agua fría.

Lo tomo de mala gana y se lo tiro en su cara acercándome más de lo que debería.

— Preocúpate por tu acompañante y a mí no me jodas, imbécil –. Su cara de mala leche brilla en todo su esplendor, mientras saca un pañuelo de su bolsillo y se seca la cara.

— ¿Ya no soy tu Ken Doll? – Sus labios se curvan con una hermosa sonrisa.

— Tú nunca has sido nada mío idiota, ahora desaparece de mi vista –. Pasa su mano por mi cintura y me acerca a él.

— Cállate, lo único que debes hacer es besarme –. Me agarra por el mentón y me besa. Devora mis labios con esa piel tibia y esos labios húmedos que llevo días deseando volver a probar, me muerde el labio inferior mientras me acerca más a él y yo disfruto de su contacto.

La música y el alcohol hacen que quiera más, mucho más y él no deja de devorarme con pasión, mientras me agarra con fuerza y yo lo recibo encantada, pero minutos después imágenes de todo lo que ha hecho comienzan a pasar en mi cabeza, y me arrepiento de lo que está pasando; no caeré en su juego, pero él acaba de caer en el mío y yo le enseñaré como jugar.

— Eres la única que provoca esto en mí –. Me aprieta con más fuerza y pega su frente contra la mía –. No sé qué hacer contigo, pero entre más te resistes más quiero poseerte.

Ahora soy yo quién lo besa como nunca he besado a nadie, me desvivo por

complacerlo y hacer lo que tanto le gusta. Atrapo su labio inferior y lo chupo con suavidad, hasta que me confirma con un gemido de placer que le gusta.

Lo tengo donde quiero – pienso.

Me acerco más a su cuerpo y siento como su placer va cobrando vida poco a poco, así que engancho mis dientes en su labio y lo muerdo con todas mis fuerzas, él abre los ojos y me mira asombrado mientras yo me separo, y una sonrisa maliciosa sale de mí cara.

— No te atrevas – me dice enojado tocando su labio –. Tú vienes conmigo a terminar lo que acabas de empezar – me agarra fuerte por la cintura y me acerca a él.

— ¡No te me vuelvas a acercar! – Grito, plantándole mi mano en su lindo rostro por segunda vez.

¡Oh, que a gusto me siento! – Pienso, y sin más le suelto:

— No me interesa estar en la cama con un energúmeno como tú, personas más importantes han pasado por ahí y no serás tú un afortunado, por mí, que se te reviente el pantalón, pero jamás llegarás conmigo hasta ese nivel – le grito de mala gana y me voy dejándolo con cara de ponqué.

Dos mil puntos para mí.

Llego a mi mesa y me tomo otra *Smirnoff* demasiado rápido y como a mí me gusta, como si fuera agua.

— Toma más despacio o mañana lo lamentarás – me dice Melisa – ¿Dónde está Max?

— Vio llegar a Arthur y fue tras él, tendrá un festín esta noche – digo mientras Ena y Jorge llegan en ese momento.

— Si Max no vuelve con Arthur deberá pagar la apuesta y ahora tú al escenario – dice Melisa levantándose, Ena me jala y me llevan a la tarima.

A la 1:30 de la madrugada estoy preparando la canción para el karaoke. Ena y Melisa fueron acompañar a sus chicos. La primera canción me toca sola, debo pagar la maldita apuesta.

¡Oh Dios! espero no hacer el ridículo.

Me tomo un coctel bien cargadito antes de subir, para aplacar los nervios; sé que buena y sana jamás lo haría sola.

Cuando me subo a la tarima todos me miran y sé que él también, siento como me quema el cuerpo al sentir su mirada, pero yo solo miro a las chicas, que me aplauden y me gritan como locas mientras me giñan el ojo al darse cuenta lo que cantaré.

Digo la primera parte de la canción sin pista.

*Estás algo desubicado
Quien te dijo que no hay una que no se muera por ti.
Si tu estrategia ha funcionado de seguro es
Porque no me conocías a mí...*

Todos comienzan a gritar mientras la pista aparece, mis ojos automáticamente se posan en los suyos y él niega con la cabeza, mientras que a Roxana se le quieren salir los ojos y yo sonrío encantada mientras canto “*Ni te vistas que no vas*” de *Isa Mebarak*.

¡Esta va para ti muñequito! – Grito.

*Tienes complejo de Don Juan y en el cerebro
Tres neuronas que no piensan más que en Sexo.
Aparentas ser el hombre más perfecto y que lejos estás.
Me vale lo que te digan. Ni te vistas que no vas...*

Su cara es todo un poema y yo no puedo dejar de cantar, esta perplejo mirándome mientras Roxana hace mil cosas para llamar su atención, pero falla en su intento; su mirada sólo es para mí, me penetra la piel con ella y sigue cada uno de mis movimientos, así que canto como con todo el glamur, descaro y coquetería que puedo.

Los ojos se le salen de la cara y me mira con furia mientras yo sonrío y lo disfruto. Que se joda, se lo merece por idiota. Nunca me había disfrutado tanto un karaoke como lo estoy haciendo hoy.

Cuando finaliza la canción todos aplauden y el encargado del bar nos dice que, si cantamos algunas canciones más, mi mesa tendrá tragos gratis por una hora. Las chicas al escucharlo no me dejan bajar y suben conmigo. Cuando le digo a las chicas la canción que quiero cantar se emocionan.

Hoy es la noche ¡Vamos a aplastar algunas cucarachas!

Sueñan los acordes de “*descarada*” de *Verónica Orosco* y comenzamos a cantarla, mientras bailamos en el escenario y nos la pasamos de lo lindo. En el coro la gente aplaude y nosotras muertas de risa no dejamos de cantar, parecemos unas súper divas con el show súper bien montado.

*Descarada Ahhh Zorra camuflada Descarada Ahhh
Tú no vales nada Descarada Ahhh*

Tu mosquita muerta, cara de yo no fui, cara de yo no fui...

Vemos como a Roxana le sale humo por la cara, se aparta de Damián y llena de coraje se dirige al escenario. El alcohol le está haciendo efecto porque se tropieza con varias mesas, se descontrola y tira todo a su paso.

— Esa tipa está loca – dice Ena, mientras vemos como seguridad llega y

se la lleva, nosotras seguimos cantando.

*Juegas a la dama, dices que no eres una cualquiera,
Pero todos pagan por tu precio que supera el millón,
Cuando ves un hombre haces que gaste toda su billetera,
Lo desangras, lo desplumas y lo tiras en un rincón...*

— Al que le caiga el guante... – Dice Melisa muerta de risa.

Terminamos la canción y cantamos unas más, mientras disfrutamos lo más que podemos, además tenemos tragos gratis, así que la noche es joven y nosotras también.

Llegamos a la mesa y me tomo otra *Smirnoff*, mientras Jorge va por más bebidas.

— Así se hace Eli, que le den a ese muñeco y su Barbie ramera – dice Melisa muerta de la risa.

— Siempre debemos acabar victoriosas –. Nos chocamos las manos y reímos mientras combinamos toda clase de bebidas alcohólicas y disfrutamos de todo lo ocurrido.

Pasamos el resto de la noche en la pista y alcoholizándonos, coqueteando y bailando con varios chicos del bar, pero nada serio, aún no puedo dejar pensar en él.

¡Maldito Ken Doll!

A las 3:00 de la madrugada decidimos volver a casa, el alcohol hace de la suyas y todo me da vueltas, Jorge se va a contestar una llamada mientras nos despedimos de Andrés y Melisa. Cuando llegamos todo está muy oscuro, Jorge sale del auto y abre la puerta de la casa, luego se regresa y nos ayuda a bajar del coche.

Subo a mi habitación como puedo y al pasar por la de Ena me imagino la nohcecita que le espera, pero yo estoy acabada, casi no me puedo sostenerme de pie y aunque pudiera no quisiera estar con nadie.

Llego a mi habitación y enciendo la luz.

— ¡Aaaaaahhhhhh! – Grito cuando siento que alguien me agarra y me tapa la boca, pero entonces escucho:

— Amargada.

— ¡Tú! – Digo tambaleándome – ¡Cómo mierda entraste?

— Sólo quería asegurarme que llegaste bien – dice, mientras me mira de pie a cabeza. Después de observarme unos segundos añade: – Si no estuvieras tan tomada te diera tu merecido por insolente.

— ¡Lárgate! – Lo empujo, pero no lo muevo de su lugar, al contrario, sólo

me acerco a él. En estos momentos él debería estar en la cama con la estúpida de Roxana, entonces le grito – ¡Vete con tu Barbie ramera!

— Elizabeth por favor, controla ese vocabulario.

— Vete a la mierda, Damián – le digo y trato de separarme.

— ¿Damián? – Coloca su mano en mi mentón y subiéndome la cara conecta su mirada a la mía – Damian, Amargada, Damian.

— Creo que estas más borracho que yo, porque recuerdo muy bien haber dicho Damián.

— Que no es Damián, es Damian, sin tilde.

— ¿Damian? – Repito incrédula, y sin poder remediarlo suelto una carcajada.

— ¿Te burlas de mi nombre?

— ¿Damian? – Vuelvo a preguntar, mientras me río sin poder evitarlo.

— No me parece chistoso Elizabeth.

— Damian – Repito por tercera vez, y sin poder callar lo que pienso añado: – Tienes un nombre muy gay.

— ¿Perdón?

— Damian –. Vuelvo a decir su nombre y me río.

— No está siendo divertido.

— Para mí sí idiota, es que jamás pensé que tu nombre pudiera sonar tan gay, aunque bueno, quizás no sea únicamente el nombre.

— No insinúes cosas que no son, soy el hombre más varonil de la tierra.

— Eso suelen decir los gais que tienen miedo a salir de closet – digo encogiéndome de hombros.

— ¿Quieres que te demuestre todo lo gay que puedo llegar a ser?

— No gracias, deja mi trasero sano – suelto y no puedo dejar de reír, mientras este pone cara de circunstancia.

— Borracha eres bien chistosita –. Al escucharlo le doy una amarga sonrisa y le digo.

— Damián, Damian o como sea que te llames, lárgate de aquí.

— No – dice pegándome más a él –. Y soy Damian.

— Largo –. Lo empujo –. Y te llamaré como quiera.

— No me voy y me llamarás por mi nombre –. Se acerca.

— Te llamo como se me dé la gana y lo aceptas o te jodes, porque el único amigo gay que está en mi vida es y será mi Max.

— ¡Que no soy gay!

— Pero tu nombre sí.

— Respétame.

— Ni que fueras mi padre.

— Pero soy mayor que tú.

— *A mí me gustan mayores, de esos que llaman señores, de los que te abren la puerta y te mandan flores* – le canto.

— Eres imposible Amargada, Imposible.

— Gracias, gracias –. Y empujándolo un poco le añado: – Ahora *DAMIÁN* suéltame y lárgate.

De inmediato, siento como mis pies se levantan del suelo y no tengo fuerzas para resistirme, estoy muy cansada y esta pelea me ha quitado la poca fuerza que tenía.

Damián me tira en la cama y sus labios se pegan en los míos con desdén, me agarra con fuerza y me devora con ansias, haciendo que lo desee aún más. ¡Dios mío, cada vez besa mejor!

— ¿Aún quieres que me vaya? – Dice separándose un poco de mi boca.

— Cállate y bésame – le digo atrayéndolo a mí, mientras sonrío.

Sin perder un segundo, sus labios están sobre los míos y me besa con pasión, me sube la blusa y yo no me resisto, estoy tan borracha que no podría quitármelo de encima, pero no haré lo que él piensa, aunque me muera de ganas, no debo.

Todo me da vueltas y yo cierro mis ojos mientras su respiración caliente inunda mi cara; sus labios comienzan a descender por mi garganta y cuando llega a mi estómago se detiene, comienza a quitarme la falda y yo no me muevo, no tengo fuerzas.

Lentamente vuelve a pasar sus labios en mi abdomen y un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir sus labios. De pronto se detiene y dice:

— Mañana lo resolveremos –. Es lo único que logro escuchar, antes de quedarme completamente dormida.

CAPÍTULO 8

Mi cabeza quiere explotar, me muevo y el dolor va en aumento, la luz me molesta y hace que mi cabeza duela aún más. No logro abrir los ojos, todo mi cuerpo me duele ¡Qué guayabo! ¡Qué dolor! Abro los ojos lentamente y me agarro la cabeza...

¿Qué es esto?

¿Dónde estoy?

Esta no es mi habitación, y yo nunca había estado en este lugar, lo reconocería si fuera así, pero ¿Cómo llegue aquí? Me siento en la cama.

— ¡Ahhh! Mi cabeza —. Muero de dolor

¿Qué pasó anoche?

¿Qué hice anoche?

Me paraliza.

¿Con quién estuve anoche?

Recorro el cuarto como puedo, llego a un gran espejo y al mirarme me detengo ¿Qué es lo que veo? ¡Mierda! ¿Qué me han hecho? — Pienso aterrada.

Es Imposible —. Mi cuerpo tiembla y me desespero. No puedo creerlo —. Mi cabeza quiere estallar.

Estoy completamente ¡DESNUDA!

Sigo mirando mi cuerpo y me doy cuenta de que mis manos están rojas —. Bajo mi cabeza —. Mis ojos se humedecen al ver como corre sangre por mis piernas —. Tapo mi cara con las manos y de inmediato las lágrimas comienzan a correr.

¿Quién me ha hecho esto?

Estoy desnuda en un lugar extraño y no sé nada de lo que paso anoche —. Aún no salgo de mi asombro. Esto no me puede estar pasando a mí.

Comienzo a buscar mi ropa por la habitación mientras mis lágrimas continúan cayendo, mi cabeza palpita de dolor y necesito salir de aquí, pero no encuentro nada, así que entro al baño, necesito limpiarme.

Veó en un banquito ropa limpia y sin importar de quien sea cojo una sudadera masculina color gris. La miro, sé que me quedara grande, pero no hay nada más, me meto a la ducha y me lavo. Sé que debo salir de aquí, mi instinto me lo dice y el escalofrío que corre por mi cuerpo me lo confirma; debo salir cuanto antes de este lugar, pero me siento tan sucia que no puedo evitar lavarme, no puedo.

Limpio la sangre de mi cuerpo y me vuelvo a lavar ¡No puedo creer que esto me esté pasando!

Cuando estoy limpia, me visto cómo puedo y tardo más de lo que quisiera, me miro al espejo y me hecho agua en la cara – suspiro –. Debo armarme de fuerza para salir de aquí. Aunque no sé qué me pueda estar esperando allá afuera.

Aún no lo entiendo, no me explico cómo ha pasado, de un momento a otro tengo una gran laguna mental, lo he olvidado todo y por más que trato de recordar, mi mente está en blanco. ¡En blanco!

Salgo del baño lista para irme y miro a todos lados mil veces, tratando de encontrar a alguien o recordar algo que me dé una pista de donde estoy, camino con sigilo y salgo de la habitación lo más despacio posible, tratando de que la puerta no me delate al abrirse, recorro varios pasillos tapizados hermosos, bajo las escaleras sin hacer ningún ruido y llego a un gran salón, es un lugar escalofriante, todas las cortinas están cerradas y la oscuridad azota el lugar, pero lo que mi cuerpo siente cuando sigo adelante no puedo pasarlo por alto, mi piel se eriza y un escalofrío me pasa por el cuerpo cuando escucho un ruido, uno tan fuerte, que hace que me detenga de inmediato.

¡Ay Dios! Tengo que salir de aquí ¡Ahora! – Pienso, pero mis pies no se mueven del piso, se escuchan fuertes estruendos que me ponen la piel de gallina y de un momento a otro, como alma que lleva el diablo corro hacia la puerta.

Cuando llego a ella intento abrirla, pero no abre.

¡Mierda!

Unos pasos se acercan a toda prisa y mis lágrimas vuelven a caer por mis mejillas, me sudan las manos y mi corazón quiere salirse de mi pecho. Quien quiera que sea me encontrará si no logro salir de aquí.

Muevo la puerta y trato de abrirla con fuerza, pero es inútil, no abre y siento las pisadas cada vez más cerca ¡Estoy perdida! Pongo mi frente en la puerta y comienzo a rezar, pienso en mi abuela y lo que siempre me dice “*Cuida ese pedacito de vida mi niña*” y lloro, es lo único que puedo hacer. No sé qué pueda pasar conmigo ¿Qué más me podrán hacer? ¿Quién me ha traído a este lugar? De pronto unos fuertes brazos me agarran.

— ¡Suéltame! – Grito.

Sus brazos me sostienen con fuerza y me voltea.

— ¡Tú! – No salgo de mi asombro al verlo.

— No vas a ningún lado –. Sus ojos azules son atemorizantes.

— ¿Qué me hiciste? – Lo golpeo con todas mis fuerzas mientras le grito – ¿Cómo te atreves?

— Siempre consigo lo que quiero – me dice con todo el cinismo del mundo, mientras intenta agarrar mis brazos.

— Eres... Tú eres, un miserable –. Sigo pegándole lo más fuerte que puedo.

— De aquí no te vas hasta que yo no me sacie de ti –. Me levanta y me lleva a la habitación. Me tira en la cama y comienza a quitarme la ropa, mientras yo trato de detenerlo –. Nunca vas a olvidar este día, Amargada – dice mientras se abalanza sobre mí.

— ¡Ahhh! – Grito aterrada sentándome en la cama, abro los ojos y todo está oscuro, miro a un lado y prendo la luz de mi mesita de noche, mientras me coloco la mano en mi pecho para calmar mi respiración.

Cuando la luz invade la habitación me doy cuenta de que estoy en mi cuarto –. Sólo fue una pesadilla –. Reviso mi cuerpo de arriba abajo muchas veces y noto que llevo mi ropa de dormir. Trato de tranquilizarme, todo está bien. Todo está bien.

De inmediato lo recordarlo todo, el karaoke, la canción.

¡Damián! ¡Damian! O como sea que ese loco se llame.

Miro por toda la habitación y ahí está, parado en la entrada de mi habitación.

— ¿Estás bien? – Se levanta y camina hacia mí.

— No te me acerques –. Me toco la cabeza –. No tengo muchas fuerzas para discutir hoy y quiero que salgas de mi habitación – le digo y me mira extrañado.

— Tranquila, no haremos nada que no quieras –. Con mala cara sale de mi habitación.

Me acuesto de nuevo, necesito dormir, no quiero verlo, no quiero tenerlo cerca y menos después de la pesadilla que acabo de tener, pero no puedo dormir, al cerrar mis ojos su rostro aparece en mi cabeza, su pelo castaño, sus ojos azules, sus deliciosos labios – suspiro –. Sé que no es bueno para mí, no me inspira confianza y ese sueño fue un preaviso de todo lo que me espera con él. Nada bueno.

Abro los ojos espantada cuando siento que alguien entra a la habitación.

— ¿Qué carajo haces tú todavía aquí?

— Tómame esto –. Estira la mano y me da un vaso.

— ¿Qué es? – Pregunto desconfiada al ver el líquido transparente y burbujeante.

— Es un Bonfiest, tómatelo todo; te hará bien –. Dudo en hacerlo, pero

necesito sentirme mejor, así que me lo tomo despacio.

— ¿Qué haces aún aquí? – Pregunto de nuevo extrañada por su comportamiento.

— Quería ver si llegaste bien – dice, mientras abre las cortinas.

— Llegue bien, ya me viste –. Pongo la mano en mis ojos, la luz me molesta – ¿Por qué te quedaste?

— Sé que quieres esto tanto como yo Elizabeth –. Se acerca a mi cama, me quita el vaso y se sienta a mi lado –. Anoche me lo demostraste.

— ¿Qué te demostré anoche? – Mi corazón comienza a latir más rápido, creo que no tendré escapatoria, se lo que quiere y sabe lo que quiero, aunque no debo, no debo.

— Que me desees tanto como yo a ti –. Agacho la cabeza.

No sé qué me pasa con este hombre, quiero decirle que sí, pero no soy de las que se acuesta con los hombres sin conocerlos y menos sabiendo que están con otras, además debo escoger bien con quién me meto y él no es el indicado. Lo sé, estoy segura, mi sexto sentido de mujer me lo dice, no debo dejar que me enrede en sus redes.

— No lo pienses tanto, no le des tantas vueltas –. Se acerca más a mí y mi respiración se acelera –. Yo en ningún momento te he pedido amor, con que me dejes entrar bajo tu ropa y disfrutar de ti es más que suficiente.

Como es posible que sea tan descarado, Aunque yo... Bueno, yo no sólo quiero que esté bajo mi ropa, quisiera tantas cosas, cosas que no debo querer, cosas que ni siquiera debo pensar.

— Creo que es un error – le digo y me mira extrañado, mientras me acaricia los nudillos –. No estoy lista, esto es....

— ¿Eres virgen? – Al escucharlo, me suelto de inmediato de su agarre, como se atreve a suponer eso.

Me pongo roja, no sé si de pena o coraje.

— Cara de inocencia, no significa falta de experiencia, idiota – le suelto enojada.

— Entonces ¿Cuál es el problema? Para pasarla bien sólo se necesitan ganas, lo demás se resuelve – me dice.

— No quiero ser el polvo internacional de nadie – contesto y se ríe.

— Piensa que será el mejor –. Pone su mano en mi mejilla y acaricia mi rostro –. Te haré gritar en todos los idiomas – sonrío, no puedo evitar hacerlo.

— ¿Por qué te diría que sí? – Me encojo de hombros.

— Porque los dos queremos lo mismo, pasarla bien sin tonterías y cosas

de amor.

Intento resistirme, pero pega su frente con la mía y cierra los ojos. Quiero estar con él, me muero de ganas, lo deseo.

— Sólo dime que sí y acaba con mi calvario.

No me deja levantar de la cama y se coloca encima de mí, sus labios se posan en los míos, me muerde lentamente el labio inferior y me devora.

¡Como resistirme a esto!

Sus manos inquietas se mueven por todo mi cuerpo, mientras sus labios no se despegan de mi boca, intenta subirme el pijama, pero no lo dejo. No puedo. No seré el acosten de nadie. Separo mi boca de la suya e intento quitarlo que encima.

— Te dije que no ¿Acaso no entiendes? – Trato de mantener un poco de voluntad y me digo a mi misma mil veces que no hacerlo, es lo correcto.

Se separa y pone mala cara, no debe estar acostumbrado a ser rechazado, pero tengo que saber darme mi lugar con los hombres y lo que menos quiero ahora es uno en mi vida.

— Te vas a arrepentir, Elizabeth – insiste.

— No te equivoques corazón, porque no hay nada que se venda aquí – le recuerdo la canción que le cante en el karaoke la noche anterior.

— No estás en edad para andar sólo dando besitos –. Me dice enojado.

— Quién comenzó con los besos fuiste tú, además, quien te dice a ti que sólo ando de besitos – su cara es todo un poema, no me importa lo que piense –. Yo llego hasta donde quiero llegar, no hasta donde el otro me lo diga.

— Quizás, si fue un error – dice, mientras sale de mi cuarto hecho una furia. Y yo suspiro aliviada.

¡Por fin sola!

Me levanto de la cama y voy a la ducha, necesito un baño, abro el grifo y mezclo un poco de agua fría y caliente –. Esto si es una delicia –. Mientras lavo mi cuerpo recuerdo todo lo que acaba de pasar y trato de asimilarlo, ¿Cómo fui capaz de rechazar a semejante hombre? Quien diría que ese idiota llegaría hasta mi cuarto, pero... me quedo pasmada cuando algo pasa por mi cabeza.

¿Cómo entró?

Seguro asecha a todas las mujeres con las que se quiere acostar y puedo apostar que soy la primera que no cae en sus redes. Cincuenta mil puntos para mí – sonrío.

¿Será que me arrepentiré? – Pienso de pronto mientras suspiro—. Si quiere

entrar bajo mi ropa, tendrá que hacer mucho más que besarme, ¿Por qué sigo pensando en él? – Me pregunto abrumada –. Pero haga lo que haga no puedo sacar su cara de mi cabeza y sé, que es un tremendo error, él no es el tipo de hombre que se fijaría en alguien como yo, además no me voy acostando con todos los chicos que quieren conmigo, no estoy lista para seguir sufriendo, aunque no creo que alguien lo esté. El amor es el sentimiento más bonito, hasta que el desamor aparece y va acabando contigo, nadie muere de amor, pero es algo que te marca para siempre y mis últimas experiencias no han sido muy a mi favor.

Salgo de la ducha y me pongo algo cómodo, los domingos son mi día de descanso y los utilizo para leer un poco y por la tarde hacer ejercicio. Bajo a la cocina para tomar un poco de yogurt y me sirvo cereal, antes de subir busco mis gomitas en las repisas. Me encantan.

Corro a mi habitación cuando escucho el móvil, dejo el tazón en el tocador y contesto.

— Hola.

— Eli, mi niña.

— Abuelaaaaa –. Escuchar a alguien familiar, siempre es reconfortante.

— ¿Cómo estás? Hija mía.

— Bien abuela, feliz de que te acuerdes de mí.

— Siempre lo hago, tú eres quien me olvida – me dice en tono de regañón y la escucho toser.

— Lo siento, esta semana estuve ocupada, y tú ¿Fuiste al médico?

— Sí mi niña, me mandó medicina y nada más, no te preocupes. Más bien dime tú ¿Cuándo vienes a visitar a esta vieja que ya no le queda mucho tiempo? ¿Que no piensas venir a verme? – Dice esta, exagerando.

— Abuela por favor, no digas eso, aún te falta mucho, y te prometo que pronto iré a verte.

— Eso espero hija.

— Y tía Bea ¿Cómo está?

— Aquí a mi lado mi niña acaba de llegar de la clínica.

Hablo un rato más con ellas y nos ponemos al día de todo, Bea me cuenta lo bien que le va en la clínica, es una gran fisioterapeuta y ama su trabajo. Estas mujeres son lo que más quiero en este mundo y las extraño, debo sacar el tiempo para ir a verlas.

— Llámame más seguido y no lo olvides, cuida ese pedacito de vida mi niña, te quiero.

— Lo haré abuela, te quiero mucho más, besos para las dos.

Hace algunos meses, fui a ver a mi abuela para su cumpleaños y ya siento que ha pasado una eternidad, con la universidad y el negocio no me queda mucho tiempo. El resto del día decido leer un poco y después ver un maratón de películas en Netflix, habitualmente todos los domingos voy a correr, pero hoy no me apetece salir, quiero relajarme. Salgo del cuarto varias veces y pego oreja en la puerta de Ena, Jorge aún está con ella, así que decido encerrarme en mi habitación y no molestar.

Me tiro en la cama y cierro los ojos, no quiero pensar en nada, pero su imagen ronda por mi cabeza haga lo que haga, su mirada azul profunda aparece, su pelo castaño claro y su barba de tres días no desaparece de mi mente, esos labios que hace unas horas, se posaron en los míos.

¡Besa increíble!

Es un Dios con esa boca – suspiro –. Estoy sumergida en mis pensamientos cuando mi teléfono comienza a sonar.

¿Será él?

Lo dudo.

No me quiero parar de la cama, pero al final decido hacerlo y alcanzo mi teléfono en el tocador, cuando lo cojo ya ha dejado de sonar. Lo reviso y es Gregory, la última persona con la que me interesaría hablar –. Suspiro –. Ya debo dejar de pensar en Damián, él es igual a todos, sólo me quiere pasar una noche, de no ser así ya hubiera llamado.

— Elizabeth Torres –. Una voz gruesa y masculina me llama desde la puerta y yo volteo espantada.

— Oyeeee que susto me has dado – le digo, mientras él muere de risa.

— Retoño de mi vida, lo siento – dice sin parar de reír.

— No me simpatizas –. Se tira en mi cama y le doy un puño en el hombro. Me abraza.

— Tú a mí sí y mucho –. Se sienta bien en la cama, mientras me da un beso en la mejilla.

Entonces me acuerdo de algo y le pregunto:

— Oye a propósito. ¿Cómo te fue ayer con Arthur?

— Te—rri—ble –. Coloca su mano en la frente y cae acostado en la cama con todo el dramatismo del mundo –. Sonrío.

— ¿Qué pasó? ¿No hubo reconcilio?

— Está muy raro, pero raro es raro y lo del reconcilio sí y no.

— ¿Raro cómo? Y explícame eso de sí y no.

— Nos fuimos juntos, la pasamos súper, pero...

— Pero ¿Qué?

— Pero no quiere que nadie lo sepa y yo ya no quiero andar a escondidas.

— Díselo.

— Se lo dije y se largó furioso.

— ¿Y qué excusa te da?

— Que no quiere que la vieja pecueca de su madre se entere, pero siento que son excusas eso va por otro lado.

— ¿Por otro lado? – Max siempre le gusta buscarle más peros a todo.

— Debe tener otro macho ese maldito perro o de plano quiere seguir siendo bis.

— ¿Bis? – Repito asombrada, eso no lo sabía.

— Sí, aunque según él, sólo es una fachada para que nadie sepa lo que en realidad es.

— ¿Y tú le crees?

— No lo sé, él siempre ha sido sincero y lo he aceptado así, pero hoy siento que me oculta algo más.

— Ya vas tú, a que eres brujo.

— No soy brujo, pero tengo ese sexto sentido de mujer que me lo dice – suelto una carcajada, él me mira serio y yo intento controlarme –. Deja de reírte que es en serio y por eso vengo a pedir tu ayuda.

— ¿Qué estarás tramando?

— Nada malo, tú sabes que soy un alma de Dios.

— ¿Tú un alma de Dios? – Me río –. Si cuando tú haces algo hasta el cielo se oscurece –. Max pone los ojos en blanco y sonrío.

— Por favor, no me puedes decir que no –. Pone cara de perrito regañado.

— ¿No será otra infiltración? – Sonríe al escucharme, él siempre sale con idea locas.

Hace mucho tiempo nos fuimos de espías y pasamos toda una tarde vestidos de negro, sincronizando relojes y buscando pistas mientras seguíamos a Arthur, porque Max decía que él le ocultaba cosa y final todo resultó bien, Max era el paranoico y Arthur estaba extraño porque le tenía una gran sorpresa de cumpleaños.

— En esta ocasión seremos los ángeles de Charlie –. Al escucharlo suelto una carcajada, a este se le ocurren unas cosas –. Aunque sólo seremos dos.

— ¿Y a quién vamos a espiar esta vez? Y no me digas que a Arthur porque te pateo.

— A quien más, my girl —. Lo miro sorprendida.

— Pero ¿Otra vez?

— Sí —. Agacha la cabeza.

— ¿No recuerdas lo que pasó la última vez?

— Sé que no es completamente sincero, esta vez mi instinto no me falla.

— ¿Por qué sigues con él si no le tienes confianza?

Ellos llevan una relación de mucho tiempo y no es nada oficial en casa de Arthur, cosa que no le agrada a ninguna de las chicas y sé que a Max tampoco, y no digo que mi amigo sea un santo, pero a veces Arthur es como todos los hombres en una relación, las embarran haciendo cosas que no debe, sacándola del estadio por completo y lastimando a mi Max.

— Me vas a ayudar ¿sí o sí? — Lo miro, como decirle que no si él haría todo por mí.

— Está bien, pero nada de locuras, cuando te diga no, es no ¿Entendido?

— Como mande mi generala —. Se pone de pie y me da un saludo militar.

— Payaso —. Le tiro la almohada y corro a cambiarme.

— También te quiero — me grita.

Llamo a Arthur mientras Max está al frente de mí haciéndome señas y yo lucho para no reírme y mostrarme segura para que este no sospeche, cuando ya no puedo más con Max, me doy media vuelta para no ver sus payasadas y hablo con Arthur, dándole como excusa de mi llamada que estoy preocupada por Max, porque este lleva horas desaparecido por completo y como ayer los vi salir juntos pensé que aún lo estarían. Arthur suena un poco nervioso, pero me dice que no sabe nada de él y que me tiene que dejar porque saldrá con su madre a Unicentro.

Cuando Max se entera este no me hace perder tiempo y después de hacer unas raras señas de espías que este inventó, salimos a su encuentro. Al llegar al centro comercial, caminamos por todas las secciones y no lo vemos. Horas después ya estoy cansada de caminar, Arthur nada que aparece y Max me desespera.

— ¿Viste? Es un mentiroso, no está aquí — me dice histérico.

— Max, quizás decidieron no venir.

— Él dijo que vendrían, así que aquí debe estar, vamos.

Caminamos de arriba abajo, de un lado a otro y por cada lugar del centro comercial. Comemos helado y lo convengo de cenar, yo muero de hambre y su desespero abre más mi apetito. Max llama a Arthur en varias ocasiones, pero no le responde. Lo miro y está a punto de darle la pálida.

— Donde me encuentre a ese hijo de su gran madre con otro lo decapito y lo capo –. Se mueve desesperado.

— Max por favor deja el dramatismo, hagamos un recorrido más y si no lo vemos, nos vamos. No se diga más.

Recorremos todo el centro comercial por última vez y no hay señales de él, definitivamente no está aquí y eso lo está enloqueciendo. Hoy gracias a Max hice más ejercicio que si hubiera salido a correr, estoy exhausta y lo que más quiero en estos momentos es tirarme en la cama y leer un poco antes de dormir.

Bajamos al estacionamiento y caminamos en silencio, Max quería seguir esperando, pero imposible, tendrá que buscar otra manera para ver qué es lo que pasa con Arthur. Antes de llegar al coche siento que Max me jala y me pone la mano en la boca.

— Silencio, ahí viene –. Volteo y efectivamente es él, está parado solo en la mitad del parqueadero.

— Está solo, lo ves, tú y tus paranoias.

— Creo que ahora sí mi sexto sentido está dañado – sonrío. Pongo los ojos en blanco y suelto una carcajada.

— ¿Ahora? No querido, siempre.

Salimos de donde estamos y nos acercamos a él, pero cuando estamos a pocos metros, tomo a Max del brazo y lo jalo tras una columna del estacionamiento.

— Pero, a ti que carajos te pasa mujer – dice sobándose de manera exagerada.

— Cállate y mira –. Me asomo tras la columna –. No viene solo.

— ¿Qué? – Pone cara de circunstancias y se voltea a mirar.

Un chico unos años menor que Arthur se le acerca y le pone la mano en el hombro “*listo, vámonos*” escuchamos decir.

— Ahora sí me lo cargo – dice Max, colocando la frente en la columna y cerrando fuertemente los puños.

— Espera, esto no prueba nada, puede ser un amigo –. Intento calmarlo –. No cometas una locura.

— ¿Qué no prueba nada? ¿Acaso la mamá se volvió travesti y no me enteré? – Sonrío. Aunque con lo desesperado que está no es para reírme, pero no puedo evitarlo, siempre sale diciendo cuanta locura y entonces añade: – Y sabes algo querida, amigo el ratón del queso, y se lo come.

— Déjate de tonterías Max, hay que investigar más, sigámoslo.

Pero este hijo de su madre no me escucha, y no sé porque me extraña, siempre termina haciendo lo que le da la gana, y hoy más que nunca ha perdido la compostura y la razón al verlo con otro chico.

Justo en el momento que ellos pasan cerca de nosotros veo como Max rodea la columna y se les va por detrás, no me da tiempo de reaccionar cuando escucho:

— Así te quería encontrar —. Los dos voltean al instante y Max no pierde el tiempo, le lanza un derechazo al pobre muchacho.

— Ese macho es mío y lo mío se respeta — dice mientras se le abalanza encima de él.

— ¡Maximiliano! — Grita Arthur, abriendo los ojos asombrado ante la reacción de mi amigo, pero Max está sordo, no deja de golpear al pobre chico.

— ¡Basta! — Grito. Los dos se golpean sin ningún tipo de consideración y no sé cómo detenerlos —. Arthur haz algo, se matarán.

— Max, por todos los santos, párale ya —. Arthur intenta separarlo —. Jesús, por favor, ya dejen de golpearse, parecen animales.

Antes que Arthur pueda decir algo más, Max se levanta del piso y le da un derechazo que hace que este se tambalee y caiga al suelo.

¡Mierda!

— Eso es por ser tan culi suelto, mentiroso y desconsiderado —. Da media vuelta y se dirige a nuestro coche.

— Lo siento Arthur, no pensé que llegaría a tanto —. Me encojo de hombros, no sé qué más decir.

Este se pone de pie y se soba la mejilla, mientras se acerca a Jesús y lo ayuda a levantarse. Pobre este otro tiene el rostro destrozado.

— Dile a ese soquete que tienes por amigo, que se olvide que existo y que en su vida me vuelva a buscar —. Muerta de pena, asiento.

Doy media vuelta y me dirijo a donde está el tarado de Max, cuando estoy cerca de él escucho a Jesús gritarme:

— Dile a ese imbécil que esto no se queda así, ah y que Arthur es mi primo.

Llego al coche y lo miro con reproche, no le digo nada, sé que lo ha escuchado todo.

— Lo sé, soy un completo imbécil.

— Sí, completísimo y mejor sube al coche antes de que te remate yo a ti por idiota.

— ¿Ahora qué hago? — Me mira desesperado.

Max siempre se está metiendo en problemas por sus locos impulsos y nunca aprende. Un día de estos voy a descargar mi furia con él, a ver si aprende a no ser tan acelerado de una buena vez.

— Por lo pronto, dejarlo en paz, quizás cuando se le pase el disgusto te escuche, además, si Arthur te evita y lo oculta todo por algo será – le digo una indirecta muy directa al recordar lo que este me dijo en mi habitación. La rabia me puede.

— ¿Crees que será pronto? – Responde ignorándola.

— Los agarraste a golpes ¿Crees que se le pasará pronto? – Le digo dejando mis pensamientos a un lado, sé que él lo sabe, pero se hace el idiota para no sufrir o para no acabar con algo que quiere.

Vólteo mí mirada a él y su cara es todo un poema, además tiene la ceja rota y algunos moretones, lo que me hace enojar aún más, y entonces para echarle más sal a la herida prosigo.

— ¿Su primo sabía que él era tu pareja? – Le pregunto para que se dé cuenta de su terrible error, Arthur no es santo de mi devoción, pero a los golpes y patadas nada se arregla.

— Ay virgencita del perpetuo socorro, nadie de su familia sabía que es de los míos –. Me mira asustado.

Del susto se ha puesto pálido y hasta la ceja le ha dejado de sangrar. De pronto reacciona golpeando su frente con la mano y lastimándose mientras dice:

— Metí la pata hasta el fondo.

— ¿Hasta el fondo? – Digo enojada, mientras salimos del estacionamiento –. La metiste hasta el infinito, pero él siempre la ha metido más allá, tarado.

— ¡Ay Dios! Pero yo no.

— Sí, Max ¡Tú no!

CAPÍTULO 9

Es lunes y voy llegando a la universidad. Esta mañana salí corriendo para evitarme el interrogatorio oficial de Ena, referente a lo que pasó la madrugada del sábado y la mañana del domingo con Damián. No debo pensar en él, además no ha llamado ni se ha aparecido desde que salió de mi casa y eso, aunque en parte me entristece, sé que es lo mejor.

Me estaciono y camino a mi facultad con cautela como todos los días, llego al bloque de ingeniería y es un alivio no ver a Gregory, subo el ascensor y es inevitable no recordarlo todo, su rostro, su cuerpo, su olor, es como si en ese momento lo tuviera enfrente y reviviera todo lo que ha pasado, sus labios tocando los míos, sus manos rozando mi cuerpo. El sonido de las puertas abrirse me devuelve a la realidad y salgo de ahí, ya debo dejar de pensar en tonterías.

Llego a mi salón y me siento extraña, aunque sabía que ya no lo vería, es raro que Damián no me haya sorprendido en algún lugar de la universidad como es costumbre. Vuelve aparecer en mi cabeza ese “*Cállate y bésame*”, cierro los ojos y su dulce y penetrante aroma vuelve a mis fosas nasales, esa mirada profunda que me hipnotiza y esos labios que me erizan la piel y me hacen perder el sentido.

— Hola Eli....

— Eli.... Eli....

— Tierra llamando a Elizabeth.

Melisa me saca de mis pensamientos y me hace volver a la realidad, una que no me gusta, pero es la única que existe.

— Hola.

— ¿Pasa algo? – Me mira extrañada.

— No, nada.

Me pongo de pie y le doy un beso en la mejilla, si se da cuenta de algo no me salvaré de esta.

— En serio ¿Estás bien? Tienes cara de todo menos de estarlo.

— No inventes cosas donde no las hay, después del karaoke sólo puedo estar contenta –. Cambio el tema.

— Yo no puedo dejar de reír cada vez que lo recuerdo.

— Lo sé, pero hay que tener cuidado, sabes que esa sale con cualquier cosa –. Roxana es de lo peor y después de lo del sábado jamás se quedará tranquila.

— Aquí estaremos esperando a esa cucaracha biónica con toda la artillería pesada –. Soltamos una carcajada. Mejor que corra a esconderse.

Comienza la clase y en esas pasamos toda la mañana, hoy tendremos un día muy pesado en la universidad, clases, trabajos, talleres, de todo. Las horas pasan lento y al llegar la tarde me siento agotada, además hoy no lo he visto en todo el día y mejor, no quiero verlo. Maldito dilema de querer tenerlo cerca, pero a la vez lejos.

Salgo de clases y me encuentro con Patricia, una más de mi combo, juntas nos vamos a buscar a Melisa que salió a algún lugar de la cafetería a la mitad de la clase y jamás volvió.

— Todo el mundo habla de lo que pasó el sábado en el karaoke, se la sacaron del estadio –. Ríe Paty.

— Sí, la pasamos genial, tienes que venir la próxima, no te vas a arrepentir.

— Lo sé, otra no me la pierdo. A propósito, vi a Roxana por los pasillos y está furiosa, debe estar planeando algo.

— Tranquila, lo sé y no me asusta, pero hay que tener cuidado; quién sabe con qué pueda salir.

Estoy becada en la universidad, así que no puedo darme el lujo de dar algún espectáculo aquí y menos faltando tan poco para terminar mi carrera.

— Sí, esa víbora es la más venenosa de su clase –. La miro y sonreímos, sin duda, lo que pasó con Roxana a todos les ha gustado, todo el mundo habla de eso, bueno, es que a esa no la soporta nadie.

Llegamos a la cafetería de la universidad y encontramos a Melisa con mala cara.

— ¿Qué pasa? – Pregunta Paty.

— La cafetería está muy llena y quiero comer, muero de hambre y llevo esperando una eternidad.

— Vamos a otra parte, no quiero comer nada de lo que hay aquí –. Mi estómago suena y nada de lo que hay aquí me provoca.

— Conozco un restaurante buenísimo.

— Listo, solucionado, nos vamos – dice Melisa tomándome del brazo –. Como algo ya o me desaparezco.

La miro y sonrío, siempre tan exagerada, otra como Max. Caminamos al parqueadero y llamo a Ena.

— Eli –. Responde.

— Iremos a cenar ¿Tienes tiempo?

— ¿A qué restaurante?

— Paty ¿Cuál es el nombre del restaurante? – Pregunto aportando el teléfono de mi oreja.

— Zuca, dile que donde nos vimos la última vez.

— Ya la escuchaste.

— Nos vemos allá.

— Listo.

Duramos más de lo esperado para llegar al restaurante, el tráfico está fatal y Melisa enloquece lentamente al demorar tanto. Cuando llegamos ya Ena nos está esperando y tiene cara de haber llegado hace mucho tiempo.

— Han demorado una eternidad, así que ya pedí por ustedes – dice Ena apenas nos ve.

— Ojalá hayas pedido algo rico –. Suelta Paty.

— Sí, tranquila, lo hice, les gustará lo que pedí – dice mientras nos sentamos en la mesa.

Nuestro pedido no demora en llegar y todas comenzamos a comer –. Estamos hambrientas –. Nadie habla, todas estamos sumergidas en nuestros platos y así duramos unos minutos; alzo la cabeza y de pronto todas están mirándome. Ya van a empezar con lo mismo de siempre. Sus ojos me penetran en busca de información y yo no digo nada, me niego, pero entonces Ena dando un sorbo de su vino dice:

— Cuéntanoslo todo, estamos esperando.

— Sí, sí, cuéntanos que ha pasado – dice Paty.

Ellas jamás se pierden una y si no les digo algo se les explotará la cabeza.

— Sólo fue un acostón y ya, nada del otro mundo, mejor que les cuente Ena, Jorge no salió de su habitación todo el domingo.

— ¿En seriooo? Uy Ena, que zorrota estás – suelta Melisa, mientras todas reímos.

— Pero espera, vamos por parte, primero tú, Eli dinos ¿Cómo fue? – Pregunta Paty.

— Como dice Max, cuéntame con lujos y detalles – dice Melisa con una sonrisa pícara.

— Chicas por favor, como va hacer, nos acostamos y ya, nada más.

— ¿Te gustó?

— ¡Enaaaaaaa! – Me pongo roja. Ellas siempre preguntando estas cosas.

— Sí, sí me gusto, ya, ¿Contentas?

Todas aplauden y se ríen, para ellas esto es toda una novedad. En nuestras

salidas yo siempre escucho sus fechorías; nunca tengo algo que decir con respecto a algún hombre y aunque todo es mentira no les puedo decir la verdad, no les puedo decir que no pasó nada, son las típicas amigas que me comerían viva.

— Después de tanto sin nada de nada ¿Cómo te sentiste? – Melisa como siempre de imprudente.

Así son ellas.

— ¿Te dolió? – Suelta Ena con una sonrisa. Para matarla.

— Chicas por favor, ya párenle de verdad, hablemos de otra cosa.

— Suéltalo todo Elizabeth, o ¿Te lo sacamos nosotras? ¿Cómo prefieres? –

Dice Melisa mientras vuelve a su plato.

Suspiro, es mejor acabar con esto de una buena vez.

— Chicas, la verdad es que...

— ¿Es que? – Dicen todas casi gritando.

— Habla ya – dice Ena.

— Sí, habla – interviene Paty.

— Pero di algo – suelta Melisa.

— ¡Carajo! No pasó nada –. Listo, ya está.

Todas me miran con la boca abierta, no creen que sea posible lo que acabo de decir y ni yo me lo creo, aunque bueno, siempre rechazo a todos, pero nunca a uno tan bueno como este. Creo que les va a dar un algo.

— Repite lo que dijiste que creo que te escuché mal – dice Melisa limpiándose los oídos. Ruedo mis ojos.

— Que no pasó nada, ya dejen el dramatismo. El besa riquísimo y me pone full, pero hasta tirármelo ¡Carajo no!, parece que no me conocieran.

— Está loca, definitivamente esta mujer está loca –. Melisa niega con la cabeza.

— ¡Pensé que te gustaba! – Dice Ena.

— Claro que no me gusta, es un maldito prepotente que apenas conozco, que además sale con Roxana.

— ¿Y? Está buenísimo, quiere algo contigo, lo que sea, pero lo quiere y aunque no es santo de mi devoción ¿Cómo carajos desaprovechas una oportunidad así? – Melisa no sale de su asombro.

— No te puedes cerrar Elizabeth, es bueno pasarla bien con alguien de vez en cuando – dice Ena y su actitud me extraña, no ha explotado como pensé que lo haría, está muy calmada y no es típico de ella.

— Ya chicas, ella lo hará cuando quiera – salta Paty en mi defensa.

— Hay algo que no me cabe en la cabeza – digo cambiando el tema.

— ¿Qué cosa? – Preguntan las tres sin dejar de mirarme.

— Si la noche del karaoke él estaba con Roxana ¿Cómo apareció en mi habitación? Que yo recuerde él se fue con Roxana cuando a esta la sacaron del bar.

— No lo sé, quizás se dio cuenta de lo prostiputiperra que esa es y la dejó abandonada en un portero –. Todas reímos, Melisa y sus comentarios.

— Pero, tú le abriste o ¿Cómo entro? – Pregunta Paty y yo niego con la cabeza y me encojo de hombros.

— Paty, tanto Ena como yo estábamos muy tomadas, además, cuando llegamos ya él estaba en mi cuarto. No sé cómo, pero se las ingenió para entrar.

— Creo que Jorge lo ayudó – suelta Ena de pronto.

— ¿Jorge? – Todas la miramos.

— Sí, él me contó todo en la mañana, Damián lo llamó cuando salíamos del bar y Jorge le dijo que nos iba llevar a casa –. Hace una pausa y toma más vino. – Damián le dijo que llegaría a verte y cuando llegamos a la casa él ya estaba afuera, por eso Jorge abrió primero la puerta de la casa para que él entrará y luego nos ayudó a bajar del carro.

¡Lo mato!

— ¿Cómo es posible que hiciera eso?! ¡¿Él quién se cree para interferir en mi vida?! – Grito enojada, muy enojada–. Pudo haber sido un psicópata, quién sabe cuántas cosas me pudo haber hecho en el estado que estaba.

— Si lo sé, al principio me enojé con él, pensé igual que tú, pero me dijo que Damián le había dicho que lo ayudara a entrar, porque él muere por ti.

— Muere por ti, ya ves.

— No Paty, muere por un acostón, eso quedó muy claro.

— Ese hombre vale un acostón ¿No lo ves? – dice Melisa enojada –. Para algo serio es lo que no sirve.

Miro a Melisa con mala cara.

— Jorge, al igual que todas, quería que te dieras un revolcón con Damián, el madurito más rico, y sólo te dio un empujoncito – dice Ena en su defensa.

— Pero no pasó nada, cálmate ¿Cuál es el problema? – Dice Melisa.

— ¿Qué me calme? ¿Qué cuál es el problema? – Me paro de la mesa y me dirijo al baño. Me voy o acabo matando a alguien.

No es posible que ese idiota lo ayudara a entrar, él que sabe de mi vida como para querer dame un empujoncito. Cuando lo vea, ¡Ay Dios! cuando lo

vea, lo mato.

— Sólo pasó lo que tú quisiste que pasara, ya bájale —. Grita Ena, mientras me alejo de ahí.

Odio que se metan en mis cosas y en mi vida de esa manera, nadie tiene derecho a elegir qué es lo que quiero o con quién mierda quiero un revolcón, ¡Nadie! Llego al baño y agacho la cabeza en el lavamanos, la rabia se ha apoderado de mí y las lágrimas comienzan a salir de impotencia. Lo sé, últimamente soy una llorona, pero cuando me enojo y no puedo sacar mi rabia, mis lágrimas me hacen calmar. Luego de unos minutos en los que la rabia cada vez crece más en mí, escucho:

— Lo siento —. Ena llega al baño y se pone a mi lado —. Ve el lado positivo de las cosas Eli, yo sé que él te gusta y si hubiera pensado que iba hacer algo malo contigo lo hubiera sacado de la casa cuando me di cuenta de que estaba.

— ¿Cuándo te diste cuenta?

— En la mañana, cuando bajó a la cocina a buscar algo de tomar para ti, me dijo que todo iba bien, que sólo te dolía la cabeza con tanto alcohol de la noche anterior. En ese momento pensé que tú lo habías dejado entrar, que me habías escuchado —. Se encoje de hombros —. Estaba feliz de que se lo bajarás a la zorra inmunda de Roxana.

— Pues ya te diste cuenta que no lo dejé entrar —. Dejo de mirarla —. Y ya te lo dije una vez y te lo repito, yo no peleo hombre con nadie.

— Sí, lo sé, pero eso fue después, cuando Jorge me contó, yo ya no podía hacer nada, me enojé con él, pero al final todo resultó bien.

— No resultó Ena, nada resultó bien —. Suspiro —. Y aunque hubiera resultado, nadie tiene derecho a decidir lo que quiero y cuando lo quiero, es mi vida ¿Entiendes? ¡Mi vida!

— No entiendo ¿Por qué tomas esa actitud? ¿Acaso te gusta más que para un simple acostón? — No me conociera bien ella.

La ignoro, abro el grifo del agua y lavo mi cara

— Ahora entiendo y de verdad lo siento Eli —. Se acerca más a mí —. Nadie lo hizo para dañarte, él me parece un buen tipo, además, si no lo hubieras querido ahí, lo hubiera sacado a patadas.

— Lo intenté, pero estaba borracha. ¿Aún no entiendes eso?

— Igual que yo Elizabeth.

— Si no me hubiera quedado dormida hubiera cometido una locura.

— ¿Te quedaste dormida? — Asiento. Pone los ojos en blanco y sonrío —. Hubieras cometido la mejor locura, una de esas que merecen repetición ¿No

crees?

— ¡Enaaaaaa! – Sonríó.

— Lo siento, pero date cuenta, a veces es necesario hacer locuras para ser feliz.

— ¡No lo entiendes! Lo dejaron entrar a mi cuarto y estuvo a punto de convencerme, al final todos los hombres me utilizan como juguete y pudiste impedirlo, pero en cambio hiciste parte de eso.

— Eli, no.

— No quiero escucharte Ena, ahora no –. Intento salir de ahí, porque de solo recordarlo me hierva la sangre y quisiera encontrar a Jorge para decirle lo que se merece, pero Ena se pone frente a la puerta y me agarra del brazo.

— Sabía que él te gustaba por eso no lo impedí, jamás he querido que alguien te utilice como un juguete ¿Cómo puedes pensar eso? Sabes que te quiero como a mi hermana.

La miro, pero no digo nada, tengo mucha rabia; sé que ella no tiene la culpa, ella no lo dejó entrar. Al ver que no voy a decir nada continúa diciendo.

— Muchas veces la felicidad no es completa, pero hay que quedarse con aquellos fragmentos de tiempo en el que somos felices, es lo único que nos queda Elizabeth y en ese momento quise que lo fueras o pensé que lo serías, perdóname, de verdad lo menos que quería era lastimarte.

Nos quedamos calladas unos minutos mientras intento controlarme, no debo ser tan cruel con Ena cuando sé que me adora igual o más que yo a ella. La miro y me doy cuenta de que por sus mejillas corren lágrimas y recuerdo lo que sucedió con ella hace tiempo.

— ¿Eso hiciste con David? – La miro y asiente.

David es el hermano de Melisa y fue el chico por el que ella perdió la cabeza hace algunos años y aunque gracias a ese idiota hoy somos amigas, lo detesto. David es el tipo de hombre que anda por la vida sin importarle nada ni nadie, sólo se quiere a sí mismo y ella simplemente aprovechó los momentos con él, antes de que él decidiera irse.

— Sí Eli, no era el hombre perfecto, pero traté de ser feliz así, porque lo quería y sabes –. Se acerca y pone su mano en mi hombro –. Aunque no funcionó, no me arrepiento, lo intenté y me quedaré con eso. Ahora llegó Jorge y aunque todo comenzó como un juego hoy es más que eso –. Suspira –. El destino te une con quién debes estar, en el momento y lugar que quiera, y eso tu no podrás evitarlo.

— Yo marco mi propio destino – le digo con decisión – Yo elijo con quien

estar.

— Hay cosas inevitables Eli, cosas que, aunque no queremos pasan y aunque las busquemos nunca llegan, sólo queda vivir el momento y ser feliz cuando se pueda y con lo poco que nos ofrece la vida; ¿Me perdonas por no haberlo sacado a patadas cuando lo vi? – Hace pucheros y sonrío. ¿Cómo no voy a perdonarla si es mi hermana mayor? la acerco más a mí y le doy un abrazo fuerte.

— Te perdono, pero sólo si tú también me perdonas todo lo que te dije.

— Perdonada hermanita, perdonada –. Me abraza con fuerza y lloramos juntas.

Pasados unos minutos y cuando ya estamos más tranquilas nos retocarnos el maquillaje para no asustar a los comensales, cuando estamos listas salimos del baño a reunirnos con las chicas.

— Por fin salieron, ya iba a llamar a CSI para que viniera por un cadáver –. Sonreímos, Melisa como siempre exagera – pensé que se matarían allá dentro.

— Nada que una abogada no pueda arreglar – dice Ena, mientras me abraza y nos sentamos en nuestra mesa.

— Tengo algo que contarles –. Todas nos miramos, más sorpresas en una tarde. Esperemos a ver con que nos va a salir Paty.

— Suéltalo de una vez – dice Ena.

— Hay un chico –. Todas nos miramos curiosas.

— ¿Cómo dices que dijiste? – Pregunto asombrada.

— Hay un chico que.... – Hace silencio.

— Habla por Dios, ¿Qué? ¿Qué? – Dice Melisa desesperada.

— Me dijo que le gustaba, me pidió que fuera su novia y, y...

— Y ¿Qué le dijiste? – Decimos todas juntas.

Paty baja la cabeza y casi no podemos escucharla cuando responde.

— Otra que dice que no, yo mejor las mandaré a un convento – suelta Melisa.

— Sí – responde ella con más fuerza.

— ¿Sí qué? – Pregunta Ena.

— Le dije que sí.

Todas gritamos y aplaudimos, esto si es una novedad, Paty nunca ha tenido un novio en toda la carrera y que le haya dicho que sí a uno, es una excelente noticia. Ella es una hermosa chica trigueña, pelo castaño y ojos cafés, es la más pequeña del grupo y tiene unas curvas envidiables –. Bueno como todas –.

Muchos me han dicho que parece árabe. Ella en el grupo es la más reservada y aunque ama las fiestas al igual que Ena y Mely, con referencia a los hombres es caso aparte.

— Que traigan otra botella de vino, que esto hay que celebrarlo – dice Ena, mientras todas aplaudimos.

— ¿Quién es? – Pregunto.

— Sí, cuenta ¿Cómo se llama? – Todas indagamos; muriendo de ganas por saberlo todo.

— Se llama Charlie y está en último año de negocios internacionales en la Universidad S.A.

— Oh, qué bien, ¿Dónde se conocieron?

— Él entro nuevo a las clases de teatro, nos tocó una escena juntos –. Agacha la cabeza –. Nos tocó besarnos.

— ¡Carajooo!, las que no corren, vuelan –. Todas reímos al escuchar a Melisa.

— Algo tengo que aprender de ustedes, aunque ya no estoy muy segura.

— ¿Por qué?

— Ena, lo conozco hace poco y estoy un poco asustada.

— Paty, es normal tener miedo, es tu primera relación y debes ir con cuidado –. Me mira y asiente.

— Quiero que tengas presente que no siempre el primero es el único o el último, así que vive tu relación y disfruta al máximo de todo lo bueno – le dice Ena, mientras alza su copa en son de brindis.

— Sí, no te vuelvas como Eli y aprovecha –. Miro a Melisa con mala cara y le hago una peineta, mientras esta suelta una carcajada y me tira un beso.

Será perraca.

Volvemos a nuestros platos y terminamos de comer, mientras charlamos y nos ponemos al día, no siempre tenemos la posibilidad de estar juntas las cuatro, aunque quedamos de encontrarnos más seguido para pasarla bien, ya que solo nos queda menos de un mes juntas y hay que aprovecharlos.

CAPÍTULO 10

Toda esta semana ha sido pesada, he tenido muchos trabajos, exámenes y estudiar la tesis para la sustentación, me tiene estresada, y ahora que se acercan los parciales finales todo será una locura.

Hoy ya es viernes y no, no he visto a Damián en toda la semana. No sé porque todavía pienso en él, es triste darse cuenta de que los hombres sólo me buscan para eso, pero no puedo negar que por lo menos todos los besos que me robó los disfrute al máximo y como dice Ena: *Es lo único que me queda*. Todas las chicas me dicen que ya se fue a su país; que, si no aproveché antes, ya no podré hacerlo nunca. Qué pena, con lo rico que besa.

Salgo de clases y me dirijo al parqueadero, y como siempre es rutina, vigilo que Gregory no esté, encontrármelo sería un dolor de cabeza. Ese se pega como chicle.

Entonces me quedo paralizada.

¡Ahí está!

¡Oh Dios! Qué es lo que ven mis ojos.

Me paso las manos por la cara para aclarar mi visión, pero es cierto, no alucino, viene en mi dirección el madurito más rico y sexy del planeta tierra.

Me entran los calores ¡Uff!

Esos ojos... Esos labios... Esa barba, Ese... me mira y doy media vuelta.

¡No hay quien me entienda! Moría por verlo y ahora que lo veo huyo de él. Segundos después, siento que se acerca.

¡Carajo! ¿Qué hago?

Me pongo nerviosa, me tiemblan las piernas mientras camino y mi corazón se acelera. Una corriente recorre mi cuerpo y me siento extraña, en cualquier momento me infarto.

Me entran los siete males. ¡Que me entran!

— Amargada, hola – dice cuando llega a mi lado –. Dichosos los ojos que te ven.

— Hola Ken Doll –. Trato de guardar la compostura –. Lástima no decir lo mismo.

— Ya te demostré que de plástico no tengo nada – suelta de pronto.

— Y yo te demostré que facilona no soy – respondo orgullosa.

Damián no aparta su mirada de mí y por unos segundos sólo nos observamos, me mira... y no dice nada. Sus hermosos ojos azules me hipnotizan, de tal manera que estoy a punto de hacer una locura y entonces le suelto antes de perder la razón y besarlo yo misma.

— Te equivocas, de plástico lo tienes y te palpita dentro —. Sonríe al escucharme.

Me encanta su sonrisa, tiene unos labios apoteósicos que de sólo verlos quiero lanzarme en ellos; pero entonces, recuerdo lo que pasó la última vez, lo que quería y simplemente sigo mi camino.

— Tú y yo necesitamos hablar seriamente —. Me agarra del brazo impidiéndome seguir.

— ¿Ah sí? No me digas —. Volteo a mirarlo, no estoy para jueguitos y este si sabe cómo sacarme mi hermoso mal genio — ¿Qué es eso tan serio que tenemos que hablar? Que yo sepa todo quedó muy claro esa noche.

— Algo que tú me debes señorita Torres.

— Ahora yo te salí a deber — suelto mi brazo de un tirón y me voy. ¿Qué tal este tarado?

— Nadie me deja hablando solo —. Me sujeta más fuerte y pegándome más a él me mira fijamente.

¿Qué voy hacer con este hombre? ¿Será que lo pateo o sigo mi camino? Elijo la segunda, no quiero armar problemas dentro de la universidad. Además, de mis anteriores relaciones he aprendido que cuando a los hombres se les muestra debilidad se aprovechan, así que no me va a volver a pasar, ni porque lo tenga casi pegado a mis labios y me muera por morderlos.

— Yo no nací para complacerte mi niño, ahora suéltame que no me interesas.

— Ya apágate fosforito, que si te prendieras de la manera que yo quiero estaría feliz de apagarte, pero por lo pronto cállate y bésame.

Ahí está de nuevo esa frase, no me deja decir nada más; me jala hacia él y me besa, posa su deliciosa boca en la mía, me muerde el labio inferior y lo chupa lentamente. Intento resistirme, pero la resistencia no me dura mucho tiempo, este hombre sabe besar ¡Carajo! Esto está muy bueno, más bueno que mi adicción a las moritas y eso ya es algo exagerado.

Damián posa sus manos en mi cintura y me acerca más a él, me besa con toda la pasión del mundo llevándome al lugar más remoto de la tierra y no quiero salir de ahí nunca. Sé que no puedo mostrarle debilidad, pero sus besos son una batalla perdida y lo peor, él lo sabe; intento separarme, pero me agarra más fuerte e intensifica el beso. ¡No caeré de nuevo! No puedo aceptar que siga volviendo mi vida un ocho, no puede venir hoy, besarme y luego desaparecer, no volveré a caer en su juego, así que, con todo el dolor de mi alma, lo muerdo con todas mis fuerzas y de él sale un fuerte gruñido, se separa

de mí y se toca el labio.

— Esa maldita costumbre, porque eres tan... tan... – No dice nada más, arruga la cara y hace un gesto de dolor.

Pobre, casi me le traigo medio labio.

Damián me mira fijamente y creo que quiere arrancarme los dientes, mientras yo sonrío, se lo merece y sin importarme nada más le digo con toda la chulería que tengo.

— Qué bien besas guapito, pero no estoy para perder mi tiempo –. Le guiño un ojo, cierro su boca aún entre abierta, doy media vuelta y sigo mi camino.

Siento sus ojos destrozando mi espalda, mientras yo sonrío. Puede ser el hombre más lindo que he visto, pero no seré su polvo necesitado, no seré esa que busque cuando me quiera en su cama, me he negado a mejores sábanas y esta no será la excepción, aunque no lo puedo negar, me siento verdaderamente atraída por él, como nunca otro hombre me había logrado atraer, pero no debo seguir su juego, él tiene más experiencia que yo y será una derrota segura.

Llego al parqueadero, me meto en mi coche y lo enciendo de inmediato, quiero salir de aquí antes que se me aparezca de nuevo.

Hoy debo pasar por la tienda a ver cómo van las cosas, así que para relajarme un poco más enciendo la radio la radio y *Bruno Mars* me deleita con “*Nothing on you*”. Comienzo a cantar.

Pero de un momento a otro un escalofrío me recorre por completo cuando pienso en ese beso, ese, que tanto deseaba y que me acaba de dejar en el limbo, qué hombre, por Dios ¡Qué hombre!; la bocina de un coche me hace sobresaltar y me doy cuenta de que me he pasado un semáforo en rojo ¡Mierda! Menos mal no ha pasado a mayores, así que saco a Damián de mi cabeza y me concentro en la carretera.

Estoy de suerte con el tráfico hoy, así que no me demoro mucho en llegar. Entro a la tienda y me encuentro con Susy.

— Hola Susy ¿Cómo estás?

— Hola Elizabeth, muy bien ¿Y usted?

— Muy bien, gracias. ¿Cómo anda todo por aquí? – Le hecho un ojo a todo el lugar y me dirijo a la oficina.

— Todo muy bien, han llegado muchos clientes.

— ¿Alguna novedad?

— Ah sí, lo olvidaba, llegó un paquete para usted –. Sale de la oficina y regresa de inmediato con una caja de regalo.

¿Un regalo para mí?

Me entrega la caja y sale atender unos clientes.

La curiosidad me puede así que la abro enseguida, en ella hay un vestido de baño de dos piezas hermoso. Es de color negro con piedras en la parte superior, parecen diamantes reales y por la tela debió costar montones, aunque no creo que haya una persona lo suficientemente volada de la cabeza para regalarme algo tal absurdamente costoso. Miro la etiqueta y me sorprende cuando leo “*Yamamay Colección 2016*”. Entro de una a la página desde mi computadora y reviso. Estamos en 2015 y ni siquiera está en el catálogo la nueva colección de fin de año. Esto debió salir por un ojo de la cara. ¿Quién me pudo mandar esto? Volteo la caja y sale una pequeña tarjeta. La leo.

“Ya quiero ver ese majestuoso cuerpo en bikini.

Arq. Brown”

Sonrío. No sé si de frustración o porque de verdad me gusta, jamás se me hubiera ocurrido que me regalaría un bikini. Lo miro encantada con cara de tonta por un instante ¿Qué voy hacer con él? Pienso... Pienso y pienso, y llego a la conclusión que lo mejor será devolvérselo, a mí no me compran con regalos caros. Ya se lo canté aquella noche en el karaoke y el día que me hizo la encerrona en mi casa “*No te equivoques corazón, porque no hay nada que se venda aquí*” Así que oprimo un botón y Susy aparece ante mí.

— Hazme el favor de devolver este paquete a la misma dirección de donde lo han enviado.

— Como diga, me pongo en eso de inmediato.

— Gracias...

Se puede estar pudriendo en dinero, pero eso es lo que menos me interesa —. Suspiro —. Me quedo revisando algunas cosas en la computadora, el negocio va creciendo muy rápido y Lucas me recomendó un nuevo sistema para poder monitorear lo que se vende y lo me queda de una manera más rápida. Las horas pasan como un rayo y no siento el transcurrir del tiempo. De pronto suena mi bandeja de entrada y una luz palpita en mi pantalla. Un correo.

De: Damian Brown.

Fecha: 08 de noviembre del 2015.

Para: Elizabeth Torres.

Asunto: Amargadas personas.

¿Cómo has sido capaz de devolverme el bikini? Eres la persona más maleducada que he conocido en mi vida.

Damian Brown Arquitecto especialista en diseños.

Sonrío. Gracias, gracias.

Me quedo viendo la pantalla como una tonta, mientras pienso si responder o no a su mensaje; pero no, no me interesa lo que piense, y a todas estas, ¿Cómo consiguió mi correo? Bueno, sí consiguió la dirección de mi casa, mi correo no será problema. No le doy más importancia y sigo con mi trabajo.

Reviso unas últimas cosas antes de cerrar, todo marcha muy bien y si todo sigue igual pronto podré expandirme, pagaré algunas deudas y montaré el negocio de mi abuela – sonrío –. Es lo que más quiero.

Cuando son las diez de la noche ya todos se han ido y yo he terminado, decido cerrar y volver a casa, ya quiero descansar. Cuando salgo de la tienda todo está oscuro, busco la llave en mi bolso y cierro la tienda, pero de un momento a otro alguien me toma del brazo y pego un brinco asustada.

Vólteo.

— ¿Qué haces tú aquí? – Le digo con toda la mala gana del mundo.

— Vine a buscarte.

— Y... ¿Qué te hace pensar a ti que yo iré contigo?

— Vas a venir conmigo, quieras o no –. Me sujeta fuerte del brazo y me jala hacia él, mientras yo intento resistirme; lo que me faltaba para completar mi día –. Eres mía Elizabeth.

— ¡Gregory! Suéltame que me lastimas – le grito.

— No te soltaré hasta que no estemos donde quiero –. El alcohol corre por sus venas y el olor es asqueroso.

— ¡Suéltame! ¡Suéltame! – Intento zafarme y me aprieta más fuerte, coloca mis brazos hacia atrás y los sujeta, mientras me arrastra por la calle y yo no puedo soltarme.

La gente nos mira, pero nadie se acerca, y ya no encuentro que hacer para que me suelte, volteo mi cabeza a un lado para que me vea y llamar su atención, pero sólo veo una mirada oscura, una que ya me está empezando a asustar, Gregory parece otra persona, una con la que nunca quisiera toparme.

Mis brazos comienzan a dolerme porque me está apretando demasiado fuerte. Trato de soltarme mientras grito que me suelte, pero es inútil, las lágrimas automáticamente comienzan a caer por mis mejillas y no sé qué más hacer para soltarme. Cuando ya no puedo más y siento que me desmayaré del dolor, escucho una voz familiar que dice:

— La señorita le ha dicho que la suelte –. Su voz es melodía para mis oídos en este momento.

— ¡Apártate! Ella es mía y nadie la alejará de mí –. le grita Gregory más

fuera de sus casillas que nunca.

— ¡Suéltela! – Le grita.

Siento como se tensa y yo le pido calma con la mirada, Gregory no está bien, no sé qué ha consumido y tampoco que sea capaz de hacer en este estado.

— Gregory, suéltame por favor, hablaré contigo, pero cuando estés bien, suéltame.

— ¡No! Pasaré por encima de quien sea, pero te irás conmigo – dice, mientras me sujeta cada vez con más fuerza.

— No me obligues a repetirlo –. La voz de Damián es más fuerte, verlo aquí es un alivio, pero me preocupa lo que Gregory le pueda hacer.

— ¡Me lastimas, suéltame! – Le grito y él ignora lo que le digo e intensifica su agarre –. Mierda Gregory, que me haces daño –. El dolor es horrible y ya no siento mis brazos.

Miro a Damián y su mirada es oscura, una oscuridad que no había visto antes, aprieta sus manos con fuerza y yo agacho la cabeza, mientras las lágrimas recorren mis mejillas al sentirme ya desesperada por el dolor. Cuando vuelvo a mirarlo, Damián tiene la mirada aún puesta en mí y cuando mis lágrimas corren más fuerte, veo como en cámara lenta impacta su puño en el rostro de Gregory. Este me suelta de inmediato y se lanza sobre él.

— ¡Cuidado! – Grito preocupada.

— No tienes ningún derecho sobre ella –. Le grita mientras se dan golpes como locos –. Es mía entiendes. Mía.

Estoy aturdida, mis brazos me duelen y están rojos de dolor, no sé qué hacer, si me meto a separarlos me lastimarán, pero si no hago nada, se matarán. Parecen dos locos psicópatas dándose golpes; veo como vuelan los puños de Gregory en la cara de Damián, mientras se arrastran y ruedan por la calle.

— ¡Deténganse! – Grito – ¡Damián! ¡Gregory! Ya, por favor.

Las lágrimas inundan mi cara y caigo de rodillas al suelo, mientras ese par se sigue matando a golpes. Un *Mercedes benz* azul turquí se estaciona justo al frente de nosotros, el conductor se baja rápidamente y se acerca corriendo.

— Señorita ¿Está usted bien? – Se agacha y me ayuda a levantarme – ¿Le han hecho daño?

Niego con la cabeza, no me salen las palabras.

— Tranquila, todo va a estar bien, yo los separaré –. Me deja de pie y se acerca a ellos, alzo la cabeza y veo como Damián está ahora sobre Gregory.

— No, no, no, lo vas a matar –. No puedo dejar de llorar –. Ya es

suficiente Damián.

— Pero ¿Qué demonios está pasando, Damian? – Volteo y no puedo creer lo que veo.

— Vete al auto Roxana – le grita este.

— Te estás peleando como un súper naco – le responde asombrada.

— La ha lastimado y lo tiene que pagar – dice, mientras sigue propiciando golpes en su rostro, como si lastimarme fuera el peor delito del mundo.

— Estoy bien, estoy bien, ya fue suficiente – le digo para que se detenga.

— ¿Te estás peleando para defender a esta tarada? – Suelta Roxana con chulería.

— Esta tiene su nombre y mejor cierra el pico si no quieres terminar igual –. Voltea y me mira con mala cara.

— No te tengo miedo.

— Mejor hazle caso a tu noviecito, antes de que te arrepientas – le digo dando un paso al frente, mientras ella echa dos hacia atrás –. Te recuerdo que ya no estamos en la universidad y nada me impide descuartizarte –. Roxana me mira aterrada y yo sonrío con malicia, mientras doy un paso más hacia ella.

— No van a ponerse a pelear ustedes dos ahora – dice el señor que llego momentos antes –. Con estos dos ya tengo suficiente.

Él intenta separarlos y quita a Gregory de encima, pero Damián se lanza de nuevo hacia él y caen al piso.

— Señor, ya basta.

— No me jodas Alex, no me jodas – le responde Damián enojado.

— La policía ya viene y no querrá usted verse implicado en una pelea callejera –. le dice el señor ahora identificado como Alex.

Damián le da un golpe más y de inmediato se detiene, Alex lo ayuda a levantar del piso, mientras Gregory se levanta como dificultad.

— Esto no se queda así, ya me las cobraré –. Gregory escupe sangre y se toca la cabeza –. Ella es mía y nadie podrá conmigo.

— Cuando quieras, aquí estaré esperándote – responde Damián. Se escuchan las bocinas de la policía y Gregory sale corriendo.

Mientras yo sigo aún estupefacta en mi lugar, veo a Damián y como su ropa está llena de sangre, miro su rostro y es un desastre.

— Lo siento, todo ha sido mi culpa, no debiste meterte, yo, yo... – Damián se acerca y pasa sus manos por mi cintura.

— Tranquila, no digas nada –. Me abraza fuerte, mientras mis lágrimas caen de nuevo –. Todo está bien; no ha sido tu culpa.

— Gracias, gracias —. Lo abrazo. Nunca nadie me había defendido como él lo hizo hoy, al final de cuentas, su corazón no es de plástico como pensaba.

— ¿Tiene modales Amargada? — Me dice y yo sonrío. Deja de abrazarme y me mira.

— No te acostumbres Ken Doll —. Sus labios se curvan y una hermosa sonrisa aparece en su rostro.

Nuestras miradas se cruzan y sonrío, con lo que acaba de hacer hoy se ha ganado el cielo y la tierra juntos. Damián no aparta su mirada de mí y coloca su mano en mi mejilla, mientras traza delicados círculos en ella, mi cuerpo se derrite ante su contacto y siento que definitivamente he perdido la batalla con este hombre, todo de él me encanta y que no le importara quedar hecho polvo por defenderme, ha sido muchísimo más de lo que en algún momento espere de él, su mano se posa en mis labios y los abre un poco mientras pasea su dedo por ellos, quiero que me bese, anhelo que me bese, al darse cuenta que no diré nada y que tampoco lo detendré Damián acerca sus labios lentamente a los míos y...

— ¿Será que pueden dejar las payasadas de una buena vez?, vamos a perder la reservación — dice Roxana desesperada, mientras se acerca a nosotros y lo toma del brazo arruinando el momento —. Damián mírate, por estar defendiendo a esta gentuza has destrozado tu traje.

— No pasa nada, sube al auto y voy enseguida — le dice Damián entre dientes.

— De aquí no me voy si no es contigo.

— ¡Roxana! — La mira fijamente y esta con todo el descaro del mundo lo aparta de mí y lo besa.

¡Maldita lagarta!

Sólo es necesario ver como se le tira encima para que mi genio cambie de volada, de inmediato se me olvida lo bueno que acaba de hacer por mí y quiero que se largue. Me retracto, no tiene corazón; es un completo idiota, un perfecto imbécil, sin duda un completo Ken Doll.

— No te demores guapo — le dice cuando se aleja de él.

— No la hagas esperar, es mejor que te vayas — le digo a Damián cuando vuelve a mirarme.

No entiendo como él puede tener algo como esa tipeja.

— Quiero asegurarme de que llegues bien —. Se acerca y coloca de nuevo su mano en mi mejilla, la diferencia es que ya no tiene el mismo efecto.

— Llegaré, tengo mi auto aquí cerca —. Me separo de él y siento como se

tensa de inmediato –. Muchas gracias por lo que hiciste, pero ya estuvo, yo puedo solita.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué estás de nuevo enojada conmigo? – Se acerca más a mí y yo retrocedo.

— No pasa nada, es mejor que te vayas.

— Deja que te lleve –. Su insistencia ahora solo me hace enojar.

— ¡No! Yo me puedo ir solita – le digo de mala manera, jamás entraría al mismo auto que esa.

— Elizabeth –. Me sujeta por el brazo y cuando hago mueca de dolor me suelta.

— Mira guapito, yo no soy de las que acostumbras, así que no me jodas –. Lo dejo ahí parado y me voy.

Me subo al coche y me dirijo a mi casa. He tenido un muy mal día y lo que menos quiero es seguir mortificándome viendo los numeritos de esos dos. Enciendo el radio y subo todo el volumen, no quiero pensar.

Llego a mi casa y subo de inmediato a mi habitación, la rabia me ha quitado el apetito, tan sólo de pensar lo que esos dos están haciendo en estos momentos, y al recordar su beso un escalofrío recorre mi cuerpo y pongo mi habitación patas arriba de la rabia.

Como la detesto, como los detesto a los dos.

Algún día me daré el gusto de arrancarle esas lindas extensiones.

Maldita prostiputigolfa.

CAPÍTULO 11

El sábado me la paso todo el día en la tienda ayudando y remodelando algunas cosas, llamo a Max en algunas ocasiones y este no me responde, necesito saber que ha pasado con Arthur. Hablo con las chicas y omito contarles el incidente de Gregory, es lo mejor, así nos evitamos complicarlo todo.

En ocasiones miro mi teléfono con esperanza de que Damián llame, pero no lo hace, no se ha dignado a llamar en todo el día. Tan preocupado que se le veía ayer y nunca llamó para saber si había llegado, pero bueno, un Ken Doll, a fin de cuentas.

El domingo después de desayunar voy a la cocina y busco una bolsa de moritas, pero no encuentro ninguna, seguro Ena las escondió o acabó con ellas –. Suspiro –. Busco en los cajones de la alacena y encuentro una caja de Gol, una deliciosa galleta con chocolate y krispis, no lo pienso y me llevo algunas para mi recamara. Subo las escaleras y voy al cuarto de Ena. Son las nueve de la mañana y aún está durmiendo. Eso es algo nuevo en ella.

Ena es la mujer más madrugadora en el mundo, así que después de tirar lo que llevo en la cama de mi cuarto, me dispongo a despertarla de la manera habitual que nos gusta.

Abro la puerta con mucho cuidado, ella siempre se tapa completamente con las sabanas, así que no me verá; las cortinas aún están cerradas, ¡Qué raro! Ella no duerme con las cortinas abajo, pero bueno no le doy importancia y entro cautelosamente, cuando estoy cerca de la cama me tiro encima de bombazo, grito y hago todo el ruido que pueda.

— ¡Despiertaaaa! ¡Despiertaaa! – Grito como loca, mientras le hago cosquillas por todo su cuerpo.

— Cálmate, cálmate – dice una voz nada femenina.

Apenas la escucho quedo paralizada, agarran mis manos y me tira a un lado de la cama. Alguien se levanta y abre las cortinas, enseguida entra la claridad y en ese momento veo quien está a mi lado. Nada más y nada menos que al que quería patearle el trasero por imbécil ¡Jorge!

Este me suelta y pone las manos hacia arriba en posición de defensa, aún asustado y desconcertado. Yo debo estar roja de la pena, pero se lo merece por idiota, me levanto de la cama y volteo a mirar a Ena; Ella apenas me ve suelta una carcajada, me río con ella y Jorge pone cara de vergüenza.

¡Qué pena!

— La próxima, pásale llave a la puerta – le digo cuando puedo parar de

reírme. Ena asiente todavía muerta de risa.

— ¿Por qué entras como una loca endemoniada al cuarto? –Me pregunta Jorge aún sentado en la cama.

— Eso les pasa a las personas que dejan entrar a otras a cuartos que no son propios.

Jorge me mira apenado y cuando vuelve su mirada a Ena esta suelta una carcajada; sigue sin dejar de reír.

— Eli de verdad lo siento, yo sólo quería ayudar – me dice sonrojado.

— La próxima no me ayudes –. Trato de olvidar mi rabia y reírme de esta penosa situación, en la que Ena me ha metido.

— Lo sé, ya Ena me lo hizo pagar bien caro.

— ¿Ah sí? ¿Cómo?

Jorge me señala la cabecera de la cama y veo unas esposas. Suelto una carcajada al ver a Ena roja de la risa. Jorge me mira y me dice:

— Y creo que lo que hizo conmigo anoche no fue suficiente, porque ahora al verla así, me doy cuenta de que ha sido culpable de esto.

— Es costumbre de nosotras despertarnos así –. Levanto mis hombros. Es una de nuestras formas locas de despertarnos los fines de semana.

— No te preocupes –. Sonríe y mira a Ena con mala cara –. Ahora si me disculpan, me voy a arreglar.

Coge la sabana y se la coloca con cuidado en la cintura, pasa por mi lado y se dirige al cuarto de baño.

¡Mierda!

Estaba desnudo.

Pongo cara de espanto y miro a Ena.

— Te mataré –. Ella vuelve a reír –. Juro que me las pagarás.

— Jamás pensé que nuestra manía de levantarnos así, sería más divertida alguna vez – dice agarrándose la barriga –. Me duelen las costillas.

— ¡Qué te duelan más! – Sonrió –. Oye ¿Qué le hiciste ayer? – Pregunto al ver su pícara sonrisa.

— Lo hice sufrir un ratico – dice apenas calmando su risa.

— Qué pena con Jorge, estaba en pelotas –. Niego con mi cabeza y le doy un puño en el brazo.

— Lo violaste con las manos amiga – dice ella tratando de controlar la respiración y la risa –. Ya quedaste a paz y salvo con él después de lo que te hizo – sonrío, a ella jamás se le pasa nada por alto, pero desnudo ¡Joder! para matarla.

Salgo de la habitación con cara de circunstancia y ella suelta una carcajada.

— Te amo mi Eli – grita, mientras cruzo a mi habitación.

A las 6:00 de la tarde, después de leer más sobre mis ángeles caídos, doy por terminada mi sección de lectura y decido ir a correr, este cuerpo no se mantiene nada más que comiendo.

Me pongo mi ropa de deporte, un short gris con líneas azules y un top del mismo color, me miro al espejo y me recojo una cola alta –. Sonrío –. Me coloco mis zapatos Nike y estoy lista para mi caminata, bajo las escaleras recordando lo que pasó esta mañana en el cuarto de Ena; que pena con Jorge, aunque bueno, se lo merecía. Esta tarde él se la ha llevado a cenar, Ena lo tiene mal, pero era hora, ya merecía encontrar el amor.

Recojo las llaves y mi móvil de la mesa de la sala, las guardo en mi canguro y salgo de la casa. La oscuridad yace en la ciudad, me pongo mis audífonos y comienza a sonar “*Dopamina*” de *Belinda* y la canto mientras corro por las calles de la fría Bogotá.

Hago todo lo que está a mi alcance para distraerme, pero es imposible no pensar en él, desde el viernes ni mensajes, ni llamadas ¡Nada! Así que ya es hora de que me empiece a dar igual, debo seguir con mi vida. Corro sin parar por un buen rato, me gusta hacer ejercicio y más en la tardecita, porque todo es más tranquilo.

Llego al parque de la 93 y muchos hacen deporte a esta hora, así que me relajo y hago flexiones. Minutos después le doy varias vueltas al parque y cuando son casi las nueve de la noche me tiro en el césped –. Estoy muerta –. Decido tomarme un respiro antes de volver a casa. Estiro las piernas en el frío césped y cierro mis ojos, la brisa del parque me relaja y descanso plácidamente. De un momento a otro siento como unos pies se envuelven con los míos.

¡Mierda!

Abro los ojos y veo como sus rodillas se estampan en el suelo. Eso debió doler.

— Disculpe señor ¿Está usted bien? – Digo avergonzada. Mis piernas son tan delgadas que el pobre ni las vio.

Él voltea hacia mí y yo me paralizó. Ahí están, de nuevo esos ojos azules que tanto me gustan y me había querido encontrar. Se sorprende al verme.

— ¿Qué haces tú aquí a esta hora? – Dice enojado con un tono nada agradable –. Podría ser peligroso.

Me molesta que me vea y lo primero que haga sea regañarme.

Me molesta que no me haya llamado.

Me molesta encontrármelo aquí.

Me molesta todo de él.

— Que te jodan idiota – le suelto enojada. Me pongo de pie y pego un grito al intentarlo, mi tobillo me duele y caigo de nuevo en el césped.

— ¿Estás bien? – Me pregunta preocupado, se levanta y se limpia las rodillas algo raspadas y se agacha a mi lado poniendo su mano en mi pierna –. Déjame revisar.

— Estoy muy bien – le suelto con toda la antipatía del mundo, muevo la pierna para que no me toque.

Pongo mala cara.

¡Carajo! Como duele.

Él intenta ayudarme, pero no dejo que me toque.

— ¡Ni te me acerques! – Le grito –. Desde el viernes me has ignorado y ahora ¿Quieres ayudarme? – Me mira confundido, pero no dice nada –. Largarte por donde viniste, que yo sé cuidarme sola.

— Te llevaré a un hospital – dice sin prestar atención a lo que le digo. En ese momento suena mi teléfono y él se detiene.

Lo saco de mi canguro.

— Hola dulzura.

— Lucas, que bueno que llamas –. Volteo a mirar a Damián y me mira pensativo –. Necesito que vengas.

— ¿Qué pasa? ¿Qué tienes? – Pregunto alarmado.

— Tranquilo, sólo me doblé el tobillo y necesito que me des un aventón.

— ¿Dónde estás? – Pregunto preocupado.

— En el parque de la 93.

— Estoy cerca, llegaré enseguida –. Cuelga.

— No necesito tu ayuda, así que lárgate – le digo al guardar el teléfono, pero él no se mueve y yo me acomodo mientras sigue arrodillado enfrente a mí.

No dice nada, sólo me mira y así pasamos por lo que creo una eternidad; sus ojos se conectan con los míos y siento como me habla con la mirada, pero no lo entiendo. Damián se acerca lentamente a mí y su frente se posa en la mía, mientras pelea con sus pensamientos –. Suspira –. Sus manos recorren mi cuerpo y besa mi frente, pero de repente intenta cargarme para llevarme con él.

— ¡Ahhh! – Grito. Me deja de nuevo en el piso y su gesto es indescifrable. Parece que me hubiera brincado en el pie con todas las fuerzas del mundo. Lo miro y parece desesperado, es su culpa que esté así.

— Elizabeth yo... – Intenta decirme algo, pero lo interrumpo.

— Ya déjalo Damián y no las embarres más, hoy no; no estoy en condiciones de patearte el trasero ahora – le digo sinceramente tratando de calmar mi dolor.

— Dulzura ¿Estás bien? – Dice Lucas cuando llega.

— No, no, me duele mucho, no puedo moverme.

— Te llevaré a la clínica –. Se aplica anti—bacterial en las manos y se pone unos guantes.

¡A la mierda con este también!

Yo muriendo de dolor y este no se puede ensuciar las putas manos con un poco de tierra. Damián no dice nada, pero no aparta la mirada de él.

— Gracias por acompañarla señor, pero ya me encargaré de ella – dice Lucas con amabilidad al ver a Damián a mi lado, pero este se queda callado y lo mira con reproche.

Si las miradas mataran, pobre de Lucas.

— Bueno dulzura, llamaré a Yas para que nos espere en la clínica.

— ¡No! A la clínica no – le digo cuando se inclina para cargarme –. Llévame a casa, por favor.

— Aguanta lo más que puedas mi Eli – me dice antes de moverme y de Damián sale un gruñido de desaprobación, pero esta vez Lucas lo ignora y añade: –sé que va a doler, pero serán unos minutos, mientras llegamos al carro ¿Estás lista?

Asiento, cierro los ojos y aprieto mis dientes con todas mis fuerzas, mientras él pone sus manos en mí y me levanta, reprimo un grito de dolor, mientras más pasa el tiempo el dolor es más fuerte. Ojalá no me haya partido el pie.

Mis ojos se inundan de lágrimas mientras Lucas camina lo más rápido que puede para llevarme hasta su coche; Cuando llegamos me coloca en el asiento delantero y se da la vuelta para entrar en el asiento del conductor. Miro por la ventana como Damián se levanta sin apartar aún sus ojos de mí, pasa sus manos por su sudadera para limpiarse, da media vuelta y sigue su camino con cara de enfado.

De regreso a casa Lucas no pregunta nada referente a él y se lo agradezco, es de lo que menos quiero hablar, pero al ver que el dolor no para, no me hace

caso y me lleva a la clínica. Su amiga Yas nos espera en la entrada con una silla de ruedas y me hacen entrar de inmediato; los médicos me revisaron por completo, me toman placas y me dan analgésicos para el dolor, al final me dicen que sólo es un esguince y después de poner mi tobillo en su lugar –. Lo cual dolió una barbaridad –. Me vendan el pie y me ordenan guardar reposo por algunos días –. No está rota, que alivio –. Los médicos me dan una incapacidad y muchas pastillas para el dolor, un rato después ya me puedo ir a casa.

— Santo Dios Elizabeth –. Ena me mira aterrorizada cuando me ve llegar – ¿Qué te paso?

Mi amiga es muy dramática y todo lo exagera, pero sé que se preocupa por mi tanto como yo por ella.

— No te preocupes Ena, nada más me doblé el pie –. Ella niega con la cabeza, mientras Lucas me sube a la habitación.

Me deposita en la cama y de inmediato saca unos clínex, limpia sus manos y la silla que hay en mi habitación antes de sentarse, Ena lo mira y sonrío

— Lo siento, ya saben que no lo puedo evitar – dice, al darse cuenta de nuestras miradas.

— Tranquilo, podemos vivir con eso –. Ena se acerca y le da un beso en la mejilla –. Gracias por traerla.

— Sabes que no es molestia –. Le regala una sonrisa y le devuelve el beso.

— ¿Me cuentas que pasó? – Pregunta Ena con una ceja levantada.

— Sólo salí a correr y cuando me acosté a descansar en el césped, alguien pasó por encima de mi pie.

— ¿Quién fue ese desgraciado? – Rechina enojada.

— Un indeseable que no conozco –. Miento. Si le digo que fue Damián, no me dejaría me paz toda la noche y la verdad referente a ese tema, me siento agotada.

— ¿Cómo vas con la psicóloga? – Le pregunto a Lucas, desviando la conversación.

— Todo muy bien Dulzura.

— ¿Si estás haciendo las tareas como te manda?

— Sí cansona, claro que las estoy haciendo –. Me mira y sonrío –. Aunque se ensaña conmigo, me manda muchas cosas.

— Has todo lo que te mande, a menos que... – Ena lo mira y sonrío – ¿Quieres volver a intentar mis terapias?

— Tranquila lo haré, lo haré – Este la mira horrorizado, mientras Ena y yo

soltamos una carcajada.

Hace algunos años tratamos de ayudarlo nosotras, pero fue imposible, o más bien la técnica de exposición que Ena usó casi lo traumatiza de por vida. Fuimos a su casa y le revolvimos todo, Ena y Melisa dejaron todo patas arriba.

La verdad, parecía un chiquero –. Sonríó al recordar el desastre.

Creo que nunca vi a Lucas tan enojado y desesperado desde que lo conozco, y fue tanto el enojo que se mudó a un hotel por varios días, contrató a una diseñadora de interiores y no volvió hasta que todo estuvo en su lugar, dejó de hablarnos por meses. Tengo que admitir que desde que va al psicólogo ha mejorado, pero aún necesita mucho más.

— Así debe ser, eso te va a ayudar mucho – le digo cuando dejo de reír.

— Sí, lo sé, gracias por ayudarme.

— Te ayudaremos siempre que podamos y lo sabes – dice Ena acercándose a él –. Pero me parece que mis técnicas funcionan más –. Le da unas palmadas en el hombro y todos sonreímos, mientras Lucas niega con la cabeza.

CAPÍTULO 12

Tuve tres largos y tediosos días de incapacidad, todos llamaron y fueron a visitarme, bueno... todos excepto Damián, no he tenido noticias de él desde el encuentro en el parque, no se ha dignado a llamar y eso que él fue el culpable de mi torcedura.

¡Será miserable!

Max me vino a visitar y me llenó el cuarto de flores, es un loco, pero lo amo, no tuvimos la oportunidad de hablar bien porque había muchas personas en mi habitación, pero se nota que las cosas aún no están bien, intentó buscar a Arthur, pero él lo mando por un tubo y no era para menos.

Mi abuela me llamó varias veces al día, la pobre está muy preocupada por mí, así que le mande mil fotos mías y de mi pie al WhatsApp de Bea para que se diera cuenta que estoy bien y en una sola pieza. Como amo a esas mujeres y su manera de preocuparse por mí.

Hoy ya puedo volver a mi rutina, así que me arreglo para ir a la universidad, ya mi pie está mucho mejor y puedo manejar con tranquilidad. Me dirijo a la cocina y en la alacena hay cientos de paquetes de moritas –. Sonrío –. Mientras estuve enferma Ena me compró de todo, así que meto varias en mi bolso. Salgo de la casa y enciendo mi coche, lista para volver a clases. Pongo el radio y escucho “*la peligrosa*” de *Martina*, mientras lidio con el tráfico de Bogotá.

Llego al estacionamiento y me dirijo a mi bloque con tranquilidad y sin ninguna prisa, a pesar de todo no quiero esforzar mi pie con carreras innecesarias. Desde la pelea con Damián, Gregory no se me ha vuelto acercar y eso para mí es un alivio.

Entro al ascensor y los recuerdos me invaden, todo pasa en mi cabeza en cámara lenta y él es el único protagonista. Cierro los ojos y trato de olvidar todas esas cosas, no debo pensar en él, es igual a todos y ya debo dejarlo ir.

Al terminar un examen y ver cuatro bloques más, ya estamos libres de clases, únicamente me falta terminar los parciales que comienzan la otra semana y exponer nuestro trabajo de grado para finalizar completamente mi ciclo estudiantil. Que feliz me siento.

— Paty, cuéntanos ¿Cómo vas con tu chico? – Le pregunto, mientras bajamos a la cafetería.

— Bien, él es lindo... – Se queda callada.

— ¿Pero? – Pregunto Melisa.

— No sé, a veces no me siento segura con él.

— ¿Por qué dices eso? – Pregunto.

— Antes era más atento – Encoje de hombros.

— Típico de todos los hombres, escoba nueva siempre barre bien, acostúmbrate – dice Melisa.

— ¿Hablaste con él? Quizás le pase algo.

— Sí Eli, lo haré, esperemos que funcione.

— Va a funcionar, ya verás – le digo.

— Muero de hambre – dice Paty, cuando llegamos a la cafetería –. Busquen una mesa, yo compraré.

— Yo quiero un batido de fresa, mora y cereza.

— Yo un cubanita especial y una limonada cerezada.

— Eli, ¿Tu sólo el batido?

— Sí Paty, sólo eso, gracias –. Asiente y se va por nuestros pedidos.

Buscamos alguna mesa disponible y nos sentamos a esperar a Paty que no demora en llegar con nuestro pedido, comenzamos a comer y nos ponemos al día de todo lo sucedido los días que no estuve. Melisa nos cuenta cómo va con Andrés y que él ya quiere que se vayan a vivir juntos, pero ella ni loca piensa hacerlo, ama su libertad.

Hablamos de los proyectos que tendremos ahora que acabemos la universidad, Paty pasará un tiempo con su familia y seguirá con sus clases de teatro. Melisa hará un tour por varios países, mientras que yo me meteré de lleno en el negocio para traer a la abuela y Bea a vivir conmigo.

— Rana platanera a la vista.

— Melisa, no me la menciones – le digo sin ni siquiera voltear a verla –. Cada día la soporto menos.

— Hazle caso a Melisa mira – dice Paty.

De Inmediato la curiosidad me puede y volteo ante su insistencia. Viene Roxana camino a la cafetería agarrada de la mano del miserable de Damián.

Él lleva puesto un traje color negro y se ve di—vi—no –. Suspiro –. Ella se acerca a su oído y le dice algo mientras caminan juntos –. Será resbalosa la prostiputizorra esa. Ver cómo le coquetea me hace hervir la sangre. Volteo he intento controlarme, si no lo hago le parto la madre a esos dos.

— Yo con ese, no tengo nada que ver – digo quitándole importancia –. Así que puede salir con quien sea.

— Pobre, lo dejaré limpio – dice Melisa y no puedo evitar soltar una carcajada.

— Es cierto, a esa le gusta más el dinero que la comida – dice Paty.

Todas nos quedamos calladas cuando sentimos que pasan por nuestro lado, pero este cuando se da cuenta que estoy ahí se detiene. Volteo instintivamente y tiene la mirada puesta en mí. Roxana lo mira y le pasa la mano por su cintura, lo acerca a ella y lo besa en la comisura de la boca.

¡Menuda perra!

— Señorita Torres —. Me saluda formalmente.

¡Mierda!

Me entran los calores.

¿Cómo me puede hacer sentir así sólo con saludarme? Esto no puede ser posible.

Hacemos silencio unos minutos, no sé si responderle o no, pero con tal de enojar a la rana platanera, olvido mi enojo y le respondo:

— Arquitecto —. Nunca le había dicho así, pero no estoy de ánimo para pelear y menos frente a esa. No le daré el gusto.

— ¿Me regalaría cinco minutos de su tiempo? Por favor —. Me lo pide amablemente, y yo miro la cara que pone Roxana al escucharlo.

— Dami ¿Qué crees que haces? — Dice ella mientras se voltea a mirarlo, pero él la ignora, tiene su mirada clavada en mí, esperando mi respuesta.

Lo pienso por unos minutos, no sé qué responderle, no sé para qué quiere hablar conmigo, pero al ver la reacción de Roxana y lo incómoda que está no puedo evitar decirle:

— Sí, con gusto —. Quisiera no hablarle, pero me estoy dando gusto molestando a esa. Sonrío.

Me levanto de la mesa, bajo la mirada de las chicas que no saben porque estoy actuando de esta manera y la verdad ni yo misma sé, siempre me ha valido lo que esa piense.

Cuando me acerco a Damián, me toma por la cintura y me aleja un poco de la cafetería dejando a Roxana boquiabierta —. Cuatrocientos mil puntos para mí —. Sonrío, mientras las chicas no dejan de cuchichear y reír.

— Me alegra que estés de vuelta — me dice lo suficientemente lejos de las chicas.

— Me alegra estarlo — respondo con ironía.

— Estás hermosa —. Me mira de pies a cabeza y sonrío con picardía.

— Ahórrate las cursilerías y habla de una vez — le digo sin ningún tipo de calma — ¿Qué quieres?

Sonríe. No sé qué le hace gracia.

— Amargada como siempre, señorita Torres.

— Sólo con muñecos de plástico como usted, Señor Brown.

— Seré breve, no te preocupes.

— Creo que ya te estás alargando.

— Vengo a cobrar la cena que aún me debes.

— ¿¡Perdón!?! – Mi boca se abre de asombro. Será capullo.

— Sí, lo que escuchas, quiero reivindicarme contigo por lo que pasó en el parque y como sé que no me aceptarás una cita, entonces necesito que me pagues.

— ¿Y si digo que no? – Bonita hora para reivindicarse.

— Consigo todo lo que quiero y tú más que nadie sabe todo lo persistente que puedo llegar a ser.

— ¿Si te deja tu novia? – Si es que así se le puede llamar a eso.

— ¿Cuál novia?

— La rana platanera que tienes por allá esperando, ¿La vas a negar?

— Primero que todo, ella no es mi novia, segundo, no tengo que rendirle cuentas a nadie, y tercero... – Se acerca, pasa sus manos por mi cintura y me pega a él añadiendo –. Si tú me dices que sí, ella pasará a la historia.

¡Que me va a dar!

¡Que me da!

¿Cómo que si le digo que sí? ¡Ay madrecita!

Me pongo nerviosa.

Él sabe lo que hace, sabe cómo ganarme y odio eso. Sonríe.

— ¿Qué te parece chistoso? – Me separo de él y doy un paso atrás.

— Tú.

— ¿Yo? – Ya comienza a subir mi mal genio.

— Sí, Amargada, tú y tu maldito genio, ¿Es que jamás podremos llevar la fiesta en paz?

— No –. Doy media vuelta para regresar a mí mesa y veo como Roxana no nos quita la mirada de encima, así que regresando la mirada hacia él añado: – ¿A qué quieres que diga sí? – Sus labios se curvan y aparece su hermosa sonrisa.

— Te lo diré si salimos a cenar esta noche –. Me acerco a él y siento como todos nos miran en la distancia.

— ¿Y que ganaría con eso?

— Exclusividad – dice.

— ¿Exclusividad? – Pregunto confundida. Pasa su mano por mi cintura y me pega de nuevo a él.

— Sí, seré tuyo —. Pega sus labios en los míos dándome un suave y rápido beso —. Di que sí y no te arrepentirás.

— ¿Estás loco? — Pregunto asombrada.

— Es la primera vez que le digo esto a una mujer, así que no me hagas arrepentir y acepta.

Me pone nerviosa lo que me dice, como que ¿Exclusividad? ¿Será solo mío? Retrocedo dos pasos asustada. Tantas promesas falsas he escuchado antes, que ya no creo ninguna y menos cuando vienen de hombres como él.

— Lo siento Damián, pero yo... — No me deja terminar y me acerca más a él.

— Nena hablemos, mira que de verdad me interesas — dice casi pegado a mi boca.

— Ahh ¿Te intereso? — Asiente y yo sonrío cuando añado: — Te felicito por tu buen gusto.

Le doy un casto beso y lo dejo ahí parado. No fue capaz de llamar después de que fui casi raptada por Gregory; además me lastimó el tobillo y tampoco apareció. Ahora que se joda, no es cuando a él le plazca.

Cuando llego a mi mesa Melisa y Paty me miran incrédulas por lo que acabo de hacer.

— Ese madurito muere por ti desde hace rato — dice Melisa, sin importar que Roxana aún este ahí.

— Sí, siempre anda tras de ti, no sé porque no lo aceptas. — Sonrío. Se lo que hacen.

— Tranquilas, me ha hecho una propuesta y he dicho que sí.

— ¿Una propuesta? — Dicen las dos al tiempo.

— Una muy, muy indecente —. Trato de aguantar la risa.

— Yo también aceptaría todas las propuestas que él me hiciera — dice Melisa —. Yo te mataría si te hubieses negado.

— Eres una maldita —. Interviene Roxana, aún parada al frente de nuestra mesa. La ignoro. No merece mi atención y además no puedo armar broncas en la universidad.

— ¿Sabes que es de mal gusto escuchar conversaciones ajenas? — Melisa se voltea y su mirada es de una asesina psicópata — ¿Acaso no tienes modales querida?

— ¡Cállate! No te metas perra inmunda —. Grita.

Melisa se para y se pone frente a ella.

— ¿Quieres que te parta la cara, te arranque los dientes y te desfigure

toda? – Melisa se acerca y está casi encima de ella –. Chicas, ¿Cómo creen que se vería esta calva?

— No te tengo miedo –. Siempre lo dice.

— Somos tres, contra una. ¿Quieres tentar tu suerte? – Me levanto.

Roxana me mira espantada y se va casi corriendo de ahí, mientras nosotras soltamos una carcajada.

Todo malo siempre es cobarde.

— Explícame lo que acaba de pasar –. Melisa vuelve a sentarse y no aparta la mirada de mí.

— ¿No que tú y él no tenían nada que ver? Y te recuerdo que acaba de pasar con esa frente a ti. ¿Acaso estás ciega?

— Paty, él y yo no somos nada, sólo me ha venido a pedir disculpas.

— ¿Disculpas? ¿Y eso? – Pregunta Melisa.

— Por un pequeño incidente que tuvimos la otra noche –. Respondo sin darle importancia.

— ¿Te viene a pedir disculpas y te agarra por la cintura, te hace propuestas indecentes y te besa? Habla ya, pecadora –. Suelto una carcajada, ellas jamás cambian y por eso las amo.

— Sólo lo dije porque Roxana estaba presente.

— ¿Y la propuesta indecente?

— Paty, sólo me ha invitado a cenar y me he negado – les digo enseguida para evitarme sermones después – Lo dije para que la morronga se partiera de rabia.

— Tenías que verle la cara cuando ustedes estaban bien juntitos –. Paty no para de reír.

— Elizabeth, el destino te lo ha puesto otra vez en tu camino, no lo desaproveches.

— Ya te pareces a Ena –. La miro horrorizada –. No creo que él sea mi tipo de hombre, Melisa.

— El que anda con la miel... – Sonríe y luego añade con cara de perversa –. Si no es tu tipo de hombre pues no importa, tú comételo, disfrútalo y luego lo dejas por ahí, que alguna mosca se parará en el desperdicio.

— ¡Oyeeee! Como le dices eso –. Suelta Paty con cara de espanto ante el comentario de Melisa.

— Paty tú ya sabes cómo es ella, pero esperemos a ver qué pasa – digo muerta de risa.

— Tiene que pasar de todo, de todo – dice Melisa, mientras vuelve a su comida.

Nos duramos un rato en la cafetería hablando y riéndonos de la cara que tenía Roxana, mientras esperamos hablar con nuestra jefa de programa para acordar la fecha y hora de la sustentación de nuestra tesis, minutos después la cafetería comienza a llenarse de gente y ya se nos es imposible salir.

¿Qué diablos pasa?

— Pero ¿De dónde ha salido tanta gente? – Pregunta Paty aturdida.

— Ni idea ¿Será algún atentado terrorista? – Suelta Melisa, la miramos con horror y ella sonrío.

— Salgamos de aquí – les digo, mientras intentamos pasar entre la multitud, pero es imposible.

¡Mierda!

Melisa se sube en nuestra mesa y Paty la sigue, cuando estas pegan un grito se me es imposible no subirme y ver que causa tal alboroto. Cuando me subo a la mesa me quedo de piedra cuando veo a *alkilados*.

¡Madre santísima!

Todas comenzamos a gritar y a cantar sus canciones, amo a este grupo y con las chicas hemos ido a muchos de sus conciertos. De pronto me paralizo, Damián sube a la pequeña tarima en donde se encuentra estos y cuando me señala casi me caigo de la mesa de la impresión.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Entonces Juan David, el vocalista, dejándome petrificada suelta:

— Hoy estamos aquí para pedirle a la linda y hermosa Elizabeth Torres que no sea mala y le regale una cita a mi gran amigo.

La gente comienza a gritar como loca cuando los acordes de “*Una cita*” comienzan a sonar, en medio del alboroto se abre un camino para que el grupo junto a Damián se acerquen a mí, mientras Paty y Melisa me miran sorprendidas.

Cuando los tengo a todos frente a mí, yo muero de pena, mientras toda la universidad canta el coro para ayudarlos.

¡Trágame tierra y escúpeme del otro lado del mundo!

Me bajo de la mesa para salir corriendo del lugar, pero me es imposible, Damián me intercepta y tomándome por la cintura me pega junto a él, para que escuche cantar *alkilados* junto al resto de la universidad.

No sé si le gusto, ayúdame a enamorarla (Ay, Ay)

Díganle que ya le he escrito mil canciones, Que me regale una cita.

Pongo mis manos en su pecho en forma de defensa para separarlo de mí, pero sé que he perdido, y ya soy completamente suya cuando me dice al oído.

— Me estoy muriendo por tus besos y por todo de ti, anda dime que sí.

Mi cuerpo tiembla ante su contacto y sus palabras, este hombre transforma mi mundo y lo pone patas arriba. Quiero correr muy lejos de aquí, no quiero enamorarme, no quiero sentir –. Pego mi frente en su pecho.

— ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué?

— Es que me gustas tú, desde el primer día en que yo te vi... – me dice al oído cantando.

Mientras la gente sigue cantando como loca, posan sus ojos sobre nosotros, Damián levanta mi cabeza y cuando nuestras miradas se encuentran me sonrío besándome la punta de la nariz y pasando la mano por mi mejilla, me toma de la barbilla y pega sus labios a los míos con fuerza.

— Quítame estas ganas de estar contigo –. Añade tomándome por la cintura y pegándome más a él intensifica el beso. Me muerde, me aprieta y me hace suya con la boca, mientras toda la universidad grita y canta junto a *alkilados*.

*Me estoy muriendo por tus besos y tu calor.
Baby no puedo yo seguir con esta obsesión.
Es que me gustas tanto y no me aguanto,
Tú eres la razón por la que yo canto.*

¡Oh Dios! Que labios, que beso, que... que... ya no puedo ni pensar cuando lo tengo cerca, me trasporta a otro planeta tan lejos de los problemas, de las inseguridades que sólo quiero seguirle la corriente a donde sea que él quiera llevarme.

— ¿Por qué haces esto? – Pregunto al separarme de él con la respiración entrecortada y el corazón a mil.

— Porque me interesas y alguien me dijo hace un rato que tengo buen gusto – responde y suspiro con una sonrisa en la boca.

No digo nada y solo pienso como salir de esta, lo miro y lo miro por unos segundos pensando que hacer para no acceder, pero estoy bloqueada, nada se me ocurre.

— ¿Tengo otra opción? – Consigo preguntar al fin.

— No, no la tienes.

— ¿Dónde y cuándo? – Al mal paso darle prisa. Solo será una cena.

— Hoy, yo iré por ti.

— Recógeme a las ocho –. Me separo de él –. Aún no he dicho que sí, a lo

que sea que estés dispuesto a pedirme.

— Lo harás —. Me guiña un ojo y da media vuelta perdiéndose en la multitud.

Ya ha conseguido lo que quería.

CAPÍTULO 13

Nos quedamos un poco más para disfrutar el concierto y la pasamos de lujo, son un súper grupo. Las chicas se ponen pesadas por lo que acaba de pasar, así que me voy directo a casa, necesito estar sola, necesito pensar en esta locura.

Desde que le dije que sí, no dejo de pensar en él, y ver lo que hizo sólo por una cita me tiene sin palabras. Sé que tiene más dinero, que neuronas, pero cuando hace cosas locas por mí me siento diferente, segura y es muy extraño sentirme así con alguien que apenas conozco.

A las 7:45 de la noche ya estoy lista, me coloco frente al espejo y me retoco por quinta vez, mientras los nervios no me abandonan. Llevo un lindo vestido rojo, unos tacones blancos y accesorios de perlas del mismo color, esta noche decido llevar mi pelo liso, así que lo dejo caer sobre mis hombros y trato de calmarme –. Estoy asustada –. No sé qué me llevo a aceptar esta cita o bueno... Sí, *alkilados*.

A quién quiero engañar, en el fondo, muy en el fondo, bien pero bien al fondo, si quería salir con él.

Damián es físicamente todo lo que una mujer quiere, pero esos son los hombres con quien no se puede planear un futuro, él es rico, exitoso y físicamente apetecible, tiene a toda la flota femenina tras él, pero entonces él se fija en mí ¿Cómo puedo entender eso?

— Ya deja de darle tantas vueltas a las cosas – dice Ena entrando a mi habitación.

— ¿Crees que estoy haciendo lo correcto? – Pregunto indecisa. Cuando se trata de hombres soy un completo desastre.

— Para pasarla bien hay que portarse mal y tú ya llevas mucho tiempo en la santidad –. Sonríó al escucharla.

— Tú sabes todo lo que me ha pasado con los hombres y este piensa igual a todos.

— Sí, lo sé, pero tú no vas a buscar en él lo que buscabas en otros, pásala bien –. Asiento. Sólo quiero eso, pasarla bien.

Este hombre me gusta demasiado como para volverme a negar. Pero...

— ¿Y si todo termina mal?

— Amiga como dice *Adriana Lucía* la cantante; borrón y cuenta nueva, lo disfrutaste y listo –. Asiento. Estoy tan nerviosa que no digo nada más.

Ena sale de mi habitación a contestar una llamada, mientras yo lo pienso y lo pienso hasta llegar a la decisión de intentarlo y dejar de pensar en las

consecuencias de todo. Que pase lo que tenga que pasar.

Llamo a mi abuela y hablo con ella antes de irme, ha estado un poco enferma y eso no me gusta nada. Cuando termino de hablar con ella estoy un poco más tranquila, las medicinas le hicieron bien y ya está perfecta como un roble, mientras mi tía hace de las suyas con Juan.

Bajo las escaleras y me encuentro con Ena en la sala.

— Estás como diría mi Maxi es—pec—ta—cu—lar baby —. Mueve su mano de arriba a abajo igual que Max lo hace y yo muero de risa —. Todo saldrá bien Eli, piensa positivo.

Asiento y me regaño mentalmente. Parece que nunca hubiera salido con un hombre.

No puedo creer que después de todo lo que ha hecho, aquí estoy esperándolo más nerviosa que nunca, parezco una colegiala cuando está pensando en hacer algo muy malo, no es posible que este hombre me ponga así, no es posible.

El sonido de un coche hace que mis pelos se pongan de punta y que mi cuerpo se erice de inmediato. Miro mi reloj y dan las 8:00 pm. Es tan puntual siempre, que no puede ser más perfecto.

— Llegó, llegó, llegó – dice Ena más emocionada que yo asomándose a la ventana –. Está afuera.

— Listo, allá voy –. Cierro los ojos y suspiro, mientras salgo a su encuentro.

Quiero salir de esto ya, y entre más rápido mejor.

Salgo y lo veo de pie afuera de su coche y se ve realmente hermoso. Lleva un traje color gris, corbata a juego y camisa blanca. Sus ojos hoy más azules que nunca y la barba de tres días que hace resaltar sus deliciosos labios.

Se acerca a mí ¡Ay Dios!

Me entran los calores.

— Está usted más hermosa esta noche, Señorita Torres –. Pasa las manos por mi cintura y me pega a él –. Estaba preocupado, pensé que hoy tampoco te iba a encontrar.

— Aquí me tiene, Señor Brown –. Sonríe. Pega su frente en la mía y pone dulcemente sus labios en los míos.

— Eso de tenerte me encanta, es lo que más deseo – me dice a un pegado en mi boca.

— Pero déjeme confesarle que estuve muy tentada a hacerlo – le digo, aún más nerviosa por su comentario.

— Menos mal y no lo hiciste, porque esta vez iría por ti hasta el fin del mundo.

— ¿Hasta el fin del mundo?

— Hasta donde fuera nena – responde pegándose con urgencia en mis labios, me besa con ganas, con pasión, con ímpetu, mientras mi cuerpo responde sin ningún esfuerzo a él. Después de una eternidad y aun pegada en sus labios me dice:

— Vamos, una larga noche nos espera –. Me levanta el mentón y mis ojos se encuentran con los suyos, encontrándome con una majestuosa sonrisa.

Yo estoy tan nerviosa que espero que pase de volada.

Damián pasa su mano por mi cintura y me lleva hacia el coche. Alex me abre la puerta y yo lo saludo apenada.

— Buenas noches, Alex.

— Señorita –. Mueve la cabeza y señala con la mano el interior del carro. Sonrío, que galante.

Jamás me había subido en un carro con chofer, me gusta mucho manejar a pesar del tráfico insufrible de aquí. Entro y tengo que reprimir mi asombro al entrar en tremendo coche.

Damián rodea el coche hasta el asiento del conductor y habla unos segundos con Alex, saca su móvil del bolsillo y contesta, pero dentro del coche yo no puedo escuchar nada. Alex se monta en el asiento del conductor y Damián se queda afuera atendiendo su llamada, pasan unos minutos cuando de pronto siento como algo golpea el coche por detrás e impactamos en la parte trasera de un coche que está adelante. Pego un grito tras el fuerte impacto e intento sostenerme de algo, pero es inútil, me doy en la frente con el asiento delantero.

— ¡Mierda!

— ¿Está bien señorita? – Alex voltea preocupado y yo asiento aún asustada.

Se abre la puerta y Damián tiene mala cara, está tan blanco como un papel que me asusto más al verlo, aunque creo que yo debo estar peor.

— ¿Estás bien? – Me da su mano y me saca del coche –. ¿Estás bien? – Vuelve a preguntar preocupado, mientras me revisa de pies a cabeza.

— Lo...Lo estoy, tranquilo, lo estoy –. Me acerca a él y me besa con desesperación, mientras me aprisiona a su cuerpo.

Esta sensación es la más reconfortante que pueda existir, su lado protector cada vez me gusta más y es una sensación nueva para mí, nunca nadie se había

preocupado de esa manera y la verdad puedo acostumbrarme a ello. Así duramos casi una eternidad hasta que escucho:

— Quítale las manos de encima —. Esa voz. Maldigo en mis adentro.

Otra vez no, esto no puede ser posible.

¡Qué pesadilla!

Siento como Damián se tensa abajo de mí y yo lo abrazo más fuerte. No quiero más problema, no quiero más peleas, pero no puedo evitarlo. Damián intenta separarse de mí y le digo:

— Por favor no, no lo hagas —. Pero es demasiado tarde, se suelta de mi agarre y se abalanza sobre él.

— Acabaré contigo — le dice y comienza el segundo round.

— ¡No! — Grito desesperada al ver semejante golpe que impacta sobre Damián —. Por favor, paren.

Pero nada de lo que digo funciona, todo es inútil, puños vuelan de un lado a otro y otra vez Alex corre deprisa hacia ellos e intenta separarlos, y esta vez no espera aprobación de Damián, solo se lanza y los separa.

Alex es un grandulón bien fortachón, así que no demora mucho.

— Maldita sea, Gregory — dice Ena, saliendo de la casa hecha una fiera —. Cuando vas a dejar a mi amiga en paz.

— Maldito cabrón — grita Gregory, cuando Alex lo aleja de Damián —. Nunca me apartarán de ella, ¡Nunca!

— ¡Cretino! Nunca la volverás a tener — le grita Damián, mientras Gregory forcejea con Alex, pero es inútil, nadie puede con ese grandulón —. Ella ahora es mía —. Vuelve a gritar perdiendo el control y lanzándose sobre él.

¿Ahora soy suya?

No puedo procesar bien lo que pasa y ahora Damián dice eso ¡Ay Dios! me va a dar algo. Me apoyo en el coche destrozado y cierro los ojos por unos segundos, como si la fuerza entrara en mí, me acerco a Gregory mientras Ena intenta detenerme, pero no lo consigue, se me ha salido el Torres y ahora sí temblará la tierra. Sin miedo a nada de lo que ese idiota me pueda hacer, me coloco frente a él.

— ¿Pero tú quien te crees para meterte en mi vida? — le grito soltándole una bofetada que me sabe a gloria, aunque casi me rompa la mano.

Su mirada llena de furia taladra mi cuerpo y lo miro confundida, mientras me pregunto ¿Quién diablos es este hombre? Después de tanto tiempo que pasamos juntos hoy lo desconozco.

— Él dueño de ella — responde con una sonrisa. Es sólo escuchar su

respuesta, para sentir que la sangre sube a mi cabeza.

— No me hagas reír cretino —. Me quito uno de mis tacones y se lo parto en la cabeza —. Desaparece de una buena vez, antes de que yo haga algo de lo que me pueda arrepentir y no creo que sea de tu agrado.

Le vuelvo a dar otro bofetón para emparejarle la cara y doy media vuelta, necesito saber que Damián está bien. Cuando volteo él está atrás de mí, me agarra por la cintura y me aleja de Gregory.

— ¿Estás bien? — Pregunto.

— Sí, tranquila ¿Te hiciste daño? — Pregunta preocupado. Mi mano me arde, pero ha valido la pena. Niego con la cabeza y lo abrazo, no quiero preocuparlo más.

— La policía viene en camino —. Ena se acerca a nosotros y su mirada es de reproche —. Debes denunciarlo. ¡Ahora!

— Te mataré, juro que te mataré — grita Gregory, tratando de soltarse de Alex.

— Cállalo, no me hagas ir y hacerlo yo mismo — grita Damián, y es sólo decir eso para ver como Alex le da un giro a Gregory, dejándolo contra el suelo y poniendo uno de sus pies en la cabeza, hace que este quede cara al pavimento y no pueda pronunciar palabra.

— A ver si aprendes y ahora cierras tu puta boca —. Aprieta su cabeza fuertemente sobre el pavimento. Pobre Gregory, pero él se lo ha buscado.

La policía llega minutos después y se lleva a Gregory, Damián no acepta por ningún motivo que Ena nos lleve en su coche a la delegación, ya ha pedido que traigan otro coche y está a punto de llegar. Ena se dirige a la delegación y Damián no se separa de mí en ningún instante y no para de preguntarme si estoy bien, se ve martirizado y preocupado, ha intentado llevarme al hospital, pero yo me he negado rotundamente. Estoy bien.

En cuestión de minutos llega un *Audi* negro totalmente nuevo y lo miro perpleja, mientras el conductor le entrega las llaves a Alex y el primero se va de inmediato en una grúa con el otro auto o bueno en lo que queda de él.

— Tienes más dinero, que neuronas — le digo a Damián, cuando salimos hacia la delegación.

— ¿Estás bien? — Me besa la cabeza y me acerca a él, creo que es milésima vez que lo hace, se ve realmente abatido por lo que acaba de pasar y aunque me duele un poco la cabeza por el golpe no es nada porque alarmarse.

— Sí, estoy bien — digo para no preocuparlo, saco de mi bolso un clínex y limpio su labio con cuidado —. Tú eres quien me preocupa.

— ¿Yo? – Le sorprende mi pregunta.

— No te puedes ir dando golpes con la gente en la calle Damián, está bien que Gregory sea insufrible, pero un día de estos se matarán.

— Elizabeth, si vuelve a intentar algo o tan siquiera llega a tocarte, lo mato –. Su mirada es oscura y su tono muy serio.

— Deja de decir estupideces – digo acariciando su mejilla.

— No son estupideces –. Me jala y me sienta en su regazo.

— Tú no eres un asesino.

— Te sorprendería lo que puedo llegar a hacer cuando se meten con algo que me interesa – dice besando mi frente y cerrando los ojos con fuerza añade: – Tú me interesas, y lo que me interesa lo protejo con todo mi ser, entiende que tú eres mía.

— Damián, yo pienso... – Intento decir algo, pero pone su dedo en mi boca y no me deja pronunciar palabra.

— ¿Por qué eres tan habladora? Mejor usa tus labios para besarme – dice levantando mi mentón, pegando su boca a la mía y besándome con más fuerza de la que debería.

Siento el sabor de su sangre correr por mi boca, pero no lo detengo, en este momento sé que él lo necesita incluso más que yo, pero cuando un gruñido sale de él, me separo de inmediato.

— Te estoy lastimando, cuidado –. Lo miro preocupada –. Necesitas que un médico te revise.

— No es nada –. Sonríe, me abraza con fuerza y antes de volver a pegar su boca en la mía con delicadeza añade: – Tus besos son todo lo que necesito.

Llegamos a la estación de policía en tiempo record y tanto Damián como yo colocamos las diferentes denuncias, Ena lo tiene todo listo incluso antes de que Gregory llegue, a él le tocará pagar el auto de Damián y no podrá acercarse a nosotros a más de quinientos metros, y como si fuera poco el auto que conducía era robado, así que pasará unos hermosos meses encerrado.

Justo cuando salimos de la delegación están bajando a Gregory de la patrulla ¿Cómo se ha demorado tanto en llegar? Este al vernos se suelta del oficial y se lanza sobre Damián.

¡No es posible! ¡No es posible!

La policía se los quita de encima.

— Vámonos, por favor – de digo tomándolo del brazo.

Ya estoy harta de ver al estúpido de Gregory abalanzarse sobre Damián y no es justo que él pague los platos rotos de mis errores.

— Por favor, no quiero estar aquí —. Sollozo, desesperada por la situación.

— Tranquila, cariño todo va a estar bien —. Me toma por la cintura y besa mi cabeza. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

¿Me acaba de decir cariño?

Sólo es una cena Elizabeth, no te emociones y recuerda que él es el típico Ken Doll que les dice cosas lindas a todas. Es más, ahora que lo pienso, no sé si después de todo aún habrá cena.

— Todo sigue en pie — dice como si leyera mis pensamientos.

— Brujo — le digo por adivinar lo que pensaba y sonrío inconscientemente, él me devuelve una gran sonrisa, aunque su cara sea un completo desastre.

Ena se acerca y nos dice que ella se encargará de todo para que nosotros podamos irnos tranquilos, así que Damián habla con ella un par de asuntos legales y ella lo pondrá al corriente de todo. Yo confío en Ena y sé que Gregory está perdido.

Entramos al auto y no me he acomodado bien cuando me sienta en sus piernas y me acuesto en su regazo, me abraza con fuerza mientras pega sus labios en mi cabeza y comienza a acariciar mi cabello —. Cierro mis ojos encantada —. Hace mucho no recibía caricias tan íntimas y mucho es mucho.

Duramos en el coche más tiempo del que esperé, cuando abro los ojos me doy cuenta de que salimos de la ciudad desviándonos vía *La Calera*. Esta, está ubicada al nororiente de la ciudad y es un sitio turístico increíble, tiene lugares hermosos y además nos ofrece una espectacular vista panorámica de la ciudad. Lucas tiene un bar en esta zona y es la bomba, hemos venido varias veces, a las chicas y a mí nos encanta.

Cierro mis ojos y trato de procesar lo ocurrido, aun no puedo creer todo lo que ha pasado con Gregory, sus continuos ataques me tienen harta y estoy cansada de la situación. Aún estoy un poco nerviosa, la verdad, nunca en todo este tiempo que lleva Gregory con sus locuras, lo creí capaz de tanto, jamás —. Suspiro—. Menos mal me aleje de él o quien sabe en qué hueco estaría.

Levanto mi cara y miro su rostro, tienes sus lindos ojos cerrados, así que pongo mi mano en su mejilla y lo acaricio. Se ve tan lindo a pesar de los golpes que no puedo resistirme, así que pego mis labios sobre los suyos y él abre sus ojos de inmediato.

— ¿Te lastimé? Lo siento — le digo, pero él niega con la cabeza y me dedica una cansada sonrisa.

Segundos después el auto se detiene, miro por la ventana y estamos frente a dos grandes puertas.

— Llegamos – me dice.

— ¿En dónde estamos? – Pregunto extrañada.

— En mi casa –. Me asombro al escucharlo.

¡Mierda! Me trajo a su casa.

No sabía que tuviera una casa aquí; Bueno, en realidad no sé nada de él y en parte me preocupa, no sé con qué loco me estoy metiendo, aunque no puedo negar que es el loco más sexy y guapo que he conocido.

Las puertas comienzan abrirse y mis ojos se quieren salir al ver lo que revelan las puertas; miro a Damián y este me mira con una sonrisa.

— ¡Que carajos! – Exclamo asombrada.

— Tienes unos ricos y preciosos labios para que salgan tantas palabras amargas de tu boca.

— Y tú eres un Ken Doll con buen gusto –. Sonríe y me encanta su sonrisa.

— ¿Puedo tomar eso como un cumplido?

— No te acostumbres – digo guiñándole un ojo.

Volteo y miro por la ventana, mientras cruzamos un hermoso jardín lleno de grandes pinos que dan paso a una impresionante casa. El coche se estaciona en la entrada, Alex sale de él y nos abre la puerta. Damián se baja de inmediato y me tiende la mano, al salir del coche me pega a él y levantando mi mentón, me da un delicioso beso.

— Bienvenida – dice aún en mis labios.

La brisa fría de la noche congela mi cuerpo y tiemblo; él enseguida se quita su saco y me lo coloca, pasa su mano por mi cintura y me acerca más a él.

— Gracias – digo ante su gesto y él besa mi frente –. Que hermoso lugar.

— Es mía temporalmente, mientras esté en Colombia –. Asiento.

Llegamos a la entrada y presiona un código, la puerta automáticamente se abre y me quedo boquiabierta ante la vista, ¿Quién no desearía vivir en una casa así? El acabado de las paredes es hermoso, la decoración exquisita, muebles, accesorios, todo combina y los colores hacen que el lugar sea cálido, relajante, agradable y acogedor, además está lejos de la ciudad sin el ruido de los carros y la gente. Sin duda estoy en la gloria.

— Está casa es todo un lujo contemporáneo, caracterizada por su estilo interior audaz, moderno y vanguardista; lo sé, es una belleza – me dice, mientras me invita a entrar a su casa.

Me agarra por la cintura y cruzamos la sala, pasamos por el impresionante comedor y llegamos a la cocina. Es tal y como me la imaginaba llena de lujos

y hermosa, a juego como toda la casa.

Todo en la casa está tan limpio y ordenado como si se acabaran de mudar, pero Damián parece tener prisa, así que sin parar y sin dejarme curiosear, seguimos el recorrido y pasamos unas grandes puertas de cristal que nos llevan al patio.

Me quedo boquiabierta.

¡Qué patio!

Hay un gran mueble café en el centro del lugar con una chimenea blanca del mismo tamaño, seguida por una gran, pero gran piscina que es exactamente del largo del patio y va en forma de cascada, formando el gran balcón trasero de la casa, mostrando la hermosa vista panorámica de la ciudad.

La vista a la ciudad es increíble y la miro atontada, las luces de los edificios en la oscuridad de la noche la hacen ver más hermosa y la gigante luna que la alumbraba desde lo alto intensifica su belleza. Me quedo entusiasmada viendo el paisaje y sólo bajo de mi nube cuando escucho a Damián tras de mí, este deposita una pequeña caja en el borde de la chimenea y se acerca.

— ¿Te gusta? – Pregunto mientras me abraza por detrás y miramos juntos hacia las luces de la ciudad desde lo alto.

— Esto es increíble – le digo y tengo una estúpida sonrisa en la cara. No puedo dejar de sonreír.

Me volteo y sus hermosos ojos azules me traspasan por completo, de inmediato y por instinto natural pego mis labios en los suyos y la sensación es indescriptible, es como si el mundo se detuviera, como si las horas fueran segundos y todo pasara en cámara lenta, mientras sus labios se posan en los míos y los juegos artificiales explotan dentro de mí, siento como si mil elefantes luchan por salir de mi estómago y todo es muy extraño, nunca en mi vida había sentido algo semejante, y lo mejor es que me gusta.

Las manos de Damián me sujetan con fuerza, mientras este intensifica el beso y me hace sentir mil cosas al mismo tiempo, pero de un momento a otro, suelta un gruñido y me separo al instante. Lo miro detenidamente y tiene el labio más rojo e hinchado, aun sale un poco de sangre y tiene la ceja partida.

¡Maldito Gregory!

Arruga la cara y toca su frente.

— Te he lastimado, lo siento, lo siento –. Lo tomo del brazo y lo llevo al gran mueble, comienzo a buscar en la caja que trajo algo que me sirva para curarlo.

— No ha sido nada, ya pasará – dice despreocupado. Saco una gasa.

— Mírame – le exijo, mientras me acerco a él.

Hace lo que le pido, pero cuando sus ojos se conectan con los míos siento un vacío en su mirada, pongo la mano en su mejilla y lo más despacio que puedo comienzo a curarlo; Damián cierra los ojos y respira profundo, como si estuviera cansado. Sigo curándolo mientras me muero por besarlo de nuevo, pero me contengo, porque sé que lo lastimaría. Subo y bajo mi mano lentamente limpiando la sangre de su cara. Se mueve desesperado.

— Tranquilo, lo haré despacio, no te preocupes.

— No me preocupo por mí, estos son sólo golpes –. Toma mi mano y la revisa detenidamente –. Tú eres quien me preocupa.

— ¿Yo? – Pregunto confundida, mientras me suelto de su agarre y sigo limpiando su lindo y golpeado rostro.

— Hoy te pudo pasar algo peor y... – Siento como su cuerpo se tensa, pasa las manos por su cuello y me mira aterrado.

— Tranquilo, no pasó nada, estoy bien –. Agarra mi mano, revisa mi brazo y tengo algunos moretones del viernes, cuando Gregory intento llevarme con él.

— Te hizo daño, ¿Lo ves? – Se levanta molesto y cerrando los puños con fuerza añade: – Y hoy en el coche...

— No sé por qué te lo tomas tan personal, estoy bien, no me duele.

¡Miento!

No puedo decirle que me siento mal y no sólo físicamente, además apenas y nos conocemos; no sé porque le afecta tanto.

— Es personal Eli, muy personal.

— No entiendo por qué debería serlo – digo.

La verdad, no sé qué le está pasando.

— Me interesas y cuando algo me interesa, lo cuido –. Me levanta del sofá y me acerca a él –. Yo voy a cuidar de ti de ahora en adelante. Eres mía.

Y ahí está de nuevo ¿Cómo que soy suya?

Me mira a los ojos y acaricia mi mejilla lentamente, pega sus labios a los míos con desesperación y me devora la boca con ansias, trato de separarme para no lastimarlo.

— ¿Te intereso cómo? – Pregunto.

— Me interesas de todas las maneras que le puedas interesar a un hombre – responde con una sonrisa. No sé si su interés sea bueno o malo, pero hay interés y eso me gusta.

Suena mi móvil y al ver quien llama contesto.

— Hola.

— ¿En dónde carajos estas? ya es tardísimo y no has llegado –. Escucho a Ena histérica –. Sólo era una pinche cena.

— Tranquila, todo está bien, estoy todavía con Damián –. Siento como se relaja y de pronto suelta.

— Así que no regresarás hoy, ¿Eh? – Sonríe, sé lo que insinúa.

— Hoy no, estamos lejos de la ciudad.

— ¿En dónde estás? ¿A dónde te llevó? – Pregunta cada vez más necesitada de información.

— Mañana hablamos, no te preocupes por mí –. Cuelgo antes de que diga nada, sé que me matará por no habérselo dicho. Miro a Damián que no me quita los ojos de encima y añado: – Era Ena, ya sabes lo preocupada que está por todo lo que pasó.

— Entiendo. Vamos, te tengo una sorpresa –. Me agarra por la cintura y besa mi cuello.

— ¿Qué sorpresa?

— Calma, calma –. Sonríe y me atrae hacia él – ¿Recuerdas que te dije que necesitábamos hablar?

¿Cómo olvidarlo?

— Sí, ¿Qué era eso tan importante que tenías por decirme?

— Aún me debes una cita –. Me dice y una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro.

— ¿Yo? ¿Una cita? – Respondo confundida –. Pero si ya te la estoy pagando.

— No seas tramposa Elizabeth –. Sonríe y niega con la cabeza.

— No lo soy, que yo recuerde no le debo nada a nadie y menos a personas como tú –. Me encojo de hombros y sonrío.

— ¿Personas como yo? – Pone mala cara.

— Sí, personas que creen que por su dinero y su linda cara todo lo consiguen.

— ¿Crees que mi cara es linda? – Pregunta arqueando las cejas. Sonríe, como siempre él cambiando el rumbo de la conversación.

— Caras lindas hay muchas, así que no te emociones.

— Amargada y con mala memoria. ¿Qué más sorpresas escondes? –. Ríe.

— Te estás burlando de mí –. Lo fulmino con la mirada.

— Sí –. Sonríe y me da un casto beso en los labios, mientras añade: –

Hace días llevo deseando lo que va a pasar hoy.

— ¿Y qué va a pasar hoy? – Pregunto más curiosa que nunca.

— Todo lo que estés dispuesta a que pase – dice volviendo a posar sus labios en mi oído, mientras yo sonrío como una tonta al escucharlo. Este hombre puede conmigo. Damián pasa su mano por mi cintura y añade: – Aún no me pagas por haber recuperado tu trabajo, vamos.

Sabía que jamás pasaría por alto esa deuda y en parte me gusta, aunque ¿Lo de hoy no era el pago?

— Creo que te has dado más que por bien servido – le digo recordando todos los asaltos y besos robados –. Con tantos besos que te he dado, que más quieres.

— Sólo me has pagado los intereses –. Lo miro y no puedo evitar reír será descarado –. Y en todo caso los besos te los he dado yo, no tú.

— Que intereses tan costosos estoy pagando por no haber accedido antes a una simple cena.

— Conmigo nada es simple –. Me toma por la cintura acercándose más a él y pega sus labios en los míos, dándome un largo y delicado beso, pero esta vez lo hace más despacio y se toma su tiempo.

Cuando se separa de mi añade pegando su frente a la mía.

— Pensándolo bien prefiero cobrarte intereses por un largo, largo tiempo –. Sonrío y él vuelve a besarme, haciendo lo que más me gusta y perdiéndome en sus labios.

CAPÍTULO 14

Caminamos por el borde de la piscina, mientras vemos el maravilloso paisaje en la oscuridad de la noche, al final del patio se ve una linda carpa de cortinas rojas –. Pasamos entre ellas –. Adentro todo está repleto de cojines y en la mitad hay una pequeña mesa con diferentes platos y una gran botella de vino.

— Es hermoso – digo, mientras me toma por la cintura y nos sentamos en los cojines, uno enfrente del otro.

— Preparado especialmente para ti – me dice, tomando la botella de vino y sirviéndome un poco.

— ¿Cómo estabas tan seguro de que esta vez sí vendría? – Pregunto cuando me pasa una copa. Doy pequeños sorbos.

— Ya te lo he dicho Elizabeth, yo siempre consigo lo que quiero, y si la otra noche no te traje conmigo fue porque surgió algo – responde y no dice nada más, sé que no debo preguntar, lo que haya pasado así debía pasar. Damián levanta la tapa de los platos y el olor de un rico filete gratinado con mariscos se asoma.

— Buen provecho.

— Igualmente.

Los mariscos son mi plato favorito y, aunque mágicamente mi apetito ha desaparecido, por educación comienzo a comer un poco de camarones, langostinos, mejillones, pulpo, cangrejo ¡Por Dios! Esto tiene de todo y un rico puré de papa lo acompaña –. Está riquísimo –. Pero no logro comer mucho, todo lo que ha pasado me ha reducido el apetito.

— ¿No te gustan los mariscos? – Me mira y su ceja se levanta.

— Sí, claro.

— Entonces ¿Por qué no comes? ¿Pasa algo? – Me mira fijamente.

— Hoy no tengo mucho apetito y ya sabes con todo lo que ha pasado, yo...

— La comida no se puede desperdiciar Elizabeth; y debes alimentarte bien –. Toma un trozo de filete y lo acerca a mi boca.

— ¿Me darás la comida? – Lo miro atónita.

— Si es necesario, lo haré.

— No, no lo es –. Le quito el tenedor y sigo comiendo –. No soy un bebé, ni tú mi padre –. Agacho mi cabeza y me concentro en mi plato. Entre más pronto acabe será mejor.

— ¿Sabes? – Me dice y levanto la cabeza, su mirada está aún puesta en mí –. Seguiré cobrándote la deuda por mucho, mucho tiempo.

— Pero ya te estoy pagando la cena.

— No, aún no lo haces —. Sonríe. Toma un poco de vino con una sensualidad que me reseca la boca y añade: — Yo soy quien decide, cuál será la cena que valdrá como pago.

— ¿O sea que vienen muchas cenas más?

— Muchísimas —. Sonríe. Alza su copa en son de brindis y bebe otro trago.

— Ojalá no sea un fastidio aguantarte — digo, mientras él me mira y reprime una sonrisa.

Terminamos de comer y salimos de la carpa, cruzamos la sala y subimos a la segunda planta; un gran pasillo divide el segundo piso, de un lado veo una sala toda en cristal, grandes muebles color negro y una gran chimenea, del otro lado veo varias habitaciones. Cuando entramos en la que parece ser la principal, me quedo asombrada, creo que mi habitación y la de Ena juntas no tienen el tamaño de esta ¡Es gigantesca! Tiene una cama doble color negro y un televisor pantalla plana colgado en la pared, más adelante está una pequeña sala de estar y mejor no digo nada del balcón.

¡Es una habitación increíble!

Damián entra por una puerta a su costado y demora unos minutos, cuando sale tiene puesta una camisilla blanca y un short de pijama cortos. Me quedo pasmada viéndolo, se ve tan sexy. Sonríe

— Deleitando la vista — dice y aparto la mirada. Él sólo quiere provocarme —. Toma, ponte esto —. Me entrega una de sus camisas.

— ¿Quieres que duerma con esto? — Pregunto confundida.

— No Elizabeth, yo quiero que duermas desnuda —. Me mira de arriba a abajo y sonrío.

— La mejor idea que has tenido — le digo con ironía, arrancándole la camisa de las manos y dirigiéndome al cuarto de baño.

De inmediato me toma del brazo y me detiene acercándose a él, pasa sus manos por mi cintura y me pega a su cuerpo, mientras fuegos artificiales explotan a nuestro alrededor y mi vientre se contrae.

— Ya quiero perderme dentro de ti —. Escucho, mientras pega su frente a la mía y me besa.

Comienza a subir mi vestido, mientras sus labios me devoran y sus manos comienzan a jugar con mi cuerpo y yo, hago lo mismo. Me saca el vestido de un tirón y fija su mirada en mí.

— ¿Aún no has tenido suficiente con tantos besos? — Subo mis manos y lo aparto de mí.

Aunque sé que de aquí no saldré viva, lo haré esperar, será divertido.

— No Amargada, aún no me es suficiente y no creo que lo sea por mucho tiempo —. Se acerca y mis manos tocan su pecho —. Y para ti ¿Ha sido suficiente?

Mi corazón se acelera.

Me entran los calores.

— Pues para mí... — Me interrumpe y añade:

— Tomo eso como un no —. Me guiña un ojo y me besa con todas las ganas del mundo.

Se aferra a mi cuerpo mientras chupa mi labio inferior y lo muerde despacio, sé que lo lastimo, pero no parece importarle. Meto las manos de nuevo por su camisilla y se la quitó. Me separo de él y paso mi mirada en sus estructurales bíceps.

¡Santa madre del divino rostro! Que hombre más apoteósico. Encantada, Suspiro.

Después que me deleito la vista como nunca, me doy cuenta de que tiene una gran quemadura en su tórax. Lo que le pasó, tuvo que haber sido terrible para que dejara semejante marca. Al tocarlas, mi corazón se contrae. Cierra los ojos y suspira.

— Tranquila, no duele —. Posa su mano en la mía y la sostiene.

— ¿Cómo fue? — Pregunto intrigada.

— Fue un accidente automovilístico, ya hace mucho tiempo —. Asiento. Tuvo que haber sido espantoso.

— No te preocupes Elizabeth, el dolor físico jamás es comparable con el dolor del alma y físicamente estoy bien —. Lo miro a los ojos y veo un vacío inmenso. Uno que hace que mi pecho se encoja.

— ¿Y tu alma? — Pregunto extrañada por su respuesta.

— Sin rumbo alguno — dice separándose de mí.

— ¿Por qué dices eso? — Me acerco más a él y me pego a su cuerpo.

— No me gusta hablar de mí —. Suspira y añade enojado —. Por favor, ya no insistas.

Pongo mis labios en los suyos y le doy un delicado beso para suavizar el momento, pero se separa y sé que el buen rollo ha acabado.

— Ve a vestirte — dice dando media vuelta y saliendo de la habitación. Sabía que Damián era extraño, pero creo que se pasa.

Me dirijo al cuarto de baño, pero antes de entrar veo una caja que me parece familiar, la abro y dentro está el bikini que me había regalado, de

inmediato mi mente se activa, sé que debo jugármela y pasar un buen rato, como dicen las chicas, para pasarla bien hay que portarse mal y con Damián debo cumplir ese dicho a rajatabla.

¡Que comience el juego!

Salgo de la habitación y busco a Damián por toda la casa, y a cada habitación que entro suspiro deslumbrada; esta es una casa magnífica y cualquier persona estaría encantada de vivir aquí, está decorada a la perfección y tiene tanto lujo que ya me ha comenzado a doler la vista. Recorro la casa de arriba a abajo y Damián no aparece ¿Dónde puede estar metido? Al final, lo encuentro en un pequeño gimnasio.

Está de espalda a mí en una de las máquinas, y desde aquí se puede ver claramente el patio, es perfecto para lo que tengo en mente; sin que haya notado mi presencia doy media vuelta y me dirijo a la cocina, al llegar saco de la nevera un tazón de arándanos y me dirijo al patio.

Camino un poco hasta encontrarme justo al frente de donde él está, pero en la lejanía del patio; dejo el plato en el borde de la piscina y poniéndome de espaldas a él, comienzo hacer estiramientos. Con las manos toco mis pies y cuando hago flexiones lo miro por entre mis piernas y veo como su mirada me quema la espalda.

— Lindo bikini —. En cuestión de segundos lo escucho a mi lado.

— Fue un regalo ¿Te gusta cómo me queda? — Sigo haciendo mis movimientos aún más despacio para provocarlo, aunque el frío me mata.

— Me encanta —. Sus ojos no se apartan de mí en ningún momento —. La persona que te lo regalo sabía realmente lo que quería.

— ¿Y qué quería? — Levanto una ceja curiosa.

— Quitártelo —. Pasa sus manos por mi cintura y me pega a su cuerpo.

— ¿Dejarás de ser tan descarado algún día? — Pregunto y me regala una sonrisa de esas que le iluminan el rostro, mientras niega con la cabeza.

— No contemplarte sería un pecado —. Acerca su boca a la mía y hace eso que tanto nos gusta, sus manos me acercan a él y pega su pecho desnudo al mío con urgencia, mientras una ráfaga de viento me hace abrazarlo con fuerza.

— Me congeló — digo aún pegada a él. Se ríe.

— Eres la única mujer que se pondría un bikini y piensa nadar a estas horas de la madrugada — dice besando mi frente.

— ¿Y quién te dijo que voy a nadar? — Levanta sus cejas y curva sus labios.

— ¿Ah no? ¿Y qué piensas hacer?

— Averígualo —. Lo provoco.

— No me tiene señorita Torres —. Me abraza con fuerza, mientras tiemblo de frío —. Sólo lo haré cuando tú estés segura.

— Lo estoy —. Sus ojos se abren al escucharme.

— No sabes cuánto he esperado para escuchar eso y... — No lo dejo terminar, pongo mi dedo en su boca y añado:

— Cállate y bésame, Señor Brown.

Llegamos a la habitación sin ni siquiera despegarme de su boca, su dulce aroma penetra mi cuerpo y mientras se deshace de mi bikini me deposita en la cama, me besa de nuevo bajando por mi mejilla hasta mi cuello y un escalofrío me recorre por completo; nunca había querido tanto estar con alguien como en este momento deseo estar con él, sé que no terminará bien, sé que él no es ese tipo de hombre que se toma estas cosas en serio, pero mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón lo necesitan.

— Hazlo despacio, por favor —. le digo cuando lo siento duro debajo de mí y él me mira extrañado.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa? —. Pregunta arrugando la frente.

— Dolerá —. Digo poniéndome roja de pena.

— Si mal no recuerdo me dijiste que no eras virgen — dice desconcertado.

— Y no lo soy... — Cierro los ojos sintiéndome apenada, pero debo decirselo, si no hay confianza resultará mal para ambos, así que tomando valor añado: — Sólo que... Hace mucho no estoy con alguien y sé que dolerá.

— ¿Mucho es cuánto?

— Mucho es mucho — respondo sin ser específica.

— ¿3 o 5 meses? — Pregunta curioso.

— No.

— ¿Entonces?

— Mucho tiempo Damián — respondo incapaz de decirle.

— No te tocaré hasta que no me digas — responde intrigado.

— Años — digo muerta de vergüenza, mientras su mirada se fija cada vez más en mí.

— ¿Cuántos?

— Damián.

— ¿Cuántos? — Repite.

— De 2 a 3 años más o menos — respondo apenada quitándole algunos meses más.

Cuando las chicas decían que me oxidaría lo decían en serio, pero ahora

sólo me preocupa una cosa: El dolor.

— No te preocupes por nada, yo me encargaré de todo – dice pegando sus labios en mi frente, mientras añade: – Ahora sí que me sorprendiste Amargada, prepárate porque será el mejor polvo de tu vida.

Asiento y al recordar algo le digo:

— En todos los idiomas, no lo olvides.

— Eso me propongo –. Sonríe con picardía.

Sin poder aguantar un segundo más, pega sus labios en los míos con urgencia, siento sus manos suaves recorriendo mi cuerpo y sus hermosos labios sobre mi piel, esto es tan placentero que no creo que sea real. En mis relaciones pasadas todo lo hacía por complacer al otro y no era nada agradable, además ellos no eran tan delicados y no era nada satisfactorio. Cuando lo siento duro debajo de mí me tensó.

— ¿Confías en mí? – Me pregunta cuando su cara vuelve a la mía.

— Sí –. Logro responder extasiada y nerviosa a la vez.

— Entonces relájate y disfruta, que yo me encargaré de que esto no duela nada, te lo prometo –. Asiento, no me salen las palabras.

Damián vuelve a posar su boca sobre la mía y la devora con más ganas, siento como todo dentro de mí se eriza y mi corazón comienza a latir más rápido, apenas y puedo escuchar el sonido agitado de mi respiración, cuando siento sus labios recorrer mi cuerpo y sus manos tocar cada centímetro de mí. Damián hace un rápido movimiento y en cuestión de segundos me siento completamente llena, mientras mueve sus caderas contra mí; pasa sus manos por mis piernas mientras me besa con más ímpetu y sus acometidas son gloriosas, fantásticas; nunca en toda mi vida había sentido algo así; Damián pasa sus labios por mi cuerpo de arriba a abajo y luego vuelve a mis labios sin parar su ritmo, el placer recorre mi cuerpo como una oleada salvaje y mi mente se nubla al escucharlo.

— Eres la mujer más majestuosa que he probado – dice con su agitada voz, y antes de volver a pegar sus labios a los míos añade: – Eres la indicada.

El placer que recorre mi cuerpo se intensifica y no me deja pensar con claridad, esto es increíble, esto va más allá de cualquier cosa que haya imaginado, esto es... Simplemente glorioso, su cuerpo sudoroso sobre el mío me hace vibrar, su boca no se separa de la mía haciéndome exigir más, Damián gruñe ante mi movimiento y siento como la intensidad sube dentro de mí, una que no había sentido antes. En cualquier momento explotaré.

Damián agiliza sus acometidas y mi cuerpo se arquea para recibirlo,

mientras el calor invade cada vez más mi cuerpo, se pega en mis labios con urgencia y sus manos me aprietan con fuerza cuando mi cuerpo convulsiona, haciéndome explotar en el más fuerte clímax, mientras el más intenso de los orgasmos me invade por completo, seguido por un fuerte gruñido de placer que sale de su boca indicándome que él también lo ha alcanzado. Siento como cae encima de mí y juntos tratamos de controlar la respiración, mientras él acaricia mi piel.

Lo que acaba de pasar fue completamente deslumbrante, este hombre es una máquina y amo lo que me hace sentir.

— Dime que lo has disfrutado tanto como yo – dice metido en mi cuello, mientras me da delicados besos.

— Hhmm...– Estoy muy cansada para responder, pero siento como sus labios se curvan con una sonrisa.

— ¿Eso lo puedo tomar como un sí? – Se escucha animado.

— Lo he disfrutado más de lo que en cualquier momento de mi vida pude imaginar.

— ¿En serio? – Sale de mi cuello y me mira a los ojos.

— Sí – le respondo con una tonta sonrisa en la cara.

— Eso es genial y ve acostumbándote porque yo jamás me saciaré de ti – dice volviendo a pegarse en mí boca.

CAPÍTULO 15

La luz molesta en mi cara y comienzo a moverme, después de la gran noche que tuve estoy muerta, no recordaba que estar con un hombre de esa manera fuera tan increíblemente genial, fue como si me quitaran un peso de encima y nunca había sentido algo igual –. Suspiro y sonrío como tonta.

¿Por qué no le dije que sí antes?

Abro los ojos y miro a mi alrededor dándome cuenta de que estoy sola en a la habitación ¿A dónde se fue? Miro mi teléfono y son las seis de la mañana, muy temprano para despertar, cierro mis ojos obligándome a dormir, pero la luz me molesta y me lo impide.

Después de dar mil vueltas en la cama, me levanto y me dirijo al cuarto de baño, me paro frente al espejo y veo que estoy hecha un desastre, busco en los cajones y encuentro un cepillo de dientes, no veo otro así que lo utilizo, al terminar entro en la ducha.

— ¡Carajo! – Grito cuando me equivoco de grifo y el agua fría cae en mi sensible piel. Me abrazo instantáneamente y abro el grifo del agua caliente.

Cuando por fin termino de bañarme, miro por todos lados y busco algo que ponerme, reviso todos los armarios y al final me decido por una sudadera gris y una de sus camisetas. Me quedará todo gigante, pero no hay nada más pequeño. Busco en los cajones y cojo unos calzoncillos.

Esto tampoco me quedará.

Me los pongo y se me caen de inmediato –. Sonrío –. Muevo todo en el cajón y trato de encontrar los más pequeños, me pruebo varios y con ninguno tengo éxito, al final decido amarrarle un nudo al costado.

¡Qué desglamour!

Salgo del cuarto y recorro toda la casa buscándolo, lo encuentro de nuevo en el gimnasio y me quedo mirándolo desde la puerta, aprovechando esos minutos de ventaja antes de que note mi presencia.

Damián está de espalda corriendo en la caminadora así que lo escaneo detenidamente y me acerco un poco más. De pronto me llama la curiosidad algo en su espalda y veo un hermoso tatuaje. No sé cómo anoche no me di cuenta de eso, es una especie de timón antiguo enredado con cadenas y púas, lleva dentro una brújula de grandes y afiladas manecillas que lo traspasan desde su interior brotando pequeñas gotas de sangre. Divino, pero escalofriante a la vez.

— ¿Muy entretenida? – Pregunta y pego un brinco asustada.

— Buenos días –. Contesto nerviosa y apenada porque me descubriera

viéndolo –. Sí, un poco. Qué extraño tatuaje.

Damián para la caminadora y se baja de la máquina pasándose una toalla por su rostro.

— Buenos días –. Me besa y cuando se separa añade: – El tatuaje es mi marca personal.

— Interesante y escalofriante marca –. Asiente y vuelve a pegar sus labios en los míos.

— Es más interesante y escalofriante tu manera de vestir esta mañana señorita Torres –. Pega su frente a la mía y sonrío, mientras yo intento no reír. Que manía tiene de cambiarme el tema cuando se trata de él.

— ¿Te gusta? – Pregunto, mientras doy una vuelta y él me mira de arriba a abajo.

— Interesante, pero discutible –. Pone un dedo en su labio inferior y me dice –. Aunque pensándolo bien, tienes demasiada ropa.

— ¿Ah sí? – Asiente –. Ve acostumbrándote – le suelto y sonrío.

— Jamás me acostumbraré a eso –. Me besa la frente y soltando el nudo de mi sudadera añade con una sonrisa—. Por lo pronto Alex ya viene con ropa adecuada para ti.

Muerta de risa asiento, mientras me subo los pantalones que se me han caído al soltar el nudo; cuando levanto mi cabeza mis ojos de inmediato se dirigen a su hermoso y desnudo cuerpo a pesar de su gran marca.

— Amargada ¿No te cansas de mirarme? – Levanta las cejas.

— Siempre veo lo que me gusta –. Me encojo de hombros.

— ¿Te gusto? – Una pícaro sonrisa se asoma al preguntar.

— Los Ken Doll siempre son hermosos y más cuando son hechos de buena calidad.

— Eso quiere decir... ¿Que soy un buen producto? – Dice con una amplia sonrisa.

— Tengo que hacerle un control de calidad más exhaustivo, anoche no me fue suficiente – respondo y suelta una carcajada tomándome por la cintura y acercándose a él.

— Eso lo podemos solucionar –. Sonrío. Sube mi cara para que lo mire a los ojos y me da un casto beso – ¿Tienes hambre?

— Hhmm... Mucha – respondo provocándolo.

— Me refiero a alimentos comestibles –. Sonrío con malicia.

— También me refiero a eso –. Me encojo de hombros – ¿Tu qué pensabas?

— Nada —. Niega con la cabeza.
— Pervertido —. Sonríe y me da un azote en el trasero.
— Sólo cuando estoy contigo —. Me besa con fuerza —. Tú me haces pensar locuras.

— ¿Qué locuras? — Pregunto curiosa.

— Olvídalo, vamos —. Pasa la mano por mi cintura y me lleva a la cocina.

¿Qué locuras?

Caminamos y bromeamos cogidos de la mano camino a la cocina, cuando entramos en ella me dice:

— Greta tuvo que irse temprano.

— ¿Quién es Greta? — Lo miro confundida.

— Es quien me ayuda con las cosas de la casa —. Asiento.

— Llamaré a Alex para que nos traiga algo, dime que quieres y lo pediré —. Toma su móvil y yo me dirijo a la nevera.

— Aquí hay suficiente comida para nosotros y un batallón —. Comienzo a sacar cosas del refrigerador, lo miro y subo mis hombros —. Siempre puedo preparar algo.

— Perfecto ¿Sabes cocinar bien? — Toma una de las sillas de la barra, se sienta y comienza a leer el periódico.

— Un poco, a Ena no se le da mucho la cocina — le digo, no tiene por qué saber que me encanta.

— Qué bien, todo lo que necesites es tuyo —. Añade con una sonrisa.

— ¿Te puedo utilizar como un alimento comestible? — Suelto y Damián baja el periódico de inmediato, me mira y levanta las cejas. Hasta yo me sorprendo por mi propio descaro, pero me gusta provocarlo.

— Primero te alimento y después me utilizas como quieras —. Sonríe.

Me doy media vuelta apenada, este hombre saca unas cualidades nada comunes en mí y sé que a las chicas les encantaría ver. Vuelvo a la nevera y aquí encuentro todo tipo de vegetales, frutas, bebidas, está repleta. Mi abuela sería feliz en una cocina así, todo es lujoso y moderno.

— ¿Qué te parecen unas crepes de huevo y queso, vegetales salteados y beicon, acompañado de pan francés al ajillo y jugo de naranja?

— Suena estupendo —. Pasa la lengua por sus labios y sonríe, mientras me guiña el ojo —. Espero que sepa tan bien como se oye.

¡Oh! Que labios.

Si sigue haciendo eso no me poder concentrar.

Saco todo lo que necesito del refrigerador y tomo la tabla de picar para

empezar con los vegetales; En ocasiones mis ojos buscan a Damián que está concentrado leyendo el periódico. Se ve tan hermoso y ese cuerpo desnudo no me ayuda mucho, tiene esa chocolatina tan marcada que quisiera observarla todo el tiempo, esos ojos, esa boca que de solo verla quiero pegarme en ellas, sin duda todo de él, todo su cuerpo es tan perfecto que...

— ¡Mierda! – Grito cuando el cuchillo roza mi dedo.

— ¿Qué pasa? – Se levanta de la silla y me mira alarmado al ver la sangre de mi mano.

— Nada de qué preocuparse –. Se acerca y mira mi mano, mientras yo presiono para que pare la sangre –. No es nada, tranquilo –. Asiente. Toma mi dedo y lo besa cuando la sangre ha dejado de salir.

— Ten más cuidado, no quiero que te lastimes –. Asiento y mirando todo lo que tengo en la mesa añade: – Puedo hacer algo por ti, mmm... ¿Ayudarte?

— ¿Alguna vez en tu vida has cocinado? – Pregunto risueña.

— No, pero puedo intentarlo –. Se encoje de hombros y sonrío.

— ¿De verdad quieres ayudarme? – Mis ojos recorren su torso desnudo.

— Concéntrese señorita Torres, puede quedar sin dedos el día de hoy por estar mirando en lugares no adecuados –. Pasa su mano por mi mejilla.

¿Lugares no adecuados?

Ese es el lugar más adecuado que he visto en toda mi vida –pienso con una sonrisa.

Su mano llega a mi mentón y lo levanta para que mis ojos se encuentren con los suyos. Me ruborizo.

— Señor Brown, si de verdad quiere ayudarme será mejor que use algo más de ropa –. Bajo la cabeza al decirlo y vuelvo a concentrarme en la comida –. Tu falta de ropa me perturba.

— La perturbo –. Levanta la ceja sorprendido, mientras desde mi posición lo miro por el rabito del ojo.

— Siempre –. Sonríe y posa sus labios en mi pelo.

— Me daré una ducha y vendré con mucha, mucha ropa, aunque... – Hace una pausa y se acerca más a mí –. Yo a ti te prefiero con ese hermoso bikini.

Me entran los calores al recordar lo que sucedió apenas esta madrugada. Este hombre es imposible.

— Damián, si quieres desayunar hoy, largo –. Sonríe y me quedo paralizada, mientras sitúa sus manos sobre mi espalda pegándome a él y dándome un gran beso.

Una corriente recorre mi cuerpo mientras su boca me come por completo;

Después de unos segundos pegado en mi boca se separa con esfuerzo.

— Me iré antes de que tú seas mi desayuno —. Me guiña el ojo y sale de la cocina dejándome atontada por su beso.

Cuando por fin logro recuperarme, me pongo manos a la obra con el desayuno, no quiero demorarme mucho tiempo, así que preparo todo lo más rápido que puedo.

¡Muerdo de hambre!

Termino mis crepes, apago el beicon, espero que mi pan francés al ajillo se tueste y comienzo a exprimir el jugo de naranja. Cuando todo está listo busco en las repisas la vajilla y comienzo a servir el desayuno.

— Huele estupendo y me muerdo por probarlo —. Damián entra a la cocina vestido con unos pantalones jean y un suéter azul.

Nunca lo había visto tan informal, pero se ve increíble; El azul hace juego con sus hermosos ojos y sus músculos se marcan perfectamente.

¡Qué ardiente!

— Está servido Señor —. Muevo mi mano como lo hacen las chicas de los comerciales de televisión —. Unas ricas crepes rellenas de huevo, queso y verduras salteadas con beicon y pan al ajillo —. Sonríe.

— ¿La modelo viene con el paquete? — Pregunta con una gran sonrisa en la cara.

— Sin duda alguna —. Sonrío.

— Entonces estaré encantado de adquirirlo, aunque, ¿Puedo confiar en ti? — Pregunta antes de meter su primer bocado — ¿No moriré intoxicado?

— Sólo hay una forma de saberlo —. Me encojo de hombros.

Él, mira el plato y no se ve muy seguro, pero se arriesga y come un poco.

— ¡Mierda! Está bueno —. Sonrío satisfecha al escucharlo.

— ¿Usted también dice palabrotas? No, no, no —. Lo regaño y él sonrío.

— Ha sido tu culpa —. Me guiña un ojo.

— Me alegra que te guste el desayuno.

— Todo de ti me gusta —. Deja de comer y me mira. Sonrío y desvío mi mirada al plato.

Terminamos de comer más rápido de lo esperado y me ayuda con todo el desorden de la cocina, metemos los trastes en el lavavajillas y lo limpiamos todo.

— Creo que despediré a Greta —. Me agarra de la mano y salimos al patio —. Te contrataré como mi chef personal . Sonrío.

— No creo que quieras tenerme de chef.

— Quiero tenerte de cualquier forma —. Me acerca a él y pega su frente contra la mía.

Me quedo paralizada.

¿Me quiere tener de cualquier forma?

Suena su móvil.

— Brown —. Contesta con un tono poco divertido —. No, aún tengo trabajo que hacer aquí —. Frunce el ceño —. Hazte cargo o ¿Tengo que contratar a alguien más competente que tú? — dice enojado, mientras escucha atentamente, antes de decir otra palabra aparta su móvil del oído y me mira —. Iré al estudio a atender un asunto, espérame aquí—. Asiento. Se aleja y vuelve a tomar la llamada.

Camino por todo el patio para distraerme, el agua de la piscina se ve riquísima y la vista es hermosa, me siento en el largo mueble a esperar que Damián regrese. Por mi mente pasan todas las cosas que pasaron anoche precisamente aquí, me llenan de alegría, aunque no sepa si terminará bien para mí.

Me prometí que nunca volvería a caer en las garras de un hombre, pero Damián es... — Suspiro —. Siento tantas cosas por él y apenas lo conozco.

¿Será que estaré haciendo lo correcto?

Ena dice que tengo que disfrutar el ahora, pero no quiero sufrir, estoy cansada de sufrir y yo más que nada quiero que esto funcione —. Suspiro —. Sé que se irá pronto y quedaré destrozada. De pronto llega a mi mente lo que me dijo anoche:

— *“El dolor físico jamás es comparable con el del alma y físicamente estoy bien.*

— *¿Y tu alma?*

— *Sin rumbo alguno Elizabeth.*”

Sus palabras no salen de mi cabeza ¿Que será eso tan fuerte que le sucedió para que diga que su alma está sin rumbo fijo? Sentimientos de tristeza me abarcan cuando pienso en su vacía mirada y su gran quemadura.

— Pagaría lo que fuera por saber qué piensas — dice, mientras me acerca a mí — ¿Pasa algo?

— No, solo estaba es... esperándote —. Me levanto y besos sus labios — ¿Qué tal tu asunto?

— ¿Cuál? — Me mira extrañado.

— El que fuiste a arreglar en tu estudio.

— Resuelto, no te preocupes — responde sin dar más detalles, pero su

ánimo no es igual al de antes.

¿Qué habrá pasado? Siempre que lo llaman cambia de actitud, cambia su genio.

— Vamos, acompáñame a hacer algo —. Pone su mano en mi cintura y besa mi sien.

— ¿A dónde iremos? — Estoy intrigada.

— A un lugar que quiero enseñarte.

— Damián —. Me detengo y lo miro.

— ¿Dime?

— ¿Volveremos hoy a la ciudad? — Pregunto.

— ¿Tan aburrida estás que ya te quieres ir? — Me mira y parece decepcionado.

— No, no, es sólo que no quiero ser inoportuna.

— ¿Inoportuna?

— Sí, tienes trabajo y bueno, no quiero estorbar.

— Jamás lo haces —. Se coloca frente a mí y pega su frente con la mía —. Estas aquí porque así lo quiero yo —. Me da un casto beso y me lleva a la salida, rodeamos la casa y caminamos por un costado. Lo miro extrañada y pregunto.

— ¿A dónde vamos?

— Que impaciente eres — responde sin siquiera voltear a verme.

— ¿Iremos caminando? — Pregunto de nuevo.

No me molesta hacer ejercicio, pero mi tobillo me molesta un poco y con todos los cochezotes que tiene, no me molestaría manejar alguno, así que añado:

— Prefiero ir en coche — digo señalando un *porsche* negro que está justo a mi lado.

— Iremos caminando, Alex no está, así que no hay quien nos lleve.

— ¿Tú no sabes manejar? — Pregunto cuando pasamos por un Audi.

— Claro que sé — responde, luego se detiene y algo enojado añade: — ¿Por qué no dejas ya la preguntadera y caminas?

¿Qué diablos le pasa?

— ¿Entonces, por qué no vamos en uno? — Pregunto intrigada, sin importar su comentario.

Preguntaré todo lo que quiera y si no le gusta que se joda.

— Yo no manejo y ya te dije que iremos caminando — dice en un tono más fuerte.

— ¿Por qué no manejas? – Acaba de despertar mi curiosidad. Qué raro que tenga tantos súper coches y no lo haga.

— Porque no, camina –. Da media vuelta y sigue su camino.

Después de la llamada su mal genio va en aumento, está intratable, es más, está peor que cuando me llega el periodo y eso es preocupante.

— Puedo manejar yo –. Propongo con la esperanza de poder conducir una de esas máquinas y más cuando el primer deportivo entre tantos autos de lujos que tiene Damián pasa frente a mis ojos.

— ¡Eso no lo voy a permitir Elizabeth! –. Se voltea y me mira con furia, aunque en sus ojos veo miedo –. No me gusta repetir las cosas, pero contigo haré una excepción ¡Camina!

Quisiera tirármele encima y partirle la cabeza ¿Quién se cree este idiota para hablarme así? – Suspiro –. Trato de calmarme un poco para no sacar mi mal carácter, porque donde salga, le parto la cabeza y lo dejo tirado en algún potrero; ya pronto volveré a casa y todo se acabará. Acelero el paso y él hace lo mismo, entonces dejo que se adelante un poco para guardar mis distancias.

Todo está en silencio y ninguno de los dos pronuncia palabra, él va adelante caminando deprisa y yo no me acerco. Con el temperamento que lleva no me quiero arriesgar a que me vuele la piedra un poco más y entonces me convierte en una de las mujeres asesinas.

En un momento pienso en regresarme, pero estoy demasiado lejos de la ciudad y de la casa de Damián, así que sólo hago silencio y camino; lo miro de vez en cuando y va entretenido escribiendo en su teléfono.

¡Mierda!

He dejado mi teléfono con todas mis cosas en la casa, Ena estará loca llamándome y mi abuela no debe tardar en llamar. ¿Cómo lo pude dejar?

Pasa más de media hora y caminamos más de lo necesario, cuando ya estoy a punto de insultarlo por no venirnos en el coche llegamos a unos establos, un señor de bastante edad se asoma.

— Señor Reyes –. Damián le extiende la mano y lo saluda amablemente.

— Señor Brown – le responde el saludo –. Lo estaba esperando.

— Le presento a la señorita Torres.

— Señorita –. Me saluda cordialmente.

— Mucho gusto señor Reyes.

— El gusto es mío.

— ¿Está todo listo? – Pregunta Damián.

— Sí señor, cuando quiera puede disponer de ellos.

¿De ellos?

¿De qué cosa va a disponer?

— Muchas gracias —. Me toma la mano y me lleva adentro.

— Ya que no quieres caminar, iremos cabalgando.

— Oh, que considerado —. Me suelto y camino yo solita. Lo que menos quiero es tenerlo cerca.

¡Ohm! Espera, ha dicho ¿Cabalgar?

Me pongo nerviosa.

Cuando era pequeña amaba montar a caballo, pero... hace muchísimos años que no lo hago, es más, creo que la última vez fue cuando estaba pequeña, en una de las ferias de la ganadería en Montería, siempre montaba con mi abuelo y la pasábamos muy bien —. Suspiro —. Lo extraño tanto.

El señor Reyes trae los caballos y son los más hermosos que he visto, uno es color blanco y el otro es mostaza.

Me sudan las manos.

— ¿Qué pasa? — Pregunta al verme tan nerviosa.

— Nada —. Agacho la cabeza.

— ¡Elizabeth! — Me mira fijamente y yo quiero tirarle algo, lo que sea, por ser tan sangrón a veces, pero me contengo, el susto me ha quitado un poco el mal genio, así que le respondo.

— Hace mucho no me subo a un ca... Caballo —. Confieso y él se acerca a mí.

— No dejaré que nada pase —. Sonríe y me sujeta más cerca—. Vamos nena, súbete.

Damián me da la mano y me ayuda a subir.

¡Carajo!... está bien alto. Pongo cara de terror y él sonríe.

La madre que lo parió se está riendo de mí.

Trato de mostrar seguridad, no quiero que piense que soy una cobarde, eso jamás.

— ¿Asustada, Amargada? — Se sube a su caballo y acercándose a mí, toma mi rienda y me lleva con él.

— Nunca Ken Doll, nunca.

CAPÍTULO 16

Cabalgamos durante un rato y el susto se me pasa volviéndolo a disfrutar como cuando era niña, recuerdo a mi abuelo feliz cuando teníamos nuestras tardes juntos, es una pena que ya no esté –. Sonrío con tristeza al recordarlo, pero sé que él me cuida desde arriba.

El ánimo de Damián cambia en un abrir y cerrar de ojos, se ve relajado, despreocupado y feliz; pasamos por hermosos lugares y los paisajes son increíbles, además la mañana está radiante y el clima está estupendo. Hablamos, reímos y me cuenta que ha visitado las más grandes estructuras arquitectónicas del mundo y que ha diseñado y reestructurado un par de ellas, dejándome asombrada con todas las cosas que ha hecho, pero yo no me quedo atrás y le cuento un poco de mi tienda y le digo que más adelante pienso expandir mi negocio, pero lo que me deja sorprendida es cuando propone abrirme las puertas en el mercado londinense y ayudarme a expandirme internacionalmente –. Estoy emocionada –. Nunca he salido de Colombia; y Londres es una excelente opción.

Montamos un rato más y llegamos a una gran cascada, jamás había visto un lugar tan mágico y lindo tan cerca. Me quedo mirándolo como boba por unos instantes hasta que escucho.

— ¿Te gusta el lugar?

— Es hermoso –. Volteo hacia él y está sonriendo.

— Hace unos años, cuando estuve en Colombia, salí a cabalgar y lo descubrí, desde entonces suelo venir a despejar mi cabeza y a relajarme un poco.

— Sin duda es el mejor lugar para eso – le digo, cuando se baja del caballo y jala el mío cerca del lago.

Cuando llegamos, me sostiene por la cintura mientras me ayuda a bajar, sus manos resbalan por todo mi cuerpo sujetándome con fuerza hasta llegar al suelo, estremeciéndome ante su contacto. Estoy frente a él y sus manos suben hacia mi cuello, yo cierro los ojos, él pega su frente en la mía y me besa, me besa con locura mordiendo mi labio inferior y succionándolo con fuerza, mientras sus manos pasan por mi espalda y me pega más a él, doblo mis piernas en su cintura sin despejarme de su boca y sus manos bajan a mi trasero, lo presiona con fuerza para sujetarme. Mete sus manos por la ancha sudadera y comienza a jugar con mi cuerpo desesperadamente hasta que de un momento a otro uno de los caballos relincha y pegamos un salto asustados. Soltamos una carcajada mientras me bajo de sus brazos y tratamos de

controlar nuestra agitada respiración.

Damián toma las riendas de los caballos, los amarra en uno de los árboles junto a nosotros y yo observo el lugar. El agua cristalina desciende, mientras los rayos del sol la penetran.

Es lo más hermoso que he visto.

Damián me toma de la mano y me dejo llevar, subimos por uno de los costados de la cascada y cuando estamos en la cima todo se ve magnifico, desde arriba la vista es increíble. Luego de admirar la belleza natural se me ocurre una idea y le digo:

— ¿Estás listo? – Lo tomo de la mano sin dudarlo.

— Ni lo pienses –. Me mira espantado leyendo mis pensamientos.

— ¿Ah no? – Pregunto sorprendida – ¿Por qué?

— Podrías lastimarte, caer en las rocas, partirte el cuello o contraer una infección en esa agua –. Se pone serio.

Qué trágico.

— No pasará nada Damián, deja de ser tan paranoico –. Miro hacia abajo y añado: – Además, todo está despejado y el agua está súper limpia.

— ¡He dicho que no! – Suelta enojado.

— Pues si no vas conmigo yo brincaré sola – digo separándome de él.

— ¡No! De ninguna manera saltarás –. Me toma con fuerza del brazo –. Sobre mi cadáver –. Siento como mis pies se elevan del piso, otra vez aparece su maldito carácter, otra vez el Damián detestable.

¡Maldito bipolar!

— ¿Qué diablos estás haciendo Damián? – Digo molesta, pero este pasa de mí, me acomoda en su hombro, pone sus manos en mis piernas y comienza a bajar.

— No dejaré que te lances y te pongas en peligro.

— ¡Bájame! ¡Ahora! – Le grito. Estoy enojada, muy enojada.

— ¡No! No hasta tenerte segura.

A veces no lo soporto.

— ¿Para qué me trajiste aquí? – Le digo mientras pataleo –. Bájame ya, maldito energúmeno.

— No te traje para que termines herida –. Me agarra las piernas –. Tengo otros planes para nosotros.

— No voy a salir herida y no quiero ningún otro plan, mejor llévame a....

– No me deja terminar y añade interrumpiéndome:

— No voy a seguir discutiendo esto Elizabeth.

— ¿Tú quién mierda eres para decirme que hacer?

— La persona que cuidará de ti – responde.

— Se cuidarme ¡Sola! – Grito con fuerza.

— No estoy seguro de eso –. Me responde en un tono más alto que el mío.

— Me importa una mierda lo que tú pienses – digo, pero no responde.

Todas las personas se divierten y la pasan bien, pero Damián a veces puede ser exasperante y la persona más irritable que he conocido, así que, dándome por vencida dejo de patear, él jamás me bajará. Llegamos a donde dejamos los caballos y lentamente me pone en el suelo, pega su frente en la mía y cierra los ojos.

— Si haces lo que te digo todo irá bien –. Posa sus labios en los míos y me da un delicado beso.

¿Cómo que si hago lo que me dice?

De esta no lo salva nadie.

Envuelvo mis manos en su cuerpo y lo beso con más fuerza, ya verá lo que pasa cuando alguien me impide hacer lo que quiero. Mis labios se aferran más a él y no se resiste, me muevo un poco mientras nos besamos y me doy la vuelta lentamente sin despegarme de sus labios, lo beso con todas las ganas que tengo esperando que baje la guardia. Puedo ser muy buena, pero mala también.

Cuando ya lo tengo donde quiero me despego rápidamente, muevo mis manos contra él y lo empujo con todas mis fuerzas.

— Eso es para que aprendas – le digo cuando su cabeza sale del agua –. Nadie me dice que es lo que debo hacer.

Su cara es todo un poema.

Está enojado.

¡Mierda!

Creo que estoy en problemas.

Elizabeth, debes aprender a controlar tus impulsos –. Me regaño mentalmente, pero ya es demasiado tarde.

Damián nada hacia mí y mi cuerpo se tensa, cuando sale del agua ya no sé si correr o esperar lo que venga, pero dispuesta a pagar las consecuencias de mis actos me quedo inmóvil. Lo miro y trato de no reírme, se ve tan chistoso empapado. Damián no aparta la mirada de mí y comienza a sacudirse, se mete las manos en los bolsillos y saca su teléfono móvil.

¡Mierda!

Me tiré su iPhone.

¡Ay Dios!

Quien lo manda a ser tan irritante, además, ya tendrá dinero para comprarse otro.

Lo miro y no lo puedo negar, se ve tan guapo todo mojado, su ropa pegada a su cuerpo resalta todo de él y se ve increíblemente ardiente; Damián me mira y levanta las cejas, de inmediato recuerdo la cara que puso cuando lo lancé y es imposible no reírme. Se acerca.

— ¿Te parece muy divertido? – Pregunta muy serio.

Lo miro y no puedo parar de reír, pego los brazos en mi estómago para tratar de controlar la risa y él está frente a mí intentando guardar la compostura, pero no lo consigue. Levanto la cabeza y está más cerca de mí, noto como sus hermosos labios se curvan y de pronto siento como sus manos se deslizan en mi cuerpo y antes de que pueda reaccionar me levanta del suelo.

— ¡Damián! – Grito. Consciente de que he tentado mi suerte y ahora lo pagaré –. Ni se te ocurra... – Pero no puedo decir nada más, ya estamos sumergidos bajo el agua.

Contengo la respiración unos segundos, mientras saco mi cabeza a la superficie; Cuando salgo no está a mi lado, lo busco por todos lados, pero no lo veo, de pronto siento como algo roza mi pierna y grito espantada.

— Dos podemos jugar este juego –. Aparece tras de mí.

Sus labios se curvan y una maliciosa sonrisa aparece, entonces comienzo a mover el agua en su dirección salpicándolo todo y él comienza hacer lo mismo, mientras parecemos dos niños que por primera vez vieran agua en su vida. De un momento a otro la tensión desaparece y todo es divertido. A pesar de su ánimo cambiante se ve feliz y eso me relaja.

— Aún no te has salvado de lo que me has hecho –. Su mirada es perversa, sus labios se curvan y sus pupilas se dilatan –. Yo aún no termino contigo.

— ¡Espera! – Pongo mis manos frente a él y comienzo alejarme despacio – ¿Qué piensas hacerme? – Lo miro intentando descifrar su próximo movimiento.

— Ya lo averiguarás –. Sonríe como tonto.

— Primero tendrás que atraparme – le digo y veo como se lanza a mi búsqueda. Salgo nadando al otro extremo del lago.

— No huyas de mí, cobarde – dice cuando saca la cabeza del agua y ve donde estoy.

— No podrás atraparme –. Espero que se lance hacia mí, para cambiar de dirección.

— No huyas de mi Elizabeth – dice y creo que ya está molesto.

Qué fácil es hacer enojar a este hombre. No se puede jugar con él

Damián sale a mi encuentro, pero nado al otro extremo, no sé qué se trae entre manos y con su ánimo cambiante no quiero averiguarlo, además, me gusta este juego. Luego de estar así por un rato más me canso y me quedo quieta. Que pase lo que tenga que pasar.

— ¡Ahhh! Grito, cuando por fin me atrapa y ambos tenemos una tonta sonrisa.

— Siempre consigo lo que quiero –. Pega sus labios en los míos, me envuelve en sus brazos y se apodera de mí.

Subo mis piernas en su cintura y me acerca más a él, sus manos acarician mi espalda mientras yo hago lo mismo, me besa con fuerza mientras juega con mi boca haciéndome sentir en el paraíso. Sus caricias son mágicas al igual que este lugar...

Cuando llegamos a la casa ya está oscuro, nos damos un baño y cenamos un rico *Fricasé* de pollo endiablado, que Alex nos trajo de la ciudad, y estaba buenísimo, también me trajo mucha ropa; creo que se excedió.

Después de todo lo que pasó en la cascada sólo quiero descansar, estoy completamente destrozada. Damián recibió una llamada al teléfono de Alex y se fue a su estudio, está metido ahí desde entonces.

Tomo mi teléfono y camino por el patio revisando todos los mensajes y llamadas.

50 llamadas perdidas.

¡Dios santo!

Mi abuela, Ena, Melisa, Lucas, Max y varios números desconocidos iluminan mi pantalla. Espero no sea nada grave.

Reviso los mensajes primero.

< *¿Dónde diablos estás? llevo llamándote desde esta mañana, aparece que estoy preocupada. Responde pronto o denunciaré tu desaparición, hablo en serio.*

PD: Espero que dejarte ir con Damián no fuera mala idea. >

Que pesadilla con Ena, mejor le respondo de una antes de que revolucione todo.

< *Estoy bien, no te preocupes por mí, sólo olvidé el celular, cuando llegue te cuento.*

PD: No, no fue mala idea >

Encuentro otro mensaje y es de Max.

< Retoño de mi vida, necesito hablar urgente contigo, apenas tengas chance llámame.

: I love you >*

Lo llamo y no me responde, así que le dejo un mensaje diciéndole que apenas llegue a la ciudad nos veremos. Me dispongo a devolver algunas llamadas cuando suena mi teléfono.

— Eli mi niña.

— Abuelaaa – respondo contenta, amo hablar con ella, es la mejor del mundo – ¿Cómo estás?

— Te estuve llamando toda la mañana y parte de la tarde y no me respondiste –. Me dice molesta –. Estaba preocupada por ti.

— Lamento que te preocuparas, salí y olvidé el celular, apenas acabo de darme cuenta de las llamadas.

— ¿Cómo estás mi niña? hablé con Ena y me dijo que estás de paseo –. Maldita chismosa ¿Qué más le contaría?

— Bien abuela, mmm... Sí, estoy de paso.

— ¿Dónde estás? – Pregunta intrigada. Pero entonces siento que unos pasos se acercan y volteo.

Veo a Damián observándome desde la puerta de la cocina y se ve divino en sus pantalones cortos de pijama y su camisilla blanca que marca todo su estructural cuerpo. Me quedo embobada viendo cómo se acerca a mí.

— Eli, ¿Estás ahí?

— Sí abuela – respondo un poco elevada.

— Te pregunté ¿Dónde estabas? – Volteo. Si no lo dejo de mirar no me concentraré.

Esas dos cosas al tiempo son imposibles y eso que las mujeres lo podemos hacer todo a la vez.

— Estoy en La Calera, no te preocupes estoy bien, mejor cuéntame tú ¿Cómo sigues?

— Estoy bien mi niña, extrañándote.

— También te extraño y mucho – digo y siento a Damián detrás de mí.

— Te llamo apenas llegue, ahora tengo que colgar.

— Está bien mi niña, diviértete, y no te olvides de esta vieja.

— Claro que no te olvido, eso jamás.

— Cuida ese pedacito de vida mi niña.

— Lo haré, te quiero –. Cuelgo y siento como sus labios recorren mi cuello.

— Señorita Torres —. Susurra en mi oído.

— Hola.

— ¿A quién extrañas tanto? — Pregunta, mientras recorre mi garganta a besos — ¿Tengo que ponerme celoso?

— A mi abuela y sí, tienes que ponerte muy, pero muy celoso — le digo, mientras mi piel se eriza y sus labios se curvan con una sonrisa.

Damián me alza en sus brazos y pongo mis manos en sus mejillas, lo acaricio y atraigo su cara pegando sus labios en los míos con urgencia; ya lo extrañaba.

— Déjame llegar a la habitación — dice con una sonrisa.

— Sólo cállese y béseme tonto — respondo volviéndome a pegar en sus labios.

CAPÍTULO 17

El frío invade mi cuerpo y comienzo a moverme en la cama, abro los ojos buscando una manta y me doy cuenta de que me encuentro otra vez sola en la habitación, miro mi teléfono y son las tres de la madrugada.

¿Dónde estará a esta hora?

Me levanto a buscarlo y recorro la casa muerta del frío. Llego a su estudio, pero no hay nadie, voy a la cocina y tomo un poco de agua –. La necesito, Damián me deja sedienta –. Camino un poco más hasta que llego al gimnasio y lo veo en una de las máquinas ¿Qué persona cuerda, hace ejercicio a las tres de la mañana? Por lo visto sólo él, pero no creo que de cuerdo tenga algo.

Está al teléfono ¿Con quién hablará a esta hora?

Camino lo más despacio posible para que no se dé cuenta que estoy observándolo, pero no estoy lo suficientemente cerca como para escuchar. Minutos después cuelga y coloca su cabeza hacia abajo, moviéndose más rápido en la bicicleta. Lleva unos shorts cortos y su torso completamente desnudo. No puedo dejar de mirarlo.

— Deberías estar durmiendo – dice sin levantar la cabeza y pego un brinco sorprendida.

— Tú también – respondo, acercándome a él.

— No tengo sueño – dice algo cortante, levanta la cabeza y detiene la máquina –. Ve a descansar.

Su mirada refleja cansancio y tristeza ¿Que habrá pasado? Cuando se durmió estaba feliz y después de todo lo que hicimos aún más. Ahora, no puede estar así.

— Que vayas a dormir – repite pasando por mi lado y montándose en la caminadora. Ni siquiera me toca, ni siquiera me mira.

— ¿Qué pasa? – le pregunto desconcertada. Me acerco a él y cuando se da cuenta alza la mirada.

— ¡Te dije que no tengo sueño! – dice molesto y añade: –Mañana regresaremos a primera hora, así que vete a dormir.

— Pero...

— No me jodas mujer, sólo vete a dormir ¡Ahora! – Grita y me quedo paralizada –. Y deja esa maldita manía de preguntarlo todo.

Su tono me congela el alma, como puede ser tan frío después de que lo hemos pasado tan bien juntos. Respiro y trato de contener mi rabia y las ganas de mandarlo de paseo a la Conchinchina por sangrón y mala clase, pero como ya le he dejado pasar muchas recojo mi dignidad y le digo:

— Vete a la mierda Damián —. Doy media vuelta y salgo del gimnasio.

Ya lo sabía, ya lo veía venir.

Esto es tan típico de los hombres, cómo dice mi tía Bea “*Nicolás, Nicolás, ya comiste, ya te vas*“. Las lágrimas pican en mis ojos, pero me resisto a hacerlo, no voy a llorar, no quiero darle el gusto, ese idiota no se merece nada de mí y si pudiera irme ya mismo me iría. Llego a la habitación y me meto en el cuarto de baño, me echo agua en la cara y me miro al espejo.

— Sí, esto es lo que es Elizabeth — le digo a mi reflejo —. Sólo un acostón, así que no te ilusiones, no tienes ningún derecho a hacerlo.

Salgo del baño y me tiro en la cama envolviéndome de pies a cabeza, estoy cansada y necesito dormir, entre más rápido lo haga más rápido amanecerá. Siento que entran en la habitación y casi me quedo sin respiración, Damián se acuesta a mi lado y me quedo quieta cuando coloca sus manos en las sabanas y las baja hasta mi cintura, acerca su cara a mí y posa suaves y seguidos besos en mi cuello. Cierro los ojos con fuerza reprimiendo un gemido.

— Lo siento Eli —. Recorre mi espalda con sus labios —. No debí hablarte así.

No me muevo, no digo una sola palabra y trato de permanecer quieta con mis ojos aún cerrados. No quiero hablarle.

— Sé que estás despierta —. Suspira —. Háblame por favor.

— Déjame dormir — le digo colocándome la sábana hasta el cuello.

— No hasta que me mires —. Me quita las sabanas de nuevo, pero esta vez la arroja al piso.

¡Maldito intenso!

Sus manos se posan en mi cintura y me voltea con fuerza quedando frente a él. Sus ojos azules llenos de tristeza me tocan el alma y yo cierro los ojos, prefiero guardarme el coraje y descargarlo en otro momento. Venir a mí de esta manera no es jugar limpio.

— Lo siento nena —. Pone su frente contra la mía y cierra los ojos —. De verdad lo siento.

— No te preocupes, todo está bien —. No quiero alargar la conversación —. No soy nadie para criticar tu vida o decir que debes hacer; me dijiste que no tenías sueño, debí respetar.

— No debí hablarte de esa manera —. Asiento, la verdad estoy muy cansada y me quiero dormir —. Sólo tengo muchas cosas en mi cabeza.

— Mañana me iré temprano y tendrás la vida entera para despejar tu

cabeza, ahora quiero dormir, estoy muy cansada, que tengas buenas noches – le digo volteándome y dándole de nuevo la espalda.

Necesito dormirme antes de que me vaya caminando ya mismo.

Damián se queda callado y no insiste, algo que agradezco, de pronto se acerca a mí y pasa una mano por mi cintura, mientras con la otra acaricia mi cabello, trato de mantenerme despierta para sentir su contacto, pero mis ojos se cierran de inmediato.

El despertador suena y comienzo a moverme, abro los ojos y de nuevo estoy sola, miro el reloj y son las seis de la mañana.

— Dijo que me iría temprano, así que me arreglaré, ya quiero volver – pienso.

Me meto en la ducha y demoro una eternidad, mis pensamientos están en marcha desde muy temprano en la mañana –. Suspiro –. Hasta hoy llega la dicha de estar con un hombre como él, pero es mejor así, sin compromiso ni ataduras.

Damián es un hombre que cualquiera quisiera tener, pero que a la vez es un dolor de cabeza. Salgo de la ducha y me coloco la ropa que Alex trajo para mí, un vestido azul divinísimo; seco mi cabello y me pongo un poco de maquillaje, termino de recoger lo poco que tengo para irme, eso sí, dejando en la cama la excesiva ropa que Alex me compró, con lo que llevo es suficiente, no quiero nada más. Cuando tengo todo listo decido salir de la habitación; necesito aire fresco.

Llego a la cocina y no hay nadie, enciendo la cafetera y me siento en la barra, mientras espero mi café, eso sí, sin leche. Miro mi móvil y respondo algunos mensajes, escribo a la tienda para ver cómo va todo y a Ena para avisarle que regresaré hoy, también contesto una llamada de Lucas, quiere que le confirme si iríamos juntos a la apertura de su bar, pero le digo que busque a alguien más; él ha sido uno de los pocos hombres que siempre ha estado ahí para mí a pesar de todo y no sería justo hacerle falsas ilusiones.

Cuando mi café está listo me voy al hermoso mueble del patio y miro el paisaje por última vez –. Suspiro –. Es increíble lo que él me provoca después de estar tanto tiempo alejada de los hombres, pero como siempre, nada termina bien para mí, aunque no puedo negar que esta vez lo he disfrutado muchísimo, más que cualquier otra, y eso que ha sido la más corta.

Qué ironía.

Siento unos pasos tras de mí, de inmediato volteo y ahí está el hombre que me atormenta en traje, se ve muy glamuroso y elegante, aunque informal se ve

mejor. Llega donde estoy y su mirada es oscura e indescifrable.

— Tenemos que salir ya —. Se coloca frente a mí, pero no me toca, sólo me mira esperando mi reacción.

Asiento y me pongo de pie, colocando con toda la sensualidad del mundo la taza de café en la chimenea, cuando estoy completamente de pie veo como traga con dificultad e intenta acercarse.

— Ni lo sueñes — digo levantando mi dedo y dando un paso atrás.

— Eli yo... — Pero no me importa lo que tiene que decir, así que no lo dejo continuar y lo ignoro, paso por su lado reprimiendo una sonrisa.

De todo esto te perderás, maldito muñequito de plástico — pienso al alejarme de su lado.

Voy a la habitación y recojo mi bolso con un poco de nostalgia, pero decidida, ya quiero salir de aquí. Cuando llego a la puerta Alex está hablando con Damián, al darse cuenta de mi presencia este entra al auto, mientras yo camino con decisión al coche.

— Buenos días Señorita — dice Alex muy amablemente.

— Buenos días Alex —. Este me sostiene la puerta de coche y me invita a entrar.

Damián, está hablando por teléfono cuando entro.

— No lo sé, debo arreglar unos asuntos antes de volver —. Alex se monta en el asiento del conductor y nos saca de ahí, mientras escucho atentamente lo que Damián dice: — Tranquila todo va bien, regresaré pronto... Sí, tú estás autorizada... Bien, debo colgar... Thalía, te llamaré en otro momento.

¿Qué va a volver pronto?

Mi corazón se contrae al escucharlo.

¡Thalía!

¿Quién es Thalía?

Seguro tiene novia y yo aquí sintiendo cosas por este tarado —. El pensamiento aparece de pronto —. Increíble Elizabeth, vas mejorando.

El auto queda en silencio y la tensión es palpable, así que saco mi Mp4 y me pongo mis audífonos, la música me relaja y es lo que necesito ahora. Los acordes de *Heatbeat song* de *Kelly Clarkson* suenan y la canto mentalmente, no quiero pensar, así que lo mejor es disfrutar de la música.

Nadie dice nada en todo el camino, y yo voy sumergida en mis pensamientos y en mi música —. Suspiro —. Es mejor que esto acabe de una buena vez. Cuando estamos a pocas cuadras de mi casa, guardo mis audífonos y busco las llaves, giro mis ojos hacia él y está mirando por la ventana. Al

sentir mi mirada voltear. Me mira... y ninguno de los dos dice nada.

Así que para romper el hielo y terminar con todo esto definitivamente añadido:

— Gracias por ayudarme con Gregory y también por todo lo demás – le digo justo cuando Alex parquea afuera de mi casa.

Sin dejar que diga una palabra me volteo, abro la puerta y salgo del coche sin esperar a Alex. No me interesa escucharlo ni esperar protocolos ridículos.

Entro de inmediato y subo a mi habitación cerrando la puerta y cayendo tras ella, todavía no entiendo como puede ser tan lindo un momento y tan cruel luego. Mis lágrimas brotan y resbalan por mis mejillas, la rabia y la impotencia se apoderan de mí.

— Maldito Ken Doll, mil veces maldito –. Grito cada vez más molesta conmigo misma, por darle más importancia de la que debería.

Después de algunos minutos me levanto del suelo. A la mierda Damián y su bipolaridad, muñecos de plástico como él, los hay por montones y en cajas para coleccionar.

CAPÍTULO 18

El sábado por la mañana me dirijo a la tienda, necesito ver cómo va el negocio. Todos los que trabajan conmigo son muy buenos y juntos hemos sacado la tienda adelante en tan poco tiempo. Atiendo varios asuntos administrativos, me entregan algunos pedidos y ayudo con los clientes, necesito distraer mi cabeza y alejar los malos pensamientos.

Llamo a mi abuela un rato y hablamos de todo, me cuenta que mi tía está de paseo con su enamorado y que ella la está pasando muy bien con sus amigas, caminando por la avenida primera y quedándose a dormir en casa de Anita, nuestra vecina que la ha invitado, la escucho contenta y eso me pone feliz.

Tiempo después bajo a la bodega a arreglar la mercancía que acaba de llegar y me demoro más de lo esperado, hubo algún error con el pedido, me llevo más mercancía de la necesaria y necesito devolverla, no fue la que pedí y muchos menos en esa cantidad. Esto es todo muy raro, es una locura.

— ¡Elizabeth! – Me grita Mónica.

— ¿Dime?

— Te necesitan acá arriba –. Se asoma por la escalera.

— ¿Quién?

— Un cliente.

— Enseguida voy –. Grito, mientras muevo algunas cajas y subo de inmediato. A los clientes no se les hace esperar.

— ¿Quién me busca Mónica? – Pregunto al subir y no ver a nadie.

— El señor que está por allá –. Señala la zona masculina.

No me lo puedo creer ¿Estoy viendo bien? Limpio mis ojos y me doy cuenta de que no es una visión. ¡No alucino! Me acerco decidida a acabar con su juego, no es posible que haya un ser más descarado que este.

— ¡Tú! ¿Qué haces aquí? – Digo molesta.

— Señorita Torres, que agresiva se encuentra usted esta noche –. Me mira de arriba abajo.

— Así trato a las personas indeseables.

— ¿Soy indeseable para usted? – Se acerca a mí y me agarra por la cintura.

— El más indeseable de este mundo –. Trato de soltarme, pero me sujeta con fuerza.

— ¿Qué puedo hacer para dejar de serlo? – Pregunta casi encima de mis labios.

— Desaparecer –. Volteo mi cara evitando su beso.

— Eso quiero señorita Torres.

— Entonces ¿Qué haces aquí? – Pregunto confundida.

— Tú.

— ¿Yo? – Digo ahora más confundida que antes.

— Sí, tú me haces volver –. Contesta tomándome del mentón y volteándome hacia él, pega su frente contra la mía y deja un casto beso en mis labios.

— No hago nada para que vuelvas –. Trato de resistirme.

— Existes –. Suspira –. Y eso es suficiente.

Pega de nuevo sus labios sobre los míos y ya no puedo resistirme, sus palabras, su cercanía, su aroma, todo de él me encanta y no puedo alejarme. Damián muerde mi labio inferior y succiona con fuerza, mientras sus manos vuelven a mi cintura y me pegan más a él.

— Ven conmigo – dice, mientras se separa de mí y yo trato de recuperar la respiración.

— ¿A dónde?

— Aún no te he dicho a qué quiero que me digas que sí –. Me guiña el ojo y su traviesa mirada ilumina su rostro.

— ¿Qué te hace pensar que quiero saberlo? – Le digo, consciente de que no va a funcionar nada con él.

— El beso que me has dado.

— Ese me lo has dado tú – digo soltándome. Sonríe.

Que descarado.

— ¿Quieres otro? – Me agarra por la cintura y me pega de nuevo a él.

— ¡No! – Grito tratando de soltarme.

— Te mueres por ellos Elizabeth Torres.

¡SI! ¡SI! ¡SI!

— ¡No! – Aunque sea cierto me niego a aceptarlo.

— Ven a cenar conmigo.

— ¿Otra cena? – Pregunto horrorizada. Sonríe.

— Y las que faltan – responde decidido.

— ¿Y si no quiero?

— Te convenzo a besos, tú decides.

Tentadora oferta – pienso.

— No quiero que me beses – digo, sabiendo que si lo hace no podré negarme. Pone su dedo en mi boca para que no diga nada más.

— Quiero que te quede algo bien claro –. Quita su dedo, me da un

delicado y corto beso que me sabe a gloria, y cuando se separa añade: – Siempre consigo lo que quiero y de aquí no me voy si no es contigo.

— ¿Y si digo que no a tu propuesta?

— Entonces dejaré de molestarte –. Se encoje de hombros.

— ¿Seguro? – Lo miro indecisa.

— Seguro que dirás que sí.

— ¡Damián! – Lo regaño y este sonrío al escucharme.

— Te espero en el auto y no me hagas venir por ti –. Da media vuelta y sale de la tienda.

No puedo creer lo que estoy a punto de hacer, no puedo creer que vaya a cenar con él de nuevo.

¿Acaso soy masoquista?

Damián es un loco bipolar que en cualquier momento sale corriendo y se alejara de nuevo, pero... besa increíble y está más bueno que el pan.

¿Estás segura? ¿Segura de irte a cenar con este hombre? ¿Irás a escuchar que propuesta tiene para ti? – Me pregunto.

Debes ir, o se volverá más intenso que Gregory –. Me dice una voz en mi cabeza y tiene razón, mejor voy.

— ¿Elizabeth, estás bien? – Sara me saca de mis pensamientos.

— Eh, si claro, estoy bien –. Camino en busca de mis cosas—. Me tengo que ir, te encargas de cerrar con Mónica por favor.

— Claro, no te preocupes.

— Excelente – le digo, mientras tomo mi bolso y me dirijo al baño.

Me miro en el espejo, me aplico maquillaje y peino mi cabello, Aunque creo que no estoy lo suficientemente lista, pero igual salgo de allí y me dirijo a su coche; No quiero que vuelva a entrar y me arme la de Troya aquí dentro.

Afuera me espera un Bmw x6 negro espectacular –. Suspiro –. Sé que tiene más dinero, que neuronas y referente a coches, no puedo quejarme, son fantásticos.

— Señorita Torres –. Alex está afuera esperándome.

— Buenas noches Alex. – Asiente y abre la puerta del coche.

— Necesito que me traigas esos planos personalmente, bien sabes que son documentos confidenciales –. Escucho a Damián hablar por teléfono, mientras me siento a su lado –. Arréglalo Gill, que no tenga que llamarte y repetirte cuál es tu trabajo –. Cuelga y con la mano me pide un minuto más. Asiento y miro por la ventana mientras toma otra llamada.

— Harry.... Que lo resuelva, para eso le pago lo suficiente... No...

Referente a ella, mañana a primera hora necesito que la despidas...No, no quiero ineptos en mi empresa... Lo espero -. Cuelga y me quedo mirando su nuevo teléfono; un iPhone 6s, todo lo que hace el dinero.

Su mano se posa en mi pierna y me saca de mis pensamientos.

— Hola.

— Hola -. Coge mi mano y besa mis nudillos. Sonrío.

— ¿Problemas?

— Nada que no tenga solución.

Minutos después llegamos a *Astrid y Gastón*, uno de los mejores restaurantes de comida peruana de la ciudad, Damián baja del coche y me ayuda a bajar, pasa su mano por mi cintura y me pega a su lado.

Entramos al local y hay mucha gente elegante, yo llevo puesto un vestido naranja con una chaqueta negra, miro hacia abajo y veo mis hermosos converse.

¡Qué desglamour!

Giro mi mirada hacia él y lleva una camisa vino tinto, chaqueta negra y pantalones negros. Se ve increíble.

— Estás hermosa – dice Damián, al percatarse de mi reacción. Asiento. Es lo que hay, no estaba preparada para cenas imprevistas.

Damián, se dirige a una oficina dentro del restaurante y yo me siento en una mesa cerca de la ventana.

— Ya he pedido nuestros platos, espero no te moleste – dice al llegar.

Me encojo de hombros. Él siempre consigue lo quiere.

Al instante se acerca un mesero y nos sirve una copa de vino blanco, deja la botella y se va de inmediato.

— ¿Cómo ha estado tu día?

— Bien y no gracias a ti -. Tomo un sorbo de mi copa.

— Quiero disculparme por lo idiota que fui -. Toma un poco de vino y me mira fijamente -. En realidad, quiero disculparme por todo -. Añade tomando mi mano y sobando mis nudillos.

Me entran los calores.

— No tienes que hacerlo, todo está claro entre nosotros, sé lo que fue, un beso por aquí, otro por allá, así de simple, no te preocupes.

¿A quién voy a engañar?

Siempre me dijo que no quería nada serio.

— Sí tengo que hacerlo, porque para mí, no fue solo un beso -. Coge la copa de vino y toma un poco más. Está nervioso -. Sé que piensas que soy uno

de esos hombres que van tras la falda de todas las mujeres y sí Elizabeth, tienes razón.

Trago en seco al escucharlo. Lo sabía y es más descarado de lo que pensaba.

— Dime algo que no sepa —. Sonríó como si no me importara, aunque mi corazón se encoja por dentro —. Todo está claro, no tienes que darme explicaciones.

— No tengo, pero quiero —. Se remueve nervioso.

En ese momento llega el mesero con nuestras entradas, *Carpaccio* de pulpo con aceite de oliva, *tapenade* y limón. Coloca nuestros platos y se va de inmediato.

— Come, ya hablaremos.

Comemos en silencio y todo está riquísimo, pero no puedo concentrarme en la comida, no sé por qué me está diciendo todo esto, yo sé lo que fue y lo que significó para él, así diga lo contrario. Damián me mira y no dice nada, se le ve muy pensativo y eso me pone más ansiosa ¿A qué querrá que le diga que sí? ¿Con que locura me irá a salir?

El mesero llega por los platos y sin demora nos trae el plato fuerte, filete de salmón rostizado con *glasé* de naranjas y *hoisin*, está sobre una cama de *Spaetzle*, maíz, champiñones, cebolleta, tomate y salsa.

Comenzamos a comer sin romper el silencio, hasta que escucho:

— Hoy estoy aquí para hacerte una proposición Elizabeth.

— ¿Qué cosa? — Dejo de comer al instante.

— Una segunda oportunidad — dice y no puedo creerlo.

— ¿Cómo? — Creo que escuché mal.

— Escuchaste bien, no me hagas repetir lo que digo.

— ¿Una segunda oportunidad para qué? — No quiero confundir las cosas.

— Para nosotros —. Toma su copa y bebe.

— ¿¡Para nosotros!?! — Repito sin ocultar la sorpresa.

— Sí, para nosotros —. Al escucharlo agacho la cabeza y juego con mis tenedores.

Muevo todo lo que tengo en el plato, y como siempre cuando estoy con él, mi apetito ha desaparecido al igual que mis palabras.

¿Otra oportunidad?

¿Para nosotros?

¿Esto es en serio?

¿Qué le digo?

Sólo ha dicho una nueva oportunidad ¿Será que estoy confundida y nada más quiere que seamos amigos?

— Dime algo, yo no suelo pedir segundas oportunidades.

— No entiendo a qué te refieres con nosotros —. No es que sea tonta, pero no puedo creer lo que dice.

— Empezar de nuevo Eli —. Pasa sus manos por su cabeza —. Olvidar todo lo malo.

— Empezar.... de nuevo ¿Cómo... amigos? — Las palabras no quieren salir de mi boca.

Espero que me diga que como amigos no.

Que me diga que no.

— No era lo que tenía pensado —. Se encoje de hombros —. Pero si quieres así, por mí no hay problema.

— ¿Que tenías pensado? — Pregunto y se queda callado por unos segundos.

— Una relación Eli, y no precisamente de amigos.

Tomo todo el contenido de mi copa de un sólo trago, mientras el corazón se me quiere salir del pecho.

Respira Elizabeth ¡Respira!

¿De verdad me está pidiendo esto?

¡Oh mi Dios!

— ¿Más? — Sonríe y toma la botella de vino.

— Por favor —. Levanto mi copa.

Tomo más vino para no hablar, además no sé qué decirle, yo siempre salgo perdiendo en todas las relaciones y con este hombre, que es un casanova de primera, no le veo mucho futuro, además las segundas oportunidades no van conmigo.

— ¿Qué piensas Elizabeth?

— Tengo muchas... dudas — digo la verdad.

— Estoy aquí para aclararlas, sólo tienes que preguntar.

— Si digo que sí, a esta relación —. Tomo más vino — ¿Sólo seremos los dos?

— Por supuesto —. Sus labios se curvan con una sexy sonrisa —. Sólo tú y yo, exclusividad ¿Lo recuerdas? — Asiento, con estos hombres nunca se sabe y hay que preguntar de todo.

— ¿Quién me asegura que no saldrás corriendo y actuarás como lo has hecho hasta ahora?

— Al comienzo quería algo muy diferente a lo que quiero ahora Elizabeth

– responde más tranquilo.

— ¿Que querías?

— Estar contigo, sin importar nada más –. Se sirve más vino—. Sólo buscaba divertirme.

— ¿Sólo era tu diversión? – Pregunto dolida.

— Siempre fui sincero, te dije que no quería nada serio, simplemente pasarla bien.

— ¿Y ahora qué quieres?

— A ti.

— ¿Por qué a mí?

— Porque eres la única que ha podido encender, lo que hace mucho había apagado –. Se queda callado unos segundos y luego añade: – Siempre supe que contigo sería diferente.

— No entiendo.

— No tienes que entender, sólo tienes que sentir, y Elizabeth eres todo lo que quiero para mí.

Agacho la cabeza.

No sé qué decirle.

No sé si creerle.

¡Ay Dios! ¡Ay Dios!

— ¿Y Roxana? – Es lo único que pasa por mi cabeza.

¿Cómo se me ocurre preguntar por esa?

¿Cómo?

— Ella no significa nada para mí.

— Entonces ¿Por qué siempre estabas con ella?

— Yo no estaba con ella, ella estaba conmigo y en realidad no me tocaba hacer nada, ella lo hacía todo.

— Si te puedes divertir con ella sin ningún esfuerzo ¿Por qué yo?

— Porque mi cabeza y mi cuerpo te desean a ti y eso no puedo explicártelo porque ni yo lo entiendo –. Se queda callado unos segundos y con una sonrisa añade: – Pero en realidad pasaba con ella para darte celos Elizabeth, me gusta hacerte enojar.

— ¿En serio? – Pregunto, sorprendida por todo lo que dice. Asiente.

— La única que me gusta eres tú.

— ¿No tienes vergüenza? – Le digo al darme cuenta de semejante desfachatez ¿Cómo fue capaz?

— Esa palabra no está en mi diccionario –. Se levanta y se sienta más

cerca de mí –. Así que, dime lo que quiero escuchar o te haré pasar a ti, la vergüenza más grande de tu vida.

— No me digas –. Lo reto.

— No me tientes – responde.

Tomo un trozo de mi filete y lo meto a mi boca ignorándolo, no será capaz de hacer nada en este lugar y yo aún no estoy segura de nada con él.

— ¡Elizabeth! – Su voz es divertida y yo trato de no sonreír–. Oh, tú lo quisiste nena.

De pronto siento que se coloca de pie y mi mirada automáticamente se posa en él.

¿Qué va hacer?

No me lo puedo creer –. Pienso al escuchar lo que dice:

— Damas y caballeros –. Las personas que están en el restaurante hacen silencio y voltean a mirarnos.

— ¡Damián! – Digo casi en un susurro y él sonríe – ¿Qué estás haciendo?

— Quiero preguntarle a esta hermosa dama que me acompaña la noche de hoy, algo muy importante y quiero que todos ustedes sean testigos.

— Damián, basta ya –. Sé que me escucha, pero me ignora, no es posible que me esté haciendo esto.

— ¿Consideraría usted tener una relación con este hombre que está locamente fascinado por ti?

Un “Oh” general se escucha y me ruborizo, mientras abro mis ojos asombrada y tomo todo lo que está en mi copa.

Me entran los calores.

¿Cómo dice eso delante de todos?

Pero sin importarle mi estado, él continúa:

— Todas estas personas y yo, estamos esperando una respuesta Elizabeth –. Insiste.

Lo miro... y él tiene una sonrisa de oreja a oreja.

Quiero matarlo.

— Es de muy mala educación hacernos esperar –. Continúa y eso es chantaje.

— Está bien –. Sonrió tímidamente –. Tú ganas.

— ¿Eso es un sí, señorita Torres?

— Eso es un sí, Señor Brown –. Siento como su cuerpo se relaja y sonríe.

En ese momento, todos comienzan a aplaudir, él toma mi mano y me coloca de pie, pasa sus manos por mi cintura, pega sus labios a los míos y sólo como

él lo sabe hacer me deja sin respiración.

Nos sentamos de nuevo y terminamos nuestra cena, aunque mi apetito no aparece. Tomo un sorbo de vino.

— Bueno Elizabeth Torres, es oficial; ya eres mi novia —. Casi me ahogo al escucharlo.

¡Su novia!

¡Qué fuerte!

Jamás pensé que esto pasaría.

— Toma —. Me pasa un vaso con agua —. No quiero que te ahogues en nuestro primer día —. Sonríe.

Me tomo el agua, e intento controlar mi respiración. El mesero llega en ese momento.

— ¿Puedo retirarle señor? — Damián asiente.

— ¿Es todo lo que comerás? — Pregunta cuando ve mi plato y yo asiento —. Retírele también a la señorita y traiga el postre.

— Enseguida —. El mesero recoge todos los platos y se aleja.

— ¿Te puedo preguntar algo? — Digo y él sonrío. Lo sé soy una preguntona.

— Lo que quieras.

— ¿Qué te hizo, mmm... cambiar de opinión?

— ¿Cambiar de opinión? — Pregunta confundido.

— Sí, respecto a nosotros, lo que querías antes y lo que quieres ahora.

Se queda pensando y en ese momento llega el mesero con el postre, un delicioso volcán de chocolate con helado de vainilla se asoma ante mis ojos. El mesero deja los platos sobre la mesa y se retira enseguida.

Amo el helado y este se ve estupendo.

— Tú — dice de pronto poniéndose a mi lado.

— ¿Yo? ¿Qué?

— Tú me hiciste cambiar de opinión.

— ¿Cómo?

— Por ser quién eres Eli.

— ¿Y quién soy? — Pregunto y sonrío.

— Eres Elizabeth Torres, la persona más amargada y desobediente que nunca pensé conocer —. Suspira —. Pero por primera vez en mi vida y después de mucho tiempo, quiero intentarlo contigo.

Mi corazón se encoje ante sus palabras, que él quiera intentarlo conmigo me hace la mujer más feliz del mundo.

— También quiero intentarlo —. Agacho la mirada, mientras sus labios se

curvan con una sonrisa.

— Acábate el postre, antes de que no te lo deje comer y decida tomar mi postre ya – dice, y yo pienso muy bien si quiero el helado ahora.

— No me tienes – le digo.

— Shut up and kiss me –. Escucho en su perfecto inglés elevándome por completo, de inmediato hago lo que me pide y le doy el mejor de mis besos. A la mierda el postre, este hombre sabe mejor.

Al salir del restaurante Alex nos espera, este nos abre la puerta y entramos en el asiento trasero, ya es tarde y hay mucha gente en los alrededores. Damián no se separa de mí en ningún momento, llegamos a su casa y me lleva en sus brazos al patio. Al llegar lo que veo es impresionante, velas por el borde de la piscina y pétalos de rosa por todo el lugar. Lo miro.

— ¿Y si te hubiera dicho que no? – Pregunto y una sonrisa sale de su rostro.

— Siempre consigo lo que quiero –. No me da tiempo de decir nada más cuando se lanza a la piscina conmigo en brazos.

Al salir a la superficie aún sigue sosteniéndome, nuestras miradas se encuentran y nuestros labios se fusionan en el más explosivo beso, la luna, las estrellas y el firmamento son testigo de todo al igual que yo ¡No es un sueño! Al separarnos algo nos llama la atención y no podemos dejar de reír, hemos apagamos todas las velas.

Todo lo que empezó como un ataque de rabia, terminó como un divertido juego entre nosotros. Lo salpico todo de agua.

— Eres muy mala, Amargada – dice sin quitar su sonrisa.

— Lo aprendo de ti –. Me pega a su cuerpo y me besa bajo la luz de la luna.

— Eres la mujer más hermosa con la que estado –. Suelta de pronto.

— Uff, que alivio – respondo y me besa la punta de mi nariz con una gran sonrisa.

— Tienes algo que no me deja ir.

— ¿Quieres irte? – Pregunto confundida.

— Al principio sí, luché contra la atracción que sentía por ti –. Confiesa y se le ve abrumado –. Pero ahora, sólo iré a donde tú me lleves –. Acaricia mi rostro, pega sus labios en los míos y me desarma por completo.

— Déjame idolatrarte siempre, Elizabeth Torres – dice, mientras sus manos pasan por mi cuerpo.

— Entonces cállate y bésame, Damián Brown – le digo en tono burlón y

sonríe, volviéndose a pegar en mis labios.

CAPÍTULO 19

El frío en Bogotá es insoportable, me doy vueltas en la cama dispuesta a abrazar a Damián después de nuestra gran noche, pero no siento a nadie ¿Por qué será que jamás lo encuentro? Me volteo y tomo teléfono para mirar la hora. Son las cuatro de la madrugada ¿En dónde estará? Me levanto y salgo del cuarto. Llego al gimnasio, pero no lo encuentro ahí.

¿A dónde se fue?

Escucho las cuerdas de una guitarra y me dirijo al patio, Damián está sentado en el gran sofá frente a la piscina, me acerco con cautela a él, mientras lo escucho cantar, pero no logro distinguir cual es la canción y aunque es una melodía triste se escucha muy bien.

¿Hay algo que este hombre no haga bien?

— Deberías estar en la cama – me dice sin voltear y yo sonrío.

— En la cama deberías estar tu – respondo, y recordando algo pregunto curiosa – ¿Por qué siempre que despierto nunca te encuentro en la cama?

— Eli, por mi trabajo tengo que estar activo las 24 horas del día, y más, cuando estoy en un país que tiene algunas horas de diferencia con el mío.

— Ah, entiendo – Cambiando el tema le pregunto – ¿Así que cantas?

— No -. Suelta la guitarra y la deja a un lado.

— ¿Cómo qué no? Te acabo de escuchar.

— Creo que estás delirando, aún estás dormida – dice muy serio.

— ¡Damián! Toca algo para mí, anda -. Me siento a su lado y le paso la guitarra.

— Pero tú cantas, creo que a ti se te da más lo de la música -. Se está burlando de mí.

— ¡Qué gracioso! – Sonríe.

— Ven, vamos a la cama -. Se coloca de pie y me tiende la mano.

— ¡Damián!

— ¿Qué pasa Eli?

— Eso pregunto yo ¿Qué pasa?

— Nada.

— ¿Y la canción? – Pregunto y se sienta de nuevo a mi lado.

— Sólo le he cantado a una mujer en este mundo y quiero que siga siendo así -. responde y siento como si un balde de agua me cayera encima.

— ¡Ah! Entiendo -. Me pongo de pie y camino de regreso a la habitación.

Que se joda.

Primero me dice que quiere intentarlo conmigo y mil cosas bonitas, pero

no soy lo suficiente para él. Otras siempre son más importantes.

— Amargada ¿Qué voy hacer contigo? – Me atrapa en las escaleras.

— ¡Suéltame Damián! – Le grito, no estoy de ánimos.

— No entendiste, déjame explicarte.

— No quiero que me digas nada más –. Me suelto y subo las escaleras.

— Esa mujer... Era mi madre – dice tras de mí y su voz se rompe al mencionarla.

— ¿Era? – Me detengo y doy media vuelta.

— Murió hace algunos años – responde más triste de lo que esperé.

— Lo siento mucho Damián –. Llego hasta él y lo abrazo –. De verdad no quería hacerte sentir mal.

— No has hecho nada, vamos a dormir –. Me besa la frente y me levanta en sus brazos – ¿Qué voy hacer con tu genio? – Pregunta, mientras me sube por las escaleras.

— Aguantártelo –. Meto mi cara en su cuello y lo beso.

— ¿Hay otra opción?

— No –. Lo miro, le saco la lengua y me vuelvo a esconder en su cuello, mientras él suelta una carcajada.

— ¿Qué me estás haciendo Eli? – Me deposita en la cama.

— ¿Qué me estás haciendo tu a mí?

— Idolatrarte señorita Torres.

— Eso me gusta –. Se acuesta a mi lado y me abraza.

— Lo mismo digo –. Sonríe –. No hay nada que me guste más...

La luz ilumina mi rostro y me volteo, estoy tan cansada que no quiero despertar todavía. Siento un movimiento extraño y abro los ojos, Damián se está moviendo a mi lado y lo observo un rato. Se ve divino sin nada encima, aunque se debe estar congelando, así que tomo mi sábana y la paso por encima de él, enseguida deja de moverse. Lo miró fijamente y acaricio su rostro.

— Hermoso –. Susurro, y veo como una gran sonrisa sale de su cara –. Estás despierto, descarado –. Le doy una suave cachetada en su mejilla, este abre los ojos y de inmediato se abalanza encima de mí.

— ¿Soy hermoso? – Dice tomando mis manos y colocándolas encima de mi cabeza, mientras se acerca.

— Eres la cosa más horripilante que hay en el mundo –. Lucho con su cuerpo desnudo, mientras sonreímos como tontos.

— Tú no te quedas atrás –. Agacha su cabeza y pega sus labios a los míos. Me da un delicado y profundo beso –. Vamos a bañarnos.

— Piscina – digo y levanta las cejas – ¿No te gustan las piscinas?

— Sólo si tú estás en ella.

— Vamos –. Sonrío

— Ponte ese hermoso bikini, yo iré un momento a la cocina –. Se levanta, entra al cuarto de baño y al instante sale con unos shorts cortos –. Avisaré a Greta que prepare el desayuno.

Al llegar a la cocina, Damián está sentado en la barra leyendo el periódico.

— Buenos días Greta.

— Buenos días Señorita –. Me saluda haciendo un gesto con la cabeza y yo hago lo mismo –. El desayuno está listo – dice, mientras coloca dos platos en la mesa.

Damián me señala una silla y me siento junto a él. Muero de hambre y huelo estupendo.

— Señor ¿Tomará café? – Pregunta Greta.

— Con leche y dos de azúcar, por favor – dice y vuelve a su periódico.

— ¿Para la señorita igual? o ¿Prefiere jugo de naranja?

— Sí, por favor, jugo de naranja está bien –. Damián baja el periódico y me mira.

— ¿No tomas café con leche? – Pregunta.

— Para nada –. La verdad no me gusta nada –. Lo prefiero solo.

— Okey.

Cuando Greta termina de poner la comida, se va y nos deja solos en la cocina, Damián baja el periódico y me mira.

— Definitivamente esa ha sido la mejor inversión de mi vida.

— ¿Cuál? – Me encojo de hombros y sonrío.

— Eso que llevas puesto –. Me levanto de la barra y doy una vuelta.

— Ver y no tocar – digo cuando intenta acercarse –. Sólo cuando estemos en la piscina.

Damián, levanta la ceja y sin darme tiempo de reaccionar, se lanza encima de mí y me levanta del suelo.

— ¡Damián! – Grito.

— A la piscina nena, a la piscina.

— Oye, el desayuno.

— Eso puede esperar – dice casi corriendo conmigo en brazos.

Llegamos al patio y nos acercamos a la piscina.

— No me vayas a.... – No puedo terminar de hablar cuando caemos en el

fondo del agua.

— ¿Estás loco? – Le digo cuando salgo a la superficie y controlo mi respiración.

— Loco por ti –. Me acerca a él y añade: – Siempre que no te pueda tocar, haré de todo para poder hacerlo –. Sonrío al escucharlo.

— Aquí me tienes – le digo provocándolo. Damián pasa sus manos por mi cintura y pega sus labios en los míos, besándome como si no hubiera un mañana y yo lo recibo encantada.

Pasamos gran parte del día en la piscina, nadamos, jugamos, hacemos el amor varias veces y nos divertimos en ella, por la tarde nos dirigimos a la ciudad, él insistió en traerme, mañana tiene reuniones importantes y yo asuntos que atender en la universidad, así que mejor si estoy cerca.

— Te llamaré luego –. Me besa los nudillos –. Tengo que resolver unos asuntos –. Asiento y le doy un corto beso.

Cuando entro a la casa busco a Ena y no está, desde que anda con Jorge sólo llega a dormir –. Bueno no necesariamente a eso. Sonrío.

Minutos después Damián me llama para informarme que saldrá de viaje de negocios y no volverá hasta mañana por la tarde, después de hablar algunos minutos con él, me tiro en la cama y decido descansar, estoy agotada.

CAPÍTULO 20

Anoche dormí plácidamente, desde que las cosas comienzan a marchar bien con Damián no puedo dejar de sonreír. Después de ducharme busco entre mi ropa la falda agua marina y mi blusa blanca, trato de controlar mi cabello y me maquillo rápidamente antes de salir. Saco las llaves de mi auto y camino hacia él, pero al llegar me choco con Alex.

— Señorita Torres –. Me saluda gentilmente, me quita las llaves de la mano y las guarda en su chaqueta.

— Hola Alex, Buenos días –. Asiente – ¿Qué haces aquí?

— El señor me ha mandado para que la lleve a la universidad.

— ¿Por qué? – Pregunto desconcertada.

— Yo sólo cumplo órdenes –. Se encoje de hombros.

— Sin ofender Alex, pero yo no necesito chofer – digo un poco molesta – Puedes regresarte y decirle al señor que no te necesito, mis llaves por favor –. Le tiendo mi mano.

— Yo hago mi trabajo señorita –. Abre la puerta de su coche y me señala dentro –. No querrá que me despidan. Doy media vuelta y vuelvo a entrar a la casa.

¡Yo no necesito un chofer!

Cojo mi teléfono y lo llamo, al segundo tono contesta.

— Elizabeth, buenos días –. Saluda animado.

— No necesito un chofer Damián – le digo molesta.

— Sólo quiero que estés segura – responde.

— Estaré segura manejando por mi cuenta.

— ¿Vas a empezar mal este día? – Pregunta enojado.

— Ya lo has empezado tú, ¡Cuando haces cosas para controlarme! – Le grito

— No quiero controlarte Elizabeth, sólo tenerte segura.

— Para mí es lo mismo.

— Elizabeth, no voy a discutirlo – dice enojado –. Alex te llevará a todas partes y no hay discusión.

— No lo haré, no quiero un maldito chofer.

— Aquí no se trata de lo que quieras, se trata de tu seguridad.

— Sé cuidarme sola –. Grito, enojada.

— Pero ya no estás sola –. Su voz se suaviza un poco –. Mientras estés conmigo cuidaré de ti –. Cuelgo, no quiero seguir escuchándolo.

Este hombre es irritante, es imposible.

Apenas nos dimos una oportunidad y ya quiero ahorcarlo.

¡Y lo que me espera!

Sea lo que sea y por el motivo que sea no quiero un chofer, así que salgo dispuesta a quitarle a Alex mis llaves e irme por mi cuenta. Salgo de la casa y Alex aún está esperándome.

Que pensabas Elizabeth ¿Que se iría si no te subías al coche?

Busco mi Nissan con la mirada y ya no está.

— ¿Y mi auto?

— El señor lo ha mandado a recoger —. Alex se encoje de hombros.

¡Lo mato, cuando lo vea lo mato!

Me subo a su coche a regañadientes y este se dirige a la universidad, ya no me queda de otra, en el Transmilenio me demoraría demasiado. Es extraño no escuchar mi música cuando conduzco, todo está callado y odio ese silencio.

— ¿Desde cuándo trabajas para él? — Le pregunto para distraerme.

— Veinte años señorita.

— ¿También eres de Londres?

— Francia Señorita.

— Dime Eli o Elizabeth, por favor —. Asiente, pero a mí la curiosidad me pica así que sigo preguntando —. Antes de trabajar con Damián ¿A qué te dedicabas?

— Era piloto de carreras.

— ¡Oh! — Exclamo asombrada —. Pensé que habías estudiado algo relacionado con seguridad.

— También señorita... Eli —. Asiento.

Alex no es muy comunicativo, así que decido guardar silencio, aunque tenga muchas cosas que preguntarle acerca de Damián, sé que no me dirá nada de lo que quiero saber.

Llegamos a la universidad y Alex me hace saber que estará afuera para lo que necesite, no puedo creer que Damián ahora me ponga un vigilante. Esto es absurdo ¡Absurdo!

Llamo a Damián muchas veces, pero me manda al buzón de mensajes —. Sí, mejor escóndete — pienso, Aunque sé que debe estar en las reuniones que me dijo que tendría. Relajándome un poco, me voy a hacer mi parcial y decido esperar a que regrese de su viaje para hablarlo.

Horas después, cuando me desocupo de todo me dirijo a la facultad de arquitectura, quizás tenga la buena suerte de encontrármelo, pero no está, de hecho, aún no sé qué hace él aquí, si ya el evento de la universidad al que él

vino como expositor pasó.

Camino por toda la universidad buscando a Melisa y tampoco la encuentro, ¿A dónde se habrá metido? La semana que viene finalizamos la carrera y mañana expondremos la tesis, así que nos reuniremos para terminar la presentación y estudiar un poco más; después de unos minutos nada que aparece, así que opto por llamarla y le digo que la espero en el parqueadero.

— ¿Te ganaste la lotería? – Pregunta Melisa al verme.

— No ¿Por qué? – Pregunto desconcertada.

— Auto –. Me dice señalando el hermoso Audi.

— Es de Damián –. Asiente.

— ¿Y desde cuando tienes que andar con chofer? – Alex nos abre la puerta y subimos al auto. Suspiro.

— Desde hoy y espero que no por mucho.

— Ya quisiera yo tener este auto y a este chofer –. Suelta sin ningún pudor, sin importar que Alex la escuche.

— ¡Melisa! – La regaño y ella sonríe. Se acerca y me dice al oído para que apenas yo escuche.

— Tranquila, este quisiera con Max y no conmigo, todo él es gay.

— ¿¡Que?! – Ruedo los ojos y la miro horrorizada – ¿Cómo?

— Así como escuchas.

— ¿Es enserio? – Aun no puedo creerlo.

— Sí, sabes que tengo un súper ojo para ellos, además, mi radar para chicuelos nunca me falla –. Levanto a cabeza y miro a Alex que se ha puesto rojo. Pobre, mi amiga y sus comentarios.

Suena mi móvil.

— Señorita Torres.

— Damián.

— ¿Cómo estás?

— ¡Enojada! – Le suelto.

— Si es por lo de Alex no voy a discutirlo – le cuelgo de inmediato.

Mi teléfono vuelve a sonar.

— ¿Qué crees que haces? – Dice enojado.

— Dijiste que no ibas a discutirlo y no tengo nada más que decir – le digo con toda la rabia del mundo.

— ¿Cuándo dejarás de ser tan insolente?

— Cuando tú dejes de ser tan bipolar y te lo digo de una vez ¡NO QUIERO UN VIGILANTE!

— No está para vigilarte, sólo para evitar que algo malo te pase.

— Yo puedo evitarlo sola.

— No estoy seguro de eso y esto no tiene discusión –. Me cuelga el teléfono y ya quiero tenerlo en frente.

Estudio toda la tarde y no vuelvo a saber nada de Damián, a veces me asomo por la ventana y veo el carro de Alex estacionado fuera ¿Es que no tiene más nada que hacer que estar atrás de mí todo el día? Apenas estoy lidiando con esto hoy y a pesar de que Alex me cae bien, no soporto tener un policía detrás.

Luego de estudiar y arreglar todo para mañana, Alex me lleva a la tienda, necesito ver cómo van las cosas allí antes de ir a casa. Saco algunas cuentas y trato de arreglar lo del pedido, las ventas van muy bien y todo lo demás está en orden, así que arreglo otros asuntos que tengo pendientes, firmo unos papeles y me voy a casa.

Cuando llego escucho ruidos en la sala de televisión, entro y encuentro a Damián platicando con Ena en el sofá. ¿Qué hacen estos dos juntos? Al darse cuenta de mi presencia guardan silencio y se ponen de pie.

— Te estábamos esperando para cenar – dice Ena, pasando por mi lado y dirigiéndose a la cocina.

— Hola... – Me dice y me mira evaluando mi reacción.

— Hola.

Damián se acerca y me toma por la cintura, mientras pega a sus labios en los míos.

— Te extrañé.

— Yo igual... Pero aún estoy molesta.

— No discutiremos eso de nuevo –. Me pega más a él –. Voy a intentarlo, pero con esas condiciones.

— No acordamos ningunas condiciones.

— Ya te las estoy diciendo.

— ¿Cuáles son esas condiciones? – Pregunto.

— Que aceptes que Alex cuide de ti.

— ¡Ah no! Eso ni hablarlo.

— ¡Elizabeth! Tómallo o déjalo, pero recuerda que yo vengo con ese paquete.

Me acerca más a él, pega su boca a la mía y me besa con fuerza, no me deja pensar, se apodera de mí con su boca y con ella de mi criterio, de mi juicio y de mis pensamientos. Ya me tiene.

— No es justo – digo tratando de recuperar mi respiración.

— Es por tu seguridad –. Besa mi frente.

— ¿Quién cuidara de ti? – De pronto es él quien me preocupa.

— Nena, tengo muchísimas personas de seguridad y Sergio acaba de llegar de Londres.

— ¿Sergio? – Pregunto extrañada, mientras él me pasa su mano por la mejilla.

— Sí preciosa, él me cuidara.

— ¿Tengo otra opción? ¿Y si no quiero un policía?

— Alex no es policía, es un ex militar francés –. Sonríe –. Y un ex piloto de la F1, con él estarás más que segura.

— ¿Qué hace un piloto de carreras siendo chofer de la novia de un tirano bipolar? – Pregunto con una sonrisa.

— Le pago lo suficiente, además siempre tengo lo mejor –. Sus labios se curvan con una sonrisa y vuelve a besarme –. Por eso estás conmigo.

Me encanta cuando es tan lindo e irresistible.

Damián me besa y me abraza con fuerza, y yo le devuelvo el abrazo, la verdad si lo extrañe y a sus besos aún más. De pronto recuerdo algo que me dijo Melisa e interrumpiendo nuestro beso le digo:

— ¿Sabes que Alex es gay? – Damián suelta una carcajada al escucharme.

— Sí Eli, pero no juzgo a las personas por sus preferencias sexuales, Alex hace un excelente trabajo.

— Lo sé –. Besa mi frente, me agarra de la cintura y caminamos al comedor.

Hoy cenaremos un rico *Rosbif* con salsa de champiñones y puerro, más un poco de vino que Damián ha traído para cenar. Todo está delicioso y después del día que he tenido muero de hambre. Mi apetito ha vuelto y eso me encanta ¡Amo la comida!

— Cuéntame Damián ¿Qué haces en Colombia? – Pregunta Ena e inmediatamente dejo de comer.

— Principalmente vine como expositor a un evento de la universidad y me quedé por negocios.

— Qué bien. ¿Te ha gustado mi país?

— Sí, sin duda tiene mujeres hermosas –. Me mira y me pongo roja.

— ¿En qué parte de Londres vives? – Sigue Ena y la abogada aflora de ella.

— La verdad tengo casas por todo Londres, pero estoy radicado en

Hampstead.

— ¡Wow! Eso es genial –. Suelta Ena casi atragantándose.

— Sin duda.

Como yo nunca he ido a Londres, no tengo idea de cómo será, pero luego le preguntaré a Ena o buscaré en San *Google* para ponerme al corriente.

— ¿Cuánto tiempo planeas quedarte? – Alzo la mirada. Ena y sus interrogatorios, pero esta vez me agrada.

— No lo sé, ya debería haber regresado, pero tengo algunos asuntos que arreglar –. Toma un poco de su vino y cuando me mira añade: – Trataré de quedarme lo que sea necesario.

¿Lo que sea necesario para qué?

¿Qué significa eso?

Nadie habla y todos volvemos a centrarnos en la comida, la tensión se siente en el ambiente y yo me regaño mentalmente; no sé para qué comenzó esto si al final se irá y me dejará destrozada.

¿Por qué no pensé en eso antes?

¿Por qué quiso intentarlo?

— ¿Desde cuándo conoces a Jorge? – Interviene Ena rompiendo el silencio.

— Hace algunos años, su padre y el mío son amigos.

— ¿Estás bien? – Pregunto Ena y sus miradas se fijan en mí –. Estás más callada que de costumbre.

— Sólo no tuve un buen día, eso es todo – digo sin querer dar muchas explicaciones.

— Espero no ser el culpable de eso –. Su mano toca mi rodilla.

— Solo estoy algo cansada –. Lo miro y trato de sonreír –. Mañana tengo cosas importantes que hacer.

— Le he pedido a Ena quedarme aquí esta noche – dice de pronto.

— Yo le he dicho que sí, espero no sea problema – responde Ena de inmediato.

— No, ninguno.

¿Por qué no me lo preguntó a mí?

— Suban y descansen, yo recojo todo esto – dice Ena, cuando ve que no diré nada más. Asiento y añado:

— Gracias.

— Descansa –. Me da un beso en la mejilla.

Me dirijo con Damián a la habitación, estoy muy cansada y necesito

dormir –. No quiero pensar en nada más.

— ¿Qué pasa Elizabeth? –. Me dice cuando entramos al cuarto –. A mí no me engañas.

— Solo estoy preocupada por la exposición de mañana –. Me mira y espero que me crea.

— Mañana te irá genial –. Me pega a él y besa mi cara –. Ven, vamos a la cama.

Juntos vamos al cuarto de baño y nos cambiamos, me pongo mi pijama y él se queda sólo en ropa interior.

¡Uff!

Me entran los calores, pero no, no tengo ánimos para nada.

Cuando estamos acostados comienza a sobar mi cabeza y a darme muchos besos en el cuello.

— Sé que hay algo más Eli y quiero que me lo digas –. Volteo a mirarlo y cierro los ojos.

— Apenas empezamos y ya tienes que irte – le digo en un tono más triste de lo que esperaba.

— Tengo que volver –. Me da un beso en la frente y sonrío—. Pero también puedo regresar, no le des tantas vueltas a eso.

— ¿Volverías? – Pregunto y una sonrisa sale de mi boca.

— Soy un barco que navega sin rumbo alguno, pero sí, si tiene que ser volveré a encontrarte – dice y me deja más confundida de lo que estaba.

— ¿Con quién vives allá? – Pregunto. Quiero saber más de él.

Lo piensa más de lo que debería y luego me responde.

— Solo Elizabeth.

— ¿Solo? – Repito sorprendida – ¿Y tu familia?

— Mi padre vive en otra parte de Londres y por su ocupación, no nos vemos mucho.

— ¿Tienes hermanos?

— Una –. Y eso lo único que dice antes de voltearme y ponerme de espaldas a él.

Damián me abraza por detrás y besa mi cabeza, mientras mis pensamientos se mueven a mil ¿Será que le pregunto sobre las llamadas? ¿Esas que lo cambian de ánimo?

— Ya duerme preciosa, que mañana tienes que madrugar –. Asiento; mi cuerpo necesita un descanso.

Damián comienza a sobar mi cabeza y depositar delicados y seguidos

besos por mi cuello, mientras con sus manos me acaricia. Antes de lo que debería caigo en el más profundo y hermoso sueño.

CAPÍTULO 21

Despierto muy temprano por la mañana y él como de costumbre no está a mi lado. Que manía la que tiene de desaparecer. Salto de la cama y lo busco en todas partes, pero no está, así que decido ducharme y arreglarme para irme a la universidad.

Me miro al espejo, hoy iré con unos jeans negros y una blusa color crema, más el collar dorado que Ena me regaló. Cuando ya estoy lista tomo mi chaqueta negra de la cama y bajo en busca de Damián, pero este no está en ningún lugar de la casa.

— ¿Sabes en donde está Damián? – Le pregunto a Ena cuando entro a la cocina.

— Salió temprano, me dijo que iría a correr y de ahí Alex lo recogería, tiene trabajo que hacer –. Asiento.

¿Por qué no me despertó? – Pienso algo triste, me hubiera gustado verlo antes de irse.

— ¿Cómo te va con él? – Pregunta intrigada.

— Bien, supongo –. Me encojo de hombros.

— ¿Y que tenías ayer?, no eras tú.

— Ya te dije, estaba cansada.

— A mí no me engañas Elizabeth –. Suspiro, algo frustrada.

— Hoy tengo la exposición de mi tesis y aún tengo exámenes la próxima semana, sólo estoy preocupada.

— Eres la chica más inteligente y dedicada que conozco, después de mí, claro –. Sonríe –. Todo va a salir bien y tendremos una increíble fiesta de graduación.

— ¿Una fiesta?

— Claro, déjame todo a mí y tú dedícate a estudiar –. Me da un beso y sale de la cocina –. A propósito, llegó esto para ti –. Se asoma en la puerta y luego entra con un gigantesco ramo de rosas.

— ¿Para mí? – Pregunto sorprendida –. Seguro son de Max.

Mi Max es el único que me ha regalado flores, seguro algo trama y quiere que lo ayude, y ahora pretende comprarme con flores. ¡Ya lo conozco yo!

— No, no son de Max –. Tomo una cajita que está en la parte de arriba con una nota y miro a Ena.

Es muy extraño, nunca nadie me había mandado flores.

< No te enojas conmigo por haberme ido sin despedir esta mañana, te veías tan hermosa que no te quise molestar.

*Espero que hoy tengas un excelente día. Éxitos en tu exposición
Besos, Damian Brown>*

— Son de Damián – le digo emocionada.

— Lo sé tonta, leí la nota –. La miro y tiene una gran sonrisa en la cara –. Aunque no logro entender una cosa –. Añade quitándome la tarjeta de la mano.

— ¿Qué? Pregunto curiosa.

— Si él se llama Damian, tu ¿Porque le dices Damián? – Sonríó al escucharla.

— Porque me confundí y cuando él me sacó del error, no iba a dejarlo ganar –. Me encojo de hombros y añado: – Además, me gusta más Damián.

— Tú sales con unas cosas –. Niega con la cabeza –. Todo sea por hacerle la guerra al madurito.

— Así es –. Suelto una carcajada al escucharla.

— ¿Sabes? Me agrada, no es un niño inmaduro como los otros –. Asiento, mis anteriores relaciones siempre me encontraba uno cada vez peor –. Este está bien madurito y se preocupa por ti.

— Sí, lo sé –. Sonríó.

Miro la cajita con intriga y Ena me anima a que la abra, cuando por fin me decido, una hermosa cadenita de oro se asoma –. Miro a Ena asombrada –. Al detallarla bien tomo el dije que tiene y leo “*Cállate y bésame*” – Sonrió –. Volteo el dije y me encuentro con la inicial de su nombre grabada en él.

— Tiene buen gusto – dice Ena al verla.

— Sin duda – respondo pasmada mirándola.

Ena la coloca en mi cuello y yo me miro en el espejo.

¡Me encanta!

— ¿Quedamos para almorzar hoy? Yo invito para celebrar tu exposición – dice Ena y vuelvo a la realidad.

— Sí, me parece bien –. Hace días no tenemos tiempo para las dos. – Necesito contarte muchas cosas.

— Lo sé, entre tu novio, el mío, tú universidad y nuestros trabajos, las salidas se han aplazado, hoy nos pondremos al día.

— Te quiero, maluca – grito, mientras desaparece.

— Te quiero más, fea.

Tomo un poco de fruta y varios paqueticos de moritas para el camino. No quiero llegar tarde, así que busco las llaves de mi auto mientras guardo todo lo que necesito para hoy.

¡Mierda!

Recuerdo que ahora no tengo auto y que todo esto hace parte del paquete. Cuando salgo de mi casa veo a Alex estacionado al cruzar la calle, aún no me acostumbro a tener un vigilante las 24 horas del día.

¿Será que algún día volveré a manejar?

¿Sera que Alex me prestara esa máquina alguna vez?

— Señorita Torres – dice cuando me acerco.

— Dime Eli, Buenos días.

— No me parece apropiado señorita Torres.

— ¿Por qué?

— Costumbre quizás –. Se encoge de hombros.

— ¿Siempre llamas a todos por su apellido? – Asiente.

— Es por que eras militar –. Suelto sin pensar. Sonríe.

— Sí –. Me abre la puerta y subo al coche.

— ¿Llevaste a Damián esta mañana? – No puedo evitar preguntar.

— Sí señorita, recogí al señor Brown temprano esta mañana.

— ¿Sabes dónde está ahora?

— En la casa de La Calera señorita –. Pone sus ojos en el volante y no dice nada más.

Mientras llegamos a la universidad lo miro con disimulo. ¿Cómo puede ser este hombre gay? Como dice Melisa: Que desperdicio de hombre. Alex es el típico hombre que volvería loca a cualquiera, me viene a la cabeza mi loco amigo Max, no es nada comparado con él. Max es menos reservado y sé que apenas se entere de esta noticia no perderá el tiempo

Lo llamo y al primer timbre contesta, dijo que me necesitaba con urgencia y lo había olvidado.

— Retoño de mi vida.

— Max, mi amor.

— ¿Cómo estas, Girl?

— Bien, me tienes olvidada.

— Lo siento retoño, la floristería me quita todo el tiempo –. Max trabaja en la tienda de su familia y tiene unas manos mágicas a la hora de hacer arreglos.

— ¿Qué era eso tan importante que querías hablar?

— Te lo contaré después, hay moros en la costa.

— Te entiendo, llamaba para saludar.

— Prometo visitarte pronto, necesito contarte algo.

— ¿Es algo con relación a Arthur?

— Ya me conoces tu bien –. Sonrío –. Pero te llamo después y hablamos con calma.

— Está bien.

— Que tengas un lindo día cielo.

— Igual tú mi Max –. Cuelgo, cierro mis ojos y me quedo en silencio hasta llegar a la universidad.

Me encuentro con Melisa y repasamos una vez más todo lo que nos podrían preguntar, revisamos la presentación y todo lo que nos pidieron por si acaso se nos pasó algo, pero todo está listo, minutos después ya es hora de entrar al matadero, así que después de rezar fuera del auditorio entramos.

Salgo de la exposición y todo resultó estupendo, ya nada más me falta acabar los exámenes finales para poder terminar mi carrera con éxito. Las chicas y yo decidimos dejar la celebración para el fin de semana, necesitamos prepararnos y estudiar.

Suena mi móvil

— Felicitaciones a mi chica –. Sonrío al escucharlo.

— Muchas gracias y también por las flores y la cadenita, están hermosas.

— No tienes que agradecer ¿Qué tal si almorzamos para celebrar? Quiero verte.

— Lo siento, quedé de verme con Ena, es más, ya voy saliendo para allá –. También me muero por verlo, pero hace mucho no tengo tiempo a solas con Ena.

— Almorzaré con ustedes, llegaré allá, yo invito.

— Damián yo...

— Nos vemos allá Eli, te hablo ahora, se me presentó algo –. Cuelga y no me da tiempo de oponerme.

Alex me lleva al *Caracol Azul*, uno de mis restaurantes favoritos.

Amo la comida de mar.

Cuando llego Ena me está esperando con una gran copa de vino.

Sonríe al verme.

— ¿Qué tal te fue?

— Excelente.

— Felicitaciones –. Sonríe y alza su copa.

— Gracias –. Sonrío y añado al acordarme de algo –. Ena, Damián llegará en cualquier momento, me fue imposible decirle que no.

— Tranquila Jorge ha llamado, vendrá con él –. Me entrega una copa de

vino tinto y añade: – Salud por estos hombres que no nos dejan en paz.

Sonrío. Son algo intensos.

— Necesito hablar contigo algo importante, antes que lleguen los chicos.

— ¿Qué pasa? – Digo preocupada tomando asiento.

— Es sobre Gregory ¿Lo has vuelto a ver?

— No, creí que estaba en la cárcel.

— Salió libre bajo fianza –. Me mira fijamente –. Lo he mandado a investigar.

— ¿Qué estás haciendo qué?

— No me causa buena espina, sé que trama algo.

— Lo sé Ena, él ha cambiado mucho, pero no creo que sea un monstruo.

— No estoy tan segura –. Toma un poco de vino.

— ¿Has descubierto algo de lo que me tenga que enterar?

— Sé que no anda en buenos pasos, pero aún no me dicen nada concreto –.

Asiento, mientras muero de preocupación.

— Debes infórmame de lo que sea que te enteres.

— Lo haré, no lo dudes.

— Buenas, buenas –. Escucho la voz de Jorge acercándose.

— Señoritas – dice Damián, rodeándome con sus brazos por detrás y dándome un dulce beso en la mejilla.

— Damián –. Sonrío.

— Hola Eli –. Jorge me saluda y luego se sienta al lado de Ena – ¿Ya pidieron su almuerzo?

— Aún no, los estábamos esperando –. Contesta Ena.

Miramos la carta y llamamos al mesero, este de inmediato nos trae dos copas más y otra botella de vino. Todos me felicitan y brindamos por lo bien que me fue hoy e invitamos a los chicos a que nos acompañen a la inauguración de “*The Mob*“, los cuales aceptan encantados y prometen llevarnos de compras. Ellos nos regalarán nuestro vestido de gala especial y aunque trato de resistirme, entre Ena y Damián me lo hacen imposible.

— ¿Para cuándo es el grado? – Pregunta Jorge cambiando el tema.

— A finales de este mes.

— Haremos una súper fiesta –. Suelta Ena emocionada mientras aplaude.

— Ena, no quiero una súper fiesta.

— ¿Por qué no? – Pregunta Damián, mientras me acaricia la rodilla.

— Porque es una aguafiestas y una experta corta rollos –. Contesta Ena molesta.

— Sólo quiero pasarla con mi familia y con ustedes, para eso no necesito una gran fiesta – digo un poco molesta.

Damián pasa su mano por mi espalda.

— Haremos una gran fiesta –. Me acerca a él y me besa la cabeza –. Únicamente estarán los que tú desees –. Lo miro y veo como Ena le guiña un ojo.

Será arpía la condenada.

Charlamos y pasamos un rato agradable, mientras Damián no se separa de mí ni un instante, todo el tiempo está en constante contacto y me encanta, cuando está en modo consentidor es el hombre perfecto. Luego de terminar nuestro almuerzo, Ena y Jorge se dirigen a sus trabajos y Damián me lleva a la tienda.

— Te veré esta noche, tengo un par de reuniones pendientes –. Me agarra por la cintura y me atrae hacia él –. Debemos celebrar sólo los dos.

Sonrío. Me encanta cuando se porta así.

— Te estaré esperando encantada –. Me da un tierno beso y sale de la tienda.

Me dirijo a la bodega y termino de revisar lo que me faltó hace unos días.

Suena mi teléfono.

— Hola dulzura.

— Lucas.

— ¿Cómo sigues?

— Bien ¿y tú?

— Perfecto.

— Me alegro.

— La inauguración de mi bar es en quince días ¿Vendrás?

— Claro, Ena y yo te confirmamos, faltan las otras chicas.

— Avísale y me cuentas por favor.

— Sí, cuenta con eso.

— Gracias, cuídate dulzura, te tengo que dejar.

— Te cuidas también –. Cuelgo.

El tiempo pasa de volada, termino de revisar todo y subo a la tienda para hacer algunas cartas, al terminar recojo mis cosas, hoy me iré temprano; necesito el tiempo para estudiar.

— Cesar, ya todo quedó listo con la mercancía, en estos días llaman para avisar cuando pasan por ella.

— Entendido.

— Cuando termines de arreglar esa vitrina, me iré.
— No me falta mucho, puede irse tranquila, Susy y yo cerraremos.
— Me avisas cualquier cosa.
— Sí señorita.
— ¿A dónde ibas sin mí? – Pregunta sorprendiéndome afuera de la tienda.
— Necesito ir a casa –. Pasa la mano por mi cintura y me besa.
— Tenemos una celebración pendiente –. Pone su frente junto a la mía –.
Soy todo tuyo.
— Tengo que estudiar Damián, podemos dejarlo para otro día –. Me mira fijamente y su gesto cambia –. Por favor –. Hago pucheros y él sonrío
— Está bien, te llevaré a casa.
— Gracias –. Beso su mejilla y lo tomo de la mano.
— Alex, a la casa de la señorita Torres – dice al montarnos en el auto.
— Entendido –. Alex pone el coche en marcha y nos vamos en silencio
— ¿Damián, estás molesto? – Niega con la cabeza.
— Los estudios son primero –. Me levanto, me siento en su regazo y dándome un beso en la cabeza añade: – Sólo te la dejaré pasar por alto si me prometes algo.
— ¿Qué cosa? – Pregunto angustiada por lo que sea que me vaya a pedir.
— ¿Será que ya puedes decirme mi nombre bien? – Al escucharlo sonrío.
— No.
— ¿No? – Repite asombrado.
— Así como escuchas, no.
— ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?
— Porque no me gusta, además, yo te digo que no cuantas veces quiera...–
No me deja terminar.
— Siempre he odiado que pronuncien mal mi nombre –. Suelto una carcajada al escucharlo y el niega con la cabeza –. Eres tan frustrante, nunca nadie me ha dicho que no tantas veces.
Sonrío y beso sus labios.
— Acostúmbrate – le digo.
— Eso jamás –. Me responde con una sonrisa.
— Vengo con el paquete – le digo, utilizando las mismas palabras en su contra. Sonrío.
— Eso es trampa –. Me pega más a él.
— También sé jugar tu juego –. le doy un tierno beso en sus labios –. Te lo compensaré, lo prometo.

— Siempre consigo lo que quiero y que acceda a esto te saldrá bien caro.

— ¡Damián! – Sonríe, mientras mete su cabeza en mi cuello y me da delicados besos, quedándonos así hasta llegar a mi casa.

Este me deja en la puerta y se va a La Calera, no me quiere interrumpir y sabe que si se queda no me dejará estudiar ni un instante. Estudio toda la noche, mañana tengo dos parciales y necesito repasar, así que subo muchas moritas y me coloco mi pijama. Cuando son las dos de la madrugada decido dormir, ya mi cuerpo no da más, así que alisto la ropa de mañana y me voy a la cama.

Ya lo que fue, fue.

CAPÍTULO 22

La mañana siguiente me levanto muy temprano, no quiero llegar tarde. Me ducho, me arreglo rápidamente y me dirijo a la cocina.

— Esta noche hay salida de chicas ¿Vendrás? – Pregunta Ena que ya está desayunando.

— No lo sé – respondo como si tuviera muchas opciones, cuando se trata de fiestas ellas me llevan así sea arrastras.

— Necesitas distraerte.

— Te llamaré –. Asiente y sale de la cocina...

Camino hacia la nevera, tomo un poco de arándanos y algunas gomitas para dirigirme a la universidad... Hoy el tráfico está muy pesado, pero Alex se las arregla y no demora mucho tiempo, sin dudas el mejor corredor de la F1. Al llegar me reúno con las chicas en el salón.

— Tienes que venir esta noche Eli –. Ya empiezan.

— Chicas por favor, aún no acaban los parciales.

— Por primera vez en tu vida olvídate de eso y diviértete –. Melisa se acerca a mi lado –. Acabaremos la universidad en unos días y tú todavía estudiando.

— Ya has estudiado demasiado Eli, además, no necesitas mucho para pasar, así que para ti será pan comido.

— Está bien, iré –. Paty y Melisa se chocan las manos y sonríen –. Pero sin sorpresas.

— La pasaremos de lujo, ya verás.

La profesora llega y comenzamos nuestro examen. A los 30 minutos entrego el parcial, ya lo he terminado y pienso que me fue bien –. Las chicas salen tras de mí.

— Una materia menos – dice Paty contenta.

— Eso es genial – digo feliz.

— Vamos a la cafetería, muero de hambre.

— Pero comimos antes de entrar Melisa –. Se queja Paty.

— Patricia, pensar me abre el apetito y ese parcial me dejó en los huesos – dice Melisa de pronto haciéndonos soltar una carcajada.

— Yo las alcanzo en un momento, debo hacer algo.

— Eli acuérdate que tenemos otro parcial luego –. Me recuerda Paty.

— Sí, no te quedes haciendo maldades por ahí –. Suelta Melisa, siempre pensando en fechorías.

— Lo sé chicas, les caigo en la cafetería en un rato.

— Te esperamos.

Es casi medio día, hoy no lo he visto y tampoco me ha llamado, así que me muero por verlo, me preocupa que esté molesto por el plantón de ayer y aunque dijo que los estudios son primero, no creo que le haya gustado mi negativa.

Llego a la facultad y lo busco por todos lados, pero no lo encuentro ¿Dónde estará metido? Camino hacia unas oficinas que están cerca y lo veo pegado al teléfono.

Me acerco.

— No Thalía, tú resuélvelo, aún no voy a volver.... Sabes muy bien que no es mi asunto -. Está sentado en su oficina mirando la pared, aún no ha notado mi presencia -. Habla con Casandra, ella sabrá que hacer... Ya deja de llamarme para esas estupideces ... - Grita enojado.

¿Quién es Thalía?

¿Quién es Casandra?

Me enoja saber que es el más solicitado por todas.

Da media vuelta en la silla del todopoderoso y me ve, así que hago un movimiento con la mano para saludarlo y no interrumpir su llamada, me hace una señal para que me acerque y cierre la puerta. Hago lo que me pide y camino hacia él, se voltea para quedar frente a mí y darme el acceso que necesito, no digo nada, sólo me siento en su regazo y me acurruco en su pecho, mientras él sigue en la llamada.

— Tengo cosas más importantes que hacer, cuando me desocupe te llamaré.... No me interesa si te gusta o no -. Cuelga. Me abraza fuerte y me aferra más a él.

— ¿Todo está bien? - Pregunto.

— Ahora que estas aquí, todo es perfecto -. Alza mi mentón y pega sus labios en los míos besándome con urgencia.

— ¿Qué pasa? - Pregunto cuando por fin se detiene.

— Nada Eli, todo está bien.

— No me mientas -. Me pongo de pie y me siento en la mesa frente a él. Su mirada pasa por todo mi cuerpo.

— Estás hermosa, señorita Torres.

— No me cambie el tema señor Brown -. Sonríe y se coloca de pie.

— Te he dicho que no pasa nada, ya déjalo nena -. Se pega a mí y pasa sus manos por mi cintura, mete su cabeza en mi cuello y comienza a darme delicados y suaves besos.

— Damián, estamos en tu oficina —. Le recuerdo.

— Nada es un impedimento para mí, además dijiste que me lo recompensarías —. Se encoje de hombros y me sigue besando —. Sólo necesito idolatrarte, sólo necesito tenerte.

— Me tienes — digo sin darme cuenta.

Al escucharme me abraza y yo respondo encantada.

— Es bueno saber eso, pero te deseo aquí y ahora —. Sus labios se posan en los míos y me besa con fuerza, sus manos juegan en mi espalda y las mete por debajo de mi blusa. Yo hago lo mismo con su saco.

— Te necesito Elizabeth Torres — dice y vuelve a pegar sus labios en los míos. Me aferro más a él y me dejo llevar. También lo necesito.

Su urgencia es desgarradora, jamás lo había sentido tan urgido de mí, me pega más a él sin separar su boca de la mía y me abraza con fuerza, suelto el nudo de la corbata y le quito la chaqueta, mientras él se sigue apoderando de mi boca. Lo despego de mí y lo tiro en la silla que está atrás, me monto encima de él y comienzo a desbotonar su camisa, mientras él vuelve a apoderarse de mi boca.

De repente alguien toca a la puerta. ¡Mierda!

Me levanto y choco con la mesa, arreglo mi blusa mientras trato de controlar mi respiración. Volteo y él no deja de sonreír, mientras se arregla rápidamente.

— Tenemos un pequeño problema — me dice, sin quitar su tonta sonrisa de la cara.

— ¿Cuál? — Pregunto extrañada.

Agacha su mirada y yo hago lo mismo.

Me entran los calores.

Sonrío.

— ¿Qué hacemos? — Pregunto muerta de risa al ver su gran problema.

— Abre tú —. Se sienta y rueda la silla más cerca de su escritorio. Abro la puerta y el decano de la facultad aparece.

— Perdón ¿interrumpo algo? — Me mira extrañado.

— No, yo ya me iba — digo muerta del susto, hubiera llegado minutos después y no me salvaba.

— La señorita Torres ha sido muy amable de regresar mi billetera —. dice moviéndose incomodo en su silla —. La había perdido en algún lugar de la universidad.

— Qué bueno que todavía haya personas honradas en este mundo.

— Claro que las hay señor – respondo un poco avergonzada por lo que minutos antes hacíamos.

— Señorita Torres déjeme agradecerle de alguna manera –. Miro a Damián, está tan serio que ni el mismo se lo cree.

Intento no reírme.

— No es necesario, es usted muy amable.

— Arquitecto, la reunión comenzará en menos de una hora, tenemos el tiempo justo para llegar –. Miro a Damián y este no aparta su mirada de mí.

— Con su permiso, debo retirarme.

— Señorita, espere un momento –. Suelta Damián cuando me dispongo a salir. Volteo, toma el teléfono y oprime un botón.

— Sergio... Prepara el auto, saldremos en unos minutos, el ingeniero Larry estará contigo en breve, yo los alcanzo al instante –. Cuelga y añade mirando al decano –. Mi chofer lo está esperando en el estacionamiento, deme unos minutos, por favor.

— Entendido –. Larry da media vuelta y sale de la oficina dejándonos de nuevo a solas.

Cuando doy media vuelta Damián se ha quitado su saco y viene hacia mí.

Me entran los calores.

— Terminarás lo que empezaste –. Me pega contra la puerta.

— Damián llegarás tarde a tu reunión.

— No empezarán sin mí –. Pega sus labios en mi cuello –. Y yo no me iré sin terminar contigo.

— ¿Podemos terminarlo después? – No sé por qué le dije eso, pero sonrío al ver su cara.

— Mejor cállate y bésame Elizabeth Torres – dice tocando mi cadenita.

Damián pega sus labios a los míos y me levanta, doblo mis piernas en su cintura y me lleva de vuelta a su escritorio.

Él siempre consigue lo que quiere.

CAPÍTULO 23

En la noche salgo con las chicas, llamo a Damián en algunas ocasiones, pero aún está en la reunión. Llegamos a *Alma* un bar de la zona rosa y la música es increíble, está sonando *Ay vamos* de *J Balvin*. No es la primera vez que venimos aquí, es un súper sitio y el local está a reventar.

— Retoños de mi vida —. Escucho tras de mí. Volteo.

— Mi Maxi ¿Cómo estás?

— Feliz de verlas aquí.

— Y nosotras a ti —. Le digo abrazándolo.

— ¿Con quién has venido? — Pregunta Ena.

— Con mi chicuelo.

— ¿Arthur?

— No, con Carlos — dice algo desanimando.

— Carlos no, Carly —. Decimos al tiempo y soltamos una carcajada, ese es todo un personaje.

Ahora entiendo su urgencia en hablar conmigo; Carlos es bien especial y no precisamente por agradable.

— ¿El que habla, así como raro? — Pregunta Paty y este asiente.

— ¿Raro? ¡Idiota! ¿Volviste con el cansón? ¿Qué pasó con Arthur? — Pregunta Melisa.

— Sí, el mismo, vamos; tengo lugares — dice ignorando la pregunta.

Seguimos a Max algo desconcertadas, aunque todas sabemos que mientras estemos con Carly será una larga noche. Debe ir todo muy mal con Arthur para que Max haya recurrido a él. Pasamos en medio de la multitud y llegamos a la zona vip.

— Cora, me he encontrado a mis amigas y las he invitado, espero no te molestes.

— Claro que no chiquito —. Se acerca a nosotras.

— Hola chiquitas.

— Hola Carly.

— Denme un beso chiquitas —. Planta un beso en cada una de mis mejillas.

Todos los saludamos y nos sentamos con ellos, mientras se desocupa otro lugar y podemos huir de ahí, las chicas me miran y sé que desean exactamente lo mismo que yo y sé que Max tampoco está muy contento, sé cuánto quiere a Arthur.

— ¿Qué más chiquitas? Hace mucho no las veo, chiquitas. ¿Dónde se meten chiquitas?

— Estábamos trabajando chiquito —. Suelta Melisa y casi soltamos una carcajada al oírla. Debemos controlarnos.

— Qué bueno chiquita. ¿Cómo va la universidad chiquita?

— Genial chiquito, ya nos vamos a graduar chiquito —. Miro a Paty y a Ena que se echan aire con la mano para no reírse.

— ¿Cuándo es la fiesta chiquita?

— No lo sé chiquito, estamos en eso chiquito.

— Melisa, ya párale — dice Ena, reprimiendo una sonrisa —. No es nada agradable.

— ¿Que no es agradable chiquita? Yo sólo estoy charlando con ella chiquita, ¿Que te está pasando chiquita? Sonríe un poquito, chiquita —. Todas soltamos una carcajada y Max se nos une.

— ¿De qué se ríen chiquitas? — El aún no entiende lo marcada que tiene esa palabra. Es tan abrumador.

— De nada Carly, chistes de mujeres — dice Paty encogiéndose de hombros.

— Les traeré bebidas chiquitas —. Todas le decimos que queremos y sale hacia la barra.

— Melisa, por favor deja de hacer eso —. Max la regaña.

— No puedes negar que es divertido remedar a ese chiquito.

— Lo sé —. Trata de no reír, pero le es imposible —. Pero joder, es tan molesto.

— Y ¿Cuándo están en la cama no es molesto chiquito? ¿Cuándo estas con él no es abrumador?

— ¡Melissa! — Le gritamos todas. No debe ser tan dura con él.

— Dime Max, responde —. Este agacha la cabeza apenado —. Lo ven chiquitas, no entiendo para que vuelve con él, una cosa es intentarlo la primera vez y otra conocerlo y volver.

— Él no es malo — responde Max en su defensa.

— Sabes algo chiquito, no es solo malo y abrumador, también es bis e infiel — dice esta, y todos nos miramos extrañadas.

— ¿Por qué dice eso? — Pregunto.

— Chiquita ¿No viste cómo se comía con la mirada a la tipa de rojo?

— ¿Cuál? — Volteamos a mirar y no hay nada.

— Estaba tras Eli, chiquitas.

— ¿En serio? — Pregunta Max sorprendido.

— Sí Max, yo pensé que sólo eran ideas mías —. Suelta Ena.

— ¿Quién sería? – Digo encogiéndome de hombros.

— Se ha parado al tiempo que Carly ha ido por nuestras bebidas.

— Ay chicas –. Suspira –. Apenas volvimos y ya quiero dejarlo.

— Yo no sé cómo fuiste ni siquiera capaz de volver –. Lo mira Melisa con mala cara –. Dime ¿Dónde está la mujer que llevas dentro? ¿Dónde está mi Maxi inteligente? El que quiere con todos y no se deja de nadie ¿Dónde está? O es que no piensa pedazo de...

— Melissa por favor, cálmate – dice Ena interrumpiéndola, y mirando a Max añade: – Solo tienes que dejarlo y ya, solo debes acabar con esto Max.

Melisa y Max son muy, pero muy unidos, esos dos son tal para cual, es más, si Max no fuera gay, serian la pareja perfecta. Por eso Melisa puede ser muy cruel, cuando ve que Max la está cagando, pero no es la forma, así no lo hará entender.

— Chicas, lo que pasa es que él, es tan estresante y además...

— ¿Además qué? – Le digo.

— Creo que tienen razón es más bis que...

— ¡Carajooo! Ya te digo yo, que ese no mea fuera del tiesto –. Suelta Melisa y todos reímos.

— No sé cómo soportas estar con él si no te agrada – dice Ena.

Max agacha la cabeza, yo sé exactamente porque lo hace.

— Te entiendo Max, pero eso no hará que él vuelva –. Lo abrazo.

— Lo sé, ya lo entendí.

— ¿De qué me perdí? – Salta Melisa al ataque –. ¿Que no nos han contado, pecadoras?

— Sí, cuenta, ¿Quién no va a volver? – Pregunta Paty.

— No es justo que sólo le cuentes a Eli, somos una familia.

— Una familia bien chismosa Ena –. Todas sonreímos, somos más que chismosas, pero porque nos preocupamos los unos por los otros.

— Dinos yaaaaa Max –. Se desespera Melisa –. ¿Qué pasa?

— Bueno les contaré.

Max les cuenta a las chicas lo sucedido con Arthur y se parten de risa al enterarse que nos fuimos de encubiertos como los ángeles de Charlie, aunque luego quieren matarnos por todo lo que resultó. No es posible que haya accedido a semejante locura, pero por mis amigos lo que sea.

Carly llega con las bebidas y rápidamente las acabamos para que vaya por otras y nos deje un poco más de tiempo a solas para hablar bien con Max.

— ¿Tenían sed chiquitas?

- Sí, mucha – respondo.
- Estaba sedienta – dice Ena.
- El calor –. Suelta Paty.
- Claro cariño, así son ellas – dice Max, encogiéndose de hombros.
- Traemos otra, yo aún muero de sed chiquito –. Sonreímos, Melisa no cambiará jamás.
- Claro chiquitas, ya les traigo otra ronda, chiquitas – dice saliendo de ahí.
- Debes terminarle chiquito, o morirás chiquito –. Suelta Melisa.
- Es exasperante, chiquito –. Ena no se queda atrás.
- Irritador, chiquito – le digo y sé por dónde va la cosa.
- Nos va a matar si sigue aquí, chiquito –. Paty sonríe.
- No disfrutaremos la noche, chiquito –. Soltamos todas al ataque.
- Ya párenle – dice negando con la cabeza.
- No sé cómo te lo aguantas, chiquito – le digo ignorando su comentario.
- Yo lloraría cada instante cuando habla, chiquito – dice Paty.
- No serás feliz con él, chiquito – sigue Ena.
- Chicas... – No lo dejamos acabar.
- Él no es el clavo adecuado, chiquito –. Sale Melisa al ataque –. Si lo que necesitas es un macho, yo te busco uno chiquito.
- Creo que lloraré si seguimos diciendo chiquito –. Paty no deja de reír.
- Tú eres mucho hombre para él, chiquito –. Ena trata de controlarse.
- Además, amas a Arthur chiquito – le digo todo lo sería que puedo.
- ¡Párenle! ¡Ya! – Grita con su voz reservada para los imbéciles y brincamos del susto.
- Creo que nos pasamos, nos miramos unas a otras y luego lo miramos a él, Max en ese instante se pone de pie y suelta poniéndose las manos en la cintura.
- ¿Las asusté chiquitas? – Soltamos una carcajada, es imposible no reír. Entonces haciéndonos caso añade: – Tengo que hacerlo ya o de verdad me tiraré de un puente.
- O nosotras te tiramos –. Suelta Melissa.
- Todas lo apoyamos y hablamos un rato más con el sobre Arthur y proponemos ingeniar un plan para hablar con él y ver cómo están las cosas. Minutos después llega Carly con nuestras bebidas.
- Chiquitas ¿Qué les causa tanta risa? – Al escucharlo todos soltamos una carcajada. No puede ser que aún no lo note.
- No les prestes atención, necesitamos hablar, vamos – dice Max. Este

nos entrega las bebidas, lo toma del brazo y se sale con él del local.

Demoran más de lo esperado, mientras nosotras nos comemos las uñas por lo que puede estar pasando ¿Por qué tardan tanto? Pero cuando este llega todo ha salido mejor de lo que imaginábamos, él también pensaba terminar la relación, Max no es su tipo de hombre. Todas saltamos una carcajada. Carly no es el tipo de hombre para Max, a él le gustan más firmes y masculinos como Arthur, aunque últimamente ese, está dejando mucho que decir.

Después de eso la noche se pone mejor, bebidas, bailes y charla de chicas, cuando salimos solas Max es nuestro protector, aunque Alex está ahora en algún lugar y bueno, Damián no puso problemas cuando le avisé de la salida y eso me relaja, él quiere que me divierta, pero Alex debe llevarme y traerme a donde quiera siempre y no puedo hacer nada, todo vienen incluido en el paquete -. Sonríó al recordarlo.

Extraño a Damián, ya ha pasado demasiado tiempo desde que lo vi en la oficina, aunque de solo recordarlo me ruborizo, ese hombre me hace hacer locuras.

Hoy noto un raro comportamiento en Paty, toma más de lo normal y está un poco triste. Cuando llegamos a la mesa después de bailar en grupo como de costumbre, Melisa se me adelanta.

— A ti te pasa algo.

— ¿A mí? – Paty la mira asustada.

— No me engañas mujer, habla ahora.

— Sí, estás rara – dice Ena.

— Sí Paty, ¿Qué pasa? – Le digo y ella agacha la cabeza.

— Es que... bueno -. Suspira.

— Ya decía yo que no eran ideas mías, habla – dice Melisa.

— Charlie y yo terminamos.

— ¿Cómo dices? – Suelta Max – ¿Por qué?

— Ya no lo soportaba y además...

— ¿Además que Patricia? – Suelta Ena.

— Yo no me sentía segura y bueno como no quise estar con él... – Se encoje de hombros -. Me dejó.

— Que imbécil -. Suelta Melisa.

— Ya te dije yo que a mí no me gustaba ese tonto -. Suelto, muy enojada.

— Es un hijo de la chingada -. Suelta Max.

— Es un...

— Bueno chicas, ya no pasa nada, se acabó y ya.

— Como que no pasa, mírate Paty – le digo mientras tomo su mano.
— Sólo estaba algo triste, pero con todo lo que ha pasado esta noche ya estoy mejor.
— Aquí estamos para lo que necesites – dice Ena
— Ya llegará uno mejor –. Suelta Melisa.
— Lo hay.
— ¿Cómo dices? – Todas la miramos sorprendida. Últimamente nuestros chicos nos han alejado y todas estamos desactualizadas.
— No es nada, sólo alguien que me invitó a salir y yo acepté –. Se encoje de hombros.
— ¿Lo conocemos?
Niega con la cabeza –. Pero por la cara que pone no le creo.
— Ah no honey, disfruta tu vida y al otro idiota que le den por el...
— Max por favor, controla el vocabulario – dice Paty y todas reímos.
— Pero es cierto – dice Melisa, mientras toma un sorbo de su copa –. Arrasa con todos los que puedas –. Todas soltamos una carcajada. Amamos a esa mujer.

La noche transcurre y la pasamos genial, tratamos de animar a Paty y Max lo más que podemos, aunque no nos cuesta mucho, cuando estamos juntos simplemente no paramos de reír.

A la una de la madrugada salimos todos a la pista a mover el esqueleto, bailamos y bailamos sin parar; Max, que es mi pareja se va al baño y me quedo con las chicas bailando en grupo, de pronto siento que unas manos se posan en mi cintura. Volteo, abro mis ojos asustada y me agarró del brazo a Ena que está a mi lado.

— ¿Qué pasa? Estás fría – dice volteándose hacia mí –. Pero, ¿Qué carajos haces tú aquí? – Suelta al verlo.

— Baila conmigo – me dice algo tomado.

— Ella no hará nada contigo cabrón –. Suelta Melisa acercándose.

— No te puedes acercar a ella, así que largo –. Le recuerda Ena –. Llamaré a la policía.

— Vengo en son de paz – dice acercándose más de la cuenta.

— En son de paz mis calzones, lárgate de aquí –. Se lanza Melisa y la sujeto para que no cometa una locura.

— Sólo quiero bailar con Eli.

— No me interesa hacer nada contigo Gregory – le grito, pero él no parece escucharme, así que cuando da un paso en falso e intenta tomarme del brazo

Alex se va por detrás y lo sujeta con fuerza.

— Deja de molestar a las chicas muchacho – le dice enojado listo para alejarlo de mí.

— Elizabeth – dice Gregory en un tono más fuerte.

— Sí, ya desaparece Gregory – le digo, doy media vuelta y me voy.

Las chicas se van conmigo, pero no sin antes dejarle claro un par de cosas.

— Como te le acerques a ella caerá en ti todo el peso de la ley –. Suelta Ena enojada.

— No le jodas más la vida Gregory ¡No la jodas! – Le dice Melisa acercándose a él e impactándole la rodilla en su entrepierna con toda su fuerza, haciendo que Gregory caiga en medio de la pista.

Ante la mirada de todos esta añade:

— Ojalá tu aparato reproductor no te funcione nunca en la vida, le harías un gran daño a la sociedad procreando.

Cuando llegamos a la mesa todo se vuelve un caos con el tema y al final terminan teniendo razón, todo pasó porque le di mucha larga a la situación, minutos después Max llega del baño y se enoja al enterarse de todo lo que pasó en su ausencia, hubiera querido partirle la cara. Minutos después Alex regresa.

— ¿Está bien señorita? – Pregunta más serio de lo normal.

— Sí Alex, no te preocupes, todo está bien, gracias –. Asiente.

— Ya lo he sacado del bar, puede estar más tranquila, pero estaré aquí por si regresa.

— Te ha dicho que está bien, nosotros la defenderemos, no necesita cuidador ¡Mierda! Que no es una bebé – dice Melisa enojada, ya el alcohol le está haciendo efecto.

— Disculpe señorita, sólo hago mi trabajo.

— No desquites tu rabia con Alex, él está aquí para cuidarme –. Salgo a su defensa.

— Calma Melisa, es mejor que se quede por aquí –. Ena la tranquiliza –. El estúpido de Gregory nunca me ha dado buena espina.

— Alex puedes quedarte, no es problema –. No me gusta tener vigilancia, pero con Gregory en el mismo lugar es lo mejor.

— Entendido – dice algo serio.

Aunque le hubiera dicho que no lo quería cerca, no creo que se hubiera ido lejos.

— Ya que te vas a quedar con nosotros siéntate y te tomas una copita,

hombre –. Suelta Max, y todas lo miramos asombrada ¡Será bandido!

— Gracias, pero no bebo en horas de trabajo – dice sin mirarlo.

— Lástima, será en otra ocasión –. Tratamos de no reír, Alex es un hueso duro de roer.

Todos nos sentamos y seguimos conversando, mientras Alex se sienta en la mesa que está próxima a la nuestra. No dejaremos que Gregory nos arruine la fiesta.

Abren la sección de karaoke y todos me miran.

— ¡Ah no! Ni lo piensen –. Siempre quieren que lo haga sola.

— Vas o te llevamos, tú decides –. Suelta Melisa poniéndose de pie.

— La pasamos genial cuando tú lo haces –. Aplaude Paty.

— Retoño de mi vida; Gregory está aquí, así que lúcete –. dice señalando a un grupo en la distancia.

— Que se arrepienta toda la vida de lo que se perdió –. Se levanta Ena –. Nosotros te escoltamos.

— Está bien, ese que se agarre el pantalón – digo tomándome un trago de ron y todos soltamos una carcajada.

Caminamos hacia el escenario y trato de convencer a las chicas que por lo menos se suban conmigo y al final lo hacen. Busco a Gregory con la mirada y lo veo con un grupo de chicos un poco más cerca de la tarima. Comienzo a cantar *lo aprendí de ti* de las *Ha –Hash* y veo como posa su mirada en mí, apenas se da cuenta que soy yo la que canta.

Yo no sabía que con sus besos iba a reemplazar los tuyos lo aprendí de ti...

Ni que existieran otras manos que al tocarme superaran lo que antes sentí...

*Tampoco sabía que podía amarlo tanto después de tu engaño que me hizo tanto daño, descubrir que sí...
... y todo lo aprendí de ti...*

Lo hacemos genial, las chicas me hacen los coros y todas nos divertimos. Lo pasamos de lo lindo y Max aplaude como loco. Me bajo del escenario mientras las chicas se quedan para cantar solas, yo decido ir a donde esta Max y disfrutar con él del espectáculo. Esto no se ve todos los días.

CAPÍTULO 24

A las 2 de la mañana ya el local está un poco más vacío. Es extraño que aún no tenga noticias de Damián, lo he llamado mil veces y no me responde. Tengo unas ganas increíbles de verlo y me siento incómoda sin saber de él. Además, tener a Gregory tan cerca ya no es de mi agrado.

— Deberíamos irnos —. Cojo mi copa y tomo un poco —. No me siento bien con ese idiota aquí.

— Que no te intimide —. Suelta Melisa —. Aquí estamos todas para defenderte.

— Me parece buena idea —. dice Ena —. Ya estamos muy tomadas.

— Ay no chicas, que le den a Gregory, yo quiero seguir —. Todas miramos a Paty asombradas, no es de las que se va de últimas en las fiestas.

— Lástima, porque el miserable está bien churro —. Suelta Max.

— Te intoxicarías con él — le digo mientras todas reímos, el alcohol se ha apoderado de Max.

— Que indigestión te daría — ríe Ena.

— Él es justo lo que necesito para quitarme el sabor amargo que me ha dejado Carly y ya que el chofer buen mozo que está atrás ni una copa ha aceptado, si Gregory fuera de los míos, arrasaría —. Soltamos una carcajada.

— Hazlo —. Suelta Melisa —. Hazlo, así aprenderá la lección.

— ¿Qué cosa? — Pregunto confundida, tratando de sacar de mi cabeza lo que creo que piensa hacer.

— Tengan cuidado con lo que están diciendo —. Ena toma su bebida y se mueve incomoda —. No me parece buena idea.

— Será sólo uno, de esos, tipo Maximán —. Suelta el muy descarado.

— Hasta el fondo —. Melisa coge su bebida y la toma de un trago. Ena niega con la cabeza y yo lo miro horrorizada.

— Ni lo piensen no, no y no —. digo enojada — ¿Cómo es posible que tan siquiera se les pase por la cabeza?

— Sería un buen escarmiento Elizabeth — dice Melisa poniéndose de pie —. Lo pensará dos veces la próxima vez.

— Bueno mis Girls que la venganza comience —. Se pone de pie y sale a la carga.

— ¿Qué piensas hacer? — Paty reacciona y baja de la nube en la que de momento se había subido.

— Ya lo verás querida, ya lo verás — le dice Melisa.

Max sale decidido y todas nos volteamos para mirarlo, está a punto de

cometer una locura. A este par se le ocurren unas que mejor no digo. Hasta el día que alguien les haga algo peor por andar con sus ocurrencias.

— Creo que deberíamos prepararnos para correr – digo preocupada poniéndome de pie, le hago una señal a Alex y él se acerca.

— Dígame señorita.

— Por favor enciende el auto y ponlo fuera, saldremos enseguida.

— Entendido –. Da media vuelta y sale del local.

— Cálmate Eli, no creo que Max sea capaz – dice Ena.

— ¿Qué no es capaz? – Pregunto en son de burla –. No lo conociera yo bien, ese es capaz hasta de desterrar al diablo del infierno y me quedo corta.

— Disfruten el momento chicas Max está en la barra –. Interviene Melisa y todas volteamos a mirar.

— ¡Ay Jesús! – Dice Paty – ¿Qué va hacer?

Max está en la barra hablando con unos de los Barman, mientras se toma un trago. Su mirada encuentra la mía, yo niego con la cabeza y él muy canijo levanta el trago en son de brindis y se lo toma, ya está borracho y me preocupa, no es posible que vaya hacer semejante locura.

Llega a la mesa donde está el grupo de chicos y se pone hablar con uno de ellos, el Barman les trae bebidas a todos y siguen charlando. Ninguna puede dejar de mirar. Pasan algunos minutos en donde Max no se aleja, tienen muchos amigos en común, así que nadie sospecha nada. Cuando Max se levanta un escalofrío recorre mi cuerpo. Esto es una muy mala idea. No quiero ver esta estupidez, tomo mi bolso para macharme, pero Melisa me detiene.

— Debes verlo para que valga la pena, esto es por ti Eli –. Melisa me toma del brazo.

— Nunca dije que hicieran esto por mí – respondo molesta.

— Pues ya sabes cómo somos – dice encogiéndose de hombros y señalando en dirección a Max. Volteo.

¡Ay Jesús, José y María!

Lo hará ¡Este hijo de su gran madre lo va hacer!

Empieza a despedirse de todos dándoles un apretón de mano, cuando ya está frente a él, Max tira su billetera y se agacha poniéndose muy cerca para recogerla, empieza a colocarse de pie y en cuestión de minutos vemos como se le tira encima y pega sus labios en su boca.

¡Mierda!

Todos los del grupo se levantan de sus asientos asombrados, mientras comienzan a reír. Gregory lucha con Max para quitárselo de encima, pero Max

es más fuerte.

Miro a las chicas que se parten de risa a mi lado, mientras Paty tiene cara de espanto.

— Pero... Ese ¿Qué está haciendo?

— Una estupidez Paty – digo enojada.

— La mejor estupidez – Suelta Melisa, mientras se parten de risa.

Volteo y miro a Max, este se separa de Gregory y se pone de pie. Gregory se le viene encima y Max lo esquiva, lo agarra de los brazos y lo empuja contra la silla. Le dice algo que no podemos escuchar, da media vuelta y sale de ahí, mientras todos los que están en su alrededor no paran de reír. Cuando llega a nosotras suelta.

— Para ser un miserable besa como un Dios.

— Serás idiota – digo, mientras tiro en la mesa algo de dinero y camino a la salida.

— Elii –. Las chicas me llaman, pero no me interesa escucharlas, estoy enojada.

Camino sumergida en mis pensamientos, no puedo creer que sean tan estúpidos, creen que Gregory se quedará cruzado de brazos después de esto, sólo lo empeoraron todo. Antes de llegar a la salida alguien me detiene.

— Esta humillación la vas a lamentar – dice Gregory, mientras me agarra muy fuerte.

— No he tenido nada que ver ¡Suéltame! – Le grito, pero no lo hace.

— Suéltala idiota –. Llegan las chicas y Max.

— Lo vas a lamentar Elizabeth Torres y todos ustedes se van arrepentir –. Me agarra tan fuerte que siento que mi sangre ha dejado de circular. Me lastima –. Ella pagará por todos.

— ¡Que me sueltes! – Grito.

Cierro los ojos por unos segundos y al abrirlos veo como un puño se estampa en el rostro de Gregory, haciendo que este caiga al piso enseguida.

— Te dije que si la volvías a tocar eras hombre muerto –. Damián aparece de la nada.

— ¡Damián! – Grito asombrada.

— Si le vuelves a poner un dedo a *mi* chica o alguno de sus amigos, no volverás a ver la luz del sol nunca en tu vida ¿Entendido? – Grita furioso, mientras todos están observando.

— Impídemelo –. Gregory se coloca de pie y le lanza un puño a su rostro.

— ¡Damián! – Vuelvo a gritar asustada. Pero este le da otro golpe a

Gregory dejándolo de vuelta en el piso.

— Vamos, por favor – le digo antes de que esto empeore.

— Sal de aquí – me dice enojado y vuelve su mirada a Gregory.

— ¡Damián! – Le grito y volteo.

Está furioso y aunque sus ojos me dicen que corra, me quedo estática, no quiero irme sin él. Su mirada es oscura y su cara está roja del coraje.

— Sácame de aquí –. Hago pucheros y me agarro de él –. Por favor...

— Cariño ¿Estás bien? – Reacciona de pronto y me mira de arriba abajo.

— Sí Damián, sólo sácame de aquí –. Es la segunda vez que me llama de esa manera y siempre en una situación parecida, además acaba de decir que soy su chica y eso aún no logro sacarlo de mi cabeza.

Los amigos de Gregory llegan a su rescate, tiene la ceja y el labio destrozado. Estos lo toman del piso y lo sientan en la barra. Damián me toma del brazo y me saca de allí. Afuera nos espera Alex y Sergio con los coches listos, pero en ese momento llega una patrulla y todo se vuelve un caos dentro de la disco.

— Espera aquí, tengo algo que arreglar – me dice Damián, y antes de que pueda hacer nada, da media vuelta y entra al bar con algunos policías, Alex y Sergio entran tras él.

— ¿Qué le harán? – Pregunto asustada.

— Se acercó a ti y le caerá todo el peso de la ley –. Suelta Ena.

— Ustedes lo provocaron ¡Mierda! Les dije que no – digo enojada.

— Ese bueno para nada se lo merecía, para que sepa lo que se siente ser acosado por alguien que no te interesa –. Suelta Melisa al verme enojada –. Además, más que un castigo creo que el beso que le dio Max será el mejor beso que alguna vez le dieron.

— Sorry por ti, retoño –. Suelta Max al escucharla.

Trato de no reír y seguir enojada, pero es inútil y todos sueltan una carcajada al recordar lo sucedido. Ya ha pasado media hora y estamos todos hablando para matar el tiempo, de pronto Alex sale del local y se acerca a nosotros.

— Los llevaré a casa – dice al llegar.

— ¿Y Damián? – Pregunto intrigada.

— Él llegará a su casa después, señorita.

— ¡No! No me voy de aquí sin él, Alex –. Intento volver al local, pero me detienen.

— Pasado mañana es nuestro último examen y tienes que descansar –.

Melisa se acerca y me agarra del brazo –. Él sabe defenderse, además Sergio está con él.

— Bueno mis amores, la pasé de lujo –. Suelta Max siendo el primero en despedirse.

Claro hace el daño y luego huye.

— Como no la ibas a pasarla de lujo grandulón, con tremendo show que armaste –. Melisa se acerca a él y le toca el trasero –. Eres lo máximo mi Max.

— Cuidado mujer pecadora –. Levanta los dedos y coloca una cruz frente a ella –. Contigo hasta un querubín se convierte en Chucky –. Todos soltamos una carcajada, a Melisa le gusta provocarlo.

— Chao Max –. Se despide Paty –. Te pasaste, eres lo Máximo.

— Todo por ustedes mis chicas.

— Estoy enojada contigo –. Le suelto cuando está frente a mí.

— Yo sé que me amas tanto como yo a ti, mi retoño –. Me da un beso en la mejilla sin importar la cara de piedra que llevo.

— Te amamos Max –. Le dice Ena, mientras él se monta en un taxi.

— Necesito ver a Damián –. Intento entrar de nuevo, pero ahora es Alex quien me lo impide.

— Es mejor que espere en casa señorita, aquí ya no hace nada.

— Eli es mejor que vayamos a descansar, él va a estar bien –dice Ena y me lleva al auto –. Tomadas como estamos no seremos de mucha ayuda.

Después de darle muchas vueltas y darme cuenta de que tiene razón decido entrar al auto. Estamos muy tomadas y me duelen mucho los brazos, al final Gregory terminará por arrancármelos.

Alex lleva a las chicas y luego nos lleva a casa. Llegamos y subo directo a mi habitación, cojo el teléfono y llamo a Damián muchas veces, pero no contesta, así que decido entrar al cuarto de baño y arreglarme para dormir, si no lo hago en mi estado me iré a traerlo de las greñas.

No sé qué pueda estar pasando en el bar, por mi cabeza pasan las imágenes de Damián y Gregory peleando anteriormente y mi preocupación se eleva. Camino de un lado a otro sin saber qué hacer, tomo mi teléfono y lo vuelvo a llamar, pero sigue sin responderme. Entonces dejo un mensaje de voz.

< Damián ¿Qué está pasando? Estoy preocupada por ti, por favor responde.>

El tiempo transcurre y no tengo noticias, estoy a punto de volverme loca. Bajo a la cocina y tomo un poco de agua, entro al salón y enciendo la

televisión, pero nada me distrae; sólo pienso y pienso en lo que puede estar pasando. Subo a la habitación de Ena, pero ya se ha quedado dormida, así que regreso a mi habitación y entro al cuarto de baño, abro la pluma y me hecho un poco de agua en la cara, ya son las cuatro de la mañana y tengo mucho sueño, estoy muy cansada, pero me es imposible dormir, necesito saber que está bien.

Me tiro en la cama y le marco una vez más. A los tres tonos por fin me contesta.

— Ya deberías estar durmiendo —. Gruñe enojado, pero...yo acá preocupada por él y este hijo de su madre está enojado conmigo.

Dios dame paciencia, porque si me das fuerza, lo mato. Trato de relajarme necesito saber que está bien.

— Y tú deberías estar aquí, conmigo — le digo, levantándome de la cama y caminando por mi habitación — ¿En dónde estás?

— Yo no debería nada Elizabeth, estoy muy enojado.

— No soy culpable de nada, así que conmigo no tienes por qué estarlo.

— ¿Entonces con quién? ¿Con Alex por haberte dejado sola?

— ¡No! Él jamás me dejó sola Damián —. Ahora le echaré la culpa al pobre de Alex —. Sólo fue por el coche como se lo pedí.

— Su deber es mantenerte a salvo.

— Y lo hizo, deberías estar aquí hablando de esto —. Se queda callado y segundos después añade:

— Pues aquí estoy —. Volteo y lo veo parado en la puerta, corro hacia él y lo abrazo fuerte.

— ¿Estás bien? — Es lo único que se me ocurre preguntar.

— ¿Por qué no habría de estarlo? — Dice y su enojo es palpable.

— No volviste a salir del bar, Gregory estaba dentro y, y... —Me separa de él y se sienta en el borde de la cama.

— Toma esto —. Me da un gran vaso de agua fría —. Bébelo todo.

— ¿Por qué demoraste tanto? Alex dijo que vendrías enseguida —. Pregunto sin poder estar con la boca cerrada.

— Estaba hablando con el administrador de local, me estaba dando la grabación de esta noche.

— ¿Para qué?

— Gregory violó la orden y haré todo lo posible para que no salga en mucho tiempo.

— ¿Qué harás? — Pregunto. Con Damián nunca se sabe lo que puede suceder.

— Déjalo en mis manos Elizabeth – dice sentándose a mi lado.

— No te enojas conmigo –. Me levanto y me siento en sus piernas –. Yo no hice nada.

— ¿Sólo montarte en el escenario, menear el trasero y cantarle? Ah y ¿Qué me dices de tu amiguito Max?

— ¿A poco no fue la canción indicada? – Sonríe y besa mi frente –. Y referente a lo de Max, no tengo nada que decir.

— No sé en qué diablos estaban pensando.

— No estábamos pensando, además Max estaba tomado y... – No me deja terminar cuando me interrumpe.

— Sólo de pensar que te pudo pasar algo –. Lo abrazo fuerte y él hace lo mismo –. Ven vamos a dormir, debes estar destrozada.

— Sí, me duele todo –. Me separa de él y me mira asustado.

— ¿Dónde te lastimó ese bastardo?

— Tranquilo, baile y bebí más de la cuenta, eso es todo –. No quiero preocuparlo.

Se levanta conmigo en brazos y me acuesta en la cama. Se quita su traje y se queda en ropa interior. La vista es estupenda, pero no tengo fuerzas de nada. Sonríe, sabe lo que pienso.

— Ven, voltéate –. Se acuesta a mi lado y pasa su mano por encima de mí.

— Gracias – le digo, mientras me abraza con fuerza.

— ¿Por qué? – Comienza acariciar mi espalda.

— Por siempre ser mi salvador –. Mete su cabeza en mi cuello, me besa y me acerca más a él.

— Entonces también debo agradecerte.

— ¿A mí? ¿Por qué? – Pregunto extrañada –. Yo no he hecho nada por ti.

— Lo has hecho todo, nena – dice depositando dulces y suaves besos en mí.

— ¿Yo? ¿Cómo?

— Llegaste a mi vida cariño –. Al escucharlo un escalofrío recorre mi cuerpo.

— Te quiero –. Las palabras se escapan de mi boca sin poder detenerlas y hasta yo me sorprendo al decirlas.

Se queda callado y su mano deja de moverse en mi espalda, enseguida me arrepiento de haberlo dicho, aunque no puedo ocultármelo, sé que lo quiero. Damián me voltea y me pone frente a él, me mira a los ojos y me confunde su mirada, veo ilusión, pero también miedo, ¿Será por todo lo que ha pasado con

Gregory? o ¿Por qué le dije lo que sentía? Pero ¿Cómo se me pudo salir eso?, es obvio que no siente lo mismo.

Desde hace muchos años esa palabra estaba vetada de mi boca y justo hoy tuvo que salir

Muero de vergüenza.

Agacho la cabeza y aprieto mis ojos, tengo que aprender a tener mi boca cerrada.

— Mírame – me dice dulcemente, pero no me atrevo hacerlo –. He dicho que me mires cielo –. Coloca su mano en mi mentón, me hace mirarlo y añade: – Prométeme algo.

— ¿Qué? – Pregunto apenada.

— Jamás, jamás, jamás te avergüences de lo que sientes –. Lo abrazo muy fuerte y él responde con la misma intensidad. Segundos después se separa de mí y poniendo mi mano en su corazón me pregunta: – ¿Lo sientes?

— Sí.

— Empezó a funcionar cuando te besé a fuera de ese salón, por eso esa noche que te pedí ser mi novia en aquel restaurante, te dije que para mí no fue solo un beso, porque para mí fue mucho más, fueron tantas emociones, tantos sentimientos aflorados, que no sé cómo explicarlo mejor, pero mi corazón sólo funciona cuando te tengo cerca, y quiero que lo tengas claro –. Dándome un delicado beso en la frente añade: – Tú, solo tú puedes conmigo Elizabeth –. Me abraza de nuevo con más fuerza y se apodera de mis labios con más necesidad que cuando estuve en su oficina –. Yo te comencé a querer sin saber si tú a mí me querías –. Dice aún pegado a mi boca.

Sus palabras me desarman, este hombre es todo lo que quiero, todo lo que necesito. Su respiración se acelera y siento como su corazón late con fuerza al igual que el mío y lo sé, nuestros corazones despertaron en el mismo instante, despertaron con el mismo beso.

Después de lo que parece una eternidad Damián se separa de mí y con su respiración agitada me dice:

— Te necesito cariño, te necesito para poder vivir de nuevo, te necesito para ser feliz, Elizabeth Torres necesito, anhelo y deseo desesperadamente que me quieras.

— Te quiero – digo decidida, mientras mi corazón se contrae de felicidad y amor.

— Ahora lo sé y no sabes lo feliz que me haces.

— Y tú a mí – respondo con una estúpida sonrisa.

— Para eso vivo Elizabeth, hacerte feliz es mi misión desde que te conocí y aunque no quería aceptarlo, hoy ya no puedo ocultar que te quiero, te quiero tanto que no quiero que te alejes de mí nunca – dice abrazándome con fuerza.

— No iré a ninguna parte – digo negando con mi cabeza y encogiéndome de hombros.

— Tampoco tienes opción, yo no te dejaría ir –. Se despega de mí y me besa –. Ahora duerme cielo, debes estar muy cansada, y tranquila, que yo estaré tu lado siempre y seré tu salvador.

— Y yo la tuya – le digo, mientras le doy un suave y ardiente beso.

Me vuelve a voltear y se pega más a mí, me abraza por la espalda y comienza acariciarme de nuevo. Me quiere, no puedo evitar sonreír, me necesita tanto como yo a él y después de todo lo que ha pasado me lo ha dicho y no quiero apartarme de su lado. Cierro los ojos mientras me acaricia con cuidado.

— Eres lo más hermoso que me ha pasado en la vida – me dice, metiéndose a mi cuello y dándome pequeños besos.

— Hmm... – respondo algo dormida y siento como sus labios se curvan con una sonrisa.

— Te quiero –. Escucho muy despacio cuando sale de mi cuello –. Te querré por siempre.

CAPÍTULO 25

Esta semana han sido tediosa, exámenes finales, la exposición de mi tesis, además todo lo de mi nueva relación con Damián y que el pesado de Gregory estuviera tras de mí. ¡Uff! Ha sido una locura, además, al recordar todo lo que pasó con Damián hace algunas noches, nuestras revelaciones y todo lo atento que fue el día siguiente cuando me mataba el guayabo, me tiene delirando de amor; cuando se lo propone es el hombre más lindo, tierno y amoroso que existe en el mundo, y la sensación es fortalecedora. Nunca en mis veinticuatro años de vida me sentí tan protegida por un hombre diferente a mi abuelo y sentirme así por él, me llena de esperanzas cada día.

Salgo de mi último parcial y oficialmente he terminado mi carrera. Eso me tiene súper feliz. Camino por los pasillos y me dirijo a la cafetería.

— ¿Qué pasa? – Pregunto al llegar y ver las caras largas de todas.

— Charlie está molestando a Paty de nuevo.

— Típico en todos los hombres, ya se dio cuenta de lo que ha perdido –. Me siento a su lado y pongo mi mano en su rodilla –. Tranquila.

— Sí, tranquila, aquí estaremos para defenderte de esa piraña –. Suelta Melisa de nuevo con sus ocurrencias.

— ¿Piraña? – Preguntamos desconcertadas.

— Sí, porque sólo te quiere comer –. dice y todas soltamos una carcajada, esa mujer es increíble.

— Ay chicas –. Paty Suspira.

— ¿Qué pasó Paty? – Pregunto.

— Cuando le dije que no me interesaba volver con él... –Agacha la cabeza

— ¿Qué hizo? – Preguntamos las dos.

— Se burló de mí –. Suspira –. Me dijo que sólo quería jugar conmigo.

— Imbécil. Ese tipo es un imbécil –. Suelta Melisa.

— Él sólo quería meterse entre mi ropa – dice decepcionada.

— Paty, todos los hombres quieren meterse entre tu ropa – respondo –. Eso pasa en todas las relaciones.

— Lo sé, pero él me dijo que sólo quería eso y como no quise estar con él, que iba a buscarlo donde otra.

— Ese es un maldito hijo de...

— ¡Melisa! – Grito –. Cálmate.

— Todos los hombres me buscan por interés – dice Paty abrumada.

— Con el interés de comerte –. Suelta Melisa y la miro entrecerrando los

ojos, mientras sigue hablando –. Todos tienen ese interés, la diferencia radica en el interés que tengas tú, si quieres o no lo mismo, eso es lo que hace que continúe o se acabe una relación.

— Yo no quiero sólo eso.

— En la vida hay todo tipo de hombres Paty, no sabemos con quién nos vamos a encontrar, pero hay que ser selectivos, algún día estarás con un hombre, y quieras o no podrá dejarte inmediatamente después de acostarse contigo, aunque antes te haya jurado amor eterno.

— Eli lo sé, pero aún no estoy lista.

— Nadie lo está, pero algún día pasará y tienes que disfrutarlo pase lo que pase –. Suelta Melisa.

— No todo es para siempre Paty, el primero no siempre es el último, podrán venir muchos más y Melisa tiene razón, sólo te queda disfrutarlo y sacar lo mejor de cada relación, hasta que el destino te ponga al hombre adecuado.

— No me acostaré con todos – dice negando con la cabeza.

— Pero si nunca te has acostado con nadie, eres una santurróna.

— Melisa ¡Por favor! – La regaña.

— Pero es verdad Eli.

— No me dan la confianza para hacerlo – dice Paty enojada.

— Es lo mejor, si no hay confianza no hay nada, y que disfrutes no quiere decir que te acostarás con todos, lo que quieras hacer con ellos es sólo tu decisión, pero no te amargues la vida y quédate con los buenos momentos, ustedes más que nada saben que no soy experta en estas cosas, pero es lo que queda.

— Paty, si la vida te da la espalda agárrale el trasero, que quizás en algunos de esos culos que cojas encontrarás el que te haga feliz –. Y ahí está Melisa diciendo una de las suyas.

— Sí, lo haré, no tan, así como lo dice Melisa, pero lo intentaré –. Todas sonreímos, Melisa siempre sale con sus cosas y a pesar de todas las locuras que pueda decir, con Andrés ya lleva más de un mes y se le ve muy contenta. Quizás ya encontró su trasero, aunque se niegue a aceptarlo.

— Y el hombre misterioso ¿Dónde está? – Miramos a Melisa.

¿Cuál hombre?

— ¿Cuál? – Preguntamos confundidas.

— El que llevará a Paty a cenar.

— El me defendió de Charlie –. Revela de pronto.

— Así que ¿Estabas con él cuándo ese pendejo llegó? –Melisa me mira sorprendida.

— Ehh... Algo así – responde mirándose las manos.

— Algo así ¿Cómo?

— Sólo salimos a cenar Eli y Charlie se apareció –. Agacha la cabeza –. Me defendió como ningún otro.

— Te lo tenías bien guardado, pecadora.

— No pensé que me fuera a invitar de nuevo, Melisa.

— ¿De nuevo? – Decimos las dos sorprendidas.

— Sí, fue nuestra tercera salida.

— ¿Cómo se llama? – Pregunto.

— Se los diré otro día.

— ¿Por qué? – Miro a Melisa y ella se encoje de hombros.

— Porque sí –. Sonríe.

— No nos hagas esto ¡Patricia Eugenia! Habla – dice Melisa más intrigada que nunca – ¿Cuál es el misterio?

— Melisa por favor, odio ese “Eugenia” – Responde muerta de risa.

— Entonces habla y no saques a la Chucky que llevo dentro – dice, mientras nosotras soltamos una carcajada al escucharla.

— Ya la escuchaste Paty, no creo que quieras ver ese otro rostro de Melisa.

— Se llama.... Es que me gusta tenerlas en la incógnita.

— Bruja... Eres una bruja... – Dice Melisa y todas nos reímos.

— Les diré... Se llama El.

— ¿El? – Melisa y yo nos miramos confundidas.

— Sí chicas, El Bryan –. Al escucharlas todas soltamos una carcajada.

Esta ya está aprendiendo de Melisa.

— Ponte seria tonta – le digo, mientras nos partimos de risa.

— Se llama Antonio chicas, ya lo conocerán, me ha invitado a salir otra vez.

— ¿En serio? eso es genial Paty, pero igual sigue siendo un misterio – digo encogiéndome de hombros.

— Bueno cambiando de tema ya que Paty no nos quiere dar más detalles, tenemos que celebrar esta noche que hemos acabamos la universidad.

— ¿Más alcohol? – Miro a Melisa aterrada.

— Tu hígado es el más sano de todas, así que aprovecha.

— Melisa por favor ¿Te recuerdo lo que pasó la última vez? – Sólo de

pensarlo no sé ni que me da.

— Ya Gregory está en la cárcel, así que nada pasará – dice Melisa y sé que no descansará hasta que vaya, pero más alcohol ¡Dios!

— Sí Eli vamos, pronto me iré a Medellín y quiero que pasemos más tiempo juntas – dice Paty y yo asiento, sé que tienen razón, ya casi llega el triste momento de separarnos, para tomar caminos diferentes y hacer nuestras vidas.

— Sólo por eso acepto – respondo y sonrío.

— Qué tal si vamos al salitre ahora –. Propone Melisa.

— Suena divertido, hace mucho que no vamos a un parque de diversiones – interviene Paty.

— Listo, le diré a Damián, quizás quiera acompañarnos –digo tomando mi bolso y saliendo a su encuentro.

— Genial, le avisaré a Ena y a los demás –. Suelta Melisa sacando su móvil.

— Aquí te esperamos – intervine Paty.

Me dirijo a su oficina y cuando llego está cerrada, sonrío al recordar lo que pasó la última vez que estuve aquí, así que con más ganas de verlo lo llamo varias veces, pero no responde.

¿Dónde estará?

— Elizabeth –. Lo escucho por detrás. Volteo.

— Te he estado llamando – le digo, mientras él saca las llaves y abre su oficina

— Lo siento, dejé mi teléfono dentro –. Entramos y de inmediato me pega contra la pared.

— Te he extrañado señorita Torres – dice pegando su frente a la mía.

— Y yo a usted señor Brown –. Su boca se pega a la mía y me besa con fuerza, me acerca más a él mientras siento la ansiedad que tiene por mí.

De un momento a otro su teléfono comienza a sonar y se separa de mí, mientras yo intento controlar mi respiración. Me quedo pasmada al escuchar su tono de llamada: *Cállate y Bésame de los Tres.*

Cállame con un beso y llévame en tu mirada

Báilame to' a la noche y bésame hasta mañana...

Cállate y bésame oh e oh oh oh...

— Vine por el teléfono y unos documentos –. Se dirige a su escritorio –. Tengo una reunión importante.

— ¿Tardarás? – Pregunto decepcionada porque tenga que irse.

— No lo sé, apenas salga estoy contigo —. Me guiña un ojo y vuelve a sus papeles.

— Iremos al salitre mágico, un parque de diversiones de la ciudad ¿Puedes venir cuando acabe la reunión? — Le digo acercándome a él.

— No voy a ese tipo de parques y tú tampoco irás — me dice más fuerte de lo que esperaba, mientras cierra un cajón de su escritorio con demasiada fuerza.

— Claro que iré, iremos todos — le digo enojada al escuchar su tono.

Bueno ¿A este que le dio?

— Ya te dije que no irás, yo no lo voy a permitir — me dice con más fuerza y su mirada se encuentra con la mía.

— Pero ¿Qué diablos te pasa? — Le grito. Es lo último que me faltaba —. Es sólo un parque de diversiones.

— No me interesa Elizabeth, no irás —. Golpea la mesa con los puños. Salto asustada.

— ¿Quién me lo va a impedir? — Le grito.

— ¡Yo! — Grita más fuerte que yo y sus ojos casi salen de su cara.

— Vete a la mierda Damián — le digo dando media vuelta.

Ya lo he mandado a la mierda antes y lo mandaré las veces que me plazca, y más cuando se ponga bipolar.

Antes de que pueda cruzar la puerta Damián me toma por la cintura y me voltea pegándome a la pared, toma mis manos y las pone sobre mi cabeza.

— Si me toca encerrarte aquí, lo haré —. Me sujeta más fuerte de lo normal y lo miro horrorizada.

¿Me encerrará?

— Me lastimas — le digo y me suelta de inmediato retrocediendo un paso. Me mira... me mira y no dice nada.

— ¿Qué clase de persona eres? Serías capaz de encerrarme — digo alejándome más de él.

Su mirada pasa de oscura a triste y no se aparta de la mía. Estoy más confundida aún, no entiendo que pasa.

— Lo siento, no quise asustarte —. Se acerca, posa su mano en mi cintura y me acerca a él —. Sólo prométeme que no irás cariño, ya te explicaré todo cuando regrese —. No digo nada, pero él insiste.

— Por favor, prométemelo —. Asiento.

— Ve a tu reunión tranquilo —. Pega su frente con la mía y me besa con urgencia.

— Gracias —. Se separa y va al escritorio por sus cosas.

Salgo de ahí lo más rápido que puedo sin ni siquiera despedirme, no sé porque ha reaccionado de esa manera por un simple parque de diversiones ¿Será que me he metido con un psicópata?

¡Genial, los psicópatas me aman!

Cuando llego a la cafetería las chicas me están esperando y yo pienso rápidamente si contarles lo que acaba de pasar. Al final decido que no, no quiero dañar la tarde de diversión que nos espera.

— Listo, Andrés nos espera allá y Ena está saliendo de un juicio, pero ya Jorge pasará por ella – dice Melisa al verme.

— Mi hermano vendrá con nosotras, y Damián ¿Qué te dijo? – Pregunta Paty.

— Iba de salida a una reunión, estará conmigo apenas salga –. En parte es verdad, eso me dijo.

— Listo, vámonos entonces.

Caminamos al estacionamiento, mientras hablamos de todo lo que haremos para el día de nuestro grado y sé que la pasaremos increíble; música, comida, familias, amigos, parejas y alcohol, la combinación perfecta para pasarla de lujo. Al fin y al cabo, Ena conseguirá lo que quiere. ¡Una gran fiesta!

Alex nos lleva al salitre mágico y yo espero no vaya de chismoso con Damián. Cuando llegamos ya Andrés nos está esperando, Ena y Jorge no tardan mucho en llegar.

— Damián ¿Va a venir? – Pregunta Ena.

— No lo sé, está en una reunión, además creo que a él no le gustan estas cosas – les digo, encogiéndome de hombros excusando su ausencia.

No vendrá y creo que estoy en problemas por haber venido, pero ¿Qué me puede pasar en un parque de diversiones?

— Ya quiero ver al súper arquitecto montado en las atracciones del parque – dice Melisa muerta de la risa, mientras Andrés le besa en el cuello.

— La verdad, no creo que sea su estilo – interviene Ena y yo asiento.

— Vamos a la montaña rusa –. Paty agarra a su hermano del brazo –. Si llega ya te llamará.

Todos entramos al parque de diversiones mientras Alex me mira extrañado, pero aun así me sigue a todas partes. Mientras estamos en la gran fila esperando nuestro turno recuerdo la cara que puso Damián cuando le dije que vendríamos aquí ¿Por qué me habrá pedido que no viniera? Al final decido sacarlo de mi cabeza; él no es nadie para prohibirme nada y necesito

divertirme.

Después de pasar una eternidad en la fila llega nuestro turno, todos estamos en pareja menos yo -. Suspiro -. Para divertirse, no se necesita compañía. Nos subimos en la montaña rusa y nos colocamos los cinturones de seguridad.

En la fila se escucha una algarabía y la gente comienza a gritar, el chico que maneja la máquina da media vuelta para controlar lo que está pasando.

— ¿Qué pasa? – Pregunta Paty desconcertada.

— Colados en la fila – dice Rodrigo, el hermano de Paty que está detrás de mí.

— No les prestes atención – le digo tranquilizándola.

— De aquí nadie nos baja -. Aplaude Melisa y yo miro a Ena que está delante de mí dando demostraciones públicas de amor.

— Busquen una habitación -. Me burlo.

— ¿Celosa? – Responde Jorge, mientras Ena suelta una carcajada, finjo una sonrisa y ruedo mis ojos.

— ¿Qué crees que estás haciendo? – Grita de pronto y pego un brinco asustada.

Volteo y ahí está, lleva una camisa azul, chaqueta de cuero y pantalones negros. ¿En qué momento se cambió? Todas las mujeres de la fila lo miran embobadas, pero entonces me doy cuenta de que su pelo castaño y brillante, está un poco desaliñado y esos ojos azules que me encantan se ven distintos, el miedo irradia en su mirada y se ve alterado.

— Pensamos que no vendrías – dice Ena al verlo -. Justo a tiempo.

— Sí, justo a tiempo -. Melisa aplaude emocionada -. Ya vamos a salir.

— No me montaré en ese aparato -. Estira la mano hacia mí y añade enojado -. Elizabeth, sal de ahí.

— ¿Por qué ella tendría que hacer eso? – Dice Ena sorprendida.

— No es tu asunto – responde casi gritando -. Elizabeth Torres, no me hagas repetirlo.

— Señor no puede estar aquí, debe hacer la fila ya este grupo se mandará -. dice el muchacho que atiende la máquina, lo miro y tiene una tablita en el pecho con el nombre de Alberto.

— Tú no mandarás nada hasta que esta señorita se baje de aquí – grita. El chico da un paso atrás asustado.

— No tienes por qué bajarte Eli – grita Melisa.

— Tú no me mandas Damián – le digo enojada -. Es sólo una atracción

del parque.

— No me hagas sacarte, te he dicho que salgas ¡Ahora! – Grita.

— ¿Qué pasa hermano? – Suelta Jorge –. Sólo estamos divirtiéndonos.

No dice nada, sólo me mira y la expresión de su cara es cada vez peor, miro sus ojos. Creo que está a punto de llorar.

¿Qué diablos le pasa?

— Llamaré a seguridad – dice Alberto tras Damián.

— ¡Elizabeth! – Dice más gentilmente y me tiende la mano.

— ¡Damián! – Le digo molesta, pero él sin importarle se agacha y desabrochando mi cinturón de seguridad me saca en sus brazos de ahí.

— ¡Damián, bájame! – Le grito.

Alzo la mirada y las chicas me ven con la boca abierta. No puedo creer que esto esté pasando, volteo la mirada y Alex viene junto a nosotros.

Maldito sapo.

Pasamos entre la gran fila y toda la multitud nos mira y se ríen al ver la forma como un maldito psicópata me lleva cargada en su hombro.

¡Trágame tierra y escúpeme en algún lugar del mundo lejos de aquí!

— Damián bájame ¡Ya! – Le exijo, pero no dice nada. Cuando pasamos toda la fila y llegamos al centro del parque pregunta enojado.

— ¿Qué carajos estás haciendo aquí?

— Te dije que vendría – grito. Me pone en el suelo y me mira.

Su mirada oscura y su rostro contraído me dice cuan enojado está y yo no logro entender por qué.

— Recuerdo haberte dicho que no pusieras un pie en este maldito lugar – grita, y parece que los ojos se fueran a salir de su cara.

— Sólo te avise que vendría, jamás te pedí permiso, yo estoy muy grandecita para que me digan a donde no debo ir.

No sé qué le pasa, sólo es un parque de diversiones.

— Prometiste que no vendrías –. Me acerca a él y pega su frente a la mía – ¿Cómo carajos voy a volver a confiar en ti?

— Lo hice porque me obligaste a ello, me ibas a encerrar –. Lo miro espantada. Intento separarme.

— Debí hacerlo –. Me agarra del brazo y me jala con fuerza –. Nos vamos de aquí.

— ¡No! No me iré, quiero divertirme –. Intento soltarme, pero su agarre es muy fuerte, me maltrata.

— Hay mil maneras de divertirse y esta no es precisamente la más

adecuada.

— Me estás lastimando – digo mientras me sujeta con fuerza.

— Más me has lastimado tú –. Me suelta y pasa su mano por mi cintura para llevarme hacia la salida.

— ¿Te he lastimado yo? – Pregunto desconcertada –. ¿Cómo?

— Viniste y me has mentado, ¡Camina!

— No me voy a ir Damián, entérate de una buena vez, pasaré un rato agradable con mis amigos y estaré aquí contigo o sin ti – le digo enojada.

Es absurdo que no pueda estar en un parque de diversiones ¡Maldita sea! Si hasta los niños lo hacen.

— No te quedarás aquí Elizabeth – dice acercándose a él –. No vas a subir a esa trampa mortal.

— ¿Trampa mortal? Pero, tú estás loco – le digo enojada soltándome de su agarre –. Me he montado muchas veces y aquí estoy ¡Mírame!

— Pero ahora estás conmigo y no lo harás, no mientras este aquí para impedirlo –. Me agarra y me lleva hacia la salida.

La rabia se apodera de mí y me suelto de su agarre, nos retamos con la mirada por unos segundos y cuando no puedo más con todo esto le digo enojada:

— Mira guapito, me gustas mucho y todo lo que tú quieras, pero a mí nadie me obligará a hacer algo que no quiero y yo no me iré contigo, así que ve a joder a otra porque conmigo así no funciona –. Doy media vuelta y regreso a las atracciones.

Estoy tan molesta que quiero tirar piedras, ¿Cómo puede ser esto posible? ¿Cómo puede llegar y sacarme de aquí de esta manera? ¡Oh! y lo de decirme que me debió encerrar fue la tapa. Definitivamente estoy rodeada de locos, otro como Gregory ¡Ay Dios! Y este que sí me gustaba.

Antes de llegar a la montaña rusa me detengo, pongo las manos en mi cara y trato de calmarme, aunque quisiera gritar de frustración, de impotencia. Tengo tanta rabia que quiero golpear a alguien.

¡Respira Elizabeth! Respira.

La gente comienza a pasar por mi lado y me mira ¡Que se jodan! Ni como, ni vivo con ellos. Trato de calmarme unos minutos antes de que se me salga el Chucky que llevo dentro como dice Melisa, veo unas bancas vacías y decido sentarme, agacho la cabeza y pongo mis manos en ella; demoro unos minutos allí sentada y cuando voy a levantarme siento que alguien se para frente a mí, no tengo que mirar para saber que es él, así que lo ignoro, no me apetece

mirarlo. Se sienta a mi lado y escucho:

— Lo siento cariño, lo siento.

Se acerca más a mí y pone su mano en mi pierna —. No le hablo; no quiero —. Pasan varios minutos y ninguno de los dos dice nada, lo que acaba de hacer ha sido demasiado, se ha pasado tres pelos, ya ha derramado la gota. Cuando se da cuenta que no voy a pronunciar palabra añade:

— Me asustan esos aparatos y sólo tengo miedo de que te pase algo —. Levanto mi cabeza al escucharlo y lo miro sorprendida.

— ¿En serio? — No estoy muy convencida de lo que está diciendo, fue una reacción muy exagerada.

— Sí, todos.

— ¿Todos? — Asiente.

— ¿Por qué? ¿Te pasó algo?

— No Elizabeth. Sólo no me gustan y ya, déjalo así.

No le gusta manejar, no le gusta tirarse de cascadas, no le gustan los parques de diversiones; a este hombre nada le gusta.

— A ti nada te gusta — le digo y él se acerca más a mí, toma mis manos, besas mis nudillos y mirándome a los ojos dice:

— Me gustas tú y eres todo lo que quiero que me guste —. Pega sus labios a los míos y me da un rápido beso, uno que me lleva a la parte más remota del mundo.

Nunca nadie me había dicho cosas tan lindas y este me las dice y me pone tonta.

— No vuelvas a decirme que vaya a joder a otra, que yo sólo te quiero joder a ti —. Sonríe y me hace sonreír.

— Entonces no vuelvas a comportarte como un psicópata y dime las cosas para entender por qué me las pides.

— De acuerdo, Amargada.

— Bueno Ken Doll, vamos a caminar — digo levantándome.

— Ya te he dicho que me dan miedo todas esas máquinas y no dejaré que las montes —. Me abraza con fuerza —. Apenas y puedo soportar estar aquí cielo.

— Lo sé, sólo caminemos un rato y miremos que otras cosas no son trampas mortales, además, recuerda que soy tu salvadora y te protegeré de todo, anda di que sí —. Hago pucheros y pestañeo rápidamente haciéndolo reír.

Eso es, ahí está esa sonrisa que tanto me gusta —. Lo abrazo con fuerza y le besuqueo el rostro, mientras se parte de risa. Necesito que se relaje para

poder pasar un buen rato.

— Tú ganas cielo, lo que sea por ti.

CAPÍTULO 26

Caminamos por todo el parque y me lleva pegada a él todo el tiempo. Pasamos por el tornado, el apocalipsis, las montañas rusas y veo un montón de personas disfrutando de las atracciones. ¿Cómo es posible que esté aquí sólo caminando cuando amo los parques de diversiones? En cambio, él está todo rígido y estresado.

¿Le asustan tanto de verdad?

Lo persuado cuando llegamos al barco, pero nada, no me dejará subir y mucho menos él subirá conmigo.

— Espérame aquí, no te muevas —. Asiento y hago lo que me pide, no quiero que se ponga como loco y me saque arrastras de aquí.

Me quedo parada como una tonta viendo alrededor del parque, de pronto lo veo venir con un gigantesco algodón de azúcar. Sonríe, cuando llega a mí dice:

— Cómetelo, para que se te endulce el día y se te quite lo amargada —. Sonríe y me guiña un ojo.

— Espérame aquí —. le digo, agarrando mi algodón de azúcar y voy donde el señor que los hace, compro dos y regreso con él. Cuando llego donde está le digo:

— No me alcanzo el dinero para comprar la máquina —. Sonríe —. Pero comete dos a ver si se te endulza la vida.

— Tú me endulzas la vida —. Toma los algodones y me da un delicado beso. Me pego más a él mientras me besa con fuerza y yo profundizo el beso, ya lo necesitaba.

Caminamos todo el parque, mientras juego con mi algodón de azúcar y le meto trozos gigantes a la boca.

— Elizabeth, ya no más — dice sonriendo. Lo beso y mis labios están repletos de algodón.

— Come para que se te endulce un poco el genio —. Me mira y sonríe.

— Cuando te coma se me endulzará, de eso no hay duda.

Casi me atraganto al escucharlo y comienzo a toser. Damián comienza a darme palmadas en la espalda y cuando se me pasa los dos nos partimos de risa.

— ¿Aceptas entrar a alguna atracción? — Pregunto esperanzada. Damián me agarra por el brazo y se pone tenso —. Una que no sea peligrosa —. rectifico

— ¡Elizabeth! No me presiones, creo que todo aquí es peligroso — dice asustado. Que trágico es.

De pronto estamos afuera de la casa de los espejos y la mente se me ilumina. Este no es tan malo.

— Esta no es una trampa mortal, entremos –. Corro dentro de ella.

— ¡Carajo! – Dice cuando me alejo – ¡Elizabeth!

Entra tras de mí, pero soy más rápida y me escabullo.

— Encuéntrame – le grito y sigo caminando en los pasillos.

— No es gracioso – dice y puedo verlo en el espejo, está nervioso – Cuando te encuentre lo lamentarás.

— ¿Ah sí? – Sigo caminando con una tonta sonrisa en la cara, no sé qué estará planeando, pero no estoy dispuesta a averiguarlo; camino más rápido.

Minutos después me detengo, ya no siento sus pasos. Trato de escucharlo, pero no oigo nada.

¿Se habrá ido?

— ¡Ahhh! – Grito cuando sus manos me atrapan.

— Siempre consigo lo que quiero – dice a mi oído. Sus manos se deslizan por mi cintura y siento como su venganza comienza.

— Para por favor –. No puedo dejar de reír, mientras él me hace cosquillas.

— Eso te pasa por huir de mí –. Sonríe y sigue con su tortura.

— Por... favor... ya –. Intento pronunciar las palabras.

— No vuelvas a huir de mí –. Su tono cambia, está preocupado.

— No lo haré –. Me acerco a su cara y beso su rostro para que se relaje –.

Todo está bien, nada malo ha pasado.

— Te idolatro Amargada –. Me abraza con fuerza.

— Y yo a ti mi Ken Doll.

Salimos del castillo de los espejos y lo convengo a entrar al castillo del terror, pero allí todo se volvió en mí contra y ya no me separé de él ni un instante. Damián se reía de mí cada vez que brincaba del susto y me decía que era una cobarde, y aunque estaba un poco asustada, yo no podía dejar de sonreír al verlo tan contento y despreocupado. Al final la pasamos muy bien.

A esas fueron a las únicas dos atracciones que entramos, pero fue muy lindo que lo intentara por mí, caminamos todo el parque de nuevo en busca de los chicos y cuando pasamos por la montaña rusa siento como se tensa de pies a cabeza y pasa casi corriendo del lugar, intento interrogarlo en busca de información, pero no me dice nada, sólo me besa y me dice que todo está bien.

— ¡Elizabeth! –. Alguien grita mi nombre y volteamos.

Vemos a los chicos venir hacia nosotros, pero las chicas traen mala cara.

— ¿Estás bien? – Dice Ena preocupada.

— Perfecta –. Le dedico una sonrisa, no quiero que arme un drama.

— ¿Dónde has estado? Los hemos buscado por todas partes – dice Melisa.

— Tranquila hemos estado por ahí –. Señalo todas las atracciones.

— ¿Se han montado ya en todo? – Pregunto.

— Sí, dos veces ¿Y ustedes? – Pregunta Paty.

— Casi en todo – digo encogiéndome de hombros, no quiero que empiecen a protestar y ataquen a Damián –. Pero así está bien.

Siento como Damián me acerca más a él y besa mi cabeza.

— Nos vamos de copas, sólo veníamos por ustedes –. Interviene Ena.

Miro a Damián y agarro su mano, no sé si tendrá otros planes para nosotros. La verdad no quiero seguir agobiándolo.

— ¿Quieres ir? – Susurra en mi oído.

— Eli sabes que serán nuestros últimos días juntas –. Asiento. Sé que se lo prometí.

— Le diré a Alex que aliste el coche –. Me da un rico beso y se aleja a atender una llamada. Jorge va tras él y las chicas no pierden oportunidad y van al ataque.

— ¿Desde cuando tienes que hacer lo que un hombre te diga? – Pregunta Melisa.

— Sí. ¿Desde cuando tienes que esperar su aprobación para hacer lo que quieres? – Suelta Ena.

— Eli, no te debes dejar dominar por él – interviene Paty.

— No es eso, el parque fue nuestra idea, solo quería ver si no tenía otros planes para nosotros – digo sin dar más explicaciones.

— ¿Que fue ese show en la montaña rusa? – Vuelve al ataque Melisa.

— Sólo no le gustan esas cosas – respondo sin darle mucha importancia, aunque sé que la tiene.

— ¿En serio? – Pregunta Paty sorprendida –. Si son de lo más de divertidas.

— Sí, no quería que me hiciera daño.

— ¿Tiene algún trauma? – Pregunta Ena.

— No, sólo no le gustan – respondo no muy convencida.

Entonces recuerdo algo, y a mi cabeza llega la gran quemadura de su cuerpo, pero recuerdo que él dijo que fue en un accidente automovilístico ¿o no? Las chicas vuelven al ataque y Damián es su tema principal, nada de lo que diga ayudará a que superen lo que él hizo frente a ellas y eso que no saben

lo del coche, lo del gimnasio, lo del lago, lo de la oficina... Uff, una lista demasiado larga para que ellas no le perdonen la vida.

Los chicos regresan y hacemos silencio.

— Alex y Sergio están afuera esperándonos – dice Damián y pasa la mano por mi cintura.

— Algunos pueden venir conmigo, tengo mi coche afuera – dice Jorge quien no deja de abrazar a Ena –. Nos vemos en Maroma.

Maroma es un bar muy popular en la ciudad, he ido varias veces con las chicas y es un lugar muy agradable, además tiene una pista de baile genial. Espero que a Damián no le dé miedo bailar porque lo llevo a la pista así sea arrastras.

Cuando entramos al bar Damián me pasa el brazo por la cintura y me sujeta junto a él, pasamos por la multitud hacia las mesas disponible. En los altavoces suena *Asómate a la ventana* de *Kevin Flores*. Las chicas y yo comenzamos a cantarla.

*La luna será testigo de lo que siento por ti,
hazme el hombre más feliz
ven y dime que sí,
ya no tardes nena, que yo quiero verte,
estoy ansioso por tener tus labios con mis labios Sii...*

Todos los hombres que nos acompañan van por nuestras bebidas. Hoy comenzaré con un *Strawberry Daiquiri*; un rico coctel de fresas, más tarde me decido por uno más fuerte, así que pido un *Cosmopolitan* de arándanos y limón. Me encanta y más cuando pongo mis gomitas dentro.

Los chicos llegan con más tragos y hablamos de todo un poco, mientras Damián se sienta a mi lado y sólo escucha, pocas veces intervine. Creo que no le agrada el lugar porque ni siquiera está tomando.

— ¿No crees que ya has tomado suficiente? – Me pasa una copa llena de agua y me besa la sien.

— No te preocupes, estoy bien –. Sonrío.

En ese momento comienza a sonar *Que me beses* de *kvras* y me pongo de pie.

— ¿Bailamos? – Sus cejas se levantan, está un poco sorprendido por mi petición.

— ¿Quieres bailar...eso? – Pregunta casi horrorizado.

— Sí – respondo con una sonrisa.

— ¿Y eso es?

- Champeta urbana.
- ¿Chan qué? – Sonríó y trato de no soltar una carcajada.
- Champeta –. Lo tomo del brazo y lo llevo a la pista.
- Jamás he bailado eso –. Se para y hace que me detenga.
- Yo te enseño, ven – le digo entusiasmada.
- ¿Eso es lo que quieres?
- Sí –. Asiente y me lleva a la pista.

Al llegar lo abrazo y le explico cómo se hace, él me mira horrorizado mientras yo sonrío. No es tan difícil.

— ¿Eso se baila así? – Pregunta sombrado y señala a las demás parejas.

— Sí, se puede bailar de esas dos maneras, pero nosotros lo bailaremos a la antigua – le digo señalando a la pareja que está a mi lado y él asiente, trato de no reírme, pero es imposible.

Las chicas toman a sus parejas al darse cuenta de lo que va a pasar, llegan a la pista y nos miran a la espera de sus movimientos. Damián me mira... me mira y luego aparta la mirada, y mira a todos los que están en la pista. Segundos después me abraza y comienza a bailar, no tarda nada en cogerme el ritmo.

Mueve sus caderas como un Dios y nos deja sorprendidas a todas –. Este hombre sabe moverse –. No hacemos nada inapropiado, sólo movemos la cintura al ritmo de la música, como a mí me gusta, a la antigua. Volteo hacia las chicas que no apartan la mirada de nosotros, Melisa levanta los dedos en forma de aprobación y se mueve descaradamente pretendiendo que haga lo mismo. Niego con la cabeza, como lo hacemos está bien.

Damián pone sus manos en mi cintura y me acerca más a él.

— ¿Feliz? – Pregunta al oído.

— Sí – respondo abrazándolo con fuerza.

— No soporto que los hombres te miren de esa manera – me dice de pronto.

— ¿De qué manera? – Pregunto, nadie está mirándome.

— Con ganas de tenerte para ellos –. Al decirlo pone mala cara.

— Todos te miran a ti – digo algo celosa.

— ¿Tan mal lo hago?

— Todo lo contrario –. Miro alrededor y todas lo miran, así que añado: – Todas harían fila para bailar contigo –. Sonríe al escucharme.

— Yo sólo lo haré contigo –. Pega su frente a la mía y me besa –. Eres mía, sólo mía.

— ¿Soy tuya?

— Sí que lo eres – dice, volviéndose a pegar a mi boca.

Cuando se repite el coro de la canción acerco mi boca a su oído y le canto:

Que me beses, yo quiero que me beses, no dejes que me muera, ven a bailar conmigo, ven y hacemos lo que quieras.

Sonríe y me da un rico y delicioso beso, tal y como a mí me gustan.

— Claro que luego haremos lo que yo quiera – dice con una pícaro sonrisa.

Después de bailar dos canciones más volvemos a la mesa, Melisa y Ena aún están en la pista, pero Paty y su hermano no se ha parado de la silla desde que llegamos.

— ¿Por qué no van a bailar? – Pregunto extrañada.

— No, así estamos bien – dice Paty algo incómoda. No sé qué le pasa; ella ama bailar.

— Está bien, no te preocupes – le guiño el ojo y sonrío. Su hermano es algo raro.

— Este lugar está increíble –. Melisa llega de la pista –. Hay que venir más seguido.

— Iré por otra ronda, díganme lo que quieren – dice Andrés y toma nuestro pedido –. Un *Cosmopolitan* para Ena y uno igual para Paty, para Melisa un *Sex on the beach* ¿Y para ti Eli?

— Te traeré el mismo – dice Damián.

— No, espera –. Lo sujeto del brazo –. Quiero un *Brisa marina*.

— ¿Estás segura de que quieres de esa? – Paty me mira –. Es el más fuerte y con todo lo que te has tomado.

— Sí, quiero tomar ese hoy –. Este coctel tiene una rica combinación de arándanos rojos y pomelo, más cantidades interminables de vodka.

— No creo que deberías tomar más y menos tantas combinaciones – dice Damián algo molesto. Lo miro fijamente y sin decir nada se va por nuestras bebidas.

Cuando llegan me entrega una botella de agua.

— Si vas a seguir tomando bebe esto –. Hago lo que me pide, la necesito.

El resto de la noche la pasamos increíble, bailo varias canciones más con Damián y son la bomba. Este no me deja bailar con nadie y tampoco lo haría, porque soy la envidia en la pista, pero mientras se hace más tarde ya no parece muy contento.

Cuando ya son las dos de la mañana su mano se posa en mi rodilla.

— Suficiente Elizabeth, no dejaré que tomes más —. Me quita la copa de mis manos y me entrega una con agua. La bebo.

Después de tantos cocteles y mucho baile mi cuerpo está comenzando a sentir el efecto, estoy un poco mareada y mi cara quema.

— Necesito un baño — grito más alto de lo que debería.

— Te acompaño — dice Ena poniéndose de pie, pero al final todas las mujeres nos vamos al baño juntas.

— ¿Qué le pasa a Damián? — Me preguntan Ena al entrar.

— Nada ¿Por qué?

— No lo he visto tomar ni una gota de alcohol —. Suelta Melisa —. Y no me digas que va de conductor elegido, porque tiene un bombón de chofer.

— Seguro no le apetece o no le gusta el lugar — responde Paty.

— Está aquí por mí, no creo que sea el tipo de lugar que alguien como él frecuente —. Me encojo de hombros —. Me ha acompañado y bailado conmigo todo lo que he querido, ¿Qué más le puedo pedir?

Me hecho un poco de agua en la cara; ya me siento muy mareada.

— Ya quisiera yo que ese bailara conmigo — suelta Melisa.

— Y yo — dice Paty.

— Lo sé, baila genial.

— Si así baila, no me imagino otra cosa —. Todas reímos, Melisa siempre pensando en eso —. Chicas es mejor que la dejemos hasta aquí o mi hígado se resentirá conmigo de por vida, además necesito que esté sanito para la graduación —. Todas soltamos una carcajada, pero tiene razón.

— Sí, a mi cuerpo no le cabe una gota de alcohol más — digo, mientras salimos casi que arrastras del baño.

— Sólo espero mañana no amanecer tan mal — suelta Ena.

— Nunca amanecerás lo suficientemente mal como para no volver a tomar en tu vida — dice Paty sonriendo. Siempre decimos que es suficiente, pero nunca dejamos de hacerlo.

Llegamos a la mesa y los cuatro están hablando de deportes, nos sentamos junto a ellos y pongo mi cabeza en el hombro de Damián. No puedo más.

— Llévame a casa.

— Pensé que nunca me lo pedirías —. Sonríe y me alza en sus brazos.

— Puedo caminar — protesto.

— No, no puedes —. Besa mi frente y salimos del lugar.

No me despido de las chicas y la verdad no me importa nada, sólo quiero salir de ahí. Entramos al auto y Damián me coloca en su regazo, pongo mis

manos en su cuello y besa mi pelo.

— ¿Estás molesto? – Subo la cabeza y miro sus ojos.

— ¿Por qué? – Pregunta extrañado.

— Sé que hoy todo lo hiciste por mí y no estabas muy a gusto.

— Haría todo por ti –. Me abraza más fuerte –. Si estás tú, estaré bien.

— Gracias.

— A ti.

— ¿Por qué? – Ahora la confundida soy yo.

— Por aparecer en mi vida –. Baja la cabeza y me da un corto beso –. Te idolatro Elizabeth Torres.

— Y yo a ti, y yo a ti.

Me acurruco en su pecho y cierro mis ojos, su olor penetra mis fosas nasales y yo lo guardo en mi memoria como el mejor olor del mundo. Como siempre que vamos en el coche comienza acariciar mi cabeza, y en ocasiones, me besa el cabello; instantes después me quedo dormida y sólo al sentir como me deposita en la cama, despierto.

— Ya llegamos a casa cariño –. Abro mis ojos y sonrío al verlo.

Me besa la frente y comienza a desnudarse. Se coloca unos pantalones cortos y se mete en la cama, se acerca más a mí y comienza a quitarme la ropa, minutos después me coloca una linda bata de seda y yo me dejo consentir. Cuando está en plan amoroso es el mejor hombre que he conocido, así que no me quejo y disfruto de todas sus atenciones, al finalizar me pone de espalda a él, me abraza y así duramos casi una eternidad. Cuando estoy a punto de quedarme dormida algo pasa por mi mente, y mi cabeza se activa de inmediato, después de unos minutos pensando si preguntarle o no, decido hacerlo.

— ¿Te dormiste? – Pregunto cuando siento que el sueño se me ha espantado un poco.

De su boca sale un sonido, el cual me dice que no está dormido, pero que casi, yo no puedo evitar sonreír. Me doy media vuelta y tiene los ojos cerrados, le planto un beso en el rostro y enseguida sonrío.

— Estás muy activa esta madrugada señorita Torres.

— Quiero preguntarte algo.

— Lo que quieras cariño –. Besa mi frente.

— ¿Por qué te asustan los parques de diversiones?

Mi pregunta lo pilla por sorpresa, no se la esperaba. Me mira y me mira, pero no me responde. Duramos unos minutos en silencio y al ver que no va a

decir nada acaricio su mejilla y le digo:

— Sólo quiero entender lo que pasa, si no te pasó nada malo y es un miedo irracional quiero que volvamos y lo intentes conmigo, es algo divertido y me gustaría que algún día lo intentáramos juntos.

Sus ojos no se apartan de los míos ni un instante y cuando siento que por fin va a decir algo, sólo me atrae hacia él y me abraza con fuerza, tan fuerte que siento que nos volvemos uno. Así duramos lo que me parece una eternidad y estoy a punto de decirle que lo olvide, siento que no es fácil para él decírmelo y prefiero no insistir, ya me lo contará. Cuando voy a soltarme de su abrazo me sujeta con más fuerza y me dice:

— Cuando yo era niño iba con mi familia muy seguido a los parques de diversiones, no sólo en mi país, sino a todos los que encontráramos, nos gustaba viajar y pasar tiempo juntos, como a muchos me encantaba todo eso y lo disfrutaba –. Hace silencio y suspira.

Contármelo está siendo muy duro para él, pero prosigue:

— Mi hermana Loris y yo fuimos a un parque hace poco más de tres años, y la convencí de montarnos por tercera vez en la montaña rusa más rápida del mundo y aunque ella quería ir a otros juegos aceptó por mí y eso me encantaba de ella, era mi gemela y desde pequeños hacíamos todo juntos, yo estaba muy apegado a ella y siempre era más divertido cuando lo hacíamos los dos.

Siento en mi cuello como sus labios se curvan con una triste sonrisa, me da un casto beso y continúa:

— Luego que terminó nuestro recorrido, baje primero del carro –. Hace una pausa y me abraza más fuerte, y añade: – Cuando ella se estaba quitando el cinturón de seguridad para bajar, otro carro de la montaña rusa impactó fuerte sobre el nuestro y ella salió disparada de ahí.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y ahora soy yo quien lo abraza más fuerte, su voz se rompe al decir:

— Todo paso muy rápido y cuando vi que salió volando y cayó yo, yo...

— Shh...calla cariño –. No lo dejo continuar, no quiero seguir escuchando –. Lo siento tanto, tanto.

— Las dos personas que salían del carro al igual que mi hermana –. Continúa y su voz se parte más cada instante. – Murieron instantáneamente por la magnitud del golpe.

Las lágrimas comienzan a correr por mis mejillas en silencio mientras lo abrazo fuerte. Mi corazón se me estruja de sólo imaginar lo que él debió sentir en ese momento. De inmediato me arrepiento de haberlo desobedecido, que

mal rato tuvo que haber pasado por mi culpa hoy. Después de un largo y doloroso silencio añade:

— Yo no quiero hacerte daño Elizabeth y cuando me dijiste que irían a ese lugar yo, pensé lo peor.

— Ahora te entiendo, pero no lo sabía y por eso yo...

— No tenías por qué saberlo cielo – dice separándose de mí.

Miro su cara y sus lindos ojos azules están enrojecidos y llenos de lágrimas, yo paso mi mano por su mejilla para quitárselas y él hace lo mismo.

— Eli, mi Eli yo no quiero hacerte sufrir.

— No lo hagas – le digo y lo abrazo con fuerza. Necesito ese contacto.

— Entonces tendrías que alejarte de mí – dice separándose bruscamente y añadiendo: – Todas las personas que se acercan a mí salen lastimadas.

¿Cómo que lastima a todos los que se le acercan?

No entiendo por qué dice eso.

— ¿Quieres que me aleje? – Pregunto desconcertada.

— No Elizabeth, contigo todo es diferente, eres especial, pero no debes quedarte –. Cierra los ojos con fuerza.

— ¿Por qué? – Le pregunto cada vez más confundida.

— Porque no debo llevarte conmigo, voy en un barco sin timón, sin rumbo, que sólo va por donde el viento lo lleva –. Suspira.

Sus manos secan mis lágrimas y acarician mi cara.

— No quiero arrastrarte a una vida de oscuridad Eli, en donde sólo mis impulsos me llevan adelante.

— No sé por qué dices eso, sé que no nos conocemos mucho aún, pero a pesar del poco tiempo que llevamos juntos me has demostrado que no eres una mala persona, siempre estás ahí para protegerme, eres bueno, inteligente, un hombre muy exitoso que logra todo lo que quiere, además, dijiste que lo intentaríamos – digo con un hilo de voz y suspiro. Paso mi mano por su mejilla y aprieta el rostro como si le doliera mi toque.

— Soy exitoso porque mi trabajo es lo único que me saca y me aleja de mi vida, una vida que tú no conoces, una vida de mierda.

Abre sus ojos y un gran vacío aparece en ellos.

¡Quiero llorar!

— Jamás debí pedirte que lo intentáramos, cuando vi que no funcionó debí dejarte ir, lo siento Eli –. Intenta separarse, pero lo abrazo, lo abrazo con fuerza y él hace lo mismo.

Sé que él no es una persona oscura, es un poco puto como todos los

hombres y es esa de la única manera que él me podría hacer daño, y aunque acaba de decir que soy especial y que conmigo es diferente le digo:

— Sólo me quedaré si tú quieres que lo haga, quiero ser tu ancla, pero no puedo obligarte a estar conmigo.

Aun no entiendo como una simple pregunta nos llevó a todo esto.

Me abraza con más fuerza y no decimos nada más, estoy confundida, primero me dice que no quiere nada serio, luego me pide otra oportunidad, ahora que es oscuro y no quiere lastimarme.

No sé a qué viene todo esto ahora, me he arriesgado a estar con un hombre que apenas conozco –. Suspiro.

Ruego mentalmente que quiera que me quede, porque sólo es verlo y tenerlo cerca para sentir que lo conozco desde siempre, para saber que aquí es donde quiero estar.

Siento como sus brazos se pegan más a mí con desesperación y mete su cabeza en mi cuello –. Suspira –. Después de unos minutos su cuerpo se relaja y me besa.

— Lo intentaremos, confía en mí, yo te cuidaré para que nada te pase.

Lo abrazo emocionada y beso su rostro con desesperación, mientras él sonrío y eso me gusta.

— Lo siento, siento haberte hecho pasar un muy mal día.

— Contigo nunca paso un mal día cariño –. Me agarra las manos, besa mis nudillos y me mira a los ojos –. Pero no te voy a negar que cuando llamé a Alex y me dijo dónde estaban, suspendí la reunión y me fui por ti, estaba como loco y todo pasaba por mi cabeza una y otra vez, sólo cuando te vi, pude respirar.

— ¿Me perdonas? – Lo miro y hago pucheros –. Por favor.

— No tengo nada que perdonarte preciosa, tu no sabías que pasaba y yo actué como un verdadero demente cuando dije que te encerraría y después, cuando intenté sacarte de ese lugar.

— Eso sí, yo tampoco te voy a negar que llegué a pensar que eras un loco psicópata peor que Gregory –. Me mira horrorizado y yo sonrío.

— Perdóname tú a mí.

— Solo si tú me perdonas – le digo.

— Perdonada –. Besa la punta de mi nariz y sonrío.

— Perdonado –. Le digo, y cuando voy hacer lo mismo que él acaba de hacer, levanta un poco la cabeza y lo beso en los labios.

— Que tramposo –. Sus labios se curvan con una sonrisa que me llega al

alma, me da un delicado beso en los labios y dice:

— Te idolatro Señorita Torres.

— Yo a ti también te quiero —. Le digo antes de perderme en un dulce y apasionado beso

CAPÍTULO 27

Me muevo y mi cabeza va a explotar.

¡Mierda!

Como es posible que me duela tanto, si sólo tomé algunos cocteles, bueno, en realidad me los tomé todos; pongo las manos en mi cabeza y la aprieto, mientras intento relajarme.

— ¿Te encuentras bien? – La voz de Damián rechina en mis oídos. Digo que no con la mano, ni siquiera puedo hablar.

¡Ay Dios, que dolor!

— Tómame esto.

Damián se sienta a mi lado, pone dos pastillas en mi mano y un vaso en la otra. Me lo tomo enseguida y el frío jugo de naranja me cae de maravilla.

— Vuelve a dormir cariño, ya te sentirás mejor –. Posa delicadamente sus labios en mi frente y cuando intenta levantarse lo detengo, lo único que quiero es que se quede conmigo.

Se acuesta a mi lado y me muevo lentamente quedando cerca de él, paso mi brazo por su torso desnudo y él acaricia mi cabello hasta que me quedo completamente dormida.

Cuando vuelvo abrir los ojos ya me siento mucho mejor, el dolor es soportable y ya me puedo mover con tranquilidad. Me doy media vuelta y él yace a mi lado aún dormido, al verlo recuerdo todo lo que me contó la noche anterior, de inmediato se me encoje el corazón y lo abrazo haciendo que abra los ojos.

— Buenos días –. Pongo mi mano en su mejilla y acaricio su rostro.

— Buenos días cielo ¿Cómo amaneces?

— Mejor, un poco mejor –. Pego mis labios en los suyos en un corto beso – ¿Qué te apetece hacer hoy?

— Pasar todo el día contigo – responde con una gran sonrisa.

— No me iré a ninguna parte – digo y él sonrío.

Hoy quiero hacer muchas cosas con él, para animarlo y que olvide todo lo que pasó ayer, dándole un beso en el rostro le pregunto.

— ¿Qué te apetece desayunar? Hoy te complaceré en todo.

— ¿En todo? – Levanta las cejas y con una gran sonrisa añade: – Suena interesante.

— Hagámoslo interesante –. Me levanto de la cama y lo tomo del brazo –. Ayúdame a hacer el desayuno.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Tengo una mejor idea – dice levantándose de la cama.

— ¿Cuál?

— Espérame aquí dentro, dame un momento.

Damián entra al cuarto de baño y luego de asearse sale de la habitación, y yo entro al baño para hacer lo mismo, mientras lo espero, pero eso sí, estoy muerta de curiosidad, no sé qué está tramando, con él todo es impredecible. Cuando siento que regresa me pongo de pie.

— Cierra los ojos –. Me grita detrás de la puerta.

— ¿Por qué? – Pregunto extrañada.

— Elizabeth deja de ser tan preguntona y haz lo que te digo.

Ruedo los ojos y hago lo que me pide sin protestar y vuelvo a sentarme en la cama.

— ¿Estás lista?

— Sí.

Entra al cuarto, pasa por mi lado y escucho que coloca algo en el nochero, se acerca a mí y con cuidado me levanta de la cama, dejándome de pie a un lado de esta. Sale de la habitación y segundos después escucho un ruido extraño. Cuando voy a moverme dice:

— Quédate ahí quietecita.

— ¿Qué haces? – Pregunto, pero no responde.

Entonces se acerca a mí, pasa sus manos por mi cintura y me besa. Sus manos comienzan a jugar con mi bata para dormir y antes de que pueda protestar me la quita.

— No abras los ojos –. Me regaña cuando intento hacerlo.

— ¿Qué haces? – Vuelvo a preguntar.

— Pronto lo sabrás.

Me despoja de todo, me alza en sus brazos y me deposita en la cama. Hay algo extraño en las sábanas, no son las mismas, y siento que ahora tiene algo plástico encima. Escucho los pasos de Damián por toda la habitación y en cuestión de minutos está a mi lado. Segundos después siento como unas gotas de algo caen en mi brazo, intento tocarlo, pero me detiene.

— Quédate quieta.

Comienza a derramar algo tibio por todo mi cuerpo y me va dando un rico masaje desde mis pies hasta mi cuello –. Huele delicioso –. Sube a mi cara y aplica más en ella.

¿Es chocolate?

Coloca trozos de algo encima de mí y vierte más chocolate encima. No me muevo, no hablo, sólo siento y me encanta como sus manos pasan por todo mi cuerpo una y otra vez. Damián se coloca de pie y se sienta cerca de mi cara.

— Abre la boca —. Hago lo que me pide.

— ¿Si vez lo fácil que es obedecer? — Dice y sé que se está riendo.

Levanto mi mano y le saco el dedo del medio, de inmediato suelta una carcajada y me lo muerde despacio.

— Grosera — dice aun sonriendo

— Acostúmbrate — respondo con una sonrisa.

Damián derrama gotas de chocolate en mi boca, pega sus labios en los míos y comiéndoselos por completo, los muerde, los chupa, los devora.

— ¿Te gusta lo que hago? — Pregunta y yo asiento. Sólo quiero que siga. De pronto se coloca de pie y lo siento a un lado de la cama.

— ¿Qué pasa?

— Acabo de prepararme un delicioso desayuno.

Abro los ojos y veo mi cuerpo empapado de chocolate y trozos de frutas por doquier. Lo miro asombrada y entonces añade:

— Estoy pensando seriamente por dónde empezar.

Sonrío. Es inevitable no hacerlo.

Esto se siente increíble.

— ¿Qué tal si empiezas por aquí? — Levanto mi brazo muy despacio, el chocolate y los trozos de frutas comienzan a resbalar. Él se acerca al instante.

— Serás el mejor desayuno de mi vida —. Posa sus labios sobre mí y su boca me devora.

Cuando acaba con mi brazo subo una pierna y corre por ella, no puedo evitar sonreír cuando me dice:

— No quiero desperdiciar una gota de mi desayuno —. Pasa su lengua por mi pierna y un escalofrío recorre mi cuerpo —. Tengo mucha hambre.

Muero de risa cada vez que tiene que correr para que no se derrame nada.

— No volveré a desayunar de otra manera que no sea sobre ti — me dice al llegar a mi boca.

Pasamos una mañana maravillosa y el desayuno ¡Uff! —. Suspiro—. Sin duda el mejor de nuestras vidas. Jamás ningún hombre había tenido estos detalles conmigo, todo es nuevo y me agrada.

Por la tarde, después de jugar un poco y a nuestra manera en la piscina, a Damián le surge un imprevisto y se va a su despacho. Yo decido broncearme

un poco y llamar a mi abuela.

— Eli mi niña.

— Abuela ¿Cómo estás?

— Muy bien mi niña ¿y tú?

— Bien abuela ¿Cómo está Bea?

— Muy bien ahora en el trabajo y cuéntame ¿Cómo te fue en los exámenes?

— Los resultados los entregan mañana, pero todo saldrá genial, debes estar lista para venir a mi grado.

— Avísame con tiempo para comprar los pasajes en autobús.

— Nada de eso abuela, ese viaje es muy largo, te compraré unos tiquetes de avión.

— Yo no me montaré en esos aparatos –. Me regaña.

— ¡Abuela!

— No Elizabeth, si quieres que vaya será a mi manera.

— No lo discutiré contigo, ya lo arreglaremos –. No es momento de ponerse a pelear.

— Cuéntame mi niña ¿Algún chico lindo que a mi nieta le llame la atención? – Sonríe, como siempre a ella no se le escapa nada.

— Hay alguien –. Me coloco de pie.

— ¿Hay alguien? – Pregunta sorprendida y yo sonrío.

Siempre que me preguntaba le decía que no.

— Sí abuela.

— ¿Cómo se llama el afortunado?

— Se llama Damián –. Camino por el borde de la piscina y sonrío al recordar su nombre real.

— Damián, que lindo nombre ¿Te trata bien?

— Claro que si abuela, es muy atento y se preocupa por mí.

— Me alegro mi niña, ya era hora que llegara un buen hombre a tu vida, espero que todo salga bien.

— También lo espero abuela –. Siento sus manos en mi cintura, mete su cara en mi cuello y me besa.

— Abuela tengo que dejarte, te llamaré después.

— Claro mi niña, no te olvides de esta vieja.

— Jamás te olvido.

— Cuida ese pedacito de vida.

— Lo haré abuela, igual tú. Te quiero –. Cuelgo.

— ¿Cómo está tu abuela? – Pregunta dándome pequeños mordiscos en el

cuello.

— Está bien, aunque la verdad la extraño mucho –. Se pone frente a mí y me besa – ¿Todo solucionado?

— Sí, ya soy todo tuyo – dice, mientras me quita el teléfono de las manos y lo lanza al sofá, me levanta en sus brazos y no me gusta su mirada.

— Espera ¿Qué vas hacer? – Le pregunto con una tonta sonrisa en los labios.

— Cállate y bésame – dice al pegar sus labios a los míos y en cuestión de segundos caemos juntos a la piscina.

CAPÍTULO 28

Al día siguiente volvemos a la ciudad, Damián tiene asuntos importantes que resolver y no quiere dejarme sola. Es muy extraño que tenga reuniones y vaya informal hoy, pero sin duda esa camisa manga corta color salmón le queda genial.

Me entran los calores.

Vamos rumbo a la ciudad, mientras Damián me cuenta algunos planes arquitectónicos que tiene en Dubái, y que pronto debe hacerse cargo de ello. Me pongo triste de pensar que se tiene que ir, pero trabajo es trabajo. De un momento a otro suena su teléfono.

— Alex... ¿Ya están aquí? Entiendo, ya voy con Sergio para allá... llegaremos pronto.... Sí, resuélvelo... Entendido –. Cuelga y me mira fijamente.

— ¿Qué pasa?

— Te tengo una sorpresa.

Él y sus sorpresas.

— ¿Para mí? – Pregunto desconcertada ¿Qué tramará ahora?

— Sí, para ti cariño –. Me besa.

— ¿Qué es? – Pregunto intrigada.

— Si te digo no sería sorpresa, ya lo verás –. Desabrocho mi cinturón y me siento en su regazo.

Cuando llegamos a casa veo a Ena afuera hablando con Alex. Miro a Damián y este sonríe.

— ¿Qué está pasando? – Pregunto.

Este me mira, pero no dice nada. Me saca del coche, pasa su mano por mi cintura y me dirige adentro de la casa sin decir una palabra.

Cuando llegamos a la sala, casi me da algo de la impresión, no puedo creer lo que veo. Están aquí y emocionada, corro hacia ellas.

— ¡Abuela! – Grito contenta –. ¡Tía Bea!

— Mi niña –. Les doy un gran abrazo y muchos, muchos besos.

— Pero ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué hacen aquí? Apenas hablamos ayer y no me dijeron nada –. Las dos sonríen y señalan tras de mí.

Volteo y ahí está él, con una gran sonrisa. Corro a su encuentro y me tiro en sus brazos

— ¿Te gustó la sorpresa? – Me pego en sus labios.

— Me encantó, gracias, gracias –. Lo abrazo fuerte.

— A ti, ya lo sabes cariño.

— Cállate, cállate y bésame —. Pego mis labios de nuevo en los suyos dándole un gran beso de agradecimiento.

— Pero bueno, ya dejen de besarse o me las llevo de vuelta.

Entra Ena a la sala, y yo sonrío aún pegada en sus labios, le doy un corto beso y me volteo a verlas.

— ¿Este señor es de quién me habías hablado? — Lo mira de arriba abajo. Sonrío.

— Sí abuela.

— ¿Le hablaste a tu abuela de mí? — Me pregunta sorprendido. Asiento y creo que ya me he puesto roja de pena.

— Mucho gusto señora —. Le da la mano y la saluda gentilmente

— El gusto es mío señor, al ver todo lo que haces por mi niña, pero por favor dime Bertha.

— No es molestia y por favor llámame... Damián —. Asiente y sonrío al escucharlo, ya he ganado la guerra.

— Señorita —. Saluda a mi tía Bea y esta lo mira encantada, mientras yo ruego que cierre la boca y no diga nada, pero conociéndola como la conozco sé que no se aguantará.

— Piojosa, a mí no me habías contado nada de este hermoso galán —. La miro y quiero matarla con la mirada.

¿Cómo me llama así delante de él? y más sabiendo ella, que eso es algo íntimo de la familia.

Cuando mi abuelo murió fue algo muy duro para todas, y como él me llamaba así, ya que cuando pequeña siempre andaba muy mugrosa y vivía entre el barro y la tierra, me puso ese apodo, Bea por cariño comenzó a llamarme igual, y yo se lo permito, porque es una bonita manera de recordarlo, pero delante de Damián ¡Joder! la mato.

Todos pensaran al escucharla, que deben tener cuidado con mi cabello.

¡Qué horror!

— Piojosa, deja que las chicas se enteren —. Suelta Ena tras de mí, ruedo los ojos y niego con la cabeza. Bea y ella sueltan una carcajada al instante y yo quiero matarlas.

¡Dios, bendícelas, pero no las multipliques!

Nos sentamos en la sala y hablamos un rato de todo, en algunos momentos nuestras miradas se cruzan y me sonrío, se le ve relajado y feliz al igual que lo estoy yo gracias a él. Ya quiero que estemos solos para comérmelo a besos sin interrupciones.

— ¿Cómo lograste que vinieran? – Pregunto confundida –. Ella a mí me dijo que jamás se montaría en un avión.

— Siempre consigo lo que quiero cariño, no lo olvides.

— Además, yo ayudé bastante – dice Ena.

— Sí, Ena fue un gran fastidio, no dejó de insistir – dice mi abuela y esta sonrío.

— También te quiero abuela – suelta Ena, dándole un beso en la mejilla

— Las extrañé, ya moría por verlas.

— Nosotras también Eli – responde mi abuela.

Bea que está a mi lado, me abraza y me dice al oído para que nadie nos oiga.

— Ya me había dicho mamá que había un chico, pero no le creí nadita y mucho menos imaginé que fuera semejante papacito –. Al escucharla pongo los ojos blancos y ella sonrío. Que imprudente es.

Hablamos un buen rato, reímos y la pasamos muy bien. Aunque me pongo roja de pena cada vez que mi abuela o Bea salen con sus cosas delante de Damián.

¡Trágame tierra y escúpeme en un crucero por el caribe, porque aquí ya valí!

Después de hablar un buen rato Damián nos invita almorzar, pero para su sorpresa mi abuela se niega.

— Nada de eso, ya usted nos ha traído aquí, ahora nosotras le prepararemos un rico almuerzo – dice mi abuela poniéndose de pie.

— No se moleste señora Rodríguez, puedo invitarlas con gusto.

— Le he dicho que no, hace tanto frío afuera, que se me congelarían mis huesos al salir –. Todos sonreímos mientras ella se acomoda la chaqueta y tiembla.

— Es mejor que aceptes – le digo acercándome a su oído –. No habrá poder humano que la haga cambiar de opinión.

— Entre todas te cocinaremos algo –. Mi tía Bea se pone de pie y yo la miro.

¿Desde cuándo ella cocina?

— Vengan por aquí –. Ena sale de la sala llevándose las consigo.

— ¿Si me puedo fiar de ustedes? – Me sujeta por la cintura y me pega a él.

— Quizás –. Me encojo de hombros y sonrío –. Luego de que lo pruebes veremos qué te pasa –. Sonríe. Cuanto me gusta esa sonrisa.

— Mientras están en la cocina trabajaré un poco aquí en la sala –. Pega

sus labios a los míos y me besa –. Así podremos pasar la noche juntos.

Asiento, acerco nuevamente mis labios a él y me pierdo encantada.

— Ya por favor, busquen un cuarto – dice Ena al volver a la sala –. Me voy.

— ¿A dónde vas?

— Se me presentó algo en la oficina, los acompañaré en otro momento.

Me despego de Damián y la abrazo, agradeciéndole que haya ayudado a traer a mi familia, Ena me da un beso en la mejilla, me guiña un ojo y se va.

— Iré a la cocina, te llamaré cuando todo esté listo –. Vuelve acercarme a él y pega su frente a la mía.

— Te idolatro infinitamente.

— Y yo a ti –. Le doy un delicado beso y corro a la cocina.

Escucho voces y cuchicheos en la cocina, cuando llego a ella mi abuela y Bea hacen silencio.

— ¿No es muy grande para ti? – Pregunta Bea acercándose a mí.

— Mira quién habla –. Le doy un beso y ella sonríe.

Juan es mil veces mayor que ella.

— Pero ese los treinta ya no los cumple.

— La edad es lo de menos tía y él de verdad me gusta – digo sin darle importancia.

Este hombre me gusta tanto, que ni siquiera he pensado en el detalle de la edad.

— Parece un buen tipo mi niña.

— Lo es abuela.

— Ya era hora que te fijaras en algún hombre. ¿Hace cuánto no estabas con uno?

— ¡Tía! – La miro y sonríe –. Estoy con él ahora y es lo que importa – respondo apenada por su comentario.

— Mamá ¿Que especialidad le prepararás a mi cuñado?

— Se llama Damián, Beatriz – dice, revisando la nevera.

— Hay que prepararle algo bien costeño –. Propone Bea.

— ¿Qué se les ocurre?

— Un rico sancocho de gallina, con gallina guisada en salsa de coco, arroz y una deliciosa ensalada verde – dice mi abuela, mientras saca todo lo que necesita de la nevera–. ¿Qué les parece?

— No más de oírlo ya me dio hambre – dice Bea, que camina hacia la nevera. Comenzamos a sacar las cosas y Bea pregunta – ¿Si le gustará?

— Si no le gusta la sazón de la abuela, es porque tiene un muy mal gusto – le digo.

— Se ve que es un hombre de un muy buen paladar, además está con mi niña, así que buen gusto si tiene –. Todas nos reímos y comenzamos hacer el almuerzo.

Mi abuela hace la mejor comida de toda la costa, así que espero que a Damián le guste. Ayudo a picar algunas verduras y en varias ocasiones Bea sale de la cocina y demora eternidades en volver. En un momento determinado intento ir tras ella y mi abuela me detiene.

— Tú lo que no quieres es ayudar – le digo cuando regresa.

— Las chefs de la casa son ustedes, yo mejor veo –. Sonríe y se sienta en la barra, pero se ve extraña –. Yo estoy aquí para probarlo todo y decirle que tal va, ya saben soy la mejor crítica que pueda existir en la gastronomía.

— Serás floja – digo y soltamos una carcajada, mientras mi abuela niega con la cabeza y la mira con reproche.

Sé que pasa algo, y yo estoy dispuesta a averiguar qué es.

Llevamos un buen rato metidas en la cocina, así que yo decido hacer un rico flan de arequipe como postre. Nos divertimos hablando y cocinando juntas. Estoy dichosa de tenerlas aquí.

Suena mi móvil.

Lo reviso y veo un mensaje de Damián.

< Espero que sepa tan bien como huele.

PD: Ahora él que quiere usarte como alimento comestible soy yo, ya quiero comerte a besos. >

Suelto una carcajada y ellas voltean a mirarme, sonrían y niegan con la cabeza. Respondo rápidamente antes de que comiencen con su interrogatorio.

< En breve lo sabrás, ya casi está listo.

PD: Primero te alimento y después me utilizas como quieras>

Minutos después está todo listo, así que voy a colocar la mesa. Al terminar voy en busca de Damián, llego a la sala y está sentado en el sofá con la mirada fija a su computador. Al darse cuenta de mi presencia lo cierra y se acerca a mí, al llegar pasa sus manos por mi cintura, me acercan a él y posas sus labios en los míos. Su beso es suave, delicado, urgido y fortalecedor.

— ¿Pasa algo? – Lo miro extrañada.

— Sólo muero de hambre –. Sonríe.

— Vamos, ya está listo – le digo, ignorando su comentario en doble sentido.

Salimos al comedor, Damián pasa su mano por mi cintura y me sostiene junto a él. Cuando llegamos, Bea ya está poniendo la comida en la mesa, Damián se sienta y cuando Bea le sirve me mira fijamente y después ve su plato. Sonrío.

— Siento que este no sabía que las gallinas se podían comer – me dice Bea al oído cuando pasa por mi lado –. Los riquillos siempre comen cosas raras.

Trato de reprimir una carcajada, porque mi abuela al otro lado de la mesa nos mira con reproche. Nos sentamos todos juntos y comenzamos a comer.

— Espero que te guste Damián – dice mi abuela, cuando esté se dispone a comer.

— Debe estar delicioso Señora –. Sonríe y mira su plato.

— Mi mamá hace las mejores comidas, no te arrepentirás –. Comenta Bea.

— Esta es una comida típica de dónde vengo.

— ¿La costa? – Pregunta y yo muevo la cabeza en señal de aprobación.

— Buen provecho – dice antes de empezar a comer.

Todas nos miramos y sonreímos, estamos a la espera que diga algo.

— Está deliciosa –. Levanta la cabeza y mira a mi abuela –. Me la llevaré para que me prepare esto en Londres.

— No Señor.

Mi abuela deja de comer aterrada y añade:

— No me vuelvo a montar en un aparato que vuela en lo que me resta de vida.

Todos soltamos una carcajada, mientras ella niega con la cabeza y resopla.

— Que dramática eres abuela.

— Nada de dramática, ya dije que no me vuelvo a montar en eso y punto.

— Mamá ¿Cómo piensas regresar a casa? – Le pregunta Bea.

— En autobús, así me demore una eternidad.

— ¡Abuela! – La regaño.

— ¿Ustedes se imaginan el porrazo que me iré yo a dar, si esa máquina se cae de allá arriba? – Bea y yo no podemos dejar de reír al escucharla.

— Tranquila Bertha, los aviones son mucho más seguro que los autobuses –. Interviene Damián.

— No mijito, no me convencerá –. Mi abuela es muy terca, ya saben la edad no viene sola.

Todos hacemos silencio y volvemos a nuestros platos. La comida está exquisita, sin duda mi abuela es la mejor chef del mundo mundial. Seguimos

comiendo tranquilos y en silencio hasta que Bea necesitada de información comienza el interrogatorio.

— ¿Toda tu familia está en Londres? – Pregunta.

— Sí claro – responde algo incómodo.

— ¿Qué haces aquí en Colombia? – Sigue preguntando.

— Vengo por negocios.

— Y mi niña ¿Dónde queda? – Salta mi abuela al ataque.

— Por ella me he quedado más tiempo del que debería –. Coloca su mano en mi rodilla.

— ¿Del que deberías? – Insiste Bea.

— Debí volver hace mucho, pero sin duda Eli es más importante –. Me mira y sonrío.

— ¿No extrañas estar allá? ¿No extrañas a tu familia? – Sigue mi tía al ataque.

— Me he amañado en Colombia –. Levanta mi mano y besa mis nudillos –. Mi familia ya está acostumbrada a mis viajes.

— ¿Y tus padres? – Al escuchar su pregunta miro de inmediato a mi abuela –. Tú madre se debe sentir sola si su hijo se la pasa viajando.

Damián se mueve incomodo en su silla y me mira en busca de ayuda, así que yo le respondo:

— Abuela, su madre falleció hace algún tiempo –. Coloca su mano sobre la mía y la aprieta en forma de agradecimiento.

Lo miro y en su mirada hay tristeza.

Se me encoje el corazón.

— No tenía idea, lo siento, no quería hacerte pasar un mal momento – dice mi abuela, algo apenada.

— Tranquila, no es nada – responde este quitándole importancia, pero sé que la tiene y más de la que él mismo pudiera reconocer.

— Bueno, si ya han terminado todo serviremos el postre –. Interviene Bea tratando de cambiar del tema.

Me levanto de la mesa, le ayudo con los platos y salimos a la cocina.

— Apurémonos, no quiero dejar a esos dos solos mucho tiempo – le digo a Bea, cuando entramos a la cocina. Sonríe, pero no dice nada. De un momento a otro suspira.

— ¿Qué pasa?

— Nada mi Eli –. Se encoje de hombros – ¿Qué podría pasar?

— ¿Segura?

— Segurísima —. Me da un beso en la mejilla —. Mejor sirvamos el postre, antes de que mamá le cuente a Damián tus historias de pequeña y quien sabe qué otras cosas.

¡Oh Dios mío!

Saco el postre del refrigerador y cuando empiezo a servirlo veo como Bea sale corriendo hacia el baño. Me voy tras ella.

— ¿Tía estás bien? — Toco la puerta, pero no responde — Bea ábreme, por favor.

— Ahora salgo.

— ¡Abre ya! — Grito preocupada. Sale del baño y está toda pálida

— Está todo bien — dice apenas me ve.

— ¡Todo bien! — Le digo enojada —. Santo cielo ¿Te has visto en un espejo? Estás blanca como un papel.

— Solo fue algo que me cayó mal, no te afanes.

— ¿Qué no me afane? Apenas probaste la comida.

— Llevo varios días mal de estómago, sólo es eso Elizabeth. — dice quitándole importancia, pero no le creo.

— No soy boba Beatriz, desembucha, te he notado rara.

— Te digo que no es nada Elizabeth, ya no me jodas —. Suelta de pronto.

Al escucharla doy media vuelta, cojo los postres y salgo de la cocina enojada. Sé que hay algo más y me duele que no confíe en mí.

— Piojosa, espera — grita, pero no la reparo y sigo mi camino.

Cuando llego Damián y la abuela no están ahí, enseguida salgo a buscarlos y los encuentro en la sala.

— ¿Qué tanto hablan ustedes dos? — Digo al llegar.

— Nada mi niña, conociendo un poco más a Damián — responde mi abuela con una sonrisa.

— Bertha me ha dicho que si te hago sufrir me costará — dice Damián con cara de pánico.

— ¡Abuela! — La regaña y los dos sueltan una carcajada.

Ese par, ya se han aliado.

Comemos el postre y hablamos un rato, como cosa rara soy el tema de conversación y no pude evitarlo. Le cuenta mil cosas de cuando vivía en Montería y lo feliz que está de que él me haga feliz. Casi me hace llorar.

Pasamos un día encantador, aunque no vuelvo a cruzar palabra con Bea, por la noche Damián nos invita a cenar a un lindo restaurante y esta vez no acepta un no por respuesta. Nos divertimos y la pasamos increíble, aunque

Bea estuvo callada casi toda la noche, no comió casi nada de su plato y desaparecía en ocasiones.

En unas de sus salidas la sigo hasta el baño e insisto en llevarla a la clínica, pero se niega, me dice que ya se siente un poco mejor y yo no sigo insistiendo, allá ella. Cuando llegamos a casa todos nos vamos a descansar. Subo a mi cuarto y Damián cierra la puerta tras de mí.

— Ven aquí cariño ¿Qué te pasa? — Me toma del brazo y me da media vuelta. Niego con la cabeza y él pegando su frente a la mía añade: — A mí no me engañas, ya te conozco bien.

— Estoy un poco preocupada por Bea —. Me da un corto beso y me levanta en sus brazos.

— ¡Damián! — Grito.

— Tranquila, todo va a estar bien — dice, metiéndome a la ducha aún con ropa.

— Si mi abuela supiera todo lo que me haces sufrir te decapitaría —. Sonrío, tomo un poco de Shampoo y lo sobo por su cabello, mientras me deposita en el suelo.

— ¿No quieres que te haga sufrir así?

Me acerca a él, con una mano me sujeta y comienza a darme pequeños y suaves mordiscos por mi cuello, mientras con su otra mano me hace cosquillas.

— ¡Damián! no, para ya — grito, pero no se detiene.

— ¿Quieres decapitarme Amargada? — Una pícaro sonrisa sale de sus labios.

— Damián, por favor —. Le ruego, deja de hacerlo y me pega a él.

— Te idolatro Piojosa —. Una tonta sonrisa sale de mis labios.

— Y yo a ti Ken Doll —. Pega sus labios en los míos y su boca se apodera del momento.

CAPÍTULO 29

Mi abuela y Bea llevan varios días aquí conmigo y soy la mujer más feliz del mundo; mi tía ya tiene mejor semblante, pero no dejo de preocuparme. Con Damián las cosas van de maravilla, a excepción de la vez que salí con Ena en su coche y pasé de Alex, se enojó de tal manera que creo que la próxima vez si me encerraría.

No sé qué le pasa a este hombre con los coches.

Con mi abuela y Bea, Damián es otro cantar, si no estuviera conmigo ya Bea le hubiera echado el diente, es tan atento con ellas que hasta estoy celosa.

Voy a la universidad a recoger algunas notas y arreglar todo lo del grado que será en menos de dos semanas. Salgo a la cafetería con las chicas, mientras esperamos que nos reciban algunos papeles.

Suena mi móvil.

— Hola Pablo cuéntame – respondo, al ver que es el número de uno de los chicos que trabaja en mi tienda.

— Señorita Elizabeth ha pasado algo –. Su voz tiembla y me preocupo al instante.

— ¿Qué ha pasado? – Pero no dice nada –. Pablo ¡Dímelo ya!

— Han robado la tienda.

— ¿¡Qué?! – Casi me caigo de la impresión.

— Lo siento, lo siento, todos estábamos pendientes, pero de la nada llegaron unos tipos y, y...

— Cálmate por favor, no es culpa de nadie. ¿Todos están bien?

— Sí, sí, sí, pero la tienda, la tienda... – Repite desesperado.

— Pero nada Pablo, cálmate. ¿Llamaste a la policía? – Le digo y las chicas me miran alarmadas.

— Ya viene en camino.

— Bueno voy saliendo para allá, tranquilízate, todo va a estar bien –. Cuelgo.

— ¿Qué pasó? – Melisa me mira asustada.

— Han robado la tienda, me tengo que ir.

— ¿Qué? ¿Cómo ha pasado? – Grita Paty.

— No lo sé, Pablo me ha llamado y está muy alterado, no me ha dicho mucho, pero debo irme ya.

— Te acompaño – dice Melisa que me agarra del brazo.

— Yo me quedaré, entregaré sus papeles y recogeré sus notas, me avisan como va todo cuando lleguen.

— Gracias Paty —. Nos despedimos y salimos a mi tienda.

En el camino decido llamar a Ena y a Damián, los dos me dicen que llegarán enseguida y me ayudarán con todo. Alex nos lleva en tiempo récord, sin duda es el mejor piloto del mundo.

Cuando entro a mi tienda los policías están hablando con mis empleados y estos tienen cara de espanto, la tienda está hecha un desastre, todas las vitrinas en el piso, ropa picada por doquier, vidrios y estanterías destrozadas.

¡Ay Dios mío! Que me da.

— Señorita, que bueno que llegó — me dice Pablo, quien está más blanco que una hoja de papel.

— Cálmate por favor, todo va a estar bien — le digo, tratando de tranquilizarlo, aunque yo esté peor que él al ver tremendo desastre.

Quiero llorar.

— ¿Usted es la dueña de la tienda? — Dice uno de los policías que se acerca.

— Sí señor agente —. Lo saludo cordialmente —. Elizabeth Torres.

— Es un gusto señorita, soy el comandante Vargas — me dice amablemente —. Deben acompañarme a hacer la denuncia y tomar las diferentes declaraciones.

— Como diga, enseguida lo haremos, sólo deme unos minutos

— ¿Están todos bien? — Pregunto, mientras Cesar abraza a Susy. Está muy nerviosa.

— Sí, todos bien Eli, ya se nos ha pasado un poco el susto —dice Sara acercándose a mí.

— Pero ¿Qué diablos ha pasado? — Damián entra y pregunta preocupado. Se acerca y me da un beso — ¿Estás bien?

— Tranquilo estoy bien.

— ¿Cómo pasó? — Pregunto sin dejar de abrazarme.

— Estábamos atendiendo como de costumbre, cuando llegó un muchacho muy raro a la tienda, Pablo y yo estuvimos pendientes, Cesar y Susy estaban atendiendo a otros clientes y Mónica estaba en la bodega tratando de arreglar lo del pedido que no se ha podido devolver.

Sara hace una pausa, suspira y añade:

— Él muchacho fue a la sección masculina y miro varios trajes, luego eligió dos y vino a pagar a la caja, en ese momento llegan varios hombres armados e hicieron varios disparos al aire, los clientes salieron corriendo y en ese momento uno cogió a Pablo y el otro a Cesar, les apuntaban con sus armas,

mientras nosotras... nosotras.... – Su voz se parte y comienza a llorar.

— Calma, tranquila ya todo pasó – le digo, mientras Melisa les entrega un vaso de agua con un poco de azúcar. Todos están muy nerviosos.

Susy que ya está más calmada prosigue:

— Los hombres le apuntaban con sus armas, mientras nosotras hacíamos lo que nos pedían, se llevaron todo, el dinero de la caja, relojes, billeteras y mucha ropa, no pudimos hacer nada, no nos vaya a despedir –. Termina preocupada.

— Tranquilos, no ha sido su culpa, a cualquiera le pudo pasar – les digo tratando de calmarlos –. Lo importante es que todos están bien.

— Dijiste que llegó un muchacho muy raro ¿Cómo era? –Pregunta Damián.

— Alto, cabello oscuro un poco largo, con risos, ojos verdes....

— ¿Que tenía de extraño? – Pregunta Melisa –. Lo que estaba era buenísimo –. La miro y sonrío.

Ni en los peores momentos deja sus cosas.

— Tenía una fea quemadura en la mejilla y en sus brazos muchos tatuajes –. Damián se separa de mí al escucharla.

— ¿Estás segura? – Pregunta extrañado.

— Sí, completamente señor y en las grabaciones se debe ver mejor.

— ¿Qué pasa? – Toco a Damián y está frío – ¿Lo conoces?

— No –. Se aleja y se dirige a donde están varios policías.

Suena mi teléfono.

— Eli dulzura ¿Qué ha pasado? ¿Cómo estás? voy saliendo a la tienda –. Suena preocupado.

— Tranquilo Lucas, ya todo está bien, llega a la fiscalía, ya vamos saliendo para allá.

— Listo –. Cuelgo.

Me acerco a Damián y este tiene cara de espanto.

— ¿Qué pasa? – Miro en su dirección y en el piso hay ropa despedazada y una nota escrita con sangre.

¡Sangre!

<Nunca conseguirás ser feliz, nunca mientras yo viva>

Miro la nota extrañada y pienso quién podría ser y a que podría referirse, pero no doy con nadie, por más que lo pienso más raro se me hace todo. Me quedo ida por unos segundos mirando la nota, minutos después levanto mi cabeza y miro a Damián detenidamente quién no aparta la mirada del piso.

— ¿Qué pasa? ¿Sabes quién hizo esto? – Pregunto al ver su reacción, pero

no me mira, no responde, sólo mira la ropa destrozada y la nota.

Lo cojo del brazo y lo muevo, sacándolo de donde sea que se haya ido.

— No, vamos a la fiscalía —. Se limita a decir, mientras me coge por la cintura.

Cuando llegamos a la fiscalía me encuentro con Ena y Lucas, hacemos la respectiva denuncia y me ayudan con todo lo necesario, mientras los chicos dan sus declaraciones y relatan con pelos y señales todo lo sucedido.

A mí también me toman declaración y me hacen mil preguntas referentes a todas las personas que me rodean y después de pensarlo mucho, si no es Gregory no sé quién podría ser.

Damián sigue actuando muy extraño, se la pasa pegado al teléfono la mayor parte del tiempo y apenas me mira, apenas y se da cuenta que estoy cerca de él. Esperamos un rato más a que los chicos terminen para irnos, la fiscalía se hará cargo de todo para dar con los culpables.

— Todo va a estar bien dulzura, el dinero se recupera — dice Lucas mientras me abraza.

— Sí, lo sé — digo, algo desanimada por cómo han dejado la tienda, las perdidas serán desastrosas.

Minutos después aparecen los chicos con las caras largas, y consciente de lo sucedido les digo:

— Chicos tómense unos días libres, yo pasaré a arreglar la tienda un poco mañana, para ver si puedo abrir lo antes posible y recuperar lo perdido.

— Eli no te preocupes, yo voy mañana y te ayudo —. Sara se pone de pie para irse a su casa.

— Yo también te ayudo, tres pares de manos trabajan más que dos — dice Pablo.

— Chicos deben descansar después de lo sucedido, yo me las arreglaré, no se preocupen.

— Sí chicos, vayan a descansar, yo la ayudaré con todo —. Melisa intenta convencerlos.

— Así que no se diga más, descansan y nos vemos el jueves en la tienda.

— Está bien, que tengan linda noche — dicen, al darse cuenta de que no cederé.

— Igual ustedes chicos.

Hablo con todos unos minutos más, ya que algunos tienen miedo de perder su trabajo, pero el problema, es que ni yo misma sé, si todavía tengo tienda. Trato de no pensar en el desastre que vi y ser positiva, todo se solucionará.

— Melisa tú vete tranquila, yo mañana me quedaré arreglando todo, no tienes que ayudarme.

— ¿Estás segura? – Me mira no muy convencida –. Para mí no sería problema.

— Segura – le digo, mientras le doy un beso –. Gracias por acompañarme hoy.

— Sabes que siempre cuentas conmigo –. Me abraza y me da un beso en la mejilla –. Ya verás cómo se soluciona.

Mientras despedía a los chicos, Lucas, Ena y Damián están arreglando algunos asuntos legales, como no se mucho del tema Ena se encargará de todo. Yo confío plenamente en ella.

— Mañana a primera hora estaré en la tienda contigo, irán a revisar las cámaras y toda la tienda en busca de evidencia – dice Ena, mientras caminamos al parqueadero.

— Yo también iré mañana, y hay que replantearse el tema de la seguridad Elizabeth – me dice Damián, mientras me besa la frente.

— Tu tienda ha subido de categoría muy rápido, manejas mucho dinero y ropa de diseñador muy costosa –. Interviene Lucas –. Fue un blanco fácil.

— Lo había hecho, coloqué más cámaras de seguridad.

— No es suficiente, hay que contratar a las personas adecuadas para que la vigilen –. Interviene Damián.

Aunque creo, que será caso perdido, ya la han robado.

— Bueno, mañana te ayudaré con todo eso, ahora váyanse a descansar, lo necesitan – dice Lucas, dándome un beso en la mejilla y demorándose más de lo necesario. Siento como Damián se tensa a mi lado.

— Gracias Lucas, nos vemos mañana – digo, mientras se sube a su coche.

— Las llevaré a casa – dice Damián, mientras Alex abre la puerta.

En el camino todos estamos en silencio, nadie dice nada y la tensión es evidente. Yo aún no puedo creer que esto me esté pasando.

<Nunca conseguirás ser feliz, nunca mientras yo viva.>

Es lo único que pasa por mi cabeza, no fue un simple robo, alguien quiere hacerme esto, pero ¿Quién?

— Hasta mañana – dice Ena, cuando se baja del coche al llegar a casa y yo vuelvo a la realidad.

— Hasta mañana Ena, dale un segundo a Elizabeth, ya te alcanza – responde Damián, y yo lo miro confundida.

— ¿No te quedarás? – Pregunto.

— No – dice secamente.

— Me iré contigo – le digo, abrumada por su lejanía.

— No Elizabeth, tengo asuntos que resolver, mañana te veré en la tienda – me dice enojado.

— ¿Pasa algo? – Le pregunto cansada de su comportamiento.

Ya volvió el Damián bipolar.

¡Estaba demorando!

— Mucho trabajo y cosas pendientes – dice acercándose a mí –. Estoy preocupado por ti, por todo esto.

— Estoy bien Damián –. Lo miro fijamente –. Sé que hay algo más y no quieres decírmelo.

— Ya te dije que nada Elizabeth, tengo trabajo, entiende –dice, más alto de lo normal y su tono me molesta.

Me bajo del coche enojada y tiro la puerta al salir, camino con decisión hacia la casa y siento que se baja tras de mí, antes de llegar a la puerta me toma del brazo.

— Lo siento, lo siento, sólo tengo cosas por resolver –. Pasa sus manos por mi cintura y me pega a él.

— Suéltame Damián, estoy cansada y quiero dormir –. Intento separarme y me sujeta más fuerte.

— No me gusta que otro te bese – dice de pronto confundíendome.

— ¿Qué?

— Tu amigo, lo quiero lejos de ti.

— ¿Qué amigo?

— El tal Lucas.

— ¿Estás loco?

— No.

— Lucas es sólo un gran amigo. ¿Qué carajos pasa contigo? – le digo más enojada ahora.

— Estoy terriblemente celoso – dice, pegando sus labios a los míos, me muerde el labio inferior y se apodera de mi boca solo como él sabe hacerlo. Cuando se aparta de mi pega su frente a la mía y añade: – Eres mía, solo mía, completamente mía.

— Tuya – reafirmo.

— Descansa, mañana Alex pasará temprano por ti y te llevará a la tienda, por favor no quiero que estés sola en ese lugar, así que lleva a alguien
¿Entendido?

— ¿Tú no vendrás? – Pregunto decepcionada.

— Llegaré después, tengo una reunión importante en la mañana –. Asiento.
Me da un dulce beso y se va.

CAPÍTULO 30

Al entrar a la casa mi abuela está acostada en el sillón de la sala esperándome, al verme se coloca de pie y me abraza.

— Mi niña ¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido? – Pregunta preocupada.

— Tranquila abuela, todo está bien y tú ¿Cómo estás?

— Bien mi niña, muriendo de frío en esta horrible ciudad –. Sonrío y beso su frente –. Ena me ha contado que han robado tu tienda.

— Sí abuela, pero ya todo está bien, tranquila se resolverá –. Trato de no preocuparla.

— Ay mi niña, si algo te pasara.

— Tranquila abuela, nada pasará – le digo abrazándola. Otra como Damián –. Oye ¿Dónde está la tía Bea? – Pregunto al no verla junto a ella.

— Se ha ido a acostar temprano, estaba cansada –. Asiento. Su actitud es muy extraña, pero ahora no quiero preocupar a mi abuela –. Ven conmigo, tienes que comer algo.

— Abuela estoy muy cansada, preferiría darme un baño y dormir.

— Come algo mi niña, aunque sea un poco –. Insiste –. Estás en los huesos.

— Abuela de verdad, no tengo apetito.

— Sabes que no te dejaré ir sin comer, así que o vas conmigo a la cocina por tu cuenta o te llevo yo, tú decides – dice enojada.

— Ay abuela, que intensa eres –. Sonrió y ella me saca la lengua.

— Contigo, toda la vida –. Me agarra del brazo y me lleva con ella.

Luego de comer el banquete preparado por mi abuela, me doy un baño y me acuesto a dormir –. Muero de sueño –. Pero es inútil dormir, todo lo que pasa por mi cabeza es la actitud de Damián al ver la nota.

<Nunca conseguirás ser feliz, nunca mientras yo viva.>

¿Será obra de Gregory?

¿Será que Damián sabe quién es?

¿Qué voy hacer ahora?

Mi cabeza es un completo desastre al igual que mi tienda –. Suspiro.

Me la paso toda la noche pensando y un sin fin de cosas pasan por mi cabeza, cuando ya es de madrugada no puedo más y caigo dormida.

A la mañana siguiente Alex pasa bien temprano a recogernos, cuando llegamos, nos dirigimos con los señores de la fiscalía a revisar todo el lugar y ver los videos de seguridad. Mientras los vemos trato de reconocer a alguien, pero nadie me parece familiar. Al terminar, Ena se dirige a la fiscalía a

arreglar unos asuntos y yo me dispongo a hacer un inventario con Lucas. Le pongo seguro a la tienda y nos vamos a la oficina.

Como llevo todo bien organizado y computarizado no nos tomará mucho tiempo saber lo que falta eso es lo bueno de estos programas, aunque es un alivio saber que de la bodega no tomaron nada, si ese pedido se pierde estaría en las ruinas. Horas después llama Ena y quedamos en cenar, necesita hablar conmigo urgente.

¿Qué será?

Mientras termino el inventario, no puedo sacar a Damián de mi cabeza, ayer estuvo muy raro cuando le dieron la descripción del hombre que asaltó a tienda ¿Será que lo conoce? Además, no me ha llamado en toda la mañana y eso es más raro, siempre está muy pendiente.

Después de estar algunas horas mirando todos los datos y sacando cuentas tuvimos más de 100 millones de pesos de pérdidas en ropa y 20 millones en dinero en efectivo. Si tenía pensado pagarle a Lucas y expandir mi negocio con esta pérdida nada será posible –. Agacho la cabeza en mi escritorio – ¿Por qué cuando el negocio iba tan bien pasa esto? Las lágrimas corren por mis mejillas. Lucas se pone de pie y me abraza.

— Todo se recuperará, la policía los encontrará –. Intenta darme ánimos, pero es imposible recuperarlo.

Robaron mucha mercancía y aunque en la caja solo había veinte millones de pesos, la mayoría de prendas que dejaron las cortaron demasiado y son irre recuperables.

— Yo te ayudaré a salir de esta – dice Lucas, dispuesto a ayudarme.

— No, eso sí que no – le dijo, mientras intento hacerme la fuerte para no derrumbarme frente a él –. Tú me ayudaste al principio, esto ya es mi responsabilidad, me toca sólo a mí.

— Te ayudaré, para eso estamos los amigos –. Besa mi pelo y me abraza con fuerza.

— Gracias, pero esta vez quiero hacerlo sola –. No quiero abusar de su amistad

Su teléfono suena y sale de la oficina, mientras yo sigo sacando algunas cuentas y pensando cómo recuperar lo perdido, debo hacer algo con lo poco que queda para no irme a la quiebra total, si pude empezar con poco estoy segura de poder lograrlo otra vez.

— Dulzura, me tengo que ir –. Lucas entra a la oficina –. Tengo una cita a las cinco de la tarde y tengo el tiempo justo para llegar.

— Vete tranquilo, ya sólo me queda arreglar este desastre y me iré.
— Llamaré a alguien para que te venga ayudar.
— Tranquilo, yo llamaré a alguien, además Alex está afuera —. Me da un beso y sale de la tienda.

Suena mi teléfono.

— Retoño de mi vida ¿Qué fue lo que pasó en tu *beautiful fashion boutique*? ¿Dime dónde estás para ir de one para allá? — Pregunta Max preocupado.

— Mi Max, estoy en la tienda ahora ¿Te espero?

— De una, ya voy a ayudarte y me pones al día.

— Ok —. Cuelgo.

Salgo de la oficina y al mirar el desastre cierro los ojos con fuerza, aún no puedo creer que esto me esté pasando. Trato de respirar y calmarme un poco, segundos después me pongo a arreglar el local. Max no debe tardar.

Cuando medio término de arreglar me dirijo a la oficina y llamo a Melisa, ella me cuenta que hoy en la universidad todo salió bien, que ella y Paty se encargarán de todos los trámites para poder graduarnos, al colgar llamo a Damián muchas veces, pero no responde, aún no da señales de vida.

Un fuerte estruendo me hace brincar despavorida y siento como el vidrio frontal de la tienda estalla en mil pedazos. Salgo de la oficina y el fuego comienza a arder dentro de la tienda.

Todo está en llamas en cuestión de segundos, intento salvar algo, pero es imposible, todo se quema increíblemente rápido. Me apresuro a salir de ahí, pero la puerta tiene seguro así que me devuelvo a la oficina para coger mi bolso y las llaves, el humo que ya entra hasta mi oficina no me deja respirar bien y cuando por fin encuentro las llaves me dirijo a la puerta, trato de abrirla, pero no abre; está bloqueada por fuera.

¡Mierda!

Mis nervios aumentan y no sé qué hacer, corro a la pared y cojo el extinguidor, comienzo a apagar las llamas, pero no lo consigo, nada las apaga y el agua de mi sistema contra incendios sólo hace que estas crezcan en cuestión de segundos. Una fuerte explosión se escucha en la bodega y grito aterrada, las llamas suben desde la bodega intensificándolo todo, no sé a dónde ir, empujo la puerta con más fuerza, pero esta no cede, estoy perdida, el humo entra por mis fosas nasales cortando mi respiración. Trato de pedir ayuda, pero nadie se acerca. Nadie.

Instantes después veo como Alex intenta abrir la puerta.

No puedo respirar bien.

— Apártese – grita, y veo como saca su arma.

Me alejo y hace varios disparos en la puerta hasta que abre, de inmediato este me toma en sus brazos y me saca de allí.

— ¿Está bien señorita? – Me pregunta, cuando ya estoy fuera del peligro.

— Sí... – Digo sin dejar de toser.

— Madre santísima ¿Estas bien mi Retoño? – Escucho a Max correr hacia mí, pero no puedo responderle, no puedo dejar de toser.

— Respire señorita, respire –. Pongo las manos en mis rodillas e intento calmar mi respiración, mientras Max me da palmadas en la espalda y Alex me levanta los brazos, mientras yo veo horrorizada como la tienda que monté con tanto esfuerzo se esfuma por completo.

Minutos después llegan los bomberos y la policía, Max ha llamado a Ena y esta viene de inmediato; llamo a Damián en varias ocasiones, pero este sigue sin responderme. Le dejo un mensaje de voz.

< Ha sucedido algo, la tienda se ha incendiado, pero no te preocupes estoy bien, llámame apenas escuches esto. >

— Alex ¿Dónde está Damián? – Pregunto preocupada.

— Tuvo un viaje imprevisto anoche, pero ya está de regreso – dice entregándome una botella de agua –. Ya le he informado a Sergio, pero apenas sepa que aterrizó yo me encargaré de avisarle Señorita –. Asiento y tomo un poco de agua. La necesito.

— Gracias por salvarme –. Le doy un beso en la mejilla y sonrío.

— Es mi trabajo Señorita – dice apenado.

Cuando los bomberos logran detener las llamas, no hay rastro de la tienda. Me quedo mirándola horrorizada, mientras muchas preguntas pasan por mi cabeza.

¿Cómo es posible?

¿Cómo me pasa esto a mí?

¿Acaso soy tan mala persona?

¿Por qué Dios? ¿Por qué a mí?

Todos mis esfuerzos y mis sueños chamuscados.

— ¿Estás bien? – Ena se acerca a mí corriendo y se le ve alterada –. Dime que estás bien.

— Estoy bien –. Me abraza con fuerza y cuando se separa añado señalando la tienda –. Mira este desastre.

— Lo sé, encontraremos a los responsables, déjalo en mis manos –. Me da

un beso y se aleja a donde está la policía.

— Mi Retoño, tranquila todo va a estar bien, nuestra abogada estrella lo arreglará todo.

Max siempre está para mí cuando lo necesito y me acompaña en todo momento, pero su optimismo en estos momentos no me convence, ya no me queda nada, pero ignoro mis pensamientos, no lo quiero hacer sentir mal.

— Lo sé, gracias por estar aquí.

— Siempre querida –. Me abraza –. Siempre.

Suena mi teléfono.

— Hola mi niña ¿Cómo va todo? – Pregunta mi abuela.

— Bien abuela, todo va bien –. No tiene por qué enterarse de esto, no quiero preocuparla.

— ¿Te vas a tardar mucho?

— ¿Por qué abuela? – La siento preocupada – ¿Te sientes mal?

— No mi niña, acá todo perfecto, sólo tuve un mal presentimiento y quería cerciorarme de que todo estuviera bien.

— Llegaré apenas pueda y no te preocupes abuela, todo está bien.

— Cuida ese pedacito de vida y regresa pronto.

— Lo haré mi abue, lo haré –. Cuelgo

Me acerco a Ena y hablo con ella para que no le cuente nada a la abuela, no necesita más preocupaciones.

— No te preocupes, no le diré nada, pero recuerda que esto saldrá en las noticias y no podré ir y apagarle la televisión –. Me agarra del brazo y me lleva lejos de todos –. ¿Has vuelto a ver al tarado de Gregory? – Pregunta preocupada.

— ¿Verlo? Pensé que estaba en la cárcel.

— Escapó.

— ¿¡Cómo!?! – No me lo puedo creer, más problemas.

— Alguien lo está ayudando.

— ¿Quién? – La miro aterrada – ¿Qué pasa?

— ¿Recuerdas que lo mandé a investigar? – Asiento.

— ¿Qué descubriste? – Pregunto cada vez más preocupada al ver su cara.

— A Gregory ya lo venían investigando por posible vínculo en una red de narcotráfico y tráfico de mujeres –. Se detiene y me mira fijamente –. Está confirmado, Gregory está implicado, él es nada más y nada menos que la mano derecha del narcotraficante más buscado internacionalmente, además hay sospechas de posibles asesinatos y violaciones a mujeres antes de venderlas,

de esta Gregory no se salva, está hundido hasta el fondo.

— ¿¡Qué!?! – Grito aterrorizada.

— Así como lo oyes, desde hace tres días que escapó y la policía lo está buscando.

¡Mierda!

A mi cabeza vuelve el día que intentó llevarme con él, si Damián no hubiera aparecido...

Un escalofrío pasa por todo mi cuerpo.

— ¿Crees que haya sido el culpable de esto? – Digo señalando la tienda.

— Aún no lo sé, pero si lo vuelves a ver me avisas de inmediato y Eli, no estés nunca sola, puede estar en cualquier lugar –. Volteo y miro por todos lados.

¡Ay Dios!

Esto era lo último que me faltaba.

— ¿Sabes? Me alegra que Damián te haya colocado a Alex como jefe de seguridad, me preocupa que ese tarado ande por ahí.

— No me separaré de Alex hasta que lo encuentren.

Al final de todo, un policía personal no será tan mala idea.

— ¿Estás bien? – Llega Damián de la nada y me abraza fuertemente – ¿Estás bien? Dime por favor que estás bien.

Otro como Ena.

— Lo estoy –. Eso lo único que puedo decir, estoy de verdad enojada con él.

— ¿Qué diablos ha pasado Eli? – Me mira horrorizado –. De verdad, ¿Estás bien? – Vuelve a preguntar.

— Ya te dije que sí – digo molesta.

¿Dónde carajo se había metido?

— Te llevaré a un hospital.

— Que estoy bien Damián, ya te dije –. Pega su frente contra la mía y trata de calmar su respiración.

— Cuando escuché tu mensaje y luego Sergio me lo contó todo pensé lo peor, pudiste haber....

— No me ha pasado nada –. Intervengo y me separo de él, mientras este me mira de arriba abajo –. Alex me ha salvado.

— ¿Cómo pasó todo esto? – Me abraza.

Le pido explicaciones y no me dice nada, ni donde estaba, ni con quien, y mucho menos haciendo que, está como ido mirando lo poco que quedo de la

tienda y preguntándome mil veces como paso, al final desisto y le cuento lo sucedido, mientras él me mira espantado.

— No sé cómo pudo pasar, sólo sé que lo he perdido todo.

— Lo siento – dice de pronto.

— ¿Cómo que lo sientes? – Me separo de él y sus ojos azules están llenos de tristeza.

— Siento todo esto que está pasando Eli.

— No ha sido tu culpa, así que no te disculpes.

— Vámonos, te sacaré de aquí, ya tengo a mi personal encargándose de esto –. Pasa la mano por mi cintura y me pega más a él –. Necesito mantenerte a salvo.

— Lo estoy.

— Quiero asegurarme de eso.

— Ve con él Elizabeth, yo hablaré con el personal de Damián y los pondré al corriente de todo.

— Gracias Ena –. Le doy un beso en la mejilla y me despido de Max.

Minutos después, Damián me saca casi corriendo de ese lugar.

CAPÍTULO 31

En el auto Damián no se separa de mí, me abraza, me besa y me hace muchos mimos, este me hace llamar a mi abuela, para decirle que no iré a dormir. Al principio se desespera, pero cuando le digo que estoy con Damián, se le pasa al instante y dice que me divierta y me demore todo lo que quieras, que por ellas ni me preocupe.

Serán alcahuetas.

De pronto veo como Alex toma una ruta diferente y yo miro a Damián desconcertada.

— ¿A dónde iremos?

— A la clínica –. Lo miro boca abierta al escucharlo.

— Damián, estoy bien.

— Eso no lo sabes tú – dice, tocándome la punta de la nariz.

— ¡Damián!

— Un médico te revisará y eso no entra en discusión –. Lo miro enojada, me separo de él y me coloco al otro lado de asiento, lo más lejos posible de su contacto.

No necesito un maldito médico.

Al llegar a la clínica no tenemos que esperar, un grupo de médicos nos espera afuera –. Será exagerado –. Peleo con Damián en la entrada de la clínica, porque pretendía que entrara en silla de ruedas y no, eso sí que no.

¡Oh mi Dios! Quiero matarlo.

Varios médicos me revisan, me toma la presión, examina mis pulmones y hacen algunas pruebas más. Pienso que está exagerando.

¡Esto es inaudito!

Me ponen una máscara de oxígeno con algún extraño medicamento para limpiar mis pulmones y me hacen varias nebulizaciones. Cuando por fin terminan, el médico le dice a Damián que todo está perfecto, pero que necesito reposo. Él se acerca a mí y me levanta de la camilla.

— Damián puedo caminar –. Protesto.

— Lo sé.

— Bájame –. Comienzo a moverme.

— No.

— ¡Damián! – Grito.

— ¡Elizabeth quiero hacerlo! – Grita –. Sólo déjame hacerlo.

Este, es un hombre imposible –. Suspiro –. Desde que comenzó todo esto he vuelto a ser Elizabeth, no entiendo que le pasa, anda muy raro y sólo me

llama por mi nombre, además recibe llamadas misteriosas, desaparece, no me llama, no responde mis mensajes y está constantemente nervioso por todo y por todos.

Salimos del hospital y nos dirigimos a *La Calera*, ya es muy tarde y estoy cansada; Damián no se aparta de mí lado ni un instante, me besa el cabello y me acaricia de tal manera que me quedo dormida en su regazo.

Hoy he tenido un día terrible y no puedo más.

Cuando despierto estoy acostada en su habitación y como es costumbre no está a mi lado, recorro la habitación con la mirada, pero no está ¿Por qué me ha dejado sola? Miro mi reloj y son las cinco de la mañana, así que me coloco de pie para ir a buscarlo y entonces me doy cuenta de que llevo una de sus camisas.

¿Cómo no sentí esto?

¿Por qué no me ha despertado?

¿Dónde está?

Salgo corriendo y lo busco por toda la casa, voy al gimnasio con la esperanza de encontrarlo ahí y no tengo suerte, al final lo encuentro a su despacho. Me quedo en la puerta observándolo, mientras habla por teléfono, solo lleva unos shorts y su cuerpo completamente desnudo.

Me entran los calores.

Me quedo embobada mirándolo hasta que escucho:

— Debes encontrarlo... – Grita fuera de sí –. Averígualo... Pienso igual, pero debes confirmarlo... – Cuelga y levanta la mirada.

Cuando se da cuenta que lo estoy observando camina con decisión hacia mí y yo le pregunto preocupada.

— ¿Qué está pasando?

— Cállate y bésame –. Es lo único que dice cuando esta frente a mí.

Me acerca a él y me toma con fuerza, su urgencia es desgarradora, me besa como si fuera la última vez que pudiera hacerlo y cuando siento que ya no puede respirar se separa, pega su frente en la mía y tratamos de recuperar nuestra respiración.

— ¿Qué... pasa? – Vuelvo a preguntar casi sin aliento.

— Nada.

— ¡Damián! – Lo regaño, sé que miente.

— No pasa nada –. Se devuelve a su escritorio y me deja parada en la puerta.

— ¿Me lo dices tú o lo averiguo yo? – Le digo enojada.

— No interfieras Elizabeth.

— ¡Elizabeth! ¡Elizabeth! Ahora soy ¡Elizabeth! – Grito. Sé que me oculta cosas y quiero saber cuáles son –. Dime lo que pasa guapito y quiero saberlo ¡Ahora!

Damián se sienta en la silla del todopoderoso y me mira, pero no dice nada, y yo me acerco a él dispuesta a sacarle la información sí o sí.

Me coloco frente a él y sólo la mesa nos separa, en ningún momento quita su mirada de mí y yo lo miro con decisión; ninguno de los dos dice nada por unos segundos, y entonces veo encima de unos papeles las llaves de mi auto, cuando se da cuenta lo que miro intenta cogerlas, pero soy más rápida que él.

¡Bingo!

— Ni se te ocurra Elizabeth –. Se pone de pie al instante.

— De ocurrírseme, se me ocurren muchas cosas y creo que ninguna te va a gustar –. Le digo enojada.

— No quiero que te pongas en peligro – dice acercándose a mí –. Dame esas llaves.

— Estoy más en peligro, si no me dices las cosas que tú sabes –. Levanto las manos para que no se acerque a mí.

— Cariño, por favor –. Alarga su mano para que se las devuelva –. Entrégame las llaves cielo.

— ¡Oh! Que emoción, ya no soy Elizabeth –. Me burlo.

— Te lo diré todo, sólo si me entregas las llaves – dice asustado.

Que fácil está resultando.

— Te daré las llaves, sólo si primero me cuentas – le digo. Ni boba que fuera, le entregó las llaves y no me dirá nada.

Me mira a los ojos con dureza, pero sabe que no tiene escapatoria, no le queda más opción, así que asiente.

— Nada está bien cariño, nada – dice, acercándose más a mí y abrazándome con fuerza añade: – Pero confía en mí, yo lo solucionaré.

— Dime ¿Cómo voy a confiar en ti, si me ocultas las cosas? – Respondo a su abrazo y él me sujeta aún más fuerte.

Minutos después se separa de mí y camina por el despacho desesperado, y sin más suelta.

— La ropa de la tienda.

— ¿Qué pasó con la ropa? – Pregunto confundida. Él agacha la cabeza buscando las palabras adecuadas para decírmelo – ¡Damián!

Hace silencio por unos segundos y cuando levanta la cabeza veo miedo en

su mirada y me asusto. ¿Qué puede ser eso tan grave?

— Había presencia de un químico inflamable, el incendio fue planeado y sólo estaban esperando el momento en el que estuvieras sola —. Suelta de pronto y caigo sentada en el sillón del despacho, él se acerca espantado — ¿Cariño estás bien?

— ¿Quién podría hacerme algo así? ¿Quién me odia tanto?

— Lo descubriré, no te preocupes, pero por favor no interfieras —. Me besa la frente y acaricia mi rostro —. Ve a la cocina, Greta te preparará tu desayuno y Alex te llevará a casa, yo me encargaré de todo.

— ¿Quieres que me vaya? — Pregunto sorprendida.

¡Cuando más lo necesito me echa!

— No, pero debo arreglar unos asuntos, debo tenerte a salvo y aquí no lo estás.

— ¿Por qué no lo estoy?

— Sólo hazme caso —. Posa su mano en mi mejilla —. Quiero que vayas y estés con tú abuela, dijiste que la extrañabas.

Asiento.

Claro que la extrañaba, pero siento que está tomando esto como excusa para evadirme — pienso.

— Eli, pase lo que pase, nunca olvides que mi corazón palpita por ti, que a tú lado todo es perfecto, todo tiene sentido; no olvides que te quiero, necesito y anhelo, que tu amor sea más fuerte que el mío para resistirlo todo, por favor no lo olvides — me dice desesperado y me sorprende sus palabras.

Damián coloca sus manos en mi cara y pega sus labios a los míos, dándome el beso más necesitado y complaciente que he podido sentir nunca; muerde mi labio inferior y lo chupa con fuerza mientras sus manos me acercan a él, mete su lengua e intensifica el beso cada segundo más, mientras sus manos vuelan hacia mi espalda metiéndose por entre mi ropa.

¡Dios! Ya necesitaba esto.

— Ya veo por qué no quieres regresar —. Escucho una voz femenina. Damián se separa de mí y se coloca de pie al instante — ¿Estás muy amañado en este país?

— ¿Qué carajos haces tú aquí? — Pregunta verdaderamente sorprendido y enojado —. Ayer mismo te pedí que te largaras

Una mujer rubia y elegante entra en el despacho y un escalofrío recorre mi cuerpo, sé que lo que vendrá no será nada bueno.

— Pensé que te alegrarías al verme de nuevo, *cuñadito*.

¿Cuñadito?

La mujer se acerca a él y le da un beso en la mejilla.

— En otras circunstancias, quizás – responde él y voltea a mirarme –. Elizabeth ve con Alex, ya te llamaré.

No lo ha negado: Es su cuñada.

La mujer guía su mirada hacia mí y me parte con ella, me pongo de pie y camino hacia la puerta, pero cuando ya estoy afuera mis pies no me responden y me quedo estática, entonces escucho:

— ¿Qué haces aquí? – Pregunta molesto –. Creo que ya hablamos lo suficiente.

— No, no lo hablamos Damian, mientras tú estás acá dándote la gran vida, tu hija y familia te necesitan, yo he venido a buscarte y no me iré si no es contigo Damian, ya tienes que ponerle seriedad a esto y dejar de enamorar muchachitas a cada país al que llegas.

Al oír esas palabras mi corazón se contrae partiéndose en pedazos y creo morir, no creo que mi corazón resista todo esto y menos si me quedo a escuchar más. Salgo de ahí lo más rápido que puedo, aún no puedo creer lo que acabo de escuchar.

¿Tiene una hija?

¿Está casado?

¿Tiene una familia?

¿Enamora muchachitas a cada país donde va?

¿Él no me había dicho que vivía solo en Londres?

Maldito mentiroso ¡Maldito!

Siento como si un balde de agua fría hubiera caído encima de mí, no puedo creer que esté destruyendo una familia, no puedo creer que me haya engañado de tal manera, que me haya utilizado. La rabia recorre mi cuerpo y me siento destrozada, claro que conmigo era diferente y especial, por eso no fue solo un beso, porque soy la maldita otra.

¡La maldita otra!

Corro a la habitación, tiro la puerta y caigo tras ella sentándome en el piso. Elizabeth Torres eres una estúpida ¡Una verdadera estúpida! Si ya sabes que las segundas oportunidades contigo no van ¿Por qué aceptaste? ¿Por qué? Maldito Ken Doll, mil veces maldito –. Me regaño mentalmente, pero sé que es demasiado tarde.

Miro mi mano y me doy cuenta de que aún tengo las llaves de mi auto y sé que está en alguna parte de esta casa. Me pongo de pie, necesito salir de aquí

cuanto antes.

Entro al cuarto de baño, necesito bañarme, me siento sucia, ultrajada y utilizada, aún no me cabe en la cabeza todo esto, pero él no sé ha negado y su reacción no puede confirmarlo mejor. Las lágrimas corren por mis mejillas y yo siento morir, al cerrar los ojos sólo recuerdo sus palabras repitiéndose una y otra vez. Necesito salir de aquí, necesito irme lejos.

Me demoro más de lo esperado en la ducha y cuando salgo encuentro a Damián recogiendo sus cosas. Cuando ve me dice:

— Cielo, se me presentó algo en Londres y debo salir ya...

— No me sorprende después de lo que acabo de escuchar.

No dejo que termine de hablar, le lanzo la toalla en la cara y me coloco la ropa que está en la cama. Intenta acercarse y entonces Grito:

— Ni se te ocurra Damián, entre más lejos estés de mí, mejor.

— ¿Qué has escuchado? – Me mira preocupado y añade: – No sabes lo que dices.

— Escuché lo único que necesitaba escuchar para odiarte – respondo con amargura y grito destrozada: – Vete, vuelve a tu caja de cristal Ken Doll, vete y no vuelvas.

— Cariño – dice dulcemente dando un paso hacia mí, pero yo retrocedo dos –. Escúchame, no sabes lo que estás diciendo.

— Ni cariño, ni mierda, sólo espero no verte la cara nunca más – le grito fuera de mí.

— Por favor escúchame –. Intenta acercarse más.

— ¡No! – Le grito más fuerte –. Lárgate de una buena vez, no me interesa escucharte.

— ¿Eso quieres?

— Eso quiero.

— Tranquila, déjalo en mis manos, me iré para no volver.

Da media vuelta y sigue empacando sus cosas. Intento hacerme la fuerte y conteniendo mis lágrimas le digo:

— La mejor decisión que has tomado en tu vida.

Al escucharme deja de empacar y se voltea de nuevo, cuando va a decir algo le grito:

— ¡Todo este tiempo estuviste jugando conmigo! ¡Todo lo de intentarlo era tu juego, nunca sentiste nada por mí!

— Déjame explicarte cielo yo nunca...

— Nunca debió existir un nosotros – le grito y al decirlo mi corazón se

encoje dentro, esto no me puede estar pasando ahora.

— Eli -. Intenta acercarse a mí y retrocedo.

— ¡No Damián! – Le grito -. Ni se te ocurra tocarme.

— Lastimo todo lo que amo Elizabeth -. Se pasa las manos por su cabeza desesperado -. Tengo que irme antes de que te pase algo.

— ¿Antes de que pase? – Lo miro furiosa – ¿Qué mierda crees que está pasando ahora? Me has destrozado.

— Pudo haber sido peor Elizabeth -. Sonríe con ironía y al verlo mí mano se estampa mágicamente en su rostro.

Colocándose la mano en su mejilla añade:

— ¡Estoy atado a un pasado, un pasado de mierda, con el que siempre cargaré! – Grita perdiendo el control.

— El pasado no se borra, se supera y espero salir de aquí para que eso seas en mí vida, un pasado; pisado y superado.

— Mi pasado está más presente que nunca, pero tú...

Se queda callado y me mira, me mira, y me mira, y cuando agarro mis cosas para salir de ahí se acerca rápidamente a mí y pega su frente a la mía.

— Perdóname cariño, perdóname, yo jamás debí hacer parte de tu vida, tú mereces un final feliz, uno que yo nunca podré darte -. Aferrándose más a mí añade: – Eli, mi Eli, te quiero, te quiero como a nadie en mi vida, pero necesito que entiendas que los hombres como yo no tenemos finales felices.

Las lágrimas inundan mi rostro y me separo de él.

— Ya nada me ata aquí, así que nunca más nos volveremos a encontrar -. Doy media vuelta y salgo de la habitación.

— ¡No! ¡Espera! – Lo escucho gritar, pero no me interesa escucharlo -. No te vayas, ¡NO!

— Adiós Ken Doll, Adiós para siempre.

Continuará...



sobre la escritora



María Del Carmen Cuadrado Villadiego, nació en Chimá – Córdoba el 16 de julio de 1993, residiendo actualmente en la ciudad de Montería.

cursó estudios en la facultad de ciencias de la salud de la universidad del Sinú, en la cual obtuvo el título de psicóloga, de ahí los estudios han sido parte fundamental en su vida, teniendo después de este título una gran trayectoria.

María, es carismática, emprendedora y solidaria, es la única mujer de tres hermanos y se dio a conocer como Escritora en su familia en el 2015 al terminar NO FUE SOLO UN BESO, haciéndola pública en la plataforma de WATTPAD en el 2016 con el nombre de MACUAVILLA.

Actualmente está terminando de escribir la continuación de NO FUE SOLO UN BESO, titulada POR UN BESO DE TU BOCA; libros que hacen parte de la trilogía SOLO POR UN BESO.